114

# CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

5



# BIBLIOTECA TECNICA FERROCARRILERA

| | | |
|---|---|---|
| 1 | Catálogo de Materiales de Importación | $ 10.00 |
| 2 | Código de Reglas para 1954 | „ 35.00 |
| 3 | Manual de Operación de Locomotoras Diesel Alco | „ 2.25 |
| 4 | Manual de Operación de Locomotoras Diesel Baldwin | „ 2.25 |
| 5 | Manual de Operación de Locomotoras Electro-Motive | „ 5.50 |
| 6 | Manual del Motor Diesel Baldwin | „ 6.00 |
| 7 | Manual de Conservación Motor Diesel 252-B-SP | „ 15.00 |
| 8 | Informe Anual 1952 | „ 8.00 |
| 9 | C.T. Programa de Operación de los Carros-Tienda | „ 0.50 |
| 9 | Bis Contrato entre los Ferrocarriles Nacionales y la Constructora Nacional Carros de Ferrocarril, S. A. | „ 7.00 |
| 10 | Reglamento para la Condenación de Locomotoras y Equipo de Arrastre. | „ 0.50 |
| 11 | Régimen Disciplinario Convenio de 7 de Agosto de 1953 | „ 0.50 |
| 12 | Normas para la Aplicación del Régimen Disciplinario | „ 0.50 |
| 13 | Reglamento para la Recolección de Material Metálico, el Desmantelamiento de equipo condenado y el Aprovechamiento de Desperdicios. | „ 0.50 |
| 14 | Instructivo para el manejo de Carros extranjeros. | „ 0.50 |
| 15 | Reglamento para la Construcción y Financiamiento de Obras. | „ 0.50 |
| 16 | Instructivo para el Montaje de Ruedas en los Talleres. | „ 0.50 |
| 17 | Instructivo para controlar el Egreso de Adiciones y Mejoras. 31 de Mayo de 1954. | „ 0.50 |
| 18 | Instructivo de las Funciones a cargo del Inspector General de Almacenes y Aplicación de Materiales en Talleres. | „ 0.50 |
| 19 | Convenio de Remisión de las Claúsulas Económicas del Contrato Colectivo de Trabajo. 1/o. de Febrero de 1955. | „ 0.50 |
| 20 | Reorganización Técnico - Administrativa GG-3- (55) circular del 16 de febrero de 1955. | „ 0.50 |
| 21 | Indice de Estaciones de los Ferrocarriles Mexicanos con su Altura Sobre el Nivel del Mar, División, Kilómetro, Estado y Municipio. | „ 2.00 |
| 22 | Nueva Reglamentación de los Gastos de Viaje, circular GG-16-(55). | „ 0.50 |
| 23 | Normas de Calidad de Materiales Refractarios y Metales y Ligas no Ferrosos | „ 2.00 |
| 24 | Informe del Riel Existente en las Líneas del Sistema. Hasta el 31 de diciembre de 1954. | „ 0.50 |
| 25 | Arte de Nivelar y Alinear Vías. Recomendaciones Prácticas para los Mayordomos de Cuadrillas | „ 7.50 |
| 26 | Manual del Taller de Conservación de Carros de Ferrocarril. | „ 30.00 |
| 27 | Especificaciones Generales para Construcción de Edificios. | „ 5.00 |
| 28 | La Locomotora Diesel Eléctrica, Locomotora "Alco" de 1600 H. P. y Equipo de Freno RL-24. | „ 30.00 |
| 29 | Nuevas Normas para la Capacitación de los Trabajadores en Fuerza Diesel. | „ 0.50 |
| 30 | Contrato Colectivo del Trabajo Especialidad de Vigilantes y Conexos. | „ 2.50 |

# FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO

**DE VENTA EN BOLIVAR No. 19**

**México, D. F.**

PEDIDOS C.O.D. al Apartado Postal 8020




UN PESO CAJETILLA

VI-2-56.

# CUADERNOS AMERICANOS

AÑO XV VOL. LXXXIX

5

SEPTIEMBRE - OCTUBRE
1956

MÉXICO, 1º DE SEPTIEMBRE DE 1956

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F., CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO 1, D. F.

*CUADERNOS AMERICANOS*

No. 5 Septiembre-Octubre de 1956 Vol. LXXXIX

# ÍNDICE

## NUESTRO TIEMPO



## AVENTURA DEL PENSAMIENTO



## PRESENCIA DEL PASADO

## DIMENSIÓN IMAGINARIA

# *Nuestro Tiempo*

# VARIACIONES SOBRE LA UNIDAD EUROPEA

Por *Julio ALVAREZ DEL VAYO*

La frase no es de ningún extremista de izquierda sino del muy honorable y ponderado M. André François Poncet, antiguo embajador de Francia en Berlín y Roma, y más tarde Alto Comisario en Alemania: "Hemos organizado una Europa de Seis, una Europa de Siete, una Europa de Quince; todas ellas tienen de común la inercia".

Una serie de razones contribuyen a paralizarlas. De un lado, un exceso de burocracia. Cuando se estudia la estructura de todas esas Europas sueltas a que hace alusión el embajador francés, enseguida salta a la vista la complejidad del aparato. El artículo 7 del Tratado que crea la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, uno de los más renombrados ensayos de unificación, enumera cuatro instituciones de la Comunidad: la Alta autoridad, la Asamblea común, el Consejo Especial de Ministros y la Corte de Justicia.

En sí misma la idea de una Europa unida respondía a un sentimiento compartido por muchos de los que habían salido de la guerra resueltos a romper con las estrechas concepciones del pasado. Unir entre sí a las naciones del Viejo Mundo, que tienen entre sí lazos comunes evidentes; producir un Tercer Grande que no necesitaría ni convertirse en un peón más del tablero de ajedrez internacional, con los americanos decidiendo sus movimientos, ni vivir en el miedo constante de una invasión rusa, parecía digno cuando menos de ser intentado.

Lo que hubiese en ese propósito de espíritu de independencia y de confianza en el porvenir europeo, desapareció de un golpe cuando la Europa que se pretendía unificar fue colocada por los gobernantes dóciles a las sugestiones del país de donde venía el dinero, en una situación en la que la Ayuda americana y la identificación con la política de Washington, pasaban a ser una misma cosa. A fuerza de confundirse con

la guerra fría, la Europa de los Seis tenía que resultar anacrónica y anticuada tan pronto como el empate atómico impusiese, aunque fuese con desgana, -la *detente.*

Se cumplía así en cierta manera la anticipación de Kant que en su ensayo sobre la *Paz perpetua* —escrito en 1795— predijo que la paz podía ser asegurada por dos caminos distintos: un acuerdo de orden moral entre los Estados, o un ciclo de guerras de tal violencia que redujese a las Grandes potencias a la impotencia.

Para "realizar la Europa" sería preciso partir de una gran idea común: un programa, por ejemplo, de vasta colaboración económica y de ayuda técnica puesta al servicio de la justicia social, de la elevación del nivel de vida de millones de seres que, pese a lo que se diga en contrario, continúan llevando una existencia miserable; una coordinación de esfuerzos en el terreno de la investigación científica; una política de paz. Sin caer en las exageraciones que como estímulo y acicate inspiran de un tiempo a esta parte el elogio de la unidad de la Europa medieval, rota por lo demás al afirmarse las nacionalidades al impulso liberador del Renacimiento, hay que reconocer que un mínimum de identidad de objetivos y una cierta correlación en las políticas de los países que se quiere alinear a o largo de los distintos ensayos unitarios, es indispensable. El propio Consejo de la Europa al constituirse, proclamaba en el artículo primero de su Estatuto que "el fin del Consejo de Europa es realizar una unión más estrecha entre sus miembros para preservar y promover los ideales y principios que son su patrimonio común y de favorecer su progreso económico y social". Ahora bien, pásese la mirada por el presente panorama europeo, fijándola principalmente en aquellas naciones occidentales que por su historia, su influencia política y sus recursos, son la base misma de la "europeización", y descendiendo así de la teoría a la práctica se verá hasta qué punto la unidad del continente de la que no cesa de hablarse, responde o no a la realidad.

### *Frialdad británica*

LA Gran Bretaña ha resistido hasta hoy todos los asaltos de sus amigos, principalmente el de Paul-Henri Spaak, Ministro de Relaciones Exteriores de Bélgica, presidente del Comité Intergubernamental de la Conferencia de Messina y de todas las

grandes reuniones europeas, para asociarla definitivamente a la experiencia de Estrasburgo.

Sus parlamentarios asisten a los debates que tienen lugar en la bella ciudad alsaciana. Su gobierno ha dado a entender alguna vez que estaría dispuesto a una cooperación atómica, por ejemplo, en el marco de la O. E. C. E. e incluso en cualquier organismo más especializado todavía, si ello no supusiese el sacrificar su colaboración con la Commonwealth y colocar el vasto esfuerzo de que ella tanto se enorgullece en el campo de la utilización de la energía atómica para fines industriales (su pabellón durante la Conferencia Atómica de Ginebra el año pasado fue uno de los mejores) bajo la dirección de una burocracia supernacional. Gobernada hoy por los "tories" tampoco la seduce el contagio con ciertas tendencias radicales y socializantes que se anuncian en Europa. Ni tampoco la hace mucha gracia que en el Consejo de la Europa se discuta una moción griega sobre Chipre.

*Italia hacia la izquierda*

CUANDO estuve en Italia este verano oí decir que allí todo el mundo se había ido de vacaciones menos el Frente Popular. El país produce una impresión de extraordinaria vitalidad. No sólo la capital, sino también la provincia. En Milán un nuevo periódico, *Il Giorno,* excelente, bajo la dirección de Gaetano Baldacci y con Enrico Rizzini al frente de la sección de política extranjera y salido en un momento en que se acusa por todas partes un deseo creciente de renovación y de cambio. En Turín el profesor Valletta, uno de los más sagaces industriales italianos, en vez de oponerse a las demandas obreras ofrece a los 70,000 trabajadores de sus talleres Fiat un bono de producción sobre las ganancias en la venta de automóviles para contentarlos. En Florencia el (quinto) Congreso por la Paz y la Civilización Cristiana, prestigiado esta vez con la presencia del Presidente de la República, oye a su organizador, el asombroso Giorgio La Pira, la oveja negra de la derecha de la D. C. (Democrazia Cristiana), que le acusa de comunistoide, expresar su esperanza de que el próximo año las autoridades espirituales de Rusia, el Metropolitano de Moscú o quien le represente, tome su sitial en el espléndido Palacio de la Señoría e intervenga en los debates. En Parma y con motivo de la inauguración del

"Monumento al Partigiano", en medio del entusiasmo delirante de una muchedumbre popular que con certero instinto sigue por los pueblos y plazoletas de Italia al actual Jefe del Estado, aclamándole, escucha de labios de éste, exaltar la Resistencia, el alzamiento armado contra el fascismo y presentarla como una continuación y un complemento del ciclo abierto por el Risorgimento.

El Presidente Giovanni Gronchi que goza de una gran autoridad, indiferente a las críticas de unos pocos que lo quisieran más aprisionado en la casa jerárquica, conforme a la rutina que prescribe una actitud de estudiada displicencia hacia las pasiones de la calle y ceñida a simbolizar el Estado, concibe su función de otro modo. Entre los deberes esenciales que él se ha asignado predomina en su conciencia el de orientar a su pueblo. Eso sin olvidarse nunca de que el puesto para el que ha sido elegido le veda el entrar desenfadadamente en la controversia de los partidos. En Washington, en el almuerzo de la prensa americana como alguien en la sobremesa de indiscreciones y preguntas hiciese referencia a la suave inclinación hacia la izquierda dada por los siglos a la torre de su Pisa natal, Gronchi contestó espiritualmente que la inclinación podía ser juzgada de distinta manera según desde donde se la mirase, pero que la torre seguía allí, firme sobre sus cimientos.

Gronchi como La Pira, son de la Democrazia Cristiana, pero de esa vanguardia del catolicismo italiano que tanto se distancia del oscurantismo ultramontano y que, viniendo de la religión, les lleva a identificarse en lo social con otros hombres venidos del laicismo en un mismo ardor por el bienestar de las masas.

Las masas tuvieron su palabra que decir en las últimas elecciones. Examinado el resultado sobre el terreno unas semanas después y tomando en cuenta lo ocurrido desde el 27 de mayo en que los nuevos municipios fueron elegidos, se ve todavía mejor hasta qué punto constituyeron una victoria socialista. El número de votantes era esta vez mayor, cual corresponde a las previsiones demográficas que cifran en 51 millones de habitantes la Italia de 1962. En los 31 millones de votantes el voto femenino dominaba. Era, como en España durante el breve período de la República, un sector del electorado que la derecha juzgaba adquirido para su causa. Consciente del gran significado político de esta consulta local y de la repercusión

que tendría sobre las próximas elecciones generales, la Iglesia se superó a sí misma en el apoyo de la Democrazia Cristiana.

El Vaticano, muy a la orden del día en lo que concierne a la propaganda, con el Sumo Pontífice impartiendo sus bendiciones ante la cámara de una televisión, que ha ganado últimamente los conventos, los colegios, toda la comunidad religiosa —de trescientos apartamientos que componen la Ciudad del Vaticano, un tercio provistos de sus aparatos de T. V.— hizo en la forma elevada que le correspondía "su" campaña electoral. El *Osservatore Romano,* su principal órgano periodístico, los diarios cercanos a la Azione Cattolica, la pequeña pero influyente prensa parroquial, intervinieron de una manera más directa en la contienda para asegurar la victoria de su partido y la derrota de la izquierda. Y, sin embargo, la D. C. apenas si consiguió aumentar su volumen. En números redondos diez millones de votos, desde luego el partido mayoritario italiano, pero sin una tendencia numérica ascendente que le compense del desgaste de tanto tiempo de gobierno y de los quebrantos sufridos por el "cuadripartismo", la coalición ministerial a base de la D. C. como elemento dominante, los socialdemócratas, los liberales y el Partido Republicano, el último unas veces formando parte del gabinete, otras como hoy apoyándolo desde afuera.

Los comunistas, pese a la pérdida de un par de centenares de miles, todavía con seis millones de votos. La situación en ambos casos más bien estática. Fueron únicamente los socialistas, de una y otra tendencia, los que avanzaron. La consigna electoral de Nenni: "¡Es la hora de los Socialistas!", plenamente confirmada. Cinco millones y medio de votos ya es una cifra respetable.

De ahí arrancan las dificultades que amenazan hoy la continuación en el poder del Centro Democrático, del "cuadripartismo" y cuyas perspectivas al empeorar plantean la alternativa "dell'apertura a sinistra" —la apertura a la izquierda—, es decir la participación de los socialistas de Nenni en el gobierno (recurrimos a la clasificación de socialistas de Nenni y socialistas de Saragat únicamente para facilitar al lector su identificación), si un Frente Popular que incluyese a los comunistas se presenta como una eventualidad más lejana.

La constitución de los nuevos ayuntamientos en ciertos sitios aún sin resolver hasta el día en que yo salí de allí y ya habían transcurrido seis semanas desde las elecciones, aportó la prueba de la debilidad de una coalición acerca de cuyo futuro los más

sagaces de sus propios componentes no se hacen ya muchas ilusiones. En Roma el cristiano-demócrata Umberto Turpini tuvo que dimitir una primera vez al encontrarse elegido para Alcalde con el beneplácito de los neofascistas y de los monárquicos. En Milán el reverso de la medalla: eran los votos de los socialistas de izquierda y de los comunistas los que llevaban al social-demócrata Ferrari a la presidencia del Municipio.

En ambos casos fue uno de los líderes de la actual coalición, del "cuadripartismo", el Vicepresidente del Consejo de Ministros, el socialdemócrata Giusseppe Saragat, quien se opuso a la designación de alcaldes del Centro Democrático, gracias a la condescendencia de la extrema derecha (Roma) o de la extrema izquierda (Milán). Pero, su protesta acentuada hasta amenazar con abandonar el gabinete Segni ¿qué era si no el reconocimiento de la ausencia de una fuerza propia capaz de gobernar por sus solos medios?

El desenlace no es para pasado mañana. El ministerio actual puede mantenerse en el poder muy bien hasta el otoño e incluso más allá, entre otras razones porque en el campo mismo socialista-comunista y ante la amenaza de que en vez de abrirse la crisis hacia la izquierda se abriese hacia la derecha, se prefiere de hecho que por un cierto tiempo las cosas sigan como hasta aquí. La presencia en la Jefatura del Estado de un hombre como Gronchi es una garantía contra cualquier mala jugada que quisiera intentarse contra la joven República italiana.

Pero, sin tratarse de una cuestión aguda y que no consienta demora, la "apertura a sinistra" será cada vez más un tema de animada discusión en la política del país. Al predecirlo en sus conclusiones, hechas públicas al cabo de cinco días de estar reunidos y de examinarlo todo —desde las elecciones municipales al informe de Khrushchev— la dirección del P. S. I. (Partido Socialista Italiano) está otra vez en lo justo. El análisis de la situación por Nenni reunió fácilmente en torno de sus puntos de vista la unanimidad.

Dos problemas se plantean al socialismo en auge: Primero, la reunificación socialista; segundo, la suerte reservada al Pacto de Unidad de Acción que liga a los socialistas de izquierda y a los comunistas. Ambos se relacionan estrechamente entre sí. Sobre ambos circulan hoy versiones exageradas y que deben ser corregidas.

La unidad socialista cuya realización supondría un acuerdo entre los socialistas de Nenni y los de Saragat es vivamente

anhelada por la base, pero más difícil de cristalizar de lo que parece. Es una tendencia; es la voluntad, casi podría decirse el mandato, de quienes el 27 de mayo votaron socialista, bien lo hiciesen por el P. S. I., por el P. S. D. I. (Partido Socialdemócrata Italiano) o por otras formaciones más pequeñas, independientes como Unita Popolare inspirada por el antiguo Primer Ministro Parri, gentes que al producirse la escisión se negaron a tomar partido por unos contra otros. La unidad terminará un día haciéndose; pero todavía hay camino por recorrer. Un factor digno de ser observado en su desarrollo próximo, es el fortalecimiento del ala izquierda en el partido de Saragat, que dirigida por Zagari y Faravelli presionan en favor de una inteligencia con los socialistas de Nenni.

El pacto de Unidad de acción entre socialistas de izquierda y comunistas lo dieron demasiado pronto por liquidado los comentadores que sacando de aquí y de allá de las declaraciones y escritos de Pietro Nenni y de Palmiro Togliatti, Secretario General del Partido Comunista, acerca del XX Congreso de Moscú, lo que más convenía a su interpretación, presentaron a ambas fuerzas al borde de la ruptura. Desde luego las diferencias en el enjuiciamiento y en el tono son evidentes. Cuando Nenni habla, por ejemplo, del "cataclismo de la destalinización", no cabe esperar del lado comunista el mismo lenguaje. Pero, las coincidencias —convencimiento de que cualesquiera que sean las derivaciones del XX Congreso y del informe de Khrushchev no pueden afectar a la legitimidad histórica de la Revolución Rusa; interés capital en el restablecimiento de la unidad obrera; aceptación del hecho de que la experiencia acumulada en los años de construcción de la sociedad socialista en la U. R. S. S. no contiene soluciones para ser aplicadas indistintamente y al pie de la letra por los partidos comunistas de fuera a las situaciones concretas e inmediatas de cada país; ayuda a cuanto favorezca el reagrupamiento de la izquierda italiana— subsisten y hasta hoy no hay ningún indicio serio de que el Pacto de Unidad de acción vaya a ser roto.

Cualquier acentuación de la influencia de izquierda sobre la política nacional, restaría a los partidarios de imprimir a la tendencia europeizante en favor de las "comunidades" existentes y las otras en proyecto, un carácter marcadamente antisoviético y de orientar a Italia por el camino que Fanfani y la derecha de la Democrazia Cristiana quisieran verla marchar a fuerza para llevar adelante su programa. Y es ese uno de los factores

que dan un interés extraordinario a todo lo que pueda ocurrir en Italia de octubre en adelante.

*Francia bajo el socialismo moderado*

En Francia los "europeos", como son llamados los entusiastas del experimento de Estrasburgo, gobiernan hoy el país. Su representante más caracterizado es el jefe del gobierno, el socialista Guy Mollet. Hay algo de penoso en este espectáculo de un partido que teóricamente debiera de ser sostenido por la masa obrera, pero cuyo Secretario General elevado a la presidencia del Consejo de Ministros, encuentra cada mañana en la prensa de derecha, el *Figaro* y *L'Aurore,* elogios para su política que difícilmente escucha en los talleres y las fábricas.

François Mauriac, la gran paradoja y al mismo tiempo una de las estrellas más brillantes y limpias del periodismo contemporáneo francés —un católico de toda la vida en controversia frecuente con el periódico católico *La Croix;* un novelista que pasada la sesentena, y de eso ya hace más de diez años, se convierte de pronto en el periodista más joven, más ágil y más temible de Francia cuando le da por polemizar, y todas las otras contradicciones aparentes que se quiera— ha definido así al socialismo francés en el poder: un partido que desarrolla una política distinta de todo lo que proclama y al que se le consiente gobernar de una manera que no le sería tolerada a un partido tradicionalmente moderado y que la gente encontraría insoportablemente derechista. En sus últimas "Bloc-notes" del semanario *L'Express* escribe: "M. Guy Mollet ha ido al Panthéon a recibir las felicitaciones de Jaurès. ¡Qué cómodos son los muertos! De creer al señor Presidente del Consejo, Jaurès aprobaría su política e incluso se enorgullecería de ella. Si esta gran sombra irritada no se ha alzado para obligaros a tragaros vuestras palabras es porque no está en el poder de ningún hombre resucitar a los muertos".

Sin ir tan atrás como a Jaurès, el reciente Congreso del partido en Lille había decidido con relación a Argelia "pedir al gobierno que lo intente todo, incluso de ser necesario los contactos oficialmente provocados para llegar a un cese-el-fuego, etapa preliminar y condición primera de un arreglo de conjunto".

El gobierno de dirección socialista colocado entre la alter-

nativa de atenerse a esta resolución de su Congreso, aun con la seguridad de enajenarse el apoyo de los grupos parlamentarios de centro-derecha que lo sostienen, o continuar haciendo la guerra, ha optado visiblemente por lo último. Es cierto que la cuestión de Argelia es para Francia de una complejidad y de unas consecuencias que frecuentemente son desdeñadas por los críticos de su política africana. Comienza a haber ya en la izquierda francesa quienes se plantean la cuestión de si el desistimiento francés no conduciría a que su presencia en África del Norte fuese sustituída por la presencia norteamericana. Que intereses poderosos financieros e industriales norteamericanos celebren la victoria del nacionalismo árabe sobre el colonialismo francés con vistas al día en que los hombres de negocios de los Estados Unidos y directores de sus empresas, pasen a ocupar el sitio dejado vacío por la expulsión de Francia de África, de eso no hay la menor duda.

Todo ello es cierto, pero no disminuye el daño que le causaría al socialismo francés si, como algunos temen, se desvaneciese la esperanza de una solución del problema argelino para el otoño y hubiera que continuar durante unos años frente a la alternativa de una guerra implacable o resignarse a la evacuación del país. Es seguramente esa preocupación, el temor de que si se le deja a Nasser triunfar en la cuestión del canal de Suez los fellaghas se sentirán todavía más sostenidos aún por un movimiento pan-árabe invencible y se negaran a negociar, lo que explica el que el gobierno de Guy Mollet haya asumido frente al Cairo una actitud de tal firmeza y el que pese a la enorme carga que supone ya la campaña de Argelia, haya puesto en marcha el resto de su aparato militar, decidido a intervenir al lado de la Gran Bretaña en el Oriente medio y en las palabras de Christian Pineau: "obligar a Nasser a una retirada si no la emprende voluntariamente".

El hecho desafortunado de que sea un gobierno de dirección socialista el que haga la guerra, dificulta y complica el reagrupamiento de izquierdas que parecía la consecuencia lógica de las elecciones de enero. De dichas elecciones salió una mayoría parlamentaria de izquierda viable, a base de socialistas, radicales y comunistas que, aún sin necesidad de tomar la forma de un gobierno de Frente Popular, podía haber servido para que socialistas y radicales, con el apoyo desde fuera de los comunistas, gobernasen sin tener que depender de los "europeos", del católico M. R. P. y de los votos francamente de derecha.

Argelia produjo la primera ruptura de esa mayoría posible al provocar la salida de Pierre Mendès-France del gobierno. La segunda ruptura que enfrentase a socialistas y comunistas en la Asamblea fue retrasándose gracias a la decisión comunista de evitar el aparecer como la causa inmediata de la caída del ministerio de Guy Mollet. Lo presidía un socialista y el provocar su dimisión iba en contra de la política del partido, orientada desde el XX Congreso de Moscú hacia una aproximación comunista-socialista. Para evitarlo, los comunistas votaron los plenos poderes para Argelia, entre el descontento y la irritación de muchos de sus militantes, sobre todo los jóvenes que iban a ser llamados a filas. Después, han usado el recurso de la abstención. Cuesta trabajo, sin embargo, suponer que de encontrarse la Asamblea Nacional, al volver de sus vacaciones de verano, con la misma —o peor— situación en Argelia que cuando se clausuraron las sesiones, los comunistas puedan continuar absteniéndose; es lo más probable que tengan que votar en contra.

Entretanto las perspectivas de una aproximación socialista-comunista no mejoran. Hay, es verdad, la inclinación decidida de la "base" hacia la unidad. Pero, esa existió desde hace tiempo y en cualquier caso antes de que el XX Congreso de Moscú señalase al comunismo como una de sus principales tareas el ganar la voluntad de los jefes socialistas para la acción común. Cada vez que estallaba un conflicto obrero, fuese en las fábricas Renault o en los sindicatos de funcionarios, socialistas y comunistas se sentían solidarios en la defensa de sus intereses inmediatos. Hasta en el plano político donde la actitud de la dirección socialista era siempre más severa que en el plano sindical en contra de los contactos, los hubo sin duda en el período que precedió las últimas elecciones. En algunas secciones los socialistas, ignorando la prohibición decretada por el Secretario General, apoyaron al candidato comunista —o viceversa, aceptaron el apoyo comunista— frente al candidato de derechas. Pero, se trataba de hechos aislados que no implicaban ningún compromiso formal.

La nueva política derivada del XX Congreso y dirigida a promover la unidad "en las alturas", no sólo en "la base", arroja hasta el momento en que esto se escribe un balance enteramente negativo.

En los últimos cuatro meses varias proposiciones precisas

—la última revestida de la solemnidad de emanar del Congreso Comunista de Le Havre— sometidas a la dirección socialista con el propósito de entablar negociaciones o de estudiar conjuntamente al menos las posibilidades de un acuerdo entre los dos partidos, fueron ignoradas o rechazadas. Los dirigentes soviéticos se excedieron en sus deferencias y amabilidades no sólo para con los señores Guy Mollet y Pineau, después de todo Jefe del Gobierno y Ministro de Relaciones de Francia, sino para con la delegación de la S. F. I. O., el partido socialista francés, tratada durante su visita a Rusia a cuerpo de rey. Un artículo de *Pravda* (28 de julio) refleja la decepción de Moscú por la "actitud negativa" de la mayoría de los delegados a su regreso a Francia y las declaraciones, conferencias y escritos en que Pierre Commin, Georges Brutelles e incluso André Philip, resumieron sus impresiones de la Unión Soviética.

No es ciertamente de sesiones de la Asamblea como la del 3 de agosto, en que se discutió el asunto del Canal de Suez, de las que van a salir las relaciones entre ambos partidos animadas de un mayor espíritu de cordialidad. Ese día Guy Mollet, dirigiéndose a los escaños comunistas dijo que aguardaba con curiosidad ver cómo algunos defenderían la causa de Nasser ante la clase obrera francesa, y obtuvo una réplica airada de los comunistas que, de paso, recordaron a las derechas que no cesan ahora de denunciar el peligro de un "Munich sobre el Nilo", que, en su tiempo, fueron ellos, los comunistas, los únicos que votaron contra Munich. Una sesión que merece ser recordada. Al sentarse Guy Mollet, Georges Bidault cruzó ostensiblemente el hemiciclo y fue a estrecharle la mano. ¿Era el primer signo de una "apertura hacia la derecha" que contrariamente a la "apertura a la izquierda" italiana, condujese a la entrada del M. R. P. en el gobierno? La respuesta la dará el otoño cuando el Parlamento vuelva a reunirse.

La alianza ministerial socialista (M. R. P.), de cristalizar constituiría indudablemente una victoria para los "europeos", pero dejaría todavía al margen a un hombre que no debe ser considerado meramente como una figura del pasado, el general De Gaulle. En su alocución del 2 de agosto de 1956 a la nueva promoción de Saint Cyr, de Gaulle condenó de nuevo "el renunciamiento que supone sumergir a Francia en las comunidades, llámeselas atlánticas o europeas".

*Avance del neutralismo*

El plan Radford ha vuelto a revivir la controversia desencadenada en las últimas reuniones del Consejo de la O. T. A. N. En el fondo el almirante norteamericano, presidente de los jefes de los Estados Mayores de su país, más que proponer algo realmente nuevo, lo que hace es reforzar con nuevos argumentos derivados del aumento de la fuerza atómica soviética, la teoría de la estrategia periférica que años atrás ejercía ya tal atracción sobre sectores influyentes de los Estados Unidos.

El lanzamiento del plan fue precedido de una intensa campaña de prensa en la que periodistas de renombre como los hermanos Alsop y otros, analizaron informes alarmantes de jefes destacados del Ministerio de Defensa, particularmente los "bombarderos", denunciando el peligro de que para 1960 ó 1962 los Estados Unidos quedasen muy detrás de Rusia en lo que respecta a las armas nucleares.

Tales temores han encontrado una cierta confirmación en las informaciones suministradas últimamente por el Dr. Arne Lundby, jefe de la Sección de Física de los reactores en el Instituto Noruego de Energía Atómica. Por tratarse de un técnico de un país neutral, libre de las influencias políticas que suelen colorear las discusiones de este género y por haber gozado de la excepcional oportunidad de ver en su reciente visita a Rusia las principales instalaciones atómicas y de "conversar libremente", según declara con énfasis, con sus colegas soviéticos, sus opiniones han causado gran impresión. Bastaría citar el siguiente pasaje: "En el desarrollo de la energía atómica, Rusia se sitúa hoy entre las primeras potencias; no es posible abrigar sobre ello ninguna duda. Durante toda mi estancia en la Unión Soviética, he tenido la impresión muy curiosa de hallarme en una situación absolutamente increíble: sabios soviéticos discutiendo conmigo de experiencias relacionadas con investigaciones avanzadas cuya existencia en Rusia ni sospechábamos; veía enormes reactores nucleares y estructuras elaboradas de las que no habíamos oído jamás hablar".

La preocupación de encontrarse dentro de muy pocos años en una situación de inferioridad militar respecto de la Unión Soviética, duplicada por la seria advertencia del Secretario del Tesoro de que en 1960 las cargas de defensa podrían resultar insoportables para los Estados Unidos, han llevado al Almirante Radford a una conclusión que ha sacudido las cancillerías eu-

ropeas: centrar el máximo esfuerzo de guerra americano en la aviación estratégica, gastar cuanto sea necesario en aviones de la máxima capacidad destructora, en proyectiles intercontinentales teledirigidos, en construir fuera de los Estados Unidos bases desde las que atacar o contraatacar, y reducir todos los demás gastos. Responde a la idea de una guerra rápida, brutal y atómica.

Implica a la larga la retirada, al menos parcial, de las tropas americanas de Europa, aunque el desasosiego causado, principalmente en Bonn, donde el Canciller Adenauer ha reaccionado indignado de que sus protectores americanos le compliquen su política de rearme, produzca reiteradas declaraciones de Washington de que no se piensa en tal retirada.

Da un fuerte impulso a las tendencias neutralistas, ya que en cada país los estadistas más responsables y la opinión pública se inquietan de ver a sus pueblos expuestos a represalias espantosas.

Se tuvo un ejemplo reciente en la valerosa decisión de la pequeña Islandia. Desafiando igualmente las intemperancias que las consecuencias económicas de su afirmación de independencia, el 90 por ciento de los 94,000 electores inscritos fueron a las urnas a cumplir con su deber. Es que en las elecciones se jugaba la seguridad del país. La cuestión principal era pulsar la opinión pública sobre la resolución presentada el 27 de marzo último al Parlamento por el líder socialista agrario Hermann Jonasson pidiendo la retirada de la importante guarnición americana destacada en la vasta base aérea de Keflavik, a pocos kilómetros de la capital, Reykjavik. Aquí era otra variante del mismo problema de evitar el ser pulverizados en una guerra; en vez de solicitar la continuada presencia de las tropas americanas, de lo que se trataba era de que se fueran. El voto fue a favor de la proposición Jonasson y su resultado político el primer nuevo ensayo de gobierno de Frente Popular en el continente.

De hecho y aunque Inglaterra se aproveche del Plan Radford para tratar de dar también sus cortes a los ejércitos y armas llamadas indistintamente clásicas o convencionales, que amenazan con arruinar aún más su economía y para impulsar la fabricación de las armas nucleares, sólo un gobierno en Europa se regocija realmente del cambio que se dibuja en la política militar norteamericana —el del general Franco. El *ABC* y la prensa falangista saludan, incluso acaso antes de tiem-

po, el advenimiento de la estrategia periférica como una victoria propia. Es la victoria del dólar sobre las vidas españolas. Pensando ya en las nuevas partidas que el Congreso de los Estados Unidos pueda adjudicar para hacer de España su portaaviones más avanzado contra Rusia, y bien que hasta aquí el dinero corruptor haya sido vertido gota a gota (lo último votado para España, cincuenta millones de dólares para el ejercicio anual financiero en curso, una limosna comparado con lo que de ayuda americana recibió por ejemplo Grecia), el que ello aumente la certeza de que de estallar la guerra atómica el país quedaría expuesto a las más terribles represalias, a su destrucción total, les tiene sin cuidado al "Caudillo" y sus consejeros.

Es el caso del dictador contra la nación, que en la Argentina terminó con aquél que, después de tanto alardear de heroica intransigencia respecto a cualquier intento norteamericano de hegemonía intercontinental, concluyó dispuesto a entregar a los Estados Unidos toda la riqueza petrolera nacional, precipitando con ese intento de venta escandalosa del país, su caída.

Fuera de este otro caso que hallará en su día la sanción que le reserva el pueblo español, en general los Estados Unidos pueden prepararse, a no ser que el Plan Radford fuese entretanto abandonado, a una sesión bien agitada cuando se reúna en el otoño en París el Consejo de la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Ya la última sesión de la O. T. A. N. dio lugar a que se expresase el temor de que una estrategia americana inspirada en las ideas más arriba expuestas alentase las corrientes neutralistas. Pero, entonces el Plan Radford aún no había tomado forma. En la próxima sesión la controversia ganará en profundidad con el plan sometido durante el intervalo entre las dos sesiones a la crítica de que está siendo objeto ya hoy en Bonn y en París.

Y como en la defensa de las concepciones propias el tono varía de unos a otros, la controversia en puertas no contribuirá ciertamente a reforzar la unidad europea.

### *La fiebre de Euratom*

Es en el área de la utilización de la energía atómica donde "europeos" y "anti-europeos" podían haber esperado descubrir una posibilidad de entenderse. Los gobiernos de los Seis países que integran la Pequeña Europa han juzgado imprescindible la

creación de un "pool" del átomo. Estiman —y no sin razón— que cada uno de ellos aisladamente no dispone de los recursos financieros e industriales suficientes para producir dicha energía en la cantidad que requieren sus necesidades económicas y les anima el deseo de evitar el volver a caer aquí, como ha ocurrido con las cuestiones militares, bajo la dependencia de los Estados Unidos. En la concepción de los partidarios del Euratom, entre los que se encuentra lógicamente el Primer Ministro francés Guy Mollet, sólo una estrecha colaboración de los Seis podrá permitir restablecer el equilibrio con los Estados Unidos y con la Unión Soviética, creando un "pool" de materias primas, reuniendo los recursos para la construcción de fábricas y centrales atómicas y utilizando en el aspecto de la investigación científica la valiosa contribución de un equipo verdaderamente notable de investigadores como el que está en condiciones de ofrecer Francia. Pese a cuanto se habla y escribe sobre la decadencia de Europa, Francia continúa irradiando la luminosidad de su cultura desde esa fortaleza del pensamiento creador que es la Sorbonne.

El debate sobre el Euratom en el Parlamento francés y los estudios aparecidos en las publicaciones de los otros cinco países, junto con las declaraciones de sus hombres políticos más destacados, prueba que, como era de descontar, el Euratom tiene sus enemigos, poderosos y con argumentos de peso para mantener bien subida la fiebre de la controversia.

Hay, para comenzar, las reservas naturales de quienes estiman que colocar bajo la tutela de un cierto organismo económico internacional las posibilidades potenciales atómicas del país es hipotecar el porvenir de la nación. Intervienen también consideraciones de defensa y de seguridad. No sólo el ex-Presidente del Consejo, M. Pinay, sino otros más a su izquierda que intervinieron en el debate de la Asamblea, juzgan imposible "aceptar la mutilación de la soberanía nacional que supondría el que Francia renunciase a la fabricación de armas atómicas". Francia —argumentan los adversarios del Euratom— caería al nivel de una pequeña potencia, incapaz de defenderse y no tardaría en convertirse en "una nación protegida".

Les afirma en esa posición el hecho de que Francia es en ese dominio la cuarta potencia mundial, con un avance indiscutible sobre los demás países, excluídos los Estados Unidos, la Unión Soviética y la Gran Bretaña. Esta variante oposicionista expresada tal como acaba de ser resumida, se nutre además de la

desconfianza de ciertos círculos franceses con respecto al socialismo pacifista. Sosteniéndolo de lleno en la cuestión de Argelia y en su actitud fundamentalmente anticomunista, la derecha francesa no olvida que Guy Mollet en su declaración de investidura, al disponerse a formar su gobierno, y para conciliar los sentimientos de sus camaradas de partido, acentuó la vocación puramente civil que pensaba atribuir al Euratom y, por extensión, a Francia. La solución ideada por Spaak, maestro en la elaboración de fórmulas de compromiso, y que reduce a cuatro años el período en que los Seis se comprometen a no fabricar armas termonucleares, si satisfizo a los socialistas, no logró acallar el descontento de los "antieuropeos". A los socialistas sí, porque esperan que en esos cuatro años salga de la Comisión del Desarme de las Naciones Unidas un acuerdo sobre el cese de las explosiones experimentales atómicas e hidrógenas y un principio de convención de desarme que reste a la amenaza de la bomba su horrible actualidad de hoy.

Por fin, el 11 de julio de 1956 y por 322 votos contra 181, el proyecto del Euratom propuesto por el gobierno, pasó en el Palais-Bourbon. Salvo el partido comunista y la mitad de los radicales, el resto de la Asamblea se pronunció a su favor. Únicamente alguna voz aislada señaló el aspecto más grave del proyecto que, de hecho, coloca el abastecimiento de Francia en uranium bajo el control absoluto de Alemania. El uranium lo extraerá Francia de su suelo, pero la Alta Autoridad Atómica, cuyas decisiones son obligatorias para los Estados del Euratom, será la que decida, primero el precio en que se lo comprará a Francia y luego la proporción en que ha de ser distribuído entre los Seis.

### *Si fuese otra Europa*

El problema cambiaría considerablemente si la Europa unida que se quiere crear perdiese sus características actuales que la hacen tan sospechosa ante la opinión pública más avanzada del continente. En Francia, por ejemplo, la izquierda, exceptuando en este caso de ella a los socialistas, ha mostrado desde las primeras reuniones de Estrasburgo una hostilidad marcada hacia todo lo que era presentado como "europeo". El sólo hecho de que apareciese bajo la advocación de la Democracia Cristiana, en tiempos de De Gasperi, Robert Schuman y Adenauer, daba

ya a las primeras empresas europeizantes un matiz que reñía con el espíritu entonces todavía vivo de la resistencia.

Incluso tratándose del Euratom que, como hemos visto, por ir ligado a la gran revolución industrial de la era atómica, suscita mucho más interés que otras iniciativas unitarias, la desconfianza prevalecía entre quienes no querían dejarse complicar en una nueva manifestación de la cruzada antisoviética. A través de las consideraciones y argumentos de orden técnico, se percibían motivos políticos y como un intento de los antiguos partidarios de la C. E. D. (Comunidad Europea de Defensa) matada en el Parlamento, de saldar sus cuentas resucitando bajo otra forma "la pequeña Europa germano-vaticana", como la llama el director de *France-Observateur,* Claude Bourdet, uno de los animadores de la *Nouvelle Gauche* (la nueva izquierda).

El motivo alemán surge y resurge cada vez que en el examen del problema se pasa al estudio de la relación de fuerzas. Son muchos los que temen que de seguir administrando la concepción de la unificación los que hasta aquí han actuado de sus ángeles guardianes, política, social y económicamente, los Estados de la "Pequeña Europa" deberán poco a poco alinearse bajo Alemania. En último término será el Ruhr el que domine. Ya en la C. E. C. A. (Comunidad Europea del Carbón y del Acero) la influencia francesa comienza a declinar mientras aumenta la influencia alemana.

Una Alemania bajo el casco atlántico, con la política exterior norteamericana reteniendo como sus dos objetivos constantes, en medio de tantos zigzags y contradicciones, la resurrección del antiguo ejército prusiano y el mantenimiento de la dictadura franquista en el poder, difícilmente puede ser considerada por los países tradicionalmente invadidos por ella como un asociado favorito. Al menos que su presencia en la Europa unida sea compensada por la de otras potencias capaces de medirse con ella.

Tenía que ser un líder de la estatura de Churchill quien introdujese en este laberinto de la europeización una nueva idea, constructiva y orientadora. A fuerza de fallar los socialistas gubernamentales, es a veces del lado conservador de donde cabe esperar una superación de la mentalidad que inspiró la guerra fría. El mismo que inventó lo de la "cortina de hierro" y que en su famoso discurso de Fulton (1946) colocó la primera piedra de la alianza atlántica, fue el primero de los estadistas occidentales (el 11 de mayo de 1953) en lanzar la idea de una

conferencia "en la cúspide" que debía conducir, en julio de 1955, a la Conferencia de Ginebra.

Fue él también quien esta primavera, en Aix-la-Chapelle, al declarar con firmeza que el occidente no se dejaría arrastrar a una nueva guerra para asegurar la unificación de Alemania, evocó la posibilidad de una "Gran Europa", en contraste con la "Pequeña Europa", que incluyese la Unión Soviética.

Es probablemente esa perspectiva la que está llevando al partido comunista francés a revisar su actitud respecto a los europeos. En su informe ante el reciente congreso de Le Havre, Thorez anunció que los elegidos comunistas iban a tomar su sitio en el Consejo de la Europa. En Italia, Foa, secretario de la Federación de la Metalurgia Italiana, escribía en *Unità*, el órgano comunista, que la C. E. C. A. que "había sido en el pasado inmediato un simple instrumento al servicio de una organización militar determinada", podía ser considerada de otra manera bajo la perspectiva de la "détente", de la disminución de la tensión internacional.

El socialismo de izquierda, por su parte, había con anterioridad planteado la cuestión de la conveniencia de ensanchar la base europea haciendo sentir sobre los diversos esfuerzos en esa dirección la influencia de las masas. En el mes de mayo Nenni declaraba ante el Comité Central del P. S. I. que la clase obrera debería de interesarse positivamente en "la construcción de la Europa", siempre que el Euratom y otras empresas unitarias parecidas no fuesen convertidas en instrumento de guerra.

Una Europa unida, al servicio de la recuperación económica, de la planificación, del progreso científico y de la paz, difícilmente podría ser, en efecto, concebida sin que tuviese una gran palabra que decir en ella el proletariado, la clase ascendente.

# EL PROBLEMA DE ARGELIA

Por *Palma GUILLÉN DE NICOLAU*

CUANDO llegó, al terminar la Segunda Guerra, la hora de repartirse el botín, las potencias triunfantes no sabían qué hacer de la Tripolitania. Ninguno veía con buenos ojos que la colonia italiana quedara en manos de otro y, para que no fuera de éste o de aquél —todos tenían igual derecho, puesto que ninguno lo tenía— resolvieron hacer de ella un Estado independiente. Nació así como nación la Libia actual: un invento de Inglaterra como la Jordania... Pero ¿por qué Libia Estado independiente, y Marruecos, Túnez o Argelia, no? Como países con personalidad y con historia, con mayores recursos económicos y con población más numerosa y coherente, cualquiera de ellos tenía, si no mayor, igual derecho. Brotó de allí o más bien, se empezó a organizar a partir de ese hecho, la lucha por la independencia de todos los países nordafricanos —lucha que es uno de los aspectos más importantes del movimiento mundial contra el colonialismo.

Inglaterra y Holanda se dieron cuenta a tiempo de la ola que se les venía encima y se adelantaron a solucionar el problema. Los ingleses organizaron la Comunidad Británica en su forma actual, dando la independencia a los diferentes dominios de la Corona y conservando así el predominio económico y político necesario para su supervivencia y lo mismo hizo Holanda. Francia, por razones diversas, especialmente de orden interno y también por una especie de ceguera voluntaria, en lugar de organizar a tiempo su imperio colonial dentro de normas modernas a fin de conservarlo, ha querido defenderlo por las armas. Pudo haber resuelto el problema de Indochina y el del África del Norte concediendo a tiempo, en un plano de buena voluntad, lo que tuvo que dar después por la fuerza cuando ya había corrido mucha sangre y el odio y el rencor se habían exacerbado en forma terrible. Los gobiernos derechistas que tuvieron en sus manos el destino de Francia en esos años de crisis, no qui-

sieron resolver el problema por vía pacífica. Fue necesario el tremendo fracaso de Indochina y la llegada al gobierno del grupo de Pierre Mendès France para que el país se diera cuenta de que tenía que cambiar de política. Francia aceptó negociar después de tres o cuatro años de "cette drôle de guerre" que dicen los franceses: una guerra que no es guerra, en la que el ejército regular no encuentra nunca o casi nunca al adversario y tiene que batirse contra un enemigo ubicuo que no hace frente y que está en todas partes y no está en ninguna... La guerra de guerrillas que es la misma siempre en todos los países que luchan por su independencia, esa guerra que parece no tener jefes, en la que no hay generales o cualquiera lo es y, en la que todas las fuerzas dispersas están unidas por un sentimiento común, por un estado de ánimo, contra el cual no pueden nada los tanques ni los aviones.

Francia entró en negociaciones con las autoridades de Marruecos y de Túnez y está ya estudiando el estatuto para sus colonias del África Central y de Madagascar, en donde tiene que obrar pronto también, antes de que ocurra en ellas lo que en Indochina y en el Maghreb, y de que "un Bourguiba del Cameroun —ha dicho algún diputado francés— nos hable de 'interdependencia' "... Se ha decidido a apartarse del gobierno de los protectorados aceptando que es *extranjera* en Túnez y en Marruecos. Lo que no acepta es que su situación sea la misma en Argelia. Argelia —dicen las autoridades francesas— no es ni colonia ni protectorado. *Argelia es Francia.*

Cuando los franceses conquistaron el territorio de lo que hoy es Argelia, unos 300,000 berberiscos, árabes y africanos sin asiento fijo, tribus dispersas y en su mayoría nómadas, diezmadas por el paludismo y el hambre, viviendo de la piratería y la rapiña, paseaban su miseria bajo el dominio y la explotación despótica de los caídes por el vasto territorio desnudo. Ciudad antigua, no existía ninguna fuera de Constantina —botín hoy de unos, mañana de otros— y de Argel, puerto de piratas. Las tribus nómadas gobernadas por sus caídes, no constituían un *país* como Marruecos o Túnez. Los franceses alegan que ellos han hecho de Argelia un país en donde hoy viven y prosperan 8 millones y medio de musulmanes y un millón y medio de franceses. La población musulmana ha podido crecer y organizarse gracias a Francia —dicen—, al saneamiento del territorio hecho por Francia; a la agricultura creada y desarrollada por los franceses que se han trasplantado al territorio con sus familias y viven en

él desde hace tres o cuatro generaciones; a los caminos construídos y a las industrias establecidas allí por los franceses; a las ciudades, a las escuelas, los hospitales y las universidades, obra toda de los franceses... Desde hace unos cien años Francia amalgamó Argelia al territorio de la Metrópoli: Argelia está constituída por tres departamentos —Constantina, Argel y Orán— que son parte de Francia, departamentos franceses como los Bajos Pirineos, Seine-et-Oise o Normandía. La incorporación se hizo en la Tercera República. Ésta no obstante y aunque los franceses de Argelia lo sean tanto como los de la Champagne, la población musulmana (8 millones y medio de árabes y berberiscos), en su mayoría, se siente *otra cosa*, se rige por la Ley del Corán y vive a su manera. Fuera de un grupo que se ha enriquecido con ayuda de los franceses y que hace causa común con éstos, la gran masa de los que trabajan lo mismo en las ciudades que en el campo, los que han sido las manos, si no la mente, en la obra de la civilización argelina, los dominados ya por musulmanes poderosos, ya por franceses; los explotados, ésos saben y sienten en su propia carne que *no son franceses*. La desigualdad social es enorme en el conjunto de la población y la desigualdad política existe también aunque los franceses digan que los tres departamentos son idénticos a los departamentos de la Metrópoli. En lo tocante a la representación política hay, para las elecciones internas y externas, dos colegios electorales; uno para los franceses y otro para los musulmanes; cada colegio elige el mismo número de representantes, lo que da una representación desproporcionada e injusta: un millón doscientos mil franceces tienen igual número de representantes que ocho millones y medio —casi 9 millones— de musulmanes argelinos. Los puestos públicos están todos en manos de franceses, etc. Por esto la rebelión argelina tiene un aspecto marcadamente social. La guerra de Argelia es la guerra de los "fellagas", es decir: de los trabajadores, de los jornaleros, de los peones que cultivan las granjas, cuidan los caballos, hacen el vino, el aceite y el azúcar y abren los caminos. Es una guerra contra los explotadores extranjeros y contra sus aliados musulmanes, y por esto mueren tantos, si no más, musulmanes, que franceses en ella. Es también un guerra religiosa porque se hace en nombre de Allá y con la fuerza del Corán. El aspecto político lo representan los jefes intelectuales que en su mayoría manejan la revuelta desde afuera hablando en árabe por la *Voz de El Cairo* y proporcionando armas y fondos para la resistencia.

Las órdenes llegan por el aire en la lengua del país y en nombre de Allá y, para obedecerlas, se alzan las tribus en las montañas, en las granjas los "fellagas" degüellan hombres, mujeres y niños, bandas armadas queman las casas en el campo, cortan de raíz las cepas de las viñas (planta prohibida por el Corán); cercenan a ras de tierra los olivos que tardan 20 años para producir; arrasan los sembrados, vuelan puentes, destruyen vías férreas y matan centenares de cabezas de ganado. Los cultivadores franceses, durante la noche, se van a los poblados y las granjas son ocupadas por piquetes de soldados. Pero la gente de tropa es o era argelina... Durante la noche los soldados degüellan a sus oficiales franceses o argelinos leales a Francia, y abren las puertas de las granjas a los rebeldes. En un cincuenta por ciento las tropas mandadas de Francia para contener los desórdenes, han desertado, pasando con sus armas a engrosar los grupos rebeldes, razón por la cual, ahora se piden soldados franceses porque se piensa que los senegaleses pueden no ser tampoco muy seguros. Pero la llamada a las filas de la gente joven provoca profundo disgusto y dolor en la Metrópoli. Francia tiene poca gente joven y entregarla para esta guerra cruel e inútil representa un enorme sacrificio al cual muchos franceses no quieren prestarse.

¿Qué es lo que el gobierno francés ha decidido hacer en estas circunstancias? Las elecciones generales fueron hechas en Francia bajo el signo de la paz en Argelia. "Vota por la paz en Argelia" —decían los prospectos de propaganda de los socialistas y de los radicales-socialistas.

Al formar su gobierno el socialista Guy Mollet hizo una visita a Argelia "para tratar de acabar con el clima de incomprensión y de desconfianza que persiste entre Argelia y la Metrópoli", estudiar *de visu* la situación y hacer comprender a argelinos y franceses "la inquebrantable voluntad de presencia y de evolución" de Francia en Argelia... Se había designado al general Catroux, Gobernador (los tres departamentos tienen su asamblea y su gobierno propios), en substitución de Jacques Soustelle; pero la población francesa de Argel recibió al Presidente del Gobierno con una manifestación tumultuosa que tuvo casi caracteres de motín en contra de la designación de Catroux. El gobierno, impresionado por la violencia de los residentes, cedió designando en lugar de Catroux a Robert Lacoste, socialista también. Guy Mollet permaneció una semana en Argelia y a su regreso hizo importantes declaraciones ante la Asamblea

exponiendo la política que el Gobierno se propone seguir para resolver el problema argelino. Las declaraciones analizan todos los aspectos de la situación, haciendo hincapié especialmente en la situación económica y social en la cual piensa Mollet, como buen socialista, que residen a la vez la causa y el remedio de la crisis actual. Según Mollet son la miseria y, sobre todo, la injusticia, las causas del movimiento argelino de independencia. "Argelia sufre más por la injusticia que por la miseria —ha dicho. Argelia es un país subdesarrollado y sus recursos son insuficientes para su actual población. El reparto de la riqueza muestra una desigualdad muy notable, pues mientras la población europea y un pequeño grupo de la población musulmana, tienen ganancias similares a las de los habitantes de la Metrópoli, la gran masa de la población carece hasta de lo más necesario. Dos estructuras económicas coexisten en Argelia casi sin relación la una con la otra: una economía moderna que proporciona a los europeos y a una minoría musulmana, pingües ganancias, y una economía musulmana, aislada y arcaica de la que la mayoría de la población obtiene recursos irrisorios. Un millón de hombres no tiene trabajo ni encuentra su lugar en la actual estructura económica. Mollet piensa que lo primero que hay que hacer es dar de qué vivir a ese millón de hombres iniciando inmediatamente "un gran programa de pequeños trabajos": restauración de suelos, pequeñas irrigaciones, fuentes de agua, nuevos cultivos y, a la vez, multiplicación de los centros de mejoramiento social y formación profesional del campesinado musulmán, etc. Entre tanto esto se organiza, el gobierno ha decidido hacer repartos inmediatos de alimentos que proporcionará la Metrópoli. Enseguida vendrá el desarrollo de un vasto plan de reforma agraria y, completándolo, un plan de industrialización. El gobierno ayudaría para la implantación de industrias nuevas acordando facilidades especiales y procuraría un mejor reparto de los recursos en favor de los asalariados agrícolas, cuyo salario garantizado es hoy de 340 a 427 francos al día, según las zonas. Este salario será inmediatamente mejorado y los trabajadores rurales gozarán de alocaciones familiares y de otros servicios. (Nosotros mexicanos, sabemos por experiencia, que un plan semejante no se puede realizar de la noche a la mañana). Este plan, además, no depende exclusivamente del Gobierno. Para cumplir todas estas promesas, Mollet necesita contar con la buena voluntad de los franceses residentes en Argelia. Ahora bien, muchos de estos franceses lo único que

quieren es que las cosas no cambien y la protección que exigen de su gobierno es precisamente para mantener el *statu quo*. No quieren la igualdad política porque el voto proporcional los anegaría y no quieren tampoco la justicia social, que implicaría la nacionalización de los grandes dominios en los que ellos viven como señores feudales; la repartición de la tierra y la desaparición de la mano de obra barata, fuente de su riqueza. A estos franceses Mollet les ha dicho, desde la Asamblea, que es absolutamente necesario que la situación cambie borrando la injusticia y la desigualdad y haciendo que los musulmanes de Argelia alcancen la dignidad del hombre libre, para lo cual, además de mejorar el nivel de vida, se dará a estos hombres, a quienes no se ha discutido nunca la igualdad frente a los deberes, la igualdad frente a los derechos. Será establecido con este objeto el colegio único de electores para que la masa musulmana tenga una representación proporcional y justa en el gobierno y, en cuanto el país esté pacificado, se harán nuevas elecciones... En el orden administrativo se han dado órdenes inmediatas para que las dos terceras partes de los empleos y puestos públicos, hasta hoy reservados a los franceses, pasen a los musulmanes. "Hay que hacer efectiva y real —dice Mollet— la comunidad franco-musulmana".

Entre tanto, el gobierno no acepta negociar ni parlamentar con los rebeldes. Su plan es restablecer el orden público y mantenerlo, expulsando —dice Lacoste— a los rebeldes, proteger vidas y haciendas y volver al país a la normalidad "dando confianza a las poblaciones, lo mismo a la francesa que a la musulmana", para lo cual se han llevado a Argelia nuevos contingentes militares. Actualmente hay casi 400,000 soldados en Argelia, aunque el propio Mollet ha reconocido que "el ejército no puede acabar con el terrorismo".

Por su parte, el Frente de Liberación que dirige la rebelión de los "fellagas", exige, para poner fin a las hostilidades, que el Gobierno Francés reconozca *incondicionalmente* la independencia de Argelia y lo mismo han pedido en tumultuosa manifestación los argelinos de Francia, que en su mayoría obedecen a los jefes del Movimiento Nacional Argelino. Después de reconocida ésta—ha dicho Fehrat Abbas por la Radio de El Cairo y también, según se dice, en entrevistas secretas con Lacoste—, se entablarían negociaciones "de gobierno a gobierno". Los franceses de Argelia tendrían que optar entre la ciudadanía de origen o la argelina. Frente a estas exigencias el gobierno fran-

cés declara que los dirigentes del Frente de Liberación no son los representantes autorizados y legítimos de los 9 millones de musulmanes argelinos y, sobre todo, que no pueden serlo mientras no depongan las armas. "El gobierno francés —ha dicho Mollet en su informe ante la Asamblea— reconoce y respeta la *personalidad argelina* y anuncia solemnemente a europeos y musulmanes que el contenido de esta *personalidad* no será en ningún caso fijado unilateralmente". Ofrece tratar sobre el régimen futuro de Argelia "con los representantes auténticos de la población designados en elecciones leales y controladas"... "Nosotros no escogeremos a nuestros interlocutores; éstos serán designados por el sufragio universal en elecciones libres" y, para asegurar la igualdad de los derechos políticos de los musulmanes, ofrece el establecimiento del colegio único y la libertad y la lealtad en los escrutinios, "que serían rigurosamente garantizadas y controladas por todos los medios de que el gobierno y el parlamento disponen".

El gobierno francés no quiere oir hablar ni de secesión ni de separación ni de federación en el problema argelino. En varias ocasiones Mollet ha precisado que la unión entre la Francia metropolitana y Argelia "*insoluble*". "El gobierno luchará porque Francia permanezca en Argelia y Francia permanecerá". "No hay porvenir para Argelia sino con Francia" —ha dicho textualmente. ¿Qué sería de Francia sin Argelia? ¿Y qué de Argelia sin Francia?

No quieren tampoco oir hablar de "negociaciones" porque dice que no hay con quien negociar, que no hay *una resistencia argelina* sino bandas con jefes diferentes, que lejos de cooperar los unos con los otros buscan anularse entre sí para poder ostentar solos la representación del movimiento. Y es cierto que el Frente de Liberación Nacional y el Movimiento Nacional Argelino son o fueron enemigos; pero, actualmente, la resistencia argelina está dirigida en el terreno militar por un estado mayor centralizado cuyos dirigentes están en El Cairo. Los jefes pasan por Libia frecuentemente, y están en contacto directo y permanente con los grupos rebeldes especialmente uno de ellos: Mohamed Ben Bellah, antiguo teniente del ejército francés, que es el que ha organizado a los grupos que, a las órdenes de diversos jefes operan en Kabilia, en la región de Tizi-Ouzou, en el Fuerte Nacional y en las montañas Aures, en la zona oriental. El otro jefe —el del Movimiento Nacional Argelino que agrupa especialmente a los argelinos de Francia—, es Messali Hadj, a

quien siguen también muchos grupos de rebeldes de Argelia. Las divergencias entre el Frente de Liberación y el Movimiento Nacional de Argelia, no son diferencias de fondo. Los dos piden la instauración de la soberanía y la nacionalidad argelinas; pero los del F. L. tienen más fuerza porque son los que reciben de Egipto armas y créditos para sostener el movimiento.

El 22 de marzo el embajador de los Estados Unidos en Francia, Douglas Dillon, intervino abiertamente en el conflicto, manifestando la simpatía oficial de los Estados Unidos hacia el gobierno francés en el problema *del África del Norte y en especial del argelino.* El embajador Dillon ha dicho "que los Estados Unidos, se regocijan de ver a Túnez y a Marruecos recuperar una independencia dentro de la cual podrán negociar libremente sus relaciones de 'interdependencia' con Francia" y, con un vigor inesperado, añadió refiriéndose a Argelia: "Los tres departamentos de Argelia forman parte integrante del territorio francés: 1.200,000 franceses viven allí al lado de más de 8 millones de musulmanes y esta coexistencia plantea un problema extremadamente arduo y complejo. Doy a Francia la seguridad de que puede contar con nuestro apoyo en la tentativa para llegar a una solución liberal de esta espinosa cuestión". Después de esta aprobación de principio, se refirió a la política del Gobierno que busca —dijo— una *solución pacífica* del problema mediante la organización de elecciones libres. . . "Tales elecciones —únicas compatibles con los ideales de libertad y justicia tan caros a los Estados Unidos como a Francia, no pueden celebrarse mientras reine el desorden. Los Estados Unidos desean ardientemente que la paz y la calma puedan ser establecidas en el campo argelino a fin de que la solución propuesta por el gobierno francés se realice". Condenó después al terrorismo declarando explícitamente "que los que se entregan a tales actividades se equivocan al creer que tienen la aprobación de los Estados Unidos o de una fracción cualquiera de nuestra opinión pública".

Los periódicos de derecha llaman a esta declaración "la respuesta a Lafayette" y la elogian calurosamente sobre todo porque deja sentado que los Estados Unidos reconocen los derechos de Francia en el África del Norte y, sin hacer referencia a ellos, desmiente los rumores que muchos propalan acerca de que los Estados Unidos favorecen el desorden y la rebelión en el África del Norte porque quieren ser los herederos o los subs-

titutos de la influencia de Inglaterra y de Francia en el continente africano y en el Medio Oriente.

Los periódicos de izquierda atacan la actitud del Gobierno y su *neo-colonialismo liberal.* Dicen que Francia debe dar a Argelia su estatuto de autonomía antes de que la ruina y la matanza la obliguen a ello y aseguran que no lo hace especialmente por miedo a los franceses de Argelia...

Al argumento del Gobierno de que no hay en Argelia una *resistencia unificada* sino "bandidos fuera de la ley" y bandas dispersas cuyos jefes se combaten entre sí, contesta que, en el momento en que Francia quiera tratar, aparecerá el responsable como aparecieron Si-Bekkai y Bourguiba en Marruecos y en Túnez. Nombran a Fehrat Abbas y a Ben Bellah y sugieren que si Francia no quiere reconocer a éstos como jefes, puede aceptar la mediación propuesta por el Ministro indú Nehru. Nehru tiene una gran autoridad en el mundo árabe y puede ser, si no el interlocutor, sí el *mediador válido.* Nehru propone un cese de fuego inmediato de ambos lados y pide que los derechos de ambas partes sean debidamente respetados y salvaguardados. La dificultad para que el Gobierno francés acepte la proposición de Nehru está en que éste quiere que se reconozcan los derechos de la *entidad nacional argelina.* Los franceses cada vez que hablan de posibles arreglos, aceptan que existe una *personalidad* argelina, un *hecho* argelino, una *mayoría* argelina; pero reconocer la personalidad de un pueblo no es lo mismo que reconocerlo como *entidad nacional.* Para los franceses Argelia está constituida por la población musulmana y la población francesa juntas: argelinos son, por igual, los residentes franceses instalados allí desde hace cuatro generaciones y los musulmanes. Esto los rebeldes, que matan no sólo a los franceses sino a los musulmanes que están con ellos, no quieren aceptarlo. Los franceses piensan, además, que Argelia en manos de los árabes no podría subsistir por sí misma y tendría que caer necesariamente dentro de la esfera de acción de otro país —unos dicen Egipto, otros, los Estados Unidos.

¿Cuáles han sido los resultados de la política actual del Gobierno francés? Anotaremos algunos hechos.

Al ponerse en práctica la orden de entregar a personal musulmán las dos terceras partes de los puestos públicos, la reacción de los residentes franceses se hizo sentir enseguida. Los estudiantes de la Universidad de Argel, los mismos que recibieron a tomatazos a Guy Mollet en febrero, impidieron el

cambio de personal y la entrada de los estudiantes musulmanes en la Universidad de Argel y, en la lucha que trabaron con ellos, un estudiante musulmán fue muerto y varios heridos. Para protestar por estos hechos la Unión General de Estudiantes Musulmanes Africanos, que está constituída por los argelinos, marroquíes, tunecinos y malgaches que estudian en la Metrópoli, declaró la huelga y pidió a la Unión General de Estudiantes Franceses, de la que es miembro, su apoyo en favor de los estudiantes de Argel. Un grupo muy numeroso de estudiantes franceses se opuso y después de tumultuosas discusiones y de la renuncia de cinco miembros de la mesa directiva, la UGEF expulsó a la UGEMA de su seno.

El gobernador Lacoste ha organizado la defensa de la población civil por barrios en algunas ciudades argelinas; pero esto no ha disminuido el terrorismo sino al contrario y cada día muere mayor número de gente de ambos lados.

Los jóvenes soldados franceses caen en las emboscadas que, por todos lados, les tienden los combatientes "fuera de la ley" —que dicen las autoridades. Los soldados regulares bombardean y destruyen las aldeas de la Kabilia; pero el uso de la fuerza no ha conseguido el fin que se propone, o que dice proponerse el Gobierno, que es la *avenencia* de las poblaciones. La división se ahonda más cada día, no sólo en Argelia sino también en Francia misma, donde hay una atmósfera que, por momentos, parece de guerra civil, entre los partidarios de la defensa de Argelia a toda costa y los partidarios del cese de fuego y la conciliación.

El llamado a las armas de tantos miles de hombres y el abandono del trabajo por la mano de obra argelina, amenaza seriamente la economía francesa.

Los únicos que han recibido un beneficio inmediato son los grandes señores feudales de Argelia. Ahora tienen, en tierra argelina, cuatrocientos mil soldados para defender sus vidas y sus haciendas. Han ganado, cuando menos, tiempo, además de fuerzas para su defensa y pueden esperar que el *statu quo,* tan violentamente defendido por ellos, se prolongará por algún tiempo.

Pero lo que se juega en Argelia es el porvenir de Francia en el África entera, la salvación del vasto imperio que podría, tal vez, conservarse, dentro de una colaboración leal y equitativa con los pueblos musulmanes y con los pueblos negros. Éste, cuando menos, es el fin que el Gobierno francés persigue,

no la defensa de los privilegios de los residentes. Por el camino por el que van, los franceses podrían llegar a una conquista militar hecha a sangre y fuego; pero no al restablecimiento o al establecimiento de una convivencia entre las poblaciones. Francia sabe, además, que el Norte de Africa es un todo por la geografía y por el Islam que unifica a las poblaciones y que, o se la gana o se la pierde entera. Esto ha sido así desde el tiempo de los romanos. El Africa del Norte es un conjunto cuyos intereses se ensamblan unos con otros: mil lazos la unen; 1,200 años de historia lo prueban así. Por eso en Francia muchos piden que se siga en Argelia la misma política que se ha seguido en Marruecos y en Túnez hasta lograr la federación de la joven república argelina a la Unión francesa... Los que piensan así saben que con Argelia se perderá o se salvará la Unión francesa.

# PERU: TRASFONDO DE UNA TRAGEDIA

Por *Manuel SUAREZ-MIRAVAL*

Los diarios limeños del miércoles 27 de junio último consignaban en su espacio más visible el texto del siguiente Decreto Supremo Nº 3192:

El presidente de la república

En uso de la atribución que le confiere el inciso 2º del Artículo Nº 154 de la Constitución del Estado;

Considerando:

Que, invocando pretextos inadmisibles y sin fundamento, elementos interesados en trastornar el orden público están desarrollando un plan subversivo y cometiendo desmanes contra la vida y la propiedad;

Que es deber del Gobierno adoptar las medidas necesarias para conservar el orden público y prestar a la ciudadanía en general las garantías a que tiene derecho;

De conformidad con lo prescrito en el artículo 70º de la Constitución; y

Con el voto aprobatorio del Consejo de Ministros:

Decreta:

Suspéndense a partir de la fecha y por el término de treinta días, en todo el Territorio Nacional, las garantías declaradas en los artículos 56º, 61º, 67º y 68º de la Constitución del Estado.

Los Ministros de Gobierno y Policía, de Guerra, de Marina y de Aeronáutica quedan encargados de asegurar el cumplimiento del presente Decreto, dictando las medidas pertinentes al respecto.

Dada en la Casa de Gobierno, en Lima, a los veintiséis días del mes de junio de mil novecientos cincuenta y seis.

Manuel A. Odría — A. Villacorta

De este modo, y acercándonos lo más posible (casi asintóticamente) a lo risible, el Dictador peruano "suspendía" garantías que ya estaban monstruosamente cercenadas desde

el 27 de octubre de 1948, alfa de un abecedario de tiranía y cuyo lapidario omega vamos contemplando en estos días crepusculares de insania y vesianismo políticos.

Las Garantías Constitucionales que este enésimo Decreto odriesco suspendió, son las siguientes: "Art. 56.—Nadie puede ser detenido sino por mandamiento escrito y motivado de juez competente o de las autoridades encargadas de conservar el orden público, excepto en flagrante delito, debiendo en todo caso ser puesto el detenido, dentro de veinticuatro horas, o en el término de la distancia, a disposición del Juzgado que corresponda, el que ordenará la libertad o librará mandamiento de prisión en el término que señale la ley"; "Art. 61.—El domicilio es inviolable. No se puede ingresar en él sin que se manifieste previamente mandamiento escrito y motivado del juez o de la autoridad competente"; "Art. 62.—Todos tienen el derecho de reunirse pacíficamente y sin armas, sin comprometer el orden público. La Ley regulará el ejercicio del derecho de reunión"; "Art. 67.—Es libre el derecho de entrar, transitar y salir del territorio de la República, con las limitaciones que establezcan las leyes penales, sanitarias y de extranjería"; "Art. 68.—Nadie puede ser extrañado del territorio de la República, ni separado del lugar de su residencia, sino por sentencia ejecutoriada o por aplicación de la ley de extranjería". En la letra y en el espíritu estas disposiciones hace buen número de años que las venimos conociendo como "cultura general". En buena cuenta, desde el oncenio de don Agusto Bernardino Leguía hasta el del actual salvajócrata, como tan certeramente le calificara *La Noticia*, de La Habana, muy, pero muy breves interludios de respiro cívico se nos proporcionaron. Quien esto escribe, nació y creció bajo ese clima. Quien esto escribe sigue confiando aún que sus hijos, o los hijos de sus hijos, gozarán de la irrestricta libertad ciudadana. Mas eso pertenece al rubro de las suposiciones o ideales que los tiranuelos, los Perón y los Pérez Jiménez, los Trujillo o los Odría, los Batista o los Remón, se encargan de minusvalizar. Pero ello no tendría otra importancia que la de una lucha, severa o injusta, pero lucha al fin. En el caso específico del Perú, esta lucha ha devenido en farsa. Lo que podría catalogarse como Izquierda ha perdido (hace buen número de años) sus banderas más preciadas, y lo que se ha dado en llamar Derecha ha galvanizado sus intereses, sus prerrogativas y su conciencia gubernativa. Don Augusto B. Leguía, hechura o casi hechura del fundador del Partido

Civil en el Perú, empezó esta larga serie de frustraciones y sorpresas. Leguía significó el golpe más rotundo entre los grupos bien remunerados y provistos de la clase oligárquica más nefasta que ha tenido el Perú. Años atrás (y éste es uno de los capítulos más jugosos de esa "Historia Mundial de la Vergüenza" que algún día será la carta escolar de las nuevas generaciones americanas) las riquezas inherentes a nuestro suelo habían creado una flamante casta de potentados, a la vera del guano y el salitre y su entrega a los capitales extranjeros. Esa misma casta, acendrada en un trasnochado aristocratismo de cepa virreinal y sostenida en los repartimientos y encomiendas que la emancipación dejara intactos, no fue renovando sus "cuadros" —como en jerga actual se dice. Sería Leguía (oriundo del departamento norteño de Lambayeque y uno de los más feraces y anchurosos de nuestra desértica costa) quien auparía tras él algunos nuevos intereses; los ganaderos y agricultores de su provincia y, sobre todo, los cercanos a los intereses bursátiles que su contacto con empresas bancarias y aseguradoras mantenía desde sus inicios políticos. Y así como Leguía inauguraba la primera compañía de seguros del país (la "Sud América", de capitales brasileños y con sede en Río de Janeiro) a la vera de la dependencia de la veta económica extranjera, así su gobierno se caracterizaba por supeditarse al empréstito y a la concomitante entrega de nuestros recursos primordiales a los amos y vecinos. Estados Unidos pudo, así, sin encontrar la heroica resistencia de otros lugares (menos ricos pero más íntegros) engarfiar sus intereses mineros (Cerro de Pasco Copper Corporation), de subsuelo (La Brea, Pariñas, International Petroleum), agrícolas (Grace y Cía., que se apoderó de los ubérrimos valles del departamento de La Libertad, ¡oh ironía!), bursátiles (Anderson Clayton en algodón, por ejemplo) y "culturales". Ya en ese lapso U. S. A. domeñaba los posibles brotes libertarios y coadyuvaba a afianzar un gobierno impopular, nepótico, corrupto y absorbentemente unitario y centralista. Es con Leguía con quien comienza la supeditación de los intereses provincianos a las galas y lujos de la sensual y despreocupada Lima de los virreinatos de todo orden. La crisis internacional de 1929, que estranguló los nervios centrales de nuestra economía en sus países de origen, liquidó a sus lacayos y servidores latinoamericanos: fue la etapa en que los pueblos pudieron solazarse con la caída a pique de los Machado, los Gómez, los Ibáñez o los Leguía. Pero en el Perú eso no significó

proceso alguno. Aquí, sujetos como estábamos a los episodios de lucha callejera y sensacional, adheridos a las impresiones visuales antes que a las conceptuales, obsesos por las jornadas bulliciosas con olvido de los fecundos aportes revolucionarios, menos aparatosos pero más certeros, nos prendimos a la algarada que significó la Revolución de Arequipa, encabezada por el, en ese entonces, comandante Luis M. Sánchez Cerro. En buena cuenta, era un ex abrupto con antecedentes primeros del mismo protagonista (que le habían costado un encarcelamiento en la isla peruana sobre el Lago Titicaca, Tequila) y que ponían sobre el tapete la inocultable popularidad de un personaje que correspondía al concepto tan prestigiado en el país del "caudillo". Valiente hasta la temeridad, de extracción genuinamente popular, militar de excelente foja de servicios en el ejército español en Marruecos, Sánchez Cerro encandiló la atención del país. Basta releer las páginas de los periódicos de esos años: figuran entre las cartas y telegramas congratulatorios la flor y nata de la conciencia pública del Perú. La Junta Provisoria de Gobierno que reemplazó al depuesto Presidente, fue presidida por un personaje de indudable alcurnia moral: don David Samanez Ocampo. Le acompañaron en ese Gabinete de Emergencia, figuras como el poeta José Gálvez, el comandante Jiménez y otras figuras menos destacadas. En todos ellos latía un hálito de vigorización de las anémicas fuerzas cívicas y un reajuste promisorio de nuestra economía. Herederos de una fácil palabra, nos fue más fácil elucubrar la pieza oratoria que llevarla a la práctica (aunque esto añade, en general, a casi todos nuestros pueblos latinoamericanos). Así nació el Manifiesto de la Revolución de Arequipa, atribuido al Dr. José Luis Bustamante y Rivero, pero cuyo verdadero autor fue el general Alejandro Barco (elegido en estos días senador por el Departamento de Lima, en la lista encabezada por el Dr. José Gálvez) y cuyas correcciones sí corrieron a cargo de aquél.

Tras varios años de dictadura —omnipotente, como es costumbre entre nosotros— las masas del país se enfrentaron a unas elecciones presidenciales que contaron con la participación de cuatro candidatos: el flamante caudillo militar, los doctores José María de la Jara y Ureta, Hoyos Osores y el señor Víctor Raúl Haya de la Torre. De todos ellos, el último presentaba una miscelánica y azarosa existencia, puesta al servicio de las nobles causas y, lógicamente, arrastró tras de él la simpatía primero, luego la adhesión fervorosa y, por último,

la entrega incondicional de la juventud y los cuadros con mayor conciencia del momento histórico que se vivía. Ya en 1919, el estudiante provinciano que era Haya de la Torre, paseaba su inquietud social, su pobreza franciscana y su entereza juvenil por los claustros de nuestra Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Fue allí donde, viviendo al compás de los acontecimientos de la época (único modo de pautar la propia vida), Haya de la Torre y un grupo de jóvenes fueron tendiendo los primeros lazos de aproximación hacia las masas obreras. La tarea sindical de los obreros que, ya en 1912, habían obtenido la jornada de 8 horas en el vecino puerto del Callao, se encaminaban —claro está— a extender esta fundamental prerrogativa a los gremios restantes. En esa generación (y en la que nombres como Gutarra, Barba, Fonkén, Lévano, Ríos y otros, representan dosis diversas de una sola emulsión principista) los estudiantes recabaron sobre sí la tarea enorme de enseñar a los que no podían llegar a la quisquillosa y cerrada Universidad. Fue por idea de Haya de la Torre que el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, reunido en el Cuzco, y presidido por él, acordó la instalación de las Universidades Populares González Prada. Ya en esos meses, el líder de los estudiantes iba todas las noches hasta el distrito fabril de Vitarte a platicar y adoctrinar en las tareas de la nueva generación a los obreros. Fue un contacto con los malos entendidos, la indiferencia y las asperezas iniciales. Sin embargo, antes de una década esos mismos obreros irían a expandir por todo el país los lineamientos primeros y fundamentales del Partido Aprista Peruano. En 1930, varios líderes estudiantiles de la Reforma Universitaria (o de las luchas por esa misma Reforma) tomaban las posiciones directrices del nuevo movimiento. Luis Alberto Sánchez (cuyo leguiísmo se le ha encarado siempre) se adhirió al nuevo Partido. Manuel Seoane Corrales —que compartiera también la presidencia de la F. E. P. en los años iniciales de la tercera década—, Magda Portal, Luis Eduardo Henríquez, Serafín Delmar, Antenor Orrego, Alcides Spelucín, Rómulo Meneses, Manuel Arévalo, Carlos Manuel Cox, Jorge Muñiz, Cirilo Cornejo y centenares de nuevos dirigentes, formados en las luchas contra el oncenio, compulsaban mayoritariamente la opinión pública. Los avatares de las elecciones de 1930 (en los que se anuló la votación de los Departamentos de Tacha, Cajamarca y La Libertad) ungían Presidente Constitucional al comandante, luego coronel y, más tarde, asesinado general

Sánchez Cerro. Sin embargo, ya el pueblo empezaba a sentir la conciencia de su hasta ese día preterido poder. El Perú había asistido desde lejos a ese creciente desarrollo de la nueva doctrina de acción. El Apra aparecía, ante el Perú y América, como un definido movimiento de izquierda, marxista y revolucionario. Esbozado desde 1924 en cinco puntos fundamentales, regresaba al país de origen con lineamientos radicales y transformadores: la lucha antiimperialista, la unidad político-económica de los pueblos latinoamericanos, la nacionalización de tierras e industrias, la internacionalización del Canal de Panamá, la solidaridad con todos los pueblos y razas oprimidos del mundo... Pero la lucha antiimperialista era una sola enunciación que tenía que justificarse en el terreno, a la vera de Sandino y por entre esos episodios que Hernán Róbleto clavó en las páginas de *Sangre en el trópico*. Asimismo, la unidad político-económica de América Latina, encontraba jalones señeros en la prédica de Masferrer o en la de Manuel Ugarte, en la del Vasconcelos de la primera época o en la de Antonio Caso, en los esfuerzos de anfictionía de los centroamericanos y en la identificación de problemas que los intelectuales de avanzada respiraban mancomunadamente. La unidad político-económica, justo es decirlo, tenía primero que asentarse y fortalecerse en cada país de origen, pues, de lo contrario, caíamos en las frases rimbombantes, en los finales aplaudidos, en las metáforas de oropel, buenas para enseñas... hasta tanto se galvanizaran en la acción inmediata. A mi entender, este punto sirvió para exacerbar las sentimientos de unidad humana entre nuestros pueblos, acosados por los mismos peligros y con la espina dorsal sujeta a las mismas vértebras socio-económicas. La nacionalización de tierras e industrias, a su vez, pecó de frase excesiva y demagógica. Porque no se deslindaba entre tierras productivas o eriazas, entre industrias efectivas o ineficaces. No tomaba en cuenta la desigual fisonomía de nuestras regiones (de Sierra y de Costa) y en las que los salarios, los medios de cultivo, los accesos a los canales de regadío, no podían englobarse de conjunto ni resolverse con un simple decreto expropiatorio. De espaldas a un sentimiento científico y a un concepto tecnificado de Planificación, estos planteamientos sólo pretendían realizar la parte etiológica o diagnosticadora de nuestra realidad. Mas, no se tomaban en cuenta los substanciales aportes y profundos derroteros avizorados por el más torturado investigador de nuestra agonía: José Carlos Mariátegui. También, la internacionaliza-

ción del Canal de Panamá desviaba a un plano lejano y astronómico la verdadera sustancialidad del problema, que implicaba un desagravio a la república de Colombia a la que le había sido hurtado o un retorno al país de Panamá, único dueño y señor de esa faja de tierra. La solidaridad con los pueblos y razas oprimidos (lo que implicaba un subconsciente traslado de una realidad que era más nuestra que ajena) terminaba de sentimentalizar de lirismo y honda retórica los lineamientos políticos. Para resolver los problemas, en un discurso en la Plaza de Acho, Haya de la Torre programa sus dos etapas: los Planes Mínimo y Máximo, con fuerte impronta soviética y sujetando —para un pueblo huérfano de ideas propias— la solución de nuestros problemas al acomodo de las frases retumbantes. Ello, en un clima de libertades ciudadanas, no hubiera soportado el impacto de la crítica responsable y los planteamientos ideológicos severos y autorizados. En este mismo instante, el temperamento sanguinario o exacerbado del presidente Sánchez Cerro (aconsejado desde la sombra por los rezagos del Partido Civil) cometió el primero de una serie de errores (continuados hasta estos días), al tratar de liquidar por el plomo lo que había empezado a germinar en la conciencia del pueblo. El 8 de diciembre de 1930, el líder del Aprismo peruano pronunciaba en su ciudad natal frases que han quedado en la conciencia del Perú: "Gobernar no es mandar. Gobernar no es abusar. Gobernar no es convertir el poder en tablado de todas las pasiones inferiores. Porque al poder se llega con el oro o con el hierro. Gobernar es educar. Gobernar es llegar a la conciencia del pueblo. Y a la conciencia del pueblo se llega como hemos llegado nosotros. Con la luz de una doctrina. Con el ejemplo glorioso del sacrificio..." No había dilema. Los que integramos las huestes posteriores del aprismo pasamos bajo este arco de lucha y de esfuerzo. Era un llamamiento semejante al que años después universalizara Winston S. Churchill: el Aprismo sólo podía ofrecer sangre, sudor y lágrimas. Por eso entramos en mesnadas multitudinarias los grupos juveniles en los años que van del 30 al 40. En ese intervalo, no se discriminaba (no se nos dio tiempo tampoco) entre realización y profundidad auscultadora, entre buena y sana intención y oportunismo, entre consigna y fe cívica. Los asesinatos del presidente Sánchez Cerro (y cuyo cadáver presentaba señales de armas de fuego más próximas que las de su heridor aprista) y de don Antonio Miró Quesada y su esposa, tendieron sobre

los apristas el severo rótulo de terroristas. Encaminado el país por un sendero de sangre, y al que contribuyó con no poca sagacidad el general Óscar R. Benavides (sucesor de Sánchez Cerro y elegido en misterioso conciliábulo durante los minutos en que se asesinaba a aquél), los apristas no tuvieron otra alternativa que generar en clandestinidad una psicosis especial que si bien se acendraba en coraje y fidelidad, obnubilaban torpemente el discernimiento de las profundas transformaciones que se venían operando en la realidad socio-económica del Perú.

En 1939, el general Benavides instaló como sucesor en elecciones presidenciales (y en los que el voto popular no contó para nada) a don Manuel Prado Ugarteche. Como único adversario se tuvo al Dr. José Quesada, de la extrema derecha, cuyo periódico *La Prensa* se clausuró y cuyos partidarios fueron tan tenazmente perseguidos como los apristas. De esos años data el contacto entre algunos líderes del Apra y de la Unión Revolucionaria (Partido que apoyó a Sánchez Cerro, de indiscutible extracción popular y cuyo jefe, el Dr. Luis Alberto Flores, dio la orden de fusilamiento de ocho marineros apristas en una sonada rebelión de unos barcos de guerra peruanos).

El presidente entrante (y que acaba de ser reelegido por votos apristas en 1956) continuó, como el saliente, la persecución del Apra. El martirologio fue, así, subiendo de grado y la conciencia continental llegó a identificar aprismo con oposición. No ha sido cierto absolutamente. Entonces como ahora, numeroso contingente ciudadano iba prestando su simpatía y su apoyo al Apra porque, mal que bien, continuaba una línea justa de rechazo y repulsa a todo lo que significara pacto o entreguismo. En estos años de don Manuel Prado (repudiado por lo que el origen de su fortuna significaba, dado que su padre el general Mariano Ignacio Prado habíase apropiado de la colecta pública que el país había reunido para comprar barcos de guerra en la contienda del 79) el infidente, el esbirro, el conocido "soplón" campeó en las calles como nunca antes lo hiciera. Claro que antes se había tenido policía secreta, que los Fouché desempeñaban su versión peruana a su manera, pero habían cuidado de mantenerse a la sombra. Con el gobierno del señor Prado, época del tristemente célebre Damián Mústiga, torturador especializado de contingentes de izquierda, la crisis llegó a sus más altas temperaturas. En esos años se perdió a varios dirigentes de probada capacidad. Ya en el régimen anterior, el Aprismo había perdido el más alto valor

de todas sus épocas: Manuel Arévalo, probado conductor de trabajadores, leal mantenedor de sus principios e indiscutible representante de las fuerzas creadoras del nuevo Perú. Con él, se perdió la única esperanza de convertir al Apra en un poderoso movimiento constructivo, y se postergó indefinidamente la renovación de sus claudicantes cuadros dirigentes, convirtiéndolos en expresión de un cerrado círculo o camarilla de "amigos" o "íntimos". Planteada la disyuntiva histórica en este terreno, el Apra fue deviniendo en un celoso movimiento desorientador de las aspiraciones de la izquierda peruana. No extrañe, pues, que en 1945, cuando el cesante presidente convocaba a elecciones generales, el Apra apoyara un Frente Democrático Nacional en el que se contaba con el apoyo del general Óscar R. Benavides (y que iniciara la serie de pactos en los que el Apra se está especializando, esto es, con sus verdugos de antaño) y que se llevara a las Cámaras de Senadores y Diputados la más extraña fauna política del Perú. Fue con votos apristas que se ungió Senador por Lambayeque al Sr. Julio de la Piedra, reaccionario de pura cepa, millonario y típico representante de la explotación del campesino norteño y cuyo único mérito era el de ser cuñado de Luis E. Heysen, uno de los llamados grandes conductores del Apra y mediocre dirigente en el plano de la realidad que los años 1945 a 1948 pusieron al descubierto.

En 1945, pues, el Apra (al que se dio legalidad el 15 de mayo, días antes de los comicios presidenciales) asomó a la arena pública. Su jefe máximo, Haya de la Torre, tuvo que recorrer el Perú para convencer a sus afiliados que era conveniente apoyar al Dr. José Luis Bustamante y Rivero (jurista de probada capacidad, brillante diplomático y muy fino escritor), a pesar de que el mariscal Benavides terciaba en el compromiso y de que un grueso contrabando de arribistas, logreros y reaccionarios de todos los matices alboreaba sin cortapisas. Pero, como después de todo, lo único que importaba era realizar los grandes objetivos que se venían acariciando, de imprimir una nueva fisonomía a la realidad económica, con los consiguientes ajustes en la corrupta justicia peruana y el servil Parlamento Legislativo, las grandes masas ciudadanas y buen número de dirigentes aceptaron el compromiso. A regañadientes, había que conceder todas las alternativas para poder ocupar el solio gubernamental. Sin embargo, ya en esos primeros meses, el mejor novelista del Perú, Ciro Alegría, que había sabido de

las torturas físicas y mentales, de la prisión y el destierro, respectivamente, se apartaba públicamente del Aprismo y señalaba a la conciencia de América el trasfondo de insolente demagogia y el confusionismo mental que teorías tan peregrinas como la del espacio-tiempo histórico significaban. Era un signo de alarma. Pero entre el bullicio de la libertad recobrada sólo permaneció al atisbo de las conciencias más vigilantes del proceso revolucionario del país.

La condición con la cual el aprismo pudo salir a flote (aparte de un fallido movimiento revolucionario en la Base Naval de Ancón) fue la de cambiar de nombre: insurgió como Partido del Pueblo. Años atrás, cuando Haya de la Torre mantenía la virulencia que Luis Alberto Sánchez tanto ayudó a difundir desde las prensas de la editorial chilena de Ercilla, un artículo del Fundador del Aprismo (inserto en *A dónde va Indoamérica)* hacía hincapié en "La cuestión del nombre". El meollo de la tesis, sutil y persuasiva en su reconocida elegante expresión, era que la palabra escondía un trasfondo económico-político y social aplicado a los vocablos Hispano-América, Latino-América e Indo-América, como expresiones distintas de tres realidades diferentes y un solo Continente verdadero. Este sutil argumento revertió en sus faenas liberatrices de mayo de 1945. Entre el Partido del Pueblo y el Partido Aprista Peruano surgieron insondables distancias y se dio vuelta al paletó para acomodarlo al nuevo cuerpo transigente y acomodaticio. El 20 de mayo, ante miles de ciudadanos reunidos en la plaza San Martín de nuestra capital, Haya de la Torre iniciaba el dar validez pública al abandono de sus primeros reclamos. La nacionalización de tierras e industrias ya no existía, en su lugar "no había que quitar la riqueza a quien la tenía, sino crearla para quien no la tenía", con olvido imperdonable en quien se jactaba de sus fundamentos marxistas (por lo menos en lo económico) en el prólogo de su único libro medular: *El antiimperialismo y el Apra.* Ya antes, aprovechando el conflicto internacional y respondiendo al "good neighborough" yanqui, Haya abandonaba su incorruptible lucha antiimperialista de los mejores tiempos y la reemplazaba por el claudicante Interamericanismo Democrático sin Imperio, con su secuela criminal de adormecimiento de la conciencia expectante de los núcleos obreros, estudiantiles, profesionales e intelectuales comprometidos en esta lucha a muerte contra el imperialismo. Ganado por la palabra, Haya de la Torre, orador de brillante disposición

persuasiva, fue encadenando una serie de conclusiones que refutaban, desdecían o postergaban los planteamientos iniciales de la doctrina que le encumbrara. Esta buena disposición para los manejos e intereses norteamericanos y la sustitución de los sustanciales problemas por sus aspectos más anecdóticos y pasajeros, dictaminaron la buena disposición del Departamento de Estado, bajo cuyo influjo fue invitado varias veces a pasear al vecino país del norte. Por esos meses, Haya de la Torre emprendió una serie de giras a países hermanos, a los cuales fue llevando su lírica visión revolucionaria. Nada sobre el meollo fundamental de nuestra economía, de nuestra sociología, de nuestra política de conjunto. Frases —muchas de ellas hermosas—, frases y frases. Era el remedo politizado del parlamento hamletiano.

Los conflictos internos que esta nueva disposición engendraba no se tuvieron en cuenta. Cada vez más, el círculo cerrado, la camarilla, la "argolla" de los dirigentes autotitulados "máximos" iban interponiendo entre el propio jefe y sus colaboradores la cortina del acatamiento y la sumisión que habían condicionado los años de clandestinidad. No fue muy difícil enmendar o corregir algunas conductas indisciplinadas y así se llevó hacia adelante el bamboleante navío del partido que, a cada paso, dejaba tras de sí una bandera o reivindicación más. En este derrotero, figuras como Manuel Seoane Corrales o Luis Alberto Sánchez desempeñaron una acción destacada pero individual; fueron sus propios títulos personales los que abrillantaban sus acciones. Pero el Partido como tal, las fuerzas progresistas no incrementaban paralelamente su beligerancia y su férrea unidad. Es lógico que, bajo circunstancias tales, el líder máximo del Apra tendiera a considerarse en los planos de la infalibilidad. Convencido de la lealtad de sus seguidores y correligionarios, Haya de la Torre empezó a cometer sus errores políticos más vulnerables. Es la etapa en que empieza a pregonar en discursos, por calles y plazas limeñas, la necesidad de los "chicharrones gigantes", esto es, el ahorcamiento de sus opositores, del mismo modo que su personal dedicación es la de minar el poder del presidente electo con votos apristas, en una tentativa de incrementar su propio valor. A este respecto, nada más significativo que su discurso político pronunciado con ocasión de su natalicio (21 de febrero, víspera de su aniversario de cumpleaños) en el que manifestó que "la estupidez y la ignorancia son vicios que no se curan en las alturas del

poder", y en el que ampliaba un pensamiento de muy peligrosas consecuencias políticas inmediatas. Ya en 1946, con motivo de la famosa jornada por la libertad de prensa —bandera que el aprismo entregó cándidamente a sus adversarios—, y en la que miles de apristas hicieron acopio de hombría frente a unos pocos centenares de opositores que les hicieron frente, Haya de la Torre (tras el incendio por las turbas apristas del local y las maquinarias del diario *La Prensa)* manifestó en el discurso que varias emisoras radiodifundieron: "que ese era el camino (esto es, las balas, los palos y las piedras) que seguirían todos los que incurrieran en el pecado de oponérsele". Era el yoísmo en la dimensión totalitaria y la exacerbación de aquellas pasiones bastardas y subalternas que tanto había combatido en ocasiones anteriores.

Los tres años que el presidente don José Luis Bustamante y Rivero más mal que bien sobrellevó, se caracterizaron por el creciente estado de intranquilidad. Las fuerzas regresivas de la derecha peruana (controladoras absolutas de su economía) habían estado dando todos los pasos conducentes a provocar una carestía de los artículos de panllevar (dedicando al cultivo del algodón o del azúcar las áreas destinadas al sembrío de artículos de primera necesidad). Por otro lado, la prensa opositora marginaba muy de cerca la actitud de los experimentos de autogobierno que las Juntas Municipales Transitorias (reemplazos de tránsito hacia las municipales elegidas por votación popular, y que sustituían las vergonzantes Juntas de Notables que han gobernado nuestras comunas desde hace varias décadas) venían ofreciendo. Lógicamente, en un poderoso movimiento que había crecido en el clandestinaje, las condiciones de mesura, autogobierno, capacidad, eficiencia, brillaban por su ausencia, con muy raras excepciones. A ello vino a unírsele el asesinato del periodista Francisco Graña, en circunstancias que conmovieron profundamente la opinión pública y que reverdecieron los dicterios lejanos de terrorismo que siempre se inculparon al Apra. El juego inevitable de las pasiones personales, la tendencia al odio indiscriminado, la coacción como método de esclarecimiento, fueron arrinconando el incidente al ángulo más decisivo: las Derechas, hasta ese instante momentáneamente divididas por pugna de intereses, se unieron de manera vertiginosa y empezaron a fraguarse los lineamientos de dos gigantescas conspiraciones. Es la historia de esos dos

derroteros los que iluminan la conducta de todos los personajes de la política peruana en los últimos ocho años.

Por un lado, el sector más recalcitrante y reaccionario de la Derecha, los controladores de "la tierra", los usufructuarios de las divisas, los "barones" del azúcar, del arroz y del algodón, mantenedores de los bajos salarios a los campesinos o yanaconas, opositores tradicionales a la explotación del petróleo y a la explotación en su fase industrial de los yacimientos así como al establecimiento de la industria siderúrgica (por las obvias razones de los mejores salarios a percibir por sus explotados), estos gamonales y terratenientes de nuevo cuño, empezaron a tejer la maniobra clásica de la oligarquía peruana: el cuartelazo militar que defendiera sus intereses, canonjías y privilegios. En los primeros meses del segundo semestre de 1948 el régimen de control de cambios y restricción de divisas impedía a los ultracapitalistas hacendados manejar los bienes del Banco Central de Reserva a su antojo. (Claro que varios "manejos" se tejían a esa sombra, pero ello no invalidaba la defensa de nuestra escuálida economía, en orden a otorgar trato preferencial a los artículos necesarios y no a los suntuarios o prescindibles). Fueron esos trasfondos los que iniciaron "la bolsa" a la que Pedro Beltrán Espantoso, director de *La Prensa*, contribuyó en forma inicial y preponderantemente persuasiva. Los erogantes lograron reunir los ochenta millones con los que se financió la "Revolución Restauradora" que encabezara, sin derramar una sola gota de sangre, el general Manuel A. Odría. Fue, nunca más literalmente cierto, el Puente de Plata tendido al enemigo tradicional del pueblo peruano. Por esos agitados días, Víctor Raúl Haya de la Torre había logrado detener la normal trayectoria del Parlamento peruano al supeditar la discusión de los más importantes problemas peruanos al estudio de su "revolucionario proyecto" del Congreso Económico Peruano, en el que intervendrían capital, Estado y trabajo, por partes iguales y con el solo fin de regular nuestro engrandecimiento. Aparte la imposibilidad de repetir el milagro que el beato fray Martín de Porres, compatriota nuestro, hiciera para que ratón, perro y gato comieran cuotidianamente de un mismo plato, el Sr. Haya de la Torre, olvidaba elementales premisas socioeconómicas. Lecturas varias, digeridas sin mayor ahondamiento, no han logrado que Haya de la Torre se emancipe de su fácil verbalismo y su precipitación teórica. Haya de la Torre no comprendía, o no podía comprender, que en pueblos subsi-

diariamente dependientes como los nuestros, las tareas impostergables se concretaban (y se concretan) a la dación de medidas primordiales de cautela de las necesidades primarias: alimentos, viviendas, ropas, mínimos indispensables de la especie humana. Pero que a través de todo ello no podía olvidarse que al cambiar los hombres sus métodos de producción, o incrementar sus recursos de extracción o usufructo, ese mismo cambio afectaba sus relaciones económicas, base y definición de su conducta social. No podía captar que trabajo, capital y Estado no podían aislarse en categorías económicas autárquicas, y reunidas por los buenos oficios de un Congreso Económico paternal y providente, porque uno de dichos factores (el Estado) no es sino la expresión de las fuerzas o clases predominantes en la economía, llave ésta de toda política sustancial. Ello le acercaba bien que guardadas las distancias, al caótico planteamiento de Proudhon, quien también consideraba las instituciones como algo ajeno al proceso económico en sí. Nuestro desarrollo económico, circunstanciado a los permisos del imperialismo foráneo, no podía afrontarse en el mismo plano teórico de países más desarrollados. Haya de la Torre, cuya mentalidad telescópica le ha impedido siempre reconocer el trecho cercano y palpar la necesidad inmediata, traía por tierra sus lecturas de juventud. Llevado cada vez más a una crítica antimarxista (pero que hacía nacer de su nostálgica admiración al Tío Sam), olvidaba que las que él consideraba fuerzas o categorías actuantes de nuestra economía, sólo eran expresiones abstractas de una sola e indiscutible realidad: la de los usufructuarios de la tierra y la de los asalariados que bregaban por su rescate. Con el pretexto de bloquear la "maniobra aprista", un grupo de representantes de ambas Cámaras Legislativas dejaron de concurrir a las sesiones, impidiendo el quórum de apertura y sentando el precedente del "ausentismo" parlamentario. La gran mayoría de esos alquilones de nuestra política obtuvieron, merced a esa buena conducta, ser "elegidos" en las fraudulentas elecciones presidenciales y parlamentarias de 1950, que legitimaron el cuartelazo de Odría y ratificaron a sus segundones e incondicionales. (Como es sabido, no hubo candidatura de oposición en ese año). Digamos, antes de terminar, que el Congreso Económico, en un país como el Perú donde la única clase organizada es la usufructuaria, sólo conducía al establecimiento de un nuevo aparato burocrático. Era otra expresión más de los irrisorios caminos a los que conduce la inca-

pacidad dialéctica, la insuficiencia profesional y la fácil demagogia. Los problemas económicos, por ende políticos, por ende sociales, no eran los mismos que presidieran los lineamientos de 1924, 1930 o 1936. Nuevas agrupaciones se hacían presentes en nuestros estamentos sociales. Baste indicar que, consecuencia de la inflación paulatina, los intermediarios, los especuladores, emergían del fondo de sus núcleos de origen para convertirse en "nouve riches", con la consiguiente preponderancia en la "cosa pública". Fue un camino recorrido en ambos sentidos. Vivíamos, en las postrimerías de 1948, los mismos aconteceres que Mariano Azuela captara en su *Nueva burguesía*. Con la única diferencia de que en México se vivió una Revolución, se la llevó en la sangre y en la actitud. Y los líderes caían al lado de sus partidarios. No hurtaban el cuerpo al compromiso. Ni se alejaban del camino impostergable. Nosotros no vivimos ese ejemplo. Fuimos observando el fácil encumbramiento de las "argollas", de los círculos de compadres, de aquellos que utilizaron las vanguardias juveniles para sacrificarlas en la estéril concepción de los suicidios periódicos. Ante ese conflicto, que surgía de la desviación de los primeros pasos, los contingentes más sanos y teóricamente más capacitados del Apra, lo que pudiera titularse "el ala izquierda", elementos que detentaban los puestos más calificados de la Secretaría de Defensa del Comando Nacional del Apra, determinaron llevar adelante sus planes de organizar un movimiento revolucionario que retomara las banderas arriadas de los primeros tiempos antiimperialistas, destruyera los círculos viciosos que impedían a Víctor Raúl la visión clara del problema nacional y llevara adelante una política de acción. Era, en buena cuenta, la intensificación de los esfuerzos para llevar a cabo lo que Bolivia, pocos años más tarde, realizaría ejemplarmente. El libro del Mayor del Ejército Peruano, Víctor Villanueva, es bastante ilustrativo en estos entretelones. Lo evidentemente cierto era que, tanto la oligarquía como la izquierda se encaminaban en una lucha desigual hacia la toma del poder. Los primeros habían comprometido a todos los oficiales de alta graduación; los segundos, trabajando con los soldados y suboficiales, iniciaban contactos fructíferos con los elementos de la Marina de Guerra del Perú. Un movimiento revolucionario encabezado por generales (la única conspiración que Haya de la Torre siempre ha tenido en cuenta) debía producirse el 8 de octubre de 1948, día de la Marina del Perú. Cinco días

antes, los elementos de izquierda daban la orden de iniciar la revuelta. En la madrugada del domingo 3 de octubre, fuerzas de la marinería peruana en rápida acción tomaban el Arsenal y la Escuela Naval del Callao. El combate en las calles del puerto adquirió ejemplar sacrificio. Sin embargo, horas antes de la revuelta una llamada telefónica a la Prefectura de Lima denunciaba el movimiento como "comunista". Todos los elementos de izquierda han señalado a Ramiro Prialé, actual Secretario General del Apra, como el autor de dicha delación. Es uno de tantos "cargos" que estos próximos meses de ofrecida democracia deben aclarar.

En la noche del 2 de octubre, asimismo, altos dirigentes del aprismo se asilaban en algunas embajadas de países sudamericanos. El movimiento era aprista, los que combatían eran elementos probados, ¿a qué temían esos dirigentes? Esa misma noche, varias contraórdenes dadas desde lo alto del Partido del Pueblo, inmovilizaban en sus "bases" a miles de compañeros que ardían en deseos de ayudar a los beligerantes del vecino puerto. Otros compañeros eran entregados a las autoridades. Actuaciones como éstas lograban lo que no había podido jamás la derecha peruana: escindir al partido aprista. En buena cuenta, ponía de un lado a los elementos revolucionarios, ideológicamente marxistas, tradicionalmente combativos; del otro quedaban los compañeros acostumbrados al "hayismo", a la veneración incondicional al jefe, a la sumisión inconsciente. Era la secuela de muchos años de sacrificio, de probada lucha, de cárcel y destierro asimilados con entereza y esperanza constructiva. Pero los momentos no eran los necesarios para esclarecer posiciones ideológicas. El gobierno de don José Luis Bustamante y Rivero, en una de las pocas actitudes definidas que tuvo, puso fuera de la Ley al Partido Aprista. Nuevamente, las catacumbas esperaban al partido mayoritario del Perú. Cuando en los años posteriores Odría fue consultado para reincorporar a estas masas ciudadanas, se limitó a contestar que él no había puesto fuera de la Ley al Apra. ¡Sugestiva ironía! En tanto, el general Odría y sus conmilitones seguían fabricando la "Revolución". Los billetes pasaban de mano en mano y los militares se ubicaban en la mesa de los repartos que se avecinaba. El 27 de octubre la situación adquirió su fondo verdadero. El "background" escogido fue Arequipa, legendaria tierra de revoluciones. La mascarada se ensañó con esta farsa y el Perú pasó al poder de la Junta Militar Revolucionaria que durante ocho años

ha detentado el omnímodo Poder Ejecutivo. En 1950 cambiaron el rótulo por el de Gobierno Constitucional y Junta de Ministros, pero los figurones, incapaces y nepóticos, siguieron siendo los mismos. Durante los primeros años de su mandato, Odría obtuvo la Dación de la Ley de Seguridad Interior de la República. En función de sus dispositivos el 70% de los electores perdieron sus derechos cívicos. En base a ellos, en estas últimas elecciones presidenciales y parlamentarias se han invalidado varios representantes porque registraban "antecedentes políticos". Pero el problema fundamental, a mi juicio, estribaba en la subterránea pugna que empezó a plantearse entre los cuadros dirigentes del Partido del Pueblo. Una vez más, la revolución se postergaba, pero en esta primera oportunidad eran los traidores de las propias filas los que magnificaban en la propia conciencia revolucionaria el descalabro.

Los años odriescos se han caracterizado por la secuela rutinaria de los tiranuelos latinoamericanos. Opresión, demagogia, prensa vendida, corifeos sumisos y neronianos, depredación de los bienes nacionales, entrega de las riquezas del subsuelo al imperialismo yanqui: millones de hectáreas de la selva al "concesionario" Le Tourneau, millones de hectáreas de yacimientos petrolíferos a la central o a las subsidiarias de la Standard Oil, miles de hectáreas de los yacimientos de hierro de Marcona, con el puerto de San Juan, así como otros miles de hectáreas de cobre y carbón en Toquepala, Quellaveco y otros lugares, a la Cerro de Pasco Corporation, a la Smelter Mining Company, etc. Es de no acabar el hacer la enumeración de nuestra progresiva entrega al capitalismo extranjero. En el intervalo, Odría, el general Noriega y todos los generales que le han acompañado, han obtenido esas fortunas (50, 60 ó 90 millones de dólares) que la revista *Time* denunció desde el mismo Estados Unidos. Eso sigue siendo aún el señuelo de la Presidencia en el Perú: el robo, sin trabas ni censores, de los dineros del Erario Nacional. Una revisión a las fortunas más sólidas del Perú encuentra la principal fuente incrementadora en las arcas del Fisco. Es una lotería en que los militares siempre han hecho el papel de dioses favorecedores o intermediarios muy bien remunerados. De ese modo, írrito y vergonzante, la conciencia del pueblo fue asimilando el profundo desprecio a todo lo que lleve uniforme. Hace poco, una ley del Gobierno otorgaba treinta sueldos de indemnización a todo militar que pasase a retiro por límite de edad. Aparte del sueldo íntegro y del montepío para los suce-

sores legales, es una nueva carga para el país, para los contribuyentes, para las fuerzas productivas, de más de tres millones de soles diarios. Pero es justo reconocer que en este abalanzamiento sobre el festín de los dineros nacionales, los elementos civiles que han participado de los favores del régimen (y hay nombres como Alejandro Esparza Zañartu, definitivamente envilecido por el juicio de la ciudadanía y la conciencia de los hombres no venales, como Temístocles Rocha, como David Aguilar Cornejo, como Héctor Boza, como tanto y tanto analfabeto de la ética) lo han hecho con la misma voracidad que los elementos castrenses.

Pero no es un clamor contra la rapiña lo que provoca la situación política actual. Hay algo más que el natural rechazo al delito en el substratum de la opinión pública de hoy. En buena cuenta, hay una tendencia o proclividad del ánimo a soportar estos males crematísticos como una secuela de equivocaciones que vienen de lejos. Lo que no se soporta, lo que no ha querido seguirse teniendo al frente, es al enemigo número uno del pueblo del Perú: el Ejército. Esta es una situación análoga —terriblemente análoga— a la de los Batista, los Rojas Pinilla o los Castillo Armas. Es el predominio absoluto y absorbente de la única institución "organizada" en el país. Por ello, las conciencias vigilantes de la función esencialmente cívica e institucional de los ciudadanos, convergieron en una Declaración de Principios que se hizo pública el 20 de julio de 1955. En ella se sostenía la indeclinable voluntad democrática de nuestro pueblo y la promesa de bregar incansablemente por la restitución de tres prerrogativas vulneradas. Se postulaba la necesidad de la Derogatoria inmediata de la monstruosa Ley de Seguridad Interior de la República, la amnistía política y el restablecimiento de sus derechos ciudadanos a todos los que, por razón de sus ideas, lo han perdido en estos últimos años. Como era de esperarse, el Gobierno hizo caso omiso de esta valiente declaración y empezó desde "su" diario o pasquín cuotidiano (y cuya venta jamás ha llegado a las cinco cifras, aunque es de obligatoriedad su lectura ministerial y oficial) un alevoso ataque a esas personas. Figuraban en la nómina señores de toda extracción social y de todo ángulo político: los unía la nobleza de intenciones y el coraje cívico, nada más. En vista de que no bastaba la sola declaración, y que el Poder Ejecutivo era inmune a cualquier llamado a sentimientos de honor y responsabilidad (porque carecía de ellos), buen grupo de los firmantes, reunidos

en la casa del arquitecto Fernando Belaúnde Terry, decidieron fundar una agrupación de lucha por las libertades, a la que llamaron "Coalición Nacional". Respaldaban con su prestigio a esa entidad Manuel Mujica Gallo (autor de un libro que el Gobierno proscribió: *Castilla, Soldado de la Ley),* Pedro Roselló y otros. En función de esa cruzada, los dirigentes de la Coalición Nacional iniciaron lo que se ha llamado la ruptura del telón del miedo. Ellos, y sólo ellos, llevaron adelante la lucha organizada contra el abuso del Poder, sin otras armas que la entereza y la integridad. Arequipa, ciudad tradicionalmente batalladora, fue señalada como la primera ciudad de provincias para llevar este mensaje: En dicho lugar, la natural prepotencia del régimen lo llevó a contar con los "soplones" de turno. Se llevaron por avión contra-manifestantes, matones a sueldo y tropas de asalto. En el local del Teatro Municipal, bajo pretexto de "disturbios", las tropas disolvieron la reunión. Antes, el pueblo había arrollado a los delincuentes que trataban de impedir el acceso al local. El pueblo todo de Arequipa, en una de sus jornadas más memorables, se tiró a las calles. Se erigieron barricadas y se declaró la huelga indefinida. Mujeres, escolares, niños, obreros, campesinos, empleados apretaban filas contra el abuso y exigieron la dimisión de Alejandro Esparza Zañartu (Ministro de Gobierno, e incondicional del tirano). En 48 horas Odría se deshizo de él y Arequipa recobró su fisonomía. Sin embargo, bien pudo en esos días (vísperas de Navidad) haberse obtenido la caída del Gobierno todo. A la huelga se habían plegado todos los departamentos del sur del Perú y en Lima y el resto de la República sólo se esperaba el más leve indicio para iniciar la jornada unánime de protesta. Observadores serenos de la situación están en un todo acordes con la opinión de que se perdió el momento de iniciar una de las acciones más solidarias de nuestra vida republicana. Luego, la Coalición Nacional se presentó en Ica (feudo de Temístocles Rocha) y levantó nuevamente sus banderas antigobiernistas y antidictatoriales. En 29 de enero de este año se inició la gira al norte del país. Ese día se presentaban en Piura; cuatro días más tarde lo hacían en Chiclayo. En los pueblos del trayecto el pueblo respondía al llamado libertario. El domingo 5 de febrero la Coalición Nacional se presentó en Trujillo, ciudad tradicional del Aprismo. No pudieron pronunciarse ninguno de los discursos programados: los dirigentes apristas Armando Villanueva del Campo y Luis Felipe de la Fuente Uceda atacaron a Pedro Roselló, Ma-

nuel Mujica y Carlos Enrique Ferreyros, provistos de otro micrófono a menos de quince metros del de la Coalición, instalados ambos en la Plaza de Armas de la localidad. Lo curioso del incidente radica en que el Apra enarboló los argumentos de considerarse atacado por algunas declaraciones, pero lo evidente era que dirigentes apristas impidieron el uso de la palabra a aquellos que pedían la libertad, como si el usufructo de la oposición fuera de personal exclusividad del Partido del Pueblo y, sobre todo, haciendo el juego a los planes del Gobierno, que tenía así el instrumento dócil de sus afanes para silenciar la voz de la verdadera oposición a sus desmanes. Armando Villanueva del Campo utilizó, tanto en el viaje de ida como en el de vuelta (entre Lima y Trujillo) una camioneta de placa 127590, propiedad del Director Regional del Cuerpo de Investigaciones y Vigilancia, Roberto Terry Schreiber.

Pero esto merece un párrafo especial. Como es sabido, hasta que estas líneas han sido escritas no se ha dado legalidad al proscrito Partido del Pueblo. No obstante, desde finales del año 1955 connotados dirigentes hicieron su aparición en el país. Se tejió la versión de que habían llegado "clandestinamente", pero lo cierto era que se hablaba insistentemente de un pacto aprista con el Gobierno. Sea de ello lo que fuere, los mencionados dirigentes deambulaban entre uno y otro punto del país, sin ser molestados, utilizando camionetas oficiales como aquella cuya placa de rodaje mencionamos, en circunstancias que el ex-presidente del Perú, don José Luis Bustamante y Rivero, no podía volver al Perú y se le había negado la visa necesaria. La prensa toda (con excepción de *La Crónica*, diario de los Prado y del Banco Popular del Perú) tomó cartas en el asunto y *La Prensa,* el más leído de todos los rotativos peruanos, hizo especial mención a esa deferente atención en el tratamiento para con los líderes apristas. Como don Pedro Roselló había sido miembro del Directorio del periódico, se imputó a él los asertos de *La Prensa* (que eran compartidos por toda la opinión pública) y se le hizo especial punto de ataque por las masas apristas en los lugares a los que llevó la voz de la "Coalición Nacional". Pero otro caso más saltante tenía que sacudir los elementos del juicio a formarse al respecto. El mayor del Ejército Peruano, Víctor Villanueva, autor de un candente libro sobre los entretelones oscuros y oportunistas del Apra, fue apresado en el aeropuerto de Limatambo y deportado, nuevamente, a los tres días de su llegada. En esta nueva oportunidad, la opi-

nión volvió a pensar en el pacto aprista-odriísta para deshacerse mutuamente de enemigos con voz alta y entereza combativa. Cuando los dirigentes apristas impidieron la realización del acto cívico que la "Coalición" convocara en Trujillo, no hicieron sino seguir dando pruebas de la incondicional trayectoria impuesta a los dirigentes oportunistas del otrora incorruptible Partido del Pueblo.

El 19 de febrero se sublevaba la Quinta Región militar del Perú. El general Marcial Merino que la encabezó (y que contaba con la "lealtad" de otros compañeros de armas) se vio solo. Su levantamiento, bueno en su origen, no podía acompañarse, dado que era llevar al país por la solución militar que todos repudiaban y porque no se deseaba dar pretexto al Mandatario para postergar las Elecciones Presidenciales prometidas para el 17 de junio último. Después de varios días, el general Merino se rindió. Declaró no tener compromisos políticos con ningún grupo o facción políticos. Sin embargo, el Gobierno, que había decretado por 30 días la Ley Marcial y la suspensión de garantías (ya suspendidas por la Ley de Seguridad Interior), aprovechó la coyuntura y redujo a prisión a los dirigentes de la "Coalición" y al director de *La Prensa* (único diario de oposición), don Pedro Beltrán. Estos incidentes son del conocimiento público de América. Solamente diremos que, así, el Gobierno —como anteriormente el Apra— castigaba la osadía de los que se habían atrevido a hablar al pueblo del Perú el lenguaje de la sinceridad y el desenmascaro.

Por esos días, se lanzaron las candidaturas presidenciales. Uno, don Manuel Prado, combatido ex-Presidente durante el período 1939-1945 (uno de los más nefastos en nuestra historia política); otro, don Hernando de Lavalle, acaudalado profesional y vinculado a las empresas de mayor poderío comercial e industrial; y, por último, don Fernando Belaúnde Terry. El primero, había estado alejado de nuestra realidad desde 1945; el segundo, era el candidato que el Gobierno había propiciado —dadas su cordura y limpieza de conducta—; el último, representaba un considerable volumen de opinión pública, cuyo único pecado era el de no haber solicitado la venia del Apra para actuar en la oposición. En buena lid, la aparición de lo que ha dado en llamarse "belaundismo" significaba la destrucción de tres poderosos mitos en la conciencia pública del Perú: 1º la demostración palpable de que podía haber opinión no gubernamental sin ser aprista; 2º la de que esa misma oposición podía

ser constructiva sin caer en la demagogia; y 3º la de que esa oposición podía ser auténticamente de izquierda sin pactar con ninguna de las falsas premisas anteriormente acreditadas como seculares y tradicionales. Ello comportó dos actitudes similares y poderosas: la de los que confiaban en la insurgencia de un poderoso movimiento transformador de nuestra condición semicolonial y sumisa, y la de los que afincaban su esperanza en los sacrificios acumulados. La transición psicológica de los segundos determinó el triunfo inobjetable de don Manuel Prado (fruto de un entendimiento entre el Gobierno, el candidato triunfante y el Apra). El volumen de los votos dio el siguiente porcentaje: sobre un total de 1.575,748 votantes, don Manuel Prado obtuvo el triunfo con 568,443 votos, Fernando Belaúnde Terry obtenía 457,977 y don Hernando de Lavalle 232,612 votos. En los tres candidatos hubo votación izquierdista. Ello demostraba la ingente cantidad y predominio de las fuerzas que claman por la renovación radical del país y la oportunidad perdida de haber podido infligir la primera derrota seria a la derecha en crisis.

Los que apoyaron a Belaúnde Terry confiaban en su limpieza de conducta, en su insobornable línea constructiva, en su entereza beligerante, en su honestidad y eficiencia profesionales. Conspiraban contra él los cargos que el Apra adujo de oportunismo, de haber dividido al Partido del Pueblo (cosa que nadie podrá negar), la vinculación estrechísima a don Pedro Beltrán (inspirador y financiador del régimen odriesco) y el parentesco con el contralmirante Roque Saldías, integrante irreemplazable de todos los ministerios y el hombre que ha permanecido al servicio de todos los gobiernos en los últimos veinte años. Los que brindaron su apoyo a Lavalle confiaban en su entereza profesional, en su probada línea caballeresca y decente (aunque estos términos puedan implicar cierto pasadismo), en su invalorable rectitud de criterio y en su probada independencia. Apoyaron a Prado los que no tenían otro camino que escoger: o luchar por las auténticas banderas reivindicacionistas bajo la dirección de elementos adversarios, o transar con la extrema derecha para impedir la renovación de los gastados personajes del comando envejecido y trasnochado del Apra. En tanto Belaúnde Terry alboreaba con nuevos y prestigiados nombres de nuestras clases profesionales y dirigentes, el Apra recurría, sentimental y pasadistamente, a los nombres envejecidos y superados de otrora. Ello ha conducido a un parlamento heterogéneo,

de diversa filiación partidista y heterogénea composición doctrinaria.

Sin embargo, los acontecimientos transcurridos y soportados permiten trazar un nuevo cuadro de nuestra realidad. Los lineamientos generales han variado su fisonomía político-económica y, por ende, su expresión social y política. En buena cuenta, tenemos tres rasgos fundamentales: el Perú atraviesa por una etapa de indudable aceleramiento económico, en el que empieza a implantar las bases de su industria pesada y en que los recursos siderúrgicos e industriales mantienen un nivel de suficiente autonomía de recursos. Su agricultura ya no contempla los latifundios olvidados de años anteriores; hay un progresivo sistema de utilización de la tierra y los rendimientos han experimentado el auge proveniente de la mecanización de la agricultura en ciertas zonas. Ello ha escindido el viejo y sempiterno problema de "El mundo es ancho y ajeno" en dos regiones definidas: la costa, industrializada y con salarios menos onerosos que los de otras zonas productivas; y la sierra, del arado a tracción de sangre con métodos anacrónicos. Consecuentemente, los yanaconas de los valles del litoral, sin abandonar el analfabetismo, están más próximos a una situación de manifiesta inquietud social (la que van adquiriendo en sus viajes y en sus contactos sociales), en tanto que los indios de nuestros valles serranos, sólo tienen como única salida la emigración a los núcleos más densos y más poblados, generando un fenómeno de empobrecimiento. El segundo rasgo permutado es el que condicionaba nuestra actitud política (fruto y producto de una determinada situación económica, no-clasistamente definida) en función de una sola actitud oposicionista. Durante más de veinte años, estar contra los regímenes de oposición era estar en el terreno o en las fronteras del Apra. Hoy no es ése el esquema verdadero. Hoy son varias las agrupaciones que han planteado una actitud decidida y políticamente constructiva frente a nuestros complejos, diversos y nuevos problemas. Hoy el Apra ha visto superadas sus etapas más álgidas y sólo mantiene el buen recuerdo, sentimental y romántico, de las luchas estériles y las asonadas suicidas a que fue conduciendo en cada oportunidad a sus vanguardias más combativas. El Apra ha devenido en un espectáculo folklórico, en el que se permanece por mantener la costumbre, por la incapacidad de pensar o por el voluntario sometimiento a esas actitudes trilladas que Romain Rolland supo auscultar tan bien. Es casi inexplicable el fenómeno por el cual después de treinta

años el Apra mantiene los mismos líderes, sin probadas actuaciones positivas, magníficos oradores, muchos de ellos de brillante ejecutoria individual, pero que no conduce a nada positivo ni a nada fructífero en la política interna de nuestro país. Y el problema de la crisis del Apra no estriba tanto en lo que ha hecho, sino en lo que ha dejado de hacer. Tal vez, los líderes puedan argüir que ellos no podían transmitir o contagiar sus condiciones personales de brillantez y capacidad, pero el dirigente que esgrima este argumento no es un dirigente político. El tercer rasgo es la madurez indudable de la ciudadanía del Perú. Y cuando digo madurez quiero definir por tal, aquella situación del ánimo que permite discriminar entre dictadura y demagogia, entre imposición y elección, entre oportunismo y consecuencia, entre opinión y sectarismo, entre subordinación y acatamiento. Ya no es más la pleitesía a los poderosos de antaño; puede percibirse, en todos los órdenes, la clara decisión de hacer algo más que hablar. De ahí que en estos tiempos haya una manifiesta inclinación hacia todos aquellos que han preferido trabajar y construir, antes que planear y teorizar. Las teorías, en América Latina carecen de sentido actuante. No hemos creado una nueva concepción de la economía. Nos limitamos, repito, a diagnosticar, al proceso etiológico de la maraña que es cada una de nuestras economías nacionales. Los grandes lineamientos han sido dados ya con toda anticipación. Por lo tanto, los partidos que presuman de revolucionarios, se verán limitados a satisfacer necesidades primordiales, elementales, indispensables. Si bien se examina —y lo ha sintetizado José Antonio de Lavalle— "el programa máximo del Apra es el programa mínimo de cualquier partido conservador de América". No ha habido nunca un planteamiento certero, hondo, medular de nuestra realidad. Se partió del sastre y no del portador de la prenda. Las medidas eran tentadoras, elegantes, pero inefectivas, desmesuradas e inocuas. Cuando don Luis E. Heysen quería desenmascarar el imperialismo, sólo atinaba a poner (como lo puso en uno de sus folletos pseudo-intelectuales) frases como ésta: "el gran enemigo de nuestras economías es el imperialismo. ¿Qué es el imperialismo? He ahí el enemigo". Y nada más. No se pasó de la primera etapa. De aquella que hacía un llamamiento a las reacciones elementales. Por eso la revolución de Trujillo fue sólo un acto cruento y desgraciado. Pero sin huella. Ha sido en vano que se hable de los "seis mil mártires"; porque su lección no fue recogida por los dirigentes, que sólo

atinaron en su mayoría a especializarse en la profesión del clandestinaje y a adquirir un complejo de sectarismo y un punto de vista estrecho y totalitario. El Apra ha sido el único partido llamado o autotitulado de izquierda, que haya expulsado de sus filas a los que no pensaban con la ceguera o miopía de sus conductores, como si estos últimos alguna vez hubieran tenido razón. La política de unidad se planteó sobre la base "de la lealtad al Jefe, al hermano mayor", en un sospechoso y diversionista enfoque de los verdaderos y sustantivos problemas de nuestro pueblo. No obstante ello, las torpezas de los regímenes de imposición, plantearon la política de catacumbas para el Partido del Pueblo y el Partido Comunista. Como consecuencia, ello dilataba por nuevos años el esclarecimiento definitivo y robustecedor de las nuevas e inquietas promociones de la izquierda peruana. Lógicamente, todo aquel que tuviera un adarme de honestidad principista, rehuía la discrepancia con un partido que luchaba por su sobrevivencia. Los últimos meses, empero, han sido pródigos en pactos y manejos del Comando del Apra con los testaferros de la dictadura. Cuando al ex-Ministro de Gobierno, Alejandro Esparza Zañartu, se le preguntó por qué había autorizado la realización de un acto público de la "Coalición Nacional" en un teatro de Lima, respondió que "mientras contara con los apristas todo acto público sería un fracaso". El mitin fue todo lo contrario. Allí se hizo necesaria la controversia de Trujillo descrita en páginas anteriores. El Apra, en resumen, no ha tenido otra salida que recurrir al maquiavelismo y a la oportunidad. Es una lástima que después de 30 años de continuos errores y sacrificio de huestes revolucionarias se haya considerado necesario "agarrarse del clavo ardiendo para sobrevivir", porque en el lapso anterior se hizo escuela de un apostolado, que fue el sostén más férreo de su razón de ser. Perdida su línea y su limpieza de acción, los flancos vulnerables se han multiplicado. Pero ese es otro problema. Más allá del Apra, más allá de cualquier teoría, están las grandes masas trabajadoras del Perú. Siguen aún deambulando los protagonistas de la novela de infierno que ha sido nuestra vida bajo tanta tiranía consecutiva. En cada caso, los líderes se asilaban, se expatriaban, y los que acá quedaban... pues a bregar por ellos, para que volvieran hablando del "pan amargo del destierro" y para que reclamaran sus beneficios adquiridos. Esto pudo hacerse por cinco, por diez, por quince y por veinte años. No es ése ya el caso. Hoy la oposición tiene un nombre preclaro y

limpio: Fernando Belaúnde Terry; hoy hay grupos partidarios, como el homogéneo Demócrata Cristiano, cuya limpieza y rectitud son antecedentes en un país que ha llegado a dudar de todos; hoy la izquierda renace con nuevos objetivos y enfoques. Quien esto escribe no es anti-aprista. No podría serlo quien dio tantos años de su vida a defender la pureza de acción y de conducta. El aprismo, en las masas que no conocen de tanto recoveco y transacción, fue durante mucho tiempo armadura "de dolor, de trabajo y de pureza" que dijo Juan Ramón Jiménez. Como en todos los pueblos, la masa anónima y sufrida, al margen de teorías tridimensionales (o en cinemascope), retiene las virtudes más puras del Perú. Pero la aurora de la efectividad plantea nuevos acondicionamientos mentales y pragmáticos. El Parlamento actual, cuya mayoría pradista es inocultable, acoge elementos de sincera actitud beligerante. Y es curioso anotar cómo en los departamentos sureños de nuestro territorio la votación fue adversa al Apra y a su consigna de votar por Prado (respectivamente, para Belaúnde y Prado, las cifras fueron las siguientes en los departamentos del Sur: Cuzco, 20,882 y 9.417; Arequipa, 40,361 y 22,426; Puno, 13,743 y 12,159; Moquegua, 2,390 y 2,758; Tacna: 4,309 y 1,420). En estos mismos lugares ha sido posible clasificar diputados y senadores independientes (belaundistas y demócrata-cristianos), lo que proporciona un tamiz promisorio al Parlamento en funciones.

Hace treinta años el Perú comportaba un perfil de pueblo decididamente feudatario y retrógrado. Sus vías de comunicación, sus recursos agropecuarios, la explotación de las riquezas de su subsuelo sólo servían para justificar los continuados y onerosos empréstitos del régimen de don Augusto B. Leguía. En 1956, la acción material de gobiernos como los de los generales Benavides y Odría nos ha proporcionado las mejores carreteras de América del Sur, intensiva explotación minera (bien que en manos de los "gringos"; hoy más que nunca "green go"), empleo de variados recursos en la progresiva industrialización nacional (y cuyas instalaciones de altos hornos en Chimbote, energía hidroeléctrica del Valle del Santa, extracción y explotación del carbón y el hierro de Marcona, el cobre de Toquepala y Quellaveco nos otorgan ingentes posibilidades de industria pesada), ampliación de las áreas agrícolas (en la cuenca del Quiroz, el Chira, el Chotano, el Chancay, el Mantaro), hospitales, escuelas y todas aquellas construcciones a cuya sombra se han tejido los más leoninos peculados. Son, sin embargo,

basamentos de un estado de cosas que ha surgido con desmedro de la libertad humana y el respeto al individuo. La misma subestimación que el trabajo del campesino o yanacona merece al hacendado, o los bajos salarios de los mineros de la Oroya o Cerro de Pasco, han merecido a los "patrones" particulares, se ha hecho patente en el plano político y social. Pero los contingentes provincianos que, en forma abrumadora, han ido llegando a Lima, han provocado, de facto, un nuevo enfoque de nuestra realidad. Hoy queremos, antes que la sumisión a una doctrina, la devoción incansable y continua al rastreo de nuestros peculiares problemas. La heterogeneidad de pigmentos, la desigualdad económica, no han sido obstáculo para crear una conciencia que sabe de la necesidad de concretarse a la solución de lo más inmediato. En ese orden de cosas, el pueblo todo, en las últimas elecciones, ha dado pruebas de un alto civismo al expresar su voluntad democrática en unos comicios que (con uno que otro incidente adjetivo) pueden catalogarse como los más libres y limpios que hayamos tenido en toda nuestra agitada vida republicana. Ese mismo orden de cosas ha revertido muchos puntos de vista y ha sustituído por la planificación integral los anteriores postulados electoreros.

Una gran interrogante se cierne sobre el Partido del Pueblo. El pueblo todo espera que su próximo Congreso desenmascare de una vez por todas el continuismo y la "argolla" del Comando Nacional. Fuertes núcleos de universitarios, de obreros, de empleados, esperan levantar su voz. De otro modo, el Apra seguirá diluyendo su contingente potencial y seguirá contemplando el robustecimiento del Partido Acción Popular y dentro del cual se están reuniendo cerca del medio millón de votos que hicieron de la candidatura del ingeniero Belaúnde Terry la nota más sorpresiva y reveladora de los últimos comicios. Esa misma interrogante, por supuesto, pende sobre todos aquellos que van a operar a la vista de la conciencia pública. Estamos hartos de sectarismo, de demagogia, del terror, tanto de arriba como de abajo. No creemos ya en fórmulas providenciales. El Hombre, una vez más, vuelve a contar como medida de nuestros esfuerzos. Ese venía siendo el sentido de nuestro arte en los últimos tiempos. Así Dávila, Ugarte Eléspuru, Castillo, Cristina Gálvez, Villegas, en pintura. Así Valcárcel, Scorza, Moreno Jimeno, Ríos y Rose en poesía. Así Arguedas, Alegría y Vegas Seminario en novela. Así Ribeyro Zavaleta, Congrains, Meneses, Latinez Granda, Izquierdo Ríos y Carlos Ferdinand Cuadros en

el cuento. La política no ha hecho sino canalizar esos mismos impulsos en el plano ejecutivo de la acción ciudadana. Es otra oportunidad más de eternizar el barro que nos forma y que sólo la lealtad a la propia entraña condiciona. El viaje que más importa es hacia nosotros mismos. Es un planteo de nuestra "circunstancia", como explicaba Ortega. Sin taras íntimas, sin complejos, sin odios asesinos. Actitud de hombres que saben que, por sobre todas las discriminaciones, hay relaciones económicas incontrovertibles y un permanente peligro de caer en las soluciones antojadizas o fáciles. Ello no nos va a hacer ni más buenos, ni más limpios que otros pueblos americanos. Pero nos puede ayudar a robustecer esa línea de ejemplar vida cívica que ha hecho de México, Uruguay y Costa Rica la prez y la honra de esta América que nunca hemos dejado de sentir en lo hondo de nuestro recuerdo. No podemos olvidar, en el Perú, que somos hombres de un escenario que condicionó la más alta categoría de nuestra cultura ancestral y que nuestros hermanos indios aún subyacen en la sima de nuestra incuria y aún vegetan entre tanto discurso que por ellos se pronuncia. No son un caso aparte: son el primordial de nuestros problemas. Ya en la Convención Nacional de Escritores y Artistas pude decir que era en la etapa de aproximación a los primeros pasos donde podríamos revivir la metamorfosis irrenunciable, por la cual —para obtener autenticidad en lo que hagamos— necesitaremos aflorar el indio que llevamos dentro. Y esta nueva ventana no debe escatimar, con la oportunidad económica, la educación más alta de sus propias personalidades. Es lo menos que podemos hacer en un pueblo que, con México y Guatemala, albergó una de las insuperadas civilizaciones aurorales. Ello, más que todas las doctrinas, justifica nuestra razón de ser. América puede atestiguarlo.

*Aventura del Pensamiento*

# EL FACTOR ENERGÍA EN LAS REVOLUCIONES Y CRISIS SOCIALES

Por *Álvaro* FERNANDEZ SUAREZ

¿POR qué, en tal o cual comunidad humana cambian, en determinado momento, las actitudes y las ideas respecto al gobierno? ¿Por qué surge el descontento? ¿O bien, por qué no aparece este fenómeno, tal vez a pesar de condiciones objetivas que debieran producirlo? ¿Por qué estalla la revolución o, al contrario, cuál es la causa de que un régimen político atraviese las más diversas coyunturas sin perder su estabilidad?

En general, las teorías que se manejan para esclarecer los movimientos sociales, descansan en una base implícita y obvia. Se supone, en efecto, que el hombre se mantiene tranquilo cuando está bien alimentado, cuando no se le oprime ni se le incomoda; por el contrario, reacciona con hostilidad si se le priva de sus bienes, no se le permite acceder a ellos, si no encuentra una razonable satisfacción para sus apetitos o se le acosa e incomoda de alguna manera. Es la lección del perro que muerde cuando está hambriendo o cuando se le acosa.

No puede negarse que hay un considerable grado de verdad en este supuesto. Pero la cuestión es más complicada.

Otro esquema muy usado, con ilustres antecedentes retóricos, es el de las "pasiones". La ambición, el odio, la envidia, el resentimiento, componen un cuadro dramático en el escenario de la historia. Y hay algo de cierto en todo ello. Por lo demás, esta concepción dramática no excluye sino que completa, en otro plano, la concepción anterior y animal de las reacciones colectivas.

El juego dramático de las pasiones —no sólo *malas* sino también *buenas*— se traduce en personificaciones. Es el caso de la atribución de ciertos fenómenos colectivos a la voluntad de una figura individual extraordinaria, un político, un escritor, un filósofo, un apóstol religioso, erigidos en protagonistas de la aventura histórica. Es indudable que esta suerte de

juicios descansa, asimismo, en un fundamento legítimo, pero a condición de no sacar al protagonista de su circunstancia y de contemplarlo dentro de su condicionamiento objetivo.

En el extremo opuesto de la personificación dramática está el marxismo en cuanto se ha esforzado en encontrar una base objetiva para explicar los fenómenos sociales prescindiendo de los héroes. El marxismo supone que el hombre reacciona históricamente conforme a un esquema económico y de clase social. Sin embargo, conviene advertir siempre que el marxismo, a pesar de todo, concede un papel decisivo a las personas individuales. En efecto: el materialismo histórico no es determinante sino condicionante y no excluye la libertad y la iniciativa de los actores ni la dramática de las personas.

Detrás del esquema marxista subyace la idea psicológica de una reacción primaria, movida por estímulos de placer y displacer. Por tanto, descansa, también, en el supuesto psicológico de ser la causa obvia de que las clases explotadas tomen la ofensiva contra las clases explotadoras, el puro malestar derivado del hambre, de la opresión.

Será preciso reconocer, una vez más, que este fundamento psicológico no es falso precisamente. Muy al contrario. El malestar, de cualquier clase que sea, constituye, a la postre, un estímulo fisiológico y psíquico, en suma, un resorte natural cuyo papel tiende a la conservación y a la defensa del ser vivo. Este resorte natural no podía estar ausente en las sociedades humanas, en cuanto están formadas por seres vivos, aun cuando, claro está, su acción no sea automática o meramente instintiva, como en los animales, sino, además, en parte, consciente, en cuanto las respuestas pasan a través del psiquismo humano.

Pero sucede que el resorte, provocado por los estímulos fisiológicos y psíquicos, no funciona en el vacío, ni tampoco merced a una virtualidad propia, sino a expensas de un caudal común a todo el organismo. Ese caudal es, a la postre, la energía.

Este factor está pasando, durante los últimos tiempos, y a justo título, desde el campo de las ciencias físico-naturales al campo de las disciplinas sociológicas e históricas. Evidentemente, ilumina muchos procesos que, de otro modo, permanecerían oscuros. No cabe duda que el caudal enérgico explica, por ejemplo, el auge de determinadas sociedades en tal o cual período así como su decadencia en otra época. No lo explica todo, pero explica mucho, pone en claro un proceso básico, funda-

mental, necesario para interpretar cualquier movimiento colectivo, lo mismo que todos los demás movimientos que se produzcan en este planeta.

El factor energía, no sólo física sino psíquica, viene a ser, en consecuencia, un principio de juego constante, sean cuales fueren las interpretaciones, colocadas en estratos superiores, de los procesos sociales. No es que el caudal energético venga a ser una especie de secreto universal o de clave que nos entregue en el acto el misterio con sólo acudir a ella. Sus efectos reales no son efectos predeterminados, como sucedería en la esfera de lo físico-natural y, por el contrario, supuesto un caudal de energía idéntico, los resultados de su acción pueden ser muy diversos y aún muy adversos, en dos sociedades distintas o en la misma sociedad en dos momentos de su vida. Pero lo importante es que ese factor está siempre presente y debe ser invocado para cualquier interpretación de los movimientos sociales y políticos.

Una interpretación de esta clase la acometemos aquí, no en el aire frío de la especulación puramente abstracta, sino a la vista de una situación concreta y determinada. El objeto de nuestro estudio es la España actual que nos brinda un campo de observación muy interesante.

Tenemos, en la España actual, bajo la constricción de un Estado autoritario, un ambiente de descontento, registrado por todos los observadores. ¿Qué suerte de descontento?

Por de pronto, se hace manifiesto que el descontento actual en la sociedad española presenta una amplitud un tanto desusada y características muy curiosas que es preciso tener en cuenta para entenderlo. No es la desazón natural de un partido o de un grupo de partidos políticos eliminados del poder. Evidentemente este tipo de inquietud política existe, en la forma conocida, es decir, con definición ideológica. Pero no nos parece la cuestión esencial, el rasgo esencial del vasto fenómeno. Tampoco se trata, solamente, de un descontento producido, en los sectores menos afortunados, por un malestar de claro origen económico. Sin duda es una de las causas de la desazón, pero no es la desazón general que seduce nuestro interés. Porque la actitud inconformista alcanza, también, a las clases sociales privilegiadas, lo que excluye como causa única, el malestar económico; e incluso participan del descontento los grupos políticos pertenecientes a la ideología dominante en el Estado, lo que deja fuera al factor político en el sentido estricto de ideología y partido.

Insistamos sobre este punto. Puede asegurarse que el estado de disconformidad respecto al gobierno debe tener causas más profundas que sus expresiones ideológicas o sus formulaciones racionales. De otro modo no se habría manifestado en los sectores privilegiados que disfrutan condiciones óptimas de vida bajo el régimen ni, como sucede, en sus mismos partidarios formales. Se trata de una actitud radical, profunda, que no depende —sino en un estrato más superficial— de motivos racionales, en su esencia, aunque esos motivos abunden; ni tampoco depende de que el gobierno sea bueno o malo, ni de su forma, en cuanto tal, es decir, conceptualmente enunciada. No es eso. Las actitudes ideológicas, los intereses heridos, los derechos agraviados, la injusticia cometida, todo eso tiene su expresión en el descontento; pero se nutre en una fuerza más honda y que no se expresa.

En un agudo artículo que apareció en *Preuves* de París (Mayo 1956) con la firma de F. B. (probablemente el director de la revista, M. François Gil Bondy) leemos esta frase: "Para las fuerzas más vivas del presente, España se ahoga bajo un *antiguo régimen,* incapaz de transformarse y de rejuvenecerse". Hay aquí una adivinación certera, al calificar el sistema de "antiguo régimen", un poco en el sentido de las viejas monarquías. Pero las apariencias engañan: todo eso —aparatosidades nobiliarias, vuelta a la tradición, ya sea pirenaica o escurialense— es forma: la verdad es que los restos feudales aún subsistentes bajo la República (quiere decirse, la preponderancia del terrateniente), han desaparecido y la España de hoy es, positivamente, más moderna, de hecho, que la de 1936, pese a los disfraces que le han colgado. Se equivoca también el autor del artículo de *Preuves* (por otra parte hecho con la más pura voluntad de acierto y mucha inteligencia) cuando deduce, de ciertas taras administrativas del régimen —y de sus apariencias parciales antañonas— que sólo ha podido "engendrar una economía de las más mediocres", con lo que sugiere la idea de un país económicamente anquilosado. Sucede todo lo contrario. Y sin embargo es verdad lo que dice el autor del artículo —quiero decir, puede ser perfectamente verdad, pues ignoro, el caso concreto— respecto a la acción represiva que ejerce la Administración, en muchos casos, sobre las iniciativas creadoras. Pero aclaremos las cosas.

Ese malestar que el autor del artículo en cuestión registra, en forma de "ahogo", es cierto. No obedece, sin embargo, a

una caída de la fuerza vital, como parece sugerir el señor F. B., sino al revés, a un incremento del potencial de vida. Sin embargo, es verdad que España sigue siendo, como tiene que seguir siendo, un país naturalmente pobre, con recursos naturales escasos; e insuficientemente desarrollado. Cualquier afirmación que aquí hagamos respecto al *saldo de energía disponible* presupone y tiene en cuenta esta realidad básica. Es verdad, igualmente, que el salario español, comparado en el de los países más prósperos del mundo, es bajo. Esta comparación la hizo el Consejo Superior de las Cámaras de Comercio Industria y Navegación (*Boletín,* número 90, febrero-abril) con el siguiente resultado: España 1, Francia 1,77, Inglaterra 3,94, Estados Unidos 9,32... En suma: el salario español es bastante más bajo que el francés (alrededor del 0,56 por ciento) e inferior, también, al italiano, cifrado en 1,50.

Pues bien: es igualmente verdad que el país, lejos de padecer anquilosis económica, está en pleno auge y lleno de vitalidad. El mismo gobierno que traba iniciativas, comete arbitrariedades en favor de sus protegidos, aun a costa de intereses nacionales evidentes e incurre en tantas otras culpas, estimula enérgicamente la economía (es innegable), y está poseído de un afán de progreso en el aspecto material, en contraste con su furia política reaccionaria. Las cosas son así, y no deben confundirse unas actitudes con otras, para establecer congruencias que son emocionales, no lógicas. Según don Jesús Prados Arrarte, conocido economista, actualmente al frente de los servicios de estudios económicos del Banco Central (institución privada), el ritmo de crecimiento de la economía española, en los últimos años y según se tome un período u otro, es del 5,30 por ciento al 3,53 por ciento. En todo caso, el más elevado de las naciones occidentales, incluyendo a los Estados Unidos.

El incremento del potencial económico, por un lado, los bajos salarios por otro, y la coerción administrativa y política, son factores a retener para la explanación de nuestra propia teoría.

A este cuadro será preciso añadir la estrechez cultural de un régimen autoritario y dogmático, y la coraza política que impone el sistema a toda una nación.

Ahora podemos comprender ya la clase de descontento que prevalece en la España actual. Hay dos clases de tensión, comúnmente llamada "descontento". Uno de ellos puede ser lánguido, tétrico, negro, desvitalizado. Era el que dominaba en España

durante la época de mayor depresión vital del país, en el quinquenio que siguió a la guerra mundial. Pero hay otro descontento que es animoso, vital, con más acometividad y optimismo. Es el que se registra actualmente. Se corresponde con un estado económico y social más rico y con mayor disponibilidad de energía.

PRECISAMENTE el caudal de energía social disponible es el elemento fundamental de nuestro razonamiento.

Es frecuente suponer que una sociedad hambrienta, empobrecida, propenderá a expresarse en reacciones hostiles al poder político vigente. En parte es cierto, siempre y cuando la penuria no llegue a dejar exánime a la población: en este caso, todo movimiento de resistencia o de protesta, se hace imposible, pues falta un caudal suficiente de energía, no ya para rebelarse sino, incluso para pensar. Toda la actividad de los individuos sometidos a este tratamiento de ínfimos niveles energéticos se gasta en procurarse el sustento elemental o, en el caso más grave, prevalece un decaimiento extremo y puramente negativo. Se sabe bien que, en grupos hambreados, sobre los que se han hecho experimentos psicológicos, se notó una gran docilidad a la sugestión y una actitud sumisa y pasiva. Por lo demás, la Historia prueba que las revoluciones se han producido siempre después de un período de relativa prosperidad. Tal vez su motivo de lanzamiento, su fulminante, haya sido un empeoramiento de las condiciones vitales, pero de no existir una reserva anterior de energía, no habría habido revolución. Los movimientos revolucionarios y aun las más elementales formas de oposición, se realizan a expensas de un caudal sobrante de energía. Es una ley que gobierna lo mismo los procesos físico-naturales que los procesos psicológicos y sociales. Empero, será preciso tener en cuenta siempre, por lo que se refiere al hombre, su enorme elasticidad vital y el complejo y a veces en apariencia incongruente factor anímico, la aptitud del hombre para dar respuestas no automáticas sino originales e imprevistas. Pero esta consideración no quita nada esencial a la validez del principio de que sin un cierto caudal de energía disponible, después de cubiertas las necesidades más elementales, no puede haber vida política y mucho menos movimientos de resistencia a los poderes políticos. Parece contradecir esta tesis algún caso como el de China, con bajísimos niveles energéticos *per capita*. Sin embargo, el

bajo nivel energético medio de China es compatible con un nivel más alto o suficientemente alto en una parte de la población cifrable en decenas de millones de individuos, y el saldo energético disponible de estos sectores, en mejores condiciones de vida, explica la capacidad de aquel país para sostener guerras civiles, guerras exteriores, y desplegar una actividad política, incluso traumática, de gran consideración.

En consecuencia, podemos concluir, con razonables garantías de acierto, que en la inquietud actual de la comunidad española interviene como factor estimulante el mejoramiento sensible de su economía. El caudal energético del país plantea exigencias de todo orden que, hace unos años, en el período depresivo, no disponían de potencial para expresarse.

Ahora bien: esta comunidad en desarrollo está gobernada políticamente por un sistema autoritario y rígido que no se adapta a los cambios producidos en el medio social. En suma: tenemos una sociedad en crecimiento y transformación, regida por un Estado inmutable y, hasta el presente, incapaz de renovarse.

Tal es el cuadro esencial para abordar el fenómeno.

El molde político y administrativo es demasiado estrecho para una sociedad en expansión. De ahí un anhelo de respirar que se hace presente en todos los sectores de actividad vital. El ansia de respirar explica la actitud de los estudiantes y de los intelectuales, lo mismo que el descontento de los empresarios industriales. Estamos, pues, ante un fenómeno típico de ampliación de campo, de avidez vital que el Estado contraría, en ciertos aspectos, aun cuando la estimule en otros. Pero sus propios estímulos, por eficaces que sean, en determinadas esferas y en la resultante de conjunto, se vuelven contra él, en una multiplicidad de puntos de fricción y, a la postre, en la totalidad del organismo, principalmente a causa del contagio de los estados psicológicos. Todo el mundo quiere un más que puede ser salario, pero puede ser cultura o conocimiento de fuentes, más o menos vedadas y constreñidas o puede ser libertad política, simplemente. De ahí que el descontento esté tan generalizado y aparezca, en sus expresiones, incluso con aspectos contradictorios.

Las manifestaciones de este descontento son tan variadas como se quiera. Invocan, por ejemplo, la falta de libertad política, y no les falta razón; o bien, toman, como centro de inte-

rés, la arbitrariedad administrativa que hiere constantemente los intereses privados. Por supuesto, en muchos casos, estas lesiones, pueden, incluso, estar perfectamente justificadas. Pero aquí entra en juego otro factor de constricción que es la censura. La censura no afecta solamente a la defensa de los intereses fundamentales del régimen, es decir, a sus principios básicos, sino que se extiende a toda la actividad del Estado, incluso a sus medidas administrativas concretas. Si estas medidas son injustas, como sucede en muchos casos, como es inevitable que suceda en un medio hermético, donde la impunidad está asegurada por la falta de fiscalización pública, el individuo padece, además del daño que se le causa, la irritación de no poder defenderse. Pero si las medidas son justas y razonables, acontece lo mismo. Para el particular lesionado, se trata siempre de una injusticia. Para la opinión en general, la arbitrariedad se presume siempre, a causa del hermetismo protector del régimen que echa sobre él la mancha de una sospechosa clandestinidad.

Un régimen de esta clase presenta la particularidad, comparado con los sistemas liberales, de no dar salida a las toxinas que engendra y produce en su seno todo organismo viviente. Hay un metabolismo social, como hay un metabolismo en los vivientes individuales. Las toxinas, traducidas en resentimiento, en desazón, deben ser eliminadas para que la sociedad conserve una razonable salud. Es lo que impide una censura demasiado rígida que protege hasta los menos defendibles y más ínfimos intereses de los sectores privilegiados. Claro está: la toxicidad del organismo, hace sentir sus efectos no ya en la sociedad en general, sino que no perdona ni siquiera a los mismos grupos gobernantes, donde se manifiesta en forma de mala conciencia y de irritabilidad y desunión. Esto no les impide a esos grupos gobernantes aferrarse al sistema restrictivo, sino que, al contrario, exacerban el celo protector, se cierran más, y con esto aumentan el grado del mal que los aqueja. No es extraño, porque están encariñados con su enfermedad, en cuanto, desde el punto de vista de sus conveniencias inmediatas, se traduce en la conservación de ventajas y privilegios. De ahí que esos sectores se nieguen a airearse. Hay una corrupción anaerobia, como nadie ignora, y los gérmenes causantes de esta corrupción, cuando entra el aire libre, mueren en el acto. Nadie se aviene a morir, con mayor motivo cuando su vida es próspera.

Empero, estos fenómenos de metabolismo deficiente, no explican por sí solos el descontento, ni la debilitación de un ré-

gimen. Un sistema político autoritario puede vivir indefinidamente y mantenerse con gran firmeza a pesar de estos males. Incluso puede gozar de un amplio asentimiento público que lo sostenga. Pero ello requiere una condición: que ese régimen proponga a la comunidad una tarea capaz de absorber sus energías disponibles o le presente un peligro amenazador para su vida, pongamos un peligro externo, como la existencia de un enemigo muy temido. El peligro suscita una concentración de la energía física y psíquica de la comunidad, y el régimen puede sostenerse perfectamente en cuanto sirva esta necesidad de concentración.

Tenemos, pues, este factor básico de todo movimiento y aun de toda actitud de carácter social: el saldo disponible de energía, una vez cubiertas las necesidades de vida elemental. Si el saldo disponible no existe o es muy bajo, la sociedad en cuestión propenderá a permanecer inmóvil, a estancarse. En este caso, el sistema político correspondiente a la sociedad en cuestión puede ser, perfectamente, en autoritarismo paternalista, dogmático y también inmóvil. Es el régimen que se da, con más naturalidad, en las civilizaciones decadentes o paralizadas en su desarrollo, sobre todo cuando esta situación se hace crónica y muy duradera. La comunidad se integra perfectamente en su bajo nivel y no se mueve. Cabe decir que se enquista. De aquí no debe concluirse, formalmente, es decir, al pie de la letra, que un régimen de tipo democrático es imposible en esta suerte de comunidades decadentes o enquistadas. Puede existir. Pero no será nunca una democracia en el sentido genuino de la expresión. La democracia, en las comunidades de muy pobre nivel energético, no suele pasar de una apariencia, de un aparato formal. Y esto por una razón muy sencilla: porque los niveles ínfimos de la mayoría de la población excluyen automáticamente a la gran masa de los mínimos culturales en los que la democracia genuina puede asentarse y vivir, y la misma pobreza hará irrisorios derechos políticos de alta exigencia energética, como el de sufragio. Por tanto, la democracia, en esos medios sociales, será, en realidad, una oligarquía más o menos amplia y el sufragio no puede pasar de una falsificación mejor o peor establecida. En una comunidad de este tipo, es decir, de bajos niveles energéticos, el juego político se desplegará solamente en las capas superiores, provistas de suficiente saldo de energía para gastarlo en las contiendas políticas, incluso traumáticas. Si esas

contiendas calan profundamente, si participa en ellas la gran masa (por ejemplo, una guerra civil popular, de amplia participación social), es porque la sociedad de que se trata dispone de considerables saldos de energía.

Ahora bien: supongamos que, en determinada comunidad, existe un gran saldo de energía disponible, energía de lujo, puede decirse. En este caso la energía disponible debe ser gastada de algún modo. No precisamente porque sobre, en el sentido literal de la expresión. No hace falta que la comunidad sea una especie de Jauja. Puede ser, por el contrario, relativamente estrecha y aun pobre. Por supuesto, en esa misma comunidad habrá, como suele haber casi siempre, sectores miserables, es decir, sin saldo disponible de energía. Pero, al menos, es preciso que un razonable bienestar fundamental se dé en la mayoría de los componentes humanos de la comunidad, situación compatible con un afán extendido de mejorar los niveles económicos, natural efecto de la elasticidad indefinida de los deseos y de las necesidades del hombre. Lo que sucede en la práctica es lo siguiente: el mismo afán de mejoramiento, no satisfecho o insuficientemente satisfecho, se transforma en tensión psíquica. La energía disponible en saldo, acude a la psiquis y la tensa, la proyecta en pasión y en afán.

Una sociedad que pasa por este trance puede descargar su energía (ahora ya psíquica) de muchas maneras. Una de ellas es la contienda interior y pacífica de los partidos políticos y la expansión de las empresas y de las iniciativas, en diversos campos, de los elementos más activos de la comunidad. Este juego puede prolongarse indefinidamente sin que la comunidad pierda su salud ni su equilibrio. Los sucesivos aumentos de niveles energéticos despliegan nuevos motivos sociales de actividad que absorben la energía disponible y las cargas psíquicas se evacuan en la múltiple dinámica de una sociedad compleja, rica, con gran variedad de intereses, y no constreñida por un molde demasiado rígido. Ejemplos de este tipo de comunidades son los Estados Unidos de Norteamérica e Inglaterra con abundantes saldos disponibles de energía y una gran estabilidad pacífica. En estas sociedades las cargas psíquicas están en perpetuo movimiento, se evacuan incesantemente en una gran variedad de intereses, de empresas, de conflictos, de debates, sin que se acumulen peligrosamente, sin que se polaricen en obsesiones destructoras.

Ahora bien: supongamos que a una sociedad con abundantes

disponibilidades energéticas se le aplicara el molde rígido de un Estado dogmático y autoritario. ¿Qué sucedería? La hipótesis más razonable consiste en suponer que el molde no podría resistir la presión de la energía social. En efecto, la comunidad no toleraría la constricción del molde político rígido y lo haría saltar. La energía disponible, en su expresión de cargas psíquicas, propendería a concentrarse en forma de hostilidad contra el molde político y lo rompería inevitablemente.

Sin embargo, habría siempre un medio de conservar el molde político, aun siendo éste muy constrictivo y estrecho. Bastaría que el Estado propusiese, si le era posible, a la comunidad, un objetivo capaz de concentrar y absorber el saldo de energía disponible. Por ejemplo: una guerra exterior, o un gran peligro exterior. En este caso, el autoritarismo del molde, del Estado, se haría perfectamente compatible con la sociedad. Esto es lo que ha sucedido muchas veces en la Historia, y lo que está sucediendo.

Ejemplos muy expresivos de esta situación los tenemos, para no ir a buscarlos lejos, en los casos de la Alemania de Hitler y de la Unión Soviética de Stalin o de hoy mismo. La intuición de que las dictaduras empujan a sus pueblos a la guerra es perfectamente exacta. Empujan a la guerra por la necesidad que tienen de concentrar la energía disponible en un objetivo exterior. Gracias a la existencia de ese objetivo pueden conservar su estabilidad interna y aplicar incluso las medidas más tiránicas sin encontrar resistencia en la comunidad. La dictadura hitleriana se instaló sobre una sociedad rica, dinámica, con elevadas cargas energéticas disponibles y, sin embargo, pudo durar indefinidamente. Pero fue gracias a la concentración de esta energía, en su expresión física y psíquica, en un grandioso plan guerrero y de expansión imperial. Algo semejante acontece con la Unión Soviética actual que es una comunidad asimismo con abundantes disponibilidades de energía. Pero la energía soviética encuentra un cauce, ante todo, en la construcción de la sociedad comunista que exige cuantiosos capitales, es decir, un enorme ahorro social. El saldo de energía restante, lo absorbe, no ya un plan de expansión propiamente, aun cuando la expansión más allá de las fronteras se haya dado, también, de hecho, sino, precisamente, una amenaza exterior muy grave. Sin esos dos factores, la dictadura totalitaria soviética no hubiera sobrevivido, en particular al producirse la sucesión staliniana. Puede afirmarse, en consecuencia, que la dictadura totalitaria soviética

se mantiene en buena salud y estabilidad, sobre todo, gracias a la presión que ejerce sobre ella el colosal poderío norteamericano. En un clima de paz, la Unión Soviética se verá obligada, quiéranlo o no lo quieran sus dirigentes, a evolucionar en dos direcciones posibles: o bien tendrá que suscitar un objetivo externo, expansivo, capaz de absorber la energía disponible y concentrarla, o bien tendrá que aflojar el molde político y permitirle a la sociedad soviética una libre descarga de su energía. Queda una tercera alternativa: afrontar una revolución desintegradora de las estructuras políticas y aun de la nación misma. Y eso que el Estado soviético goza de un privilegio especialísimo que no se da en ninguna nación occidental. Y es que el comunismo ha destruido las estructuras sociales autónomas, con su esfera de libertad o de aspiración a la libertad, por la simple virtud de haber abolido la propiedad privada. Gracias a este expediente el Estado encuentra pocos centros sociales de resistencia, centros que existen, en forma de clases sociales, iglesias, sindicatos, empresas, individuos propietarios, en las comunidades capitalistas. Con todo, ni siquiera la sociedad soviética es un monolito, puesto que se encuentran en ella grupos sociales diferenciados, como los campesinos, los obreros, los técnicos, los burócratas del Estado y del partido... Existen igualmente estamentos diferenciados dentro del aparato estatal, como es el caso del Ejército, contrapuesto en principio al equipo civil gobernante y a la "aristocracia" comunista, si queremos designar así a los altos dirigentes del partido. Por último, no debe olvidarse que la nación soviética es compleja y en ella viven nacionalidades menores cuya personalidad está lejos de haberse extinguido por efecto de la presión del molde dogmático del Estado. Todas esas entidades, en un situación de crisis, brindan a la posibilidad de desintegración muchas fisuras, poco perceptibles en este momento, es decir, en tanto los zunchos y abrazaderas del poder estatal y del dogma comunista tengan bastante fuerza para impedir la ruptura.

En suma: los sistemas políticos de molde rígido, que constriñen autoritariamente la vida social, sin conceder latitud suficiente a la expansión y al juego de la energía social en saldo, disponible, no pueden subsistir duraderamente, en una comunidad con cierto nivel de riqueza, a menos de concentrar esa energía en un objetivo, externo o interno, de gran avidez absorbente, capaz de solicitar con eficacia la concentración del potencial energético y de la actividad psíquica.

Cuando se da, en una sociedad, la coyuntura apta para concentrar el potencial energético y la afectividad en una dirección, el gobierno autoritario y el Estado de molde rígido no sólo son viables sino los más adecuados. Acontece, en estos trances, que la sociedad misma clama por un gobierno que interprete su afán de concentración energética. Se produce, en consecuencia, una tendencia espontánea hacia la dictadura. Que la dictadura se instaure, efectivamente, ya depende de factores secundarios de la más diversa índole. Pero la tendencia existe siempre. Una de las causas de que el gobierno dictatorial sea evitado puede ser, justamente, la superabundancia del saldo de energía disponible, como sucede en comunidades muy ricas, capaces de atravesar por períodos muy difíciles y angustiosos sin caer en un sistema dictatorial, y ello porque la energía disponible es tanta que no acaban de absorberla las exigencias de la coyuntura, aun siendo ésta muy grave. Por eso, naciones como los Estados Unidos y el Reino Unido han atravesado y superado crisis como las dos últimas guerras mundiales sin acudir al recurso dictatorial. No obstante, aun en estas comunidades, las inclinaciones hacia el autoritarismo se hicieron presentes, últimamente: en los Estados Unidos, con ocasión de la guerra fría y de la llamada "cacería de brujas" anticomunista.

En los trances más críticos, la comunidad concentra espontáneamente sus afectividades y reclama la concentración energética para poner toda su fuerza al servicio de las necesidades apremiantes del momento. Al concentrarse la afectividad, hay una propensión a borrar los matices y las diversificaciones del psiquismo. La inteligencia simplifica sus intereses, desdeñando las actividades de lujo, los objetos puramente especulativos o artísticos y se pone al servicio de la finalidad social embargante. En el orden político, en concordancia con la afectividad, la inteligencia sólo distingue dos colores fundamentales y asimila a esos dos colores todos los matices. Son las épocas del rojo y el blanco, de los buenos y los malos, de los amigos y los enemigos. El mecanismo analítico pierde finura en proporción de las tensiones y de los afanes que solicitan el alma de los individuos y, en suma, el alma de la comunidad. Es el tiempo de las enormes mentiras, de los tremendos e irreparables errores, de las ciegas persecuciones. No ya la discrepancia sino el simple reparo parece un agravio y una traición. Cuando este fenómeno se hace más patente es en tiempo de guerra, con el pensamiento amor-

dazado o, lo que es peor aún, atemorizado, las sentencias injustas, las medidas drásticas contra las personas y los bienes, sin matices ni distingos. Por su parte, el mundo de los afectos también se vuelve primitivo y sencillo. Amistades viejas y bien fraguadas se rompen si entran en conflicto con los elementales esquemas que prevalecen en el momento por efecto de la concentración psíquica (y consecuentemente energética). En casos extremos nadie conoce a nadie, ni siquiera los padres a sus hijos ni los hijos a sus padres. La comunidad lo embarga todo, incluso la misma intimidad de los individuos.

En este clima el totalitarismo es ya un hecho en la esfera social cuando se produce manifiestamente en la esfera política. Un gobierno autoritario y dogmático interpreta perfectamente las demandas de la comunidad y puede hacerlo casi todo, exigir la máxima sumisión, reclamar los mayores sacrificios, imponer la abdicación de toda veleidad de autonomía en las conciencias. Puede estar seguro de que no será resistido ni objetado. Asimismo, no tiene por qué temer a la crítica, porque cualquier idea que halague a la pasión colectiva obtendrá fácilmente la aquiescencia y la fe de la comunidad. Lo único que se le exige a este gobierno es que tenga éxito. Sólo un fracaso real y manifiesto puede debilitarlo.

ESTAMOS ya en condiciones de poner en juego estas razones a la vista de la situación de la España actual.

El estado de cosas materiales que prevalece en España, hoy, está lejos de ser malo, a mi entender, y comparado con el de hace cinco o siete años, puede calificarse de muy satisfactorio. Por tanto, si el descontento en una comunidad, en esta comunidad concreta, respondiera proporcionalmente a la intensidad de los estímulos perturbadores de la vida, la actitud social debiera ser hoy adquiescente y tranquila o, cuando menos, no tan hostil al gobierno como en aquella época. Sin embargo, sucede lo contrario. La explicación reside, sin duda, en que la mayor disponibilidad de energía permite, en la actualidad, reacciones imposibles en aquel otro período de estrechez y de penuria general.

¿Pero no existía descontento en aquellos años? Suponemos que sí. Incluso esa actitud tenía una expresión material de suma importancia, una expresión traumática, en cuanto había incluso

muchos guerrilleros en las montañas y faltaba la seguridad en las carreteras y en vastas extensiones del territorio. Sin embargo, ni siquiera esta crisis tuvo efecto alguno, de carácter decisivo, en cuanto a la seguridad del régimen. ¿Por qué?

Esperamos poder desenredar esta madeja de contradicciones aparentes. Está dicho, ante todo, que el saldo de energía disponible es ahora mayor que antes. En consecuencia, hay un vagar mayor para el pensamiento político y una latitud para concebir deseos y aspiraciones, sumergidos entonces por los limitados y apremiantes estímulos de la vida elemental. El hecho de que unos cuantos miles de hombres se lanzasen a la violencia y a la rebeldía armada no alteraba este cuadro fundamental. Esa rebeldía no resonaba en las conciencias, apagadas por la extremada penuria y la urgente necesidad de vivir. Si acaso irritaban e incomodaban a la mayoría, consagrada a procurarse la satisfacción de sus necesidades primarias.

Pero había otro factor de efectos decisivos para explicar la pasividad de los unos y la reacción defensiva de los otros en favor del gobierno, en suma, del poder de hecho. Este factor era la presencia de un objetivo de concentración de las energías sociales disponibles, consistente en la necesidad de reaccionar contra la situación, subsistente aún, de guerra civil, y contra las fuerzas que amenazaban la seguridad del régimen desde el exterior. Cierto que el objetivo de concentración, en este caso, no agrupaba, ni mucho menos, a la sociedad entera, escindida por los odios ideológicos y de clase, pues sólo provocaba la concentración en la minoría gobernante y en el sector de los vencedores de la guerra. Pero con eso bastaba para prestarle al régimen una solidez suficiente, permitiéndole enfrentar la difícil coyuntura.

La guerra civil ha sido, en efecto, el factor concentrativo de las energías sociales en el caso de España. El régimen nacido de aquel trance ha vivido de él y de él sigue viviendo aún. Le bastaba presentar a los suyos, y en un grado muy considerable a la nación entera, el recuerdo de aquella inmensa calamidad y la perspectiva de su repetición, para obtener en el acto el apoyo y el asentimiento. Con mayor motivo si se tiene en cuenta que aquella guerra fratricida fue muy cruel y ha dejado un caudal de resentimientos, incluso concretados y personificados, un verdadero potencial de venganza, una atroz contabilidad de agravios. La reciente memoria de la guerra suscitaba el tacto de codos de los vencedores. Por otra parte, la guerra civil era una cantera inagotable de justificaciones para el gobierno.

Si la realidad no correspondía a los sueños o a los *desiderata* de quienes habían vencido, siempre era posible invocar la herencia de las calamidades y los actos del enemigo, como explicación de todos los males. De este modo se llevaba a cabo una transferencia de los propios errores o de los vicios propios descargándolos en el adversario político, con lo cual se efectuaba una concentración de la afectividad hostil, desviándola del gobierno. Esta transferencia podía consumarse, igualmente, con respecto a las potencias extranjeras, echándoles la culpa, pongamos por caso, del malestar económico, como efecto del bloqueo y de la malevolencia de los extranjeros.

Por tanto, este cuadro describe una situación de guerra, si atendemos al fenómeno de concentración de la afectividad y de la inteligencia en un objetivo absorbente y apto para justificar el autoritarismo del Estado. Está dicho que, en un trance de esta clase, la misma sociedad clama por un poder que interprete su ansia de concentración. El espíritu crítico se atenúa y debilita y la comunidad está dispuesta a aceptar todas las incomodidades materiales y todas las transgresiones éticas con tal de sobrevivir. Es, por tanto, un clima adecuado para un régimen de poder absoluto y privación de libertad. Dicho de otro modo: el molde político, por estrecho y opresor que sea, se adecúa, a la postre, satisfactoriamente, a las demandas de una sociedad de pobre saldo energético que necesita concentrar sus recursos materiales y anímicos para subsistir.

La dureza represiva en un ambiente de esta naturaleza, lejos de provocar una reacción social hostil, suscita el asentimiento y el aplauso. La injusticia se tolera. La afectividad simplificada prescinde —al igual que la inteligencia— de los matices intermedios y divide sus expresiones entre el odio y el amor, según colores bien definidos. El gobierno podía recoger y explotar en beneficio de su estabilidad y de su poder este caudal afectivo con sus definiciones elementales. Su tarea estaba muy facilitada por esta misma simplificación en cuanto agrupaba a los amigos y separaba radicalmente a los enemigos que eran, precisamente, los mismos de la guerra civil. Bastaba descargar sobre el sector vencido, las cóleras y represiones del poder político, con la tranquila certeza de que su indefensión no suscitaría ningún riesgo grave para el gobierno ni provocaría reacciones incómodas o confusas. Los campos estaban bien delimitados y el daño infligido a unos adversarios calificados por sus antecedentes, aunque en muchos casos no fuesen sino formales, pro-

curarían al grupo vencedor una sensación de mayor seguridad y, en cierta medida, también, un estado de buena conciencia. Nada hay más cómodo, en efecto, para un gobierno, que poder cargar con la reprobación a un enemigo bien definido. De ahí el éxito de las persecuciones raciales, por injustas y gratuitas que sean, porque el color de la piel, la largura de la nariz o simplemente los orígenes familiares, constituyen definiciones claras, bien delimitadas, con lo cual los exentos de "pecado" se sienten seguros y sus conciencias se crecen en la satisfacción de no pertenecer al grupo condenado y marcado con el signo del "mal".

Ahora bien: este cuadro óptimo para un poder autoritario se está desvaneciendo.

En primer término el caudal de energía disponible ha aumentado mucho y, por tanto, surgen las diversificaciones de la afectividad y la inteligencia en los miembros de la comunidad. Por otra parte, el objetivo concentrador de la energía y de la vida psíquica, es decir, la guerra civil, va relegándose a la historia, al pasado. La muerte y el tiempo salda muchas deudas pendientes y, en consecuencia, desaparece la amenaza de que se produzcan venganzas. Una nueva guerra civil, planteada en los términos y con los esquemas que dominaron en la otra, es hoy ya una imposibilidad. El dispositivo social ha cambiado mucho, entre otros motivos por el mismo desarrollo del país que arrastra una serie de problemas, algunos de ellos tan graves como las reivindicaciones de tierra de los campesinos. En una sociedad donde empieza a prevalecer, muy acusadamente, la renta industrial sobre la renta agrícola, la reforma agraria tiene que ser contemplada de modo muy distinto que en una sociedad de predominio agrario. La preocupación de la productividad, por ejemplo, domina sobre la preocupación del reparto del suelo cultivable. Es un ejemplo. Las ideas y las actitudes del proletariado industrial son, también, otras, y así, el espíritu anarquista que tanta fuerza tuvo en épocas anteriores se ha atenuado increíblemente. Es otro mundo el que surge a la vida con problemas nuevos y diferentes de los que obsesionaron a las conciencias de un pasado que, sin embargo, no está tan lejos.

Pero el factor más patente de liquidación de la guerra civil está en las generaciones jóvenes. Los jóvenes no hicieron la guerra y no quieren solidarizarse, en modo alguno, con las luchas de sus padres. Al contrario: se manifiestan hostiles o, por lo menos, indiferentes respecto a aquel acontecimiento histórico. Esta diferencia alcanza también, por supuesto, a los vencidos y

no sólo a los vencedores. Aun diríamos que con mayor motivo a los que sucumbieron políticamente en el trance. No hay, ni en un sentido ni en otro, nostalgia del pasado, aun cuando subsistan las ideologías de aquel pasado. Pero se proyectan hacia el futuro y no invocan una tradición de continuidad o de referencia a la República de 1936. Los hombres de aquella República han sido olvidados, sin que exista, tampoco, en las generaciones nuevas, hostilidad hacia ellos. Los únicos que sobreviven en la conciencia de los jóvenes son los valores intelectuales que, éstos sí, constituyen fuente de referencia y de magisterio, en particular los grandes poetas de aquel rico período lírico, como García Lorca —un gran éxito editorial reciente—, Miguel Hernández, Juan Ramón Jiménez, Alberti y otros. Esta juventud ha sido educada en los moldes políticos del Estado y en los moldes filosóficos de la Iglesia, pero rompió esos moldes y se afana y aun se ufana de ser autodidacta. A todos los observadores les sorprende que esa juventud, pedagógicamente constreñida y aun en buena parte aislada de las corrientes actuales del pensamiento europeo, esté tan informada y participe plenamente de las preocupaciones y actitudes del resto de sus contemporáneos de Europa. La tendencia alcanza también a los seminaristas y a los jóvenes sacerdotes que comparten la nueva conciencia juvenil. Se comprenderá que, en estas condiciones, la irrupción de esta juventud, cuando le llegue su día, en la actividad social y en la dirección del país, implique un cambio radical e inevitable.

Las fuerzas políticas dominantes y el gobierno se esfuerzan en restaurar o establecer la continuidad con el movimiento del 18 de julio de 1936. Pero el fluir de la nueva vida repugna visiblemente esta conversión de la mirada hacia el pasado. Por otra parte, justo es decir que el propio régimen comprende la necesidad de superar aquella contienda fratricida incorporando, no por supuesto las ideologías, pero sí las personas individuales, al movimiento vencedor. Pero este ingreso tendría que hacerse en el cuadro de posiciones del propio régimen, lo que suscita una incompatibilidad emocional muy difícil de vencer al entrar en conflicto la condenación por un lado y la acogida por otro.

En la medida en que desaparece, en todos los aspectos, la fascinación del objetivo concentrador de las energías colectivas, es decir, la guerra civil y la amenaza exterior, se acusa la diversificación inevitable de los intereses afectivos e intelectuales, lo que, unido a la acción disolvente de la toxicidad interna del ré-

gimen, provoca divisiones y conflictos en el seno del equipo gobernante.

Y aquí se le plantea al régimen un problema nuevo para él. Hemos dicho que el régimen "disfrutó", hasta ahora, de un enemigo con muy precisa definición. Ese enemigo eran los "rojos", es decir, los adversarios de 1936-1939. Oficialmente, el "rojo" no ha dejado de existir. De hecho, sí. Se lo ha llevado el tiempo, la edad, la muerte, y no acusa ninguna reacción visible, hecha la salvedad del partido comunista que no toma su vitalidad de aquel episodio pasado sino de la actualidad, del presente, en tanto que su respaldo está más allá del marco nacional, como expresión de una fuerza con primordiales intereses y cooperaciones mundiales. Sin duda, el "rojo" sufre aún discriminaciones (funcionarios expulsados de sus carreras, inhabilitaciones para determinadas actividades, atención especial de la policía); pero estas medidas operan sobre un fantasma, sobre un muerto o sobre una fuerza latente que no se manifiesta. No hay ninguna oposición organizada de los viejos partidos ni de los vencidos de la guerra civil, encuadrados o no encuadrados. En el orden de la vida social no destacan en ningún aspecto, ni siquiera por sus expresiones verbales. La verdadera oposición es la nacida en el seno de las fuerzas vencedoras. Ahora bien: el tratamiento de esta rebeldía, amparada en antecedentes "irreprochables" y vinculada personalmente al equipo gobernante, no permite la drástica libertad represiva de que fue y podría ser objeto el vencido.

El hecho de que la acción disolvente de la estructura política se produzca, justamente, en el seno del grupo vencedor y en las nuevas generaciones, prueba nuestra tesis o, al menos, constituye un indicio muy expresivo en su favor. En suma: viene a decir que ese movimiento de oposición obedece a causas profundas, no meramente a posiciones ideológicas de partido, sino a una necesidad, diríamos, "subconsciente". Tampoco se trata, en cuanto puede colegirse, de un conflicto de clases o de intereses contrapuestos de grupo. Son los mismos vencedores de la guerra o sus hijos quienes se alzan contra el sistema, como si los moviera una fuerza interior, una necesidad vital, un surgir de su intimidad anímica.

Este impulso obedece, a nuestro juicio, a la experiencia oscura de la inadecuación del molde político a la realidad social. El molde es angosto, rígido, inmutable. La sociedad es expansiva, en crecimiento.

Por tanto, el molde ejerce una presión sobre el cuerpo social que éste resiente con una sensación, como fisiológica, de ansia de respirar. Automáticamente, el cuerpo social responde a la presión del molde en forma de hostilidad difusa que, en los sectores más despiertos, se traduce en racionalizaciones ideológicas y políticas. Como la hostilidad no puede diversificarse, justamente a causa de la constricción del molde, se concentra en el objetivo del propio molde, es decir, contra el poder político. Así, el Estado tiende a convertirse en el enemigo común. Esto es lo que explica dos fenómenos característicos de la España actual o muy notorios en ella: la generalidad del descontento y la coincidencia, en una misma actitud, a veces amistosa, como de aliados, de fuerzas sociales con intereses opuestos entre sí. Es el caso de los empresarios y los obreros. Los empresarios, lejos de condenar las huelgas de sus trabajadores, llegan a mirarlas con simpatía, a pesar del perjuicio que estos paros pueden causarles. A veces, los empresarios soportan esos perjuicios con alegría porque son expresiones de hostilidad al común enemigo.

En estas condiciones está claro que el molde político se verá forzado a aflojar o a cambiar de estructura. De otro modo, estallaría por efecto de la energía social disponible. Es decir: a menos que encuentre otro *enemigo* exterior a él, a fin de dirigir contra ese enemigo el saldo de energía disponible. Sin ese objetivo de concentración toda la afectividad vacante se volverá contra el molde, contra el poder político autoritario.

Queda aún, sin embargo, una posibilidad teórica de concentración de la energía disponible y de la afectividad: alguna empresa nacional común, una gran tarea de construcción, por ejemplo. En cierta medida esto lo ha hecho ya el régimen en cuanto hace lo posible para identificarse con notables empeños de desarrollo económico y promete una elevación del nivel de vida y la justicia social. Este empeño colectivo no llega a ser popular, entre otros motivos, porque la masa se siente explotada, lo que es inevitable condición del mismo desarrollo económico, a falta de capitales extranjeros; por lo demás, en régimen capitalista, es más difícil identificar un programa de esta clase con el bien de la comunidad entera, aun cuando sea exacto que, en definitiva, tanto en sistema de propiedad privada como de propiedad colectiva, el progreso económico es ciertamente un beneficio común.

Otro aspecto de la cuestión es la necesidad, verdaderamente

fisiológica, que sienten unos y otros, incluso los mismos dirigentes políticos, de que la toxicidad producida por el hermetismo del régimen, sea eliminada. Pero esto no es sino un modo particular de poner de manifiesto la exigencia de un cambio de estructura del molde político o, al menos, de un aflojamiento de sus normas autoritarias, especialmente con relación a la censura. Es decir, implica, en suma, la libertad de crítica y una vuelta al Estado de Derecho.

Tal es la lección que cabe extraer de la actual coyuntura española. Entendemos que esta experiencia puede servir para ilustrar otras situaciones, políticas y sociales, sea cual fuere la latitud en que se den.

# CRISIS DE DEMOCRACIA EN ESPAÑA

Por *Juan* CUATRECASAS

Se cumple ahora un plazo histórico de la fecha que señala el comienzo de la guerra civil española y con ella de una compleja etapa de la política europea y mundial. Con este motivo nos proponemos hacer un comentario subjetivo de rememoración, entre tantos otros que la fecha del 18 de julio ha desatado. Difícil tarea evocar la fecha trágica que marca el principio de un despeñadero obscuro e insondable en cuyo fondo han desaparecido hombres, ideas, pasiones, virtudes, errores, aciertos, penas y miserias así como gloriosas gestas, mientras la otra orilla espera a los sobrevivientes que puedan llegar a ella *sin visible puente* para ofrecerles el sereno horizonte de un amanecer.

Difícil tarea, en efecto, si me colocara en el pasado o en el vehemente campo de la *pasión,* aun situándola del lado de la justicia, de la razón y de la verdad. Porque es de tal magnitud la negra aventura emprendida hace veinte años por las fuerzas regresivas para derribar la joven y romántica República Española, ejemplo de quijotismo y pletórica de ilusiones, que su análisis depasaría el modesto propósito de este comentario. No es ésta la hora ni el lugar de hacer su historia.

Mas tampoco queremos situarnos en el plano de la historiografía. Para muchos la historia es una especie de *tenia que cría épocas y episodios* con la monótona regularidad de los siglos, ironizada así por Spengler. Sin embargo, la biología del espíritu sigue los pasos de un reloj menos parecido a un gusano que a una mariposa, con sus fugaces aleteos y sus metamorfosis que tienden siempre a un nuevo misterio, bien de purpúrea belleza, bien de latente gestación, bien de proyección ambiciosa hacia el espacio desconocido. El tiempo biológico, como el *tempo histórico* de la humanidad, goza de las musicales calidades del acordeón que acariciadas a la distancia por el oído que las percibe, forman melodías de distinto volumen y significado, enlazadas por un variable rosario de ruidos y silencios, a veces

entrecortados. He ahí cómo a los ignorantes de la historiografía a veces nos es dable percibir la musicalidad sensible de la historia, desde la atalaya del sensorio humano.

Intentaremos situarnos en el *plano transpersonal* de la concepción del progreso indefinido de la humanidad, que indudablemente busca la libertad moral. Porque la finalidad de este comentario personal no es otra que la de invitar a la meditación sobre nuestro tema; hacer examen de conciencia, renovación de energías, esclarecimiento de hechos, orientación general de los problemas; transposición de los mismos hacia el mundo abstracto. La mejor manera de contemplar el futuro con la enseñanza del pasado, pero sin el lastre deleznable que por desgracia nos trae este pasado.

### *El túnel*

EL calificativo de *crisis* que figura en el epígrafe de este ensayo, no tiene otro sentido que el etimológico: *Krisis;* combate, esfuerzo, juicio. Y si queréis darle un sentido más lato; eclipse, paréntesis, ocultación. Que todo ello viene a ser este período que comienza en julio de 1936 y cuya terminación se aproxima. Intentaremos reflexionar acerca de sus consecuencias y de su aparente desarrollo despojándonos de la pasión política y buscando la lección de modestia que el espectador necesita, para encontrar la fe en la realización de los ideales y la orientación en sus propias posibilidades.

Y para comenzar bajo el signo del eclecticismo, recordaremos el hecho inicial con una breve descripción de un historiador inglés: John Brande Trend, eminente hispanista y profesor de la Universidad de Cambridge. En su reciente libro, *La civilización de España,* dice así: "En julio, un grupo de altos oficiales del ejército se rebeló al estilo típico del siglo XIX. La aguja del gramófono saltaba de nuevo. Pero en 1936 los resultados fueron muy distintos. En ocasiones anteriores, la masa del pueblo apenas se enteraba de los pronunciamientos: los contemplaba con indiferencia y esperaba tranquilamente el próximo. Esta vez el golpe del ejército encontró firme oposición popular. Los rebeldes habían preparado un cambio relámpago entre medianoche y la hora del desayuno: en lugar de ello tuvieron que luchar casi tres años".

Con motivo del aniversario del pasado 14 de abril, el Pre-

sidente de la República en el exilio, Diego Martínez Barrio, recordaba la misma contienda con estas breves palabras: "y cuando la espada tomó el puesto de la ley, España, en la cruz, comenzó a desangrarse". Y añadió que "Las faltas y los yerros no se produjeron exclusivamente en uno de los campos beligerantes; se extendieron por todos los ámbitos de la nación...".

Y aun absteniéndose de hacer más duros juicios, Martínez Barrio no olvida que los odios frenéticos eran patrimonio de unas minorías situadas en los extremos de la sociedad política. Y aquí, en lo íntimo de nuestra conciencia, es preciso recordarlo como enseñanza. Es muy frecuente escuchar soluciones retrospectivamente aplicadas para convencernos de que era evitable la contienda. Pero no nos es dable ahora dilucidar problemas políticos. Solamente describir o analizar fenómenos psicosociales. Y bajo este aspecto, se trataba de fuertes tensiones psicológicas indebidamente encauzadas.

Puede ayudarnos a comprenderlo una célebre experiencia física, la del *demonio de Maxwell.* Se trata de un recipiente dividido por un tabique agujereado. Cada orificio del tabique tiene un obturador manejado y vigilado por un *demonio* capaz de seguir con su mirada el tamaño y la velocidad de las moléculas gaseosas. El demonio puede bloquear el paso de las moléculas más lentas y dejar pasar a las más rápidas. En esta experiencia imaginaria, el demonio de Maxwell tiene la posibilidad de dividir en poco tiempo las moléculas de un gas contenido en tal recipiente, separándolas en dos porciones de presión y velocidades distintas desarrollando tensiones pregresivas. Las dos Españas, la de Felipe II y la de Don Quijote, llegaron a tensiones psicológicas de alto grado por obra de los demonios de Maxwell. Sin embargo, no todas las zonas de cada una llegaron a tener y a conservar esta alta tensión, sino algunos sectores que constituyeron las puntas de lanza de la contienda. Cicerón ya lo había dicho: "la República es siempre muy bien atacada; y también siempre mal defendida".

Se dice que la historia la escriben siempre los vencedores, pero en esta crisis los vencedores no han podido escribir su historia. Desde el primer momento fueron seudovencedores. Quienes escribieron y siguen escribiendo la historia de esta etapa son los vencidos, quienes por este solo hecho pasaron a ser históricamente vencedores. ¿Por qué los ganadores materiales de un poder tan absoluto no han podido escribir su historia?

Se me ocurren, entre otras, dos razones: la primera es que no han tenido ni un cerebro ni un espíritu para escribir. No se puede escribir con un sable o con una mano acefálica. Ya se lo dijo el gran poeta León Felipe:

Tuya es la hacienda —la casa—, el caballo y la pistola
Mía es la voz antigua de la tierra
Tú te quedas con todo —y me dejas desnudo y errante por el mundo...
Mas yo te dejo mudo... ¡Mudo!
¿Y cómo vas a recoger el trigo y a alimentar el fuego
Si yo me llevo la canción?

El inhumano caudillo se quedó mudo. Está mudo todavía. Sin una filosofía no puede subsistir un Estado. El mismo poeta prometeico de nuestro exilio lo había dicho: "La vida de los pueblos, aún en los menesteres más humildes, funciona porque hay unos hombres allá en la Colina, que observan los signos estelares, sostienen vivo el fuego prometeico y cantan unas canciones que hacen crecer las espigas".

Mucho tiempo atrás, la historia del siglo XIII había demostrado que un imperio sin cultura no podía subsistir. La creación del imperio mongol que dominó todo el Asia fue debido a las más amplias y victoriosas campañas de conquista que reconoce la historia. Pero los mongoles no sabían hacer otra cosa que conquistar, destruir, aniquilar. El pueblo de la estepa asiática fue incapaz de cultura y su imperio se derrumbó rápidamente.

Es preciso *convencer*, además de *vencer*, había dicho Unamuno antes de su muerte. Y con él desaparecieron del valle ibérico todos los hombres de pensamiento. La persecución y la matanza consumó el exterminio. Mas en las colinas lejanas de Europa y América, siguieron alentando unos hombres que mantienen encendido el fuego prometeico y todavía cantan aquellas canciones que hacían crecer las espigas. De ellos hablaremos más tarde.

Se dirá que en España quedó también una filosofía estatal. Mas la realidad lo desmiente. Al lado de una seudovictoria había una seudofilosofía. Porque los fósiles para revivir necesitan su propia salsa y su propio mundo. Si Tomás de Aquino reviviera hoy en España para alimentar su redivivo pensamiento, probablemente estallaría hasta quedar pulverizado por la hipertensión de su propia filosofía. Y además, para cultivar una

filosofía, aunque anacrónica, se necesitan espíritus que la comprendan, hombres que la alimenten y la prediquen humanamente. Y todo esto está ausente en los lares hispánicos. Allí los fósiles están también muertos. Todo estaba muerto.

Pero además hay otra razón para que estos vencedores no hayan escrito la historia. Están fuera de la historia. Podríamos comparar el panorama político-cultural de estos años críticos en el suelo peninsular a un museo paleontológico donde estuvieran juntos en un terreno miocénico de la era terciaria, el hombre de Neanderthal, el Pithecantropus, los Dinosaurios y el Hombre de Cromagnon.

Con veracidad pueden decir los paleontólogos que la arqueología es la ciencia de la vida. Esta paradoja nos enseña que si los sabios exclusivamente preocupados de las cosas del pasado excavan tumbas y templos, se encuentran con la reconstrucción de la vida de una época cuando desentierran símbolos cargados de un prodigioso secreto. Aun la vuelta al pasado podría ser vida si se hiciera sabiamente y si ello fuera humanamente posible en la realidad histórica. El fluir de la evolución es siempre irreversible. La simple pretensión de volver atrás sería ya una locura. Mas como repitiera nuestro citado poeta León Felipe, ya ni siquiera hay locos en la tierra del Quijote. Me refiero a la locura que elogió Erasmo, no a la de los enfermos de demencia, que eso sí que afecta a los que quisieron arrastrar a España hacia la vorágine de un pasado. Demencia fue creer que Felipe II podía reencarnarse. El filipismo representó la fuerza que movía a los que iniciaron la tétrica aventura. El historiador portugués Fidelino de Figueiredo lo ha definido admirablemente en su libro *Las dos Españas,* y nuestra personal observación psicográfica lo había reiterado, adhiriéndonos al esquema de Figueiredo en algunos ensayos publicados hace tiempo.

Los filipistas de 1936 no alcanzaron de ningún modo su objetivo. No debe existir una técnica de arqueología política suficientemente sagaz para regresar a las estaciones seculares del pasado. El genial novelista Herbert G. Wells había inventado la *máquina del tiempo,* que permitía viajar a un personaje suyo a través de la cuarta dimensión. Bonita fantasía de novelista, plasmada con engranajes de perfecta relojería movidos por una palanca. Diríase que nuestros filipistas creyeron apoderarse de esta máquina y que quisieron mover la palanca para marchar velozmente hacia el siglo XVI, para reencarnar el Im-

perio. Pero la realidad ha demostrado que la palanca se atascó y el aparato de relojería no ha funcionado bien. La máquina del tiempo welsoniana ha conducido a España hacia la quinta o la sexta dimensión. En este viaje sin retorno, los filipistas con toda la maquinaria estatal se han trasladado a una especie de valle de Josafat, donde comandan y conviven el rey don Felipe II, Santo Tomás de Aquino, Felipe V, Fernando VII, el general Primo de Rivera, el Papa Gregorio el Grande, Recaredo, Alfonso XIII y tantos otros personajes heterocrónicos.

Esta interpretación metafórica expresa una realidad y nos consuela de otras realidades desoladoras. España ha sido violentamente arrancada de la geografía y de la historia. Quizás sea por ello que el mundo político de estos decenios la haya desconocido. La verdadera historia nos dará en el futuro la razón de ello. Mas las cosas ocurren como si toda la España oficial, desgajada de la historia, sigue a espaldas del mundo, conectada en apariencia con el mundo, conectada cínicamente con el mundo, sin una conducta, sin una filosofía, sin un contenido, sin ninguna razón, sin dar realidad histórica a su existencia. Cuando la España oficial habla, actúa, pide u ofrece, todo cae en el vacío. Solamente los turistas y los buscadores de oro se toman por su propia mano lo que les gusta, puesto que la creen *tierra de nadie*. ¡Tierra de nadie! Y cuando los hombres de Estado de todo el mundo y los hombres libres de la tierra se dirigen a España buscando un diálogo, tampoco hallan respuesta viva, porque se encuentran con fantasmas que se limitan a pasear migajas de sus restos cadavéricos.

En 1936, España tenía un pueblo, un destino, una vida. Después, fue decapitado, encarcelado, castrado. Fue anulado su destino y destruida su cultura. Para sintetizar el panorama español de hace pocos años, vuelvo a pedir prestada la palabra de John B. Trend: "media España se moría de hambre y el resto iba a padecerla pronto; los campos no se cultivaban, las ciudades estaban destrozadas por los bombardeos. Las nuevas fuentes de vida, que habían aparecido con tal abundancia durante los últimos cuarenta años, habían quedado cegadas, envenenadas por la guerra. Parecía inseguro hasta llegar a sobrevivir simplemente y no podía pensarse en nuevos progresos. Era un cuadro como el del viejo poema que Costa había mostrado a Don Francisco Giner y ante él se ocurría la misma cuestión: "Giner, hace falta un hombre; Joaquín, hace falta un pueblo".

*La Inquisición*

Una de las características más permanentes del régimen que corroe la vida intelectual de los pueblos ibéricos es la persecución feroz contra todo lo que signifique autonomía del pensamiento individual o colectivo. Para ello, la Universidad y todos los establecimientos de enseñanza están dominados por el dogmatismo católico, el cual además viene sancionado y regulado por una "Ley de ordenación universitaria", promulgada el 29 de junio de 1943. Los considerandos y articulados de esta ley pretenden convertir a la Universidad Española en un *ejército teológico que combata la herejía,* crea una Falange misionera que debe afirmar la unidad católica y defender la unidad religiosa de Europa (!)

Esta orientación no fue improvisada ni surgió por azar. En la génesis de la sublevación que desencadenó la guerra civil y la preparación de este programa teológico medieval, estaba ya de antemano este plan de regresión cultural con carácter de cruzada. Por lo menos, así lo reconocen todos los documentos publicados por los representantes del franquismo. Recordemos el libro de C. Eguía Ruiz, publicado en plena guerra civil, *Los causantes de la tragedia hispana* (1938), donde se atacaba violentamente a todo el movimiento liberal promovido por la "generación del 98" y se señalaba a la Iglesia como única institución capacitada para dirigir a la Universidad Española, la cual había inoculado en la sangre de los alumnos de la enseñanza católica privada este *espíritu tradicional* que *reverdecía con sangre juvenil* en los campos de batalla. Es decir, que la cruzada por el catolicismo absolutista era explícitamente reconocida como factor importante de la rebelión. Como los carlistas del siglo pasado y los inquisidores del siglo XIII, los pensadores del "glorioso movimiento" dividen al mundo en dos compartimientos mentales y políticos: uno espiritual-católico dirigido por la Iglesia romana, única intérprete de la voluntad de Dios, y otro liberal-marxista-ateo-comunista (!) obra de Satanás. Y bajo este esquema, la salvación del mundo y en particular de España, está en exterminar cuanto pertenece al reino de Satán.

Muchos otros aspectos de la política franquista han cambiado en el decurso de estos veinte años. La ferocidad brutal con que se había perseguido a toda oposición. El exterminio de toda persona sospechosa de republicanismo. Bien es verdad que este exterminio debía forzosamente reducirse por agota-

miento de material humano opositor, toda vez que los que no se exilaron fueron rápidamente apresados, fusilados y encarcelados. Pero en conjunto ha habido un cambio de actitud más o menos hipócrita en muchos aspectos de la conducta política. Pero en aquello que ha mantenido una fidelidad de conducta a toda prueba y una tenacidad progresiva es en la dirección teológica y teocrática de las actividades culturales, universitarias y políticas. La hipertrofia y predominancia social del clero es un fenómeno ostensible e indiscutible en la España franquista.

Uno de los ejemplos más ostensibles de este cariz inquisitorial es la persecución implacable sostenida contra la masonería, que constituye para los dirigentes franquistas una verdadera obsesión. Desde el comienzo del levantamiento militar empezaron las ejecuciones en masa de masones.

Bastaba adjudicar el calificativo de francmasón a cualquier hombre republicano o simplemente liberal a quien se quería eliminar, para que fuese fusilado sin más argumentos. Esto ocurría en los primeros meses del terror franquista en Andalucía, en Galicia, en Burgos, en todas las regiones donde disponían los "nacionalistas" del poder. En febrero de 1939 el Caudillo dictó una ley de responsabilidades civiles por la que se declaran culpables de delito a todos los integrantes de los partidos políticos y sindicatos obreros que fueran partidarios del régimen republicano, y también a los masones. Esta obsesión cristalizó en una "ley de represión contra la masonería y el comunismo" dictada en marzo de 1940, que tiene el mismo espíritu que las leyes de Torquemada. El equivalente del *embrujado* y del *endemoniado* del siglo XV serían, según estas concepciones legislativas "modernas" (!) los marxistas, francmasones y comunistas (!). El espíritu que había inspirado el libro de Sprenger y Kraemer, *Maleus maleficarum* (Martillo de las brujas, 1489), igual que el anterior de Trithemius, *Antipalus maleficiorum*, revivió en los cerebros paranoicos de la falange-tradicionalista de 1936 para proteger a las conciencias descarriadas de toda España contra la herejía. De repente, la clerecía se dio cuenta de que la herejía diabólica se posesionaba de los seres humanos, y muchos de éstos padecían los más groseros errores políticos sin tener siquiera conciencia de que estaban endemoniados (!!). Tal era el temor de la agitación anti-republicana que alentaba una insaciable persecución de herejes y una depuración interminable.

Como curiosidad histórica e información psicológica (apar-

te de sus consecuencias mortíferas) la mencionada ley de represión contra la masonería tiene interés puesto que goza de los mismos atributos del procedimiento inquisitorial: entre otros, los siguientes: El delito de herejía es imprescriptible; el reo convicto podía ser recibido a reconciliación, pero esto no le privaba de ser condenado a prisión; se premia a los delatores concediéndoles atenuantes; la aplicación de la ley tiene carácter retroactivo; el hereje quedaba inhabilitado de ejercer toda clase de cargos y de funciones públicas, etc., etc. La herencia mental de los métodos de la Inquisición aparece explícitamente en los textos de estas disposiciones, adornada con la estulticia propia de los procedimientos del filipismo moderno, cuyo fanatismo contrasta con las corrientes de nuestro tiempo y deja en evidencia el sello paranoide de tales actitudes.

En la era de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, es inverosímil la existencia de un lugar de la tierra donde funcionan los tribunales de la *Santa Inquisición* y donde no sea posible ejercitar ningún derecho intelectual ni cultural. Y sin embargo, ello es así. La censura oficial está asociada a la censura eclesiástica en todas las actividades de la vida pública y privada. Es de tal magnitud esta ironía de la historia que el mundo permanece indiferente a ella quizás por su inverosimilitud. Es verdad que otros fanatismos políticos modernos se tiñen de técnicas inquisitoriales, pero no llegan al extremo de las que comentamos, ligadas al fanatismo filipista. La Inquisición es un legado de una época acostumbrada a la brutalidad y ligada al sectarismo religioso. Pero comparada con las demás persecuciones de la historia, representa la más negra sombra que se proyecta en la trayectoria del hombre con una ferocidad desconocida en toda la escala animal. Podríase considerar como un despertar inesperado de la tradición demonológica en un limitado sector social y político. Tradición que en España ha perdurado a través de los siglos, y que a partir del siglo XVII fue ahogada por los avances de la medicina y de las ciencias naturales.

La medicina neo-hipocrática del siglo XVII contribuyó poderosamente al progreso del pensamiento liberal y especialmente a liberarse de estos temibles problemas creados por las sombras proyectadas en el inconsciente. Y en nuestro siglo XX había ocurrido un proceso semejante debido a la obra de las universidades y de las instituciones libres que marcaron rumbos científicos al pensamiento. Pero debemos reconocer que la Medicina

aportó el esfuerzo renovador del pensamiento biológico y tuvo su importante papel en el desplazamiento de la tradición demonológica. Por esto fueron innumerables los médicos sacrificados como mártires de mentalidad científica durante esta etapa de retroceso en que la oleada tumultuosa de una Nueva Inquisición sumió en las tinieblas a los cultos pueblos ibéricos.

Pero esta oleada feroz del siglo XX se halla finalizando por su propia limitación. Aun cuando surgió de un sedimento tradicional arraigado en una zona mental determinada, le había de ser muy difícil extenderse a amplias zonas de la conciencia colectiva aireadas por las corrientes modernas y cultivadas por la información científica más reciente. Y a pesar de todas las restricciones, la Inquisición se asfixia en su propia salsa por falta de terreno psicológico propicio a su subsistencia.

### *La nueva generación*

SE comete una injusticia cuando se juzga a España incapaz de gobernarse democráticamente o inflamada por extremismos políticos violentos. Si bien es verdad que el filipismo tiene raíces históricas, no lo es menos que en el siglo XVI la tolerancia era tan inexistente en Inglaterra como en España y que también en los Países Bajos después del asesinato de Guillermo de Orange, consumado por un fanático-católico filipista en 1584, viose al pueblo flamenco por muchos años hirviente de odio y de sed de venganza. En el siglo XIII, a pesar de la Inquisición, existía en España convivencia de diversos cultos y de varias culturas: árabes, judíos y cristianos. Siempre ha florecido un mosaico de voluntades y de pensamientos variados a pesar de los avatares de los monarcas absolutos. En la Edad Media, los españoles tuvieron sus parlamentos y sus consejos políticos municipales.

El *demonio de Maxwell* se habrá fatigado o envejecido en 20 años. Siguiendo con la mirada la trayectoria de las *grandes moléculas,* ha perdido de vista a las pequeñas. Y en la irrupción hacia la vida social de las nuevas generaciones a través de los agujereados tabiques del desolado campo ibérico, parece que los demonios de Maxwell no han discriminado. En las juventudes no hay dos campos. Se perfila el desarrollo de una mentalidad juvenil que emerge virgen de tensiones y que está imbuida del candoroso anhelo de reconstruir partiendo de la nada. El sentido de la democracia germina autóctonamente de las fuentes

de la vida mental sin deformaciones. Es la juventud autodidacta, *sin maestros*. Con motivo de la muerte de Ortega y Gasset, lo ha repetido Julián Marías: "*somos discípulos sin maestros*. Notamos cada día que falta algo, que nos falta alguien".

Un sentimiento colectivo que brota de las raíces psicológicas seculares invade la mentalidad de estas generaciones huérfanas de toda enseñanza política. En su subconsciente se agitan las sombras de Don Quijote, del alcalde de Zalamea, de Viriato, de Galdós, de Giner de los Ríos, entre tantos otros arquetipos que pugnan por impregnar a la embrionaria conciencia colectiva de una ansia de libertad y de un sentido de democracia. Encuentran una España sin canción, sin estructura. Y se lanzan en busca del ideal, y se preguntan con el poeta: ¿dónde está la canción, dónde está el Salmo? Han aprendido experimentalmente que "cuando los arzobispos bendicen el puñal y la pólvora... ¿para qué quieren el salmo?" (León Felipe) y también han respirado los aires universalistas de nuestro siglo que está pasando *de la fórmula de naciones a la fórmula de culturas*. Por eso hablan despectivamente del concepto de imperio.

La reciente proclama de los estudiantes vallisoletanos refleja bien a las claras el pensamiento de las masas juveniles: "¡Caínes, nunca! —dicen—. Mayores o menores de edad, tenemos clara conciencia del imperativo del deber que nos incumbe a los que avanzamos en la vida hacia los mandos del Poder, y no es otra sino el de sumar en apretado haz de fraternidad, por la vida de la libertad, en la máxima igualdad de derechos a los españoles todos que el odio cainista separó. Vencer el mal con el bien. No nos queda otra ruta. La que ustedes nos señalaron con sus gestas —dirigiéndose a los jefes de la Falange— la que venció el mal por la fuerza, ha costado demasiadas lágrimas, demasiada sangre, demasiadas agonías, demasiadas orfandades, devastaciones, pobrezas, desengaños y, sobre todo, demasiado odio, para que pueda seducir como programa a un alma bien nacida". Y a continuación añaden: "Si es así como ustedes trataron y tratan de forjar el destino de imperio en lo universal (frase cuyo contenido escapa a nuestra generación) desistimos definitamente de este destino y de este imperio. La escribiremos como epitafio sobre la tumba de ese ayer, pero no será el lema del mañana que tenemos que formar".

Un reciente testimonio documental, publicado en París por la escritora francesa Elena de la Souchére (*Le Temps Moderne*, abril 1956) expone la posición mental de la juventud como con-

secuencia de la constante oposición entre la realidad y la propaganda oficialista. Y dice E. de la Souchére que "todo aquello que está revestido de un tono de autoridad —discursos de dirigentes políticos, órdenes de los obispos, afirmaciones de profesores y de los manuales, informaciones de la prensa—, es unánimemente aceptado como una *antiverdad* destinada a engañar a la juventud o como una inconsistente verborrea sin relación ninguna con la realidad". Este es el saldo de la conducta y de la filosofía falangista.

La juventud no ha podido ser engañada por la inconsistencia de una política sin sentido, sin humanidad, sin lógica, sin eficacia. La miseria del pueblo y el abandono de la Universidad, la coacción brutal, la entrega oficial a poderes extraños al interés y a la conciencia política de los españoles, hacen que esta juventud posea un desprecio total por los dirigentes que ha conocido. Por eso busca la información que no está a su alcance, protesta contra la censura, desea la libre discusión. Y como afirma De la Souchére, "la libertad es la condición primera de la elaboración de una visión del mundo que servirá de base a la reconstrucción de un mundo nuevo y aceptable. En la impaciencia de la lucha, el viejo liberalismo ha reencontrado en España el ardor de la adolescencia". El amor a la libertad no les ha sido enseñado por sus mayores sino que ha surgido como un noble impulso vital en el entusiasmo expansivo de las actitudes sociales y del afán de saber de la adolescencia.

En otro reciente ensayo sobre la democracia ("El significado estructural de la democracia", *América Libre*, sept. 1955) hemos insistido acerca del origen del sentimiento de libertad en el hombre, ligado a un triple orden espiritual, intelectual y moral. Y decíamos que "la libertad intelectual permite al hombre el progreso científico y técnico, además del progreso filosófico; pero en el fondo de toda concepción humana hay algo más complejo y al mismo tiempo más primario: un *sentimiento místico de amor a la humanidad expresión de la solidaridad biológica de la especie*. Y esta profunda sensación de *contacto místico con el infinito* sería la justificación intuitiva de la democracia para algunos pensadores modernos" (Max Brod). La ausencia de educación política en España, y más bien la paradojal influencia de una coacción antihumanista, ha servido de ejemplar experiencia demostrativa de la capacidad cultural primaria y genotípica de un pueblo.

La psicología profunda descubre que por debajo del yo

consciente fluye vigorosa la vida que emerge del inconsciente colectivo. En esta mentalidad primitiva radica la inteligencia específica, la conciencia social profunda de un pueblo, la opaca inteligencia primaria trasmitida por el plasma germinativo a través de las generaciones. Es una herencia cultural no actualizada, aunque viviente. Y quizás en toda la historia de la cultura hispánica no se haya dado una experiencia tan drástica como la del franquismo, que segregó totalmente de la geografía humana la vida estructurada en la especialización técnica y filosófica, así como la ciencia política. Se reactualiza con esta experiencia aquella afirmación de Nietzsche: "el salvaje no es sino el *antiguo* moderno".

Y confirma la realidad de las siguientes palabras de Ortega y Gasset: "la cultura y la civilización que tanto nos envanecen, son una creación del hombre salvaje y no del hombre culto y civilizado. *La vida no organizada crea la organización* y todo progreso de ésta, su mantenimiento, su impulsión constante, son siempre obra de aquélla. Esto aclara el hecho paradójico de que todas las grandes épocas de creación y renovación cultural han coincidido, o fueron precedidas, por una explosión de salvajismo: el siglo VI de Grecia, el siglo XIII, las centurias del Renacimiento, el friso del siglo XIX".

Conceptos proféticos para la solución absoluta de continuidad que ha padecido la cultura pedagógica española en este eclipse de dos decenios. Nos decía Georges Duhamel que en la última guerra mundial Francia sufrió una interrupción de la actividad cultural de menos de diez años, límite que asignaba a la peligrosidad de perderse la transmisión directa de una a otra generación. Pero Francia conservó en su seno a todos sus maestros en todos los campos del saber y del hacer. España, como acabamos de ver, se quedó sin maestros, sin auténticas universidades. Dos decenios de vacío fueron un *aislante absoluto* entre los maestros del pasado y los discípulos del presente. Y en esta sangrante experiencia, la profecía biológica de Ortega se va cumpliendo. Cuando muere, se acuerdan de él los jóvenes clamando por su ya larga ausencia de maestro. Pero él había sospechado que dentro del salvajismo de nuestro tiempo se estaba forjando una cultura y una civilización de superior calidad. Y en efecto, las nuevas estructuras de la democracia internacional y las nuevas concepciones de la libertad en las mentes juveniles de España proceden de la vida íntima del pensamiento.

*El exilio*

¿Y qué diremos de aquellos *Hombres de la colina* que observan los signos estelares, sostienen vivo el fuego prometeico y cantan unas canciones que hacen crecer las espigas? ¿qué se hicieron de aquellos hombres? Los valles hispánicos se quedaron con las colinas desiertas y oscuras. Pero muchos de aquellos hombres buscaron las más remotas montañas para conservar el fuego y seguir cantando las canciones, aun cuando sus tonadas no alcanzaran a las tierras de sus espigas. Y a esto se le llamó y todavía se la llama *España peregrina.*

Como un alma en busca de su cuerpo, la España peregrina ha flotado, por el zodiaco de estas dos décadas recordando con el silbido del viento y el calor de su fuego, su inmarcesible existencia. Pero es preciso no caer en la tentación de confundir las bellas metáforas con realidades fecundas. La fecundidad de nuestro encendido peregrinaje dependerá de la autovaloración de su espíritu y del exacto conocimiento de sus falsas direcciones o de sus secuestros congelados. La fecundidad depende del calor y de la luz irradiada por el fuego de las colinas sin que cuente demasiado el nombre de los que lo alimentan. Porque los nombres traspasados a un zodiaco peregrino no poseen ya la continuidad política del pasado inmediato. Porque el pasado dejó de ser inmediato aunque muchos no lo creyeron así. En lugar de alentar el sagrado fuego prometeico, unos viejos hombres de las colinas miraban hacia atrás y daban órdenes anacrónicas. No sabían que era verdad lo que había dicho Castelar: que una generación de hombres no puede hacer dos revoluciones.

Otros siguieron en éxtasis mirando los signos estelares hasta que terminaron gloriosamente sus días, mereciendo la veneración de los supervivientes, como ejemplos santificados del silencioso heroísmo. Otros olvidaron su responsabilidad y se creyeron muertos; algunos tuvieron la paradójica sinceridad de manifestarlo así, como aquel astro eclipsado en Londres que no hace mucho proclamaba públicamente: "lo único que hacemos fuera de España es *irnos muriendo todos* poco a poco, lo cual es otro modo de liquidar también, a la postre, por consunción personal, las instituciones republicanas". Palabras que traducen la ignorancia crasa del papel del exilado, el desconocimiento de la vida peregrina; traducen la muerte del que las profiere. Otros gritan y vociferan pidiendo cosas a sus com-

pañeros, recabando jerarquías trasnochadas o bien clamando desesperadamente por la unidad del exilio. Son también fósiles muertos. Ni las jerarquías, ni la unidad, ni los programas políticos, ni siquiera los alardes de geopatriotismo colgados en etiquetas sobre el zodiaco aun cabalgando sobre nucas doradas o sobre cabezas de hombres consagrados, nada de ello es por sí mismo fecundo. Así la desilusión sucedió a otra desilusión, y la desesperanza se desató en cadena, por explosiones periódicas entre las muchedumbres.

A pesar de ello, el fuego prometeico siguió y sigue encendido en las colinas. ¿Por qué siguió encendido? Porque quedaron muchos hombres sin nombre, sin edad, sin jerarquía ni dogma político que permanecieron en el zodiaco siguiendo el movimiento de los astros y cantando las canciones... Y a estos hombres se les sumaron sus hijos, y sus nietos, y otros hombres nuevos, que sintieron la voz de la historia y tuvieron fe en el porvenir. Y todos éstos, somos nosotros. Nuestros hogares son también colinas donde el sagrado fuego alienta y alumbra. Este sagrado fuego purifica a los hombres que no supieron la canción, revivifica a los envejecidos, y constituye el nexo espiritual que une a todos los hombres del exilio hispánico.

Porque frente a la discontinuidad absoluta de las generaciones peninsulares, en la España peregrina ha habido una continuidad evolutiva de las doctrinas durante este período de veinte años. Continuidad que exhibe una transición del estatismo al evolucionismo, porque la velocidad de los acontecimientos históricos multiplica la magnitud del espacio-tiempo que estamos viviendo. Este fenómeno acrecienta la distancia histórica cronometrada por estos veinte años. Explica la disociación política entre la generación pasada y las generaciones nuevas crecidas y maduradas en el exilio. Pero en éstas ha podido fructificar la semilla del heroico ejemplo de sus apóstoles sobrevivientes y el recuerdo sagrado de los perdidos, que son muchos, demasiados.

Las nuevas generaciones crecidas en la colina extraterritorial observan ahora con asombro que el fuego prometeico empieza a divisarse desde las praderas ibéricas, donde los sedientos ojos de una población que ansía la libertad, vislumbran en la lejanía un rayo de esperanza. Y ya empiezan a oir también las canciones que harán crecer sus espigas. Y las espigas ya están asomando en sus praderas...

He ahí el panorama del nuevo día. Es preciso agrandar

la llama sagrada de nuestra doctrina y ensanchar el radio de nuestra canción. Y esto no es obra de los organismos políticos del pasado. Ya decía Heráclito que "no puedes bañarte dos veces en el mismo río, porque nuevas aguas corren siempre sobre ti". Es necesario alimentar el fuego. Que vengan los jóvenes de todas las edades para ayudarnos a alimentar este fuego. Que vengan los jóvenes de todos los mundos para cantar la gran canción de la libertad. Pues también el profético poeta León Felipe lo había dicho: "te salvarás como hombre, mas no como español". No es un problema de España, sino un problema de la humanidad. Hemos entrado ya en la era de las culturas supranacionales y España se salvará no precisamente como nación o como imperio sino como cultura reintegrada por autodeterminación en el concierto de la democracia mundial.

Se afirma que el nazi-fascismo fue la última orgía que el *nacionalismo agonizante* celebraba. El cadavérico *nacionalismo falangista* ya no celebra orgías, sino reiterado suicidio en Marruecos, en la Península, por doquier. Bien se lo echan en cara los infantiles manifiestos recientemente lanzados al viento. Pero no olvidemos que los historiadores de hoy (Toynbee), afirman que pasó la época de los imperios y de las naciones. Entramos en la era de las culturas, aunque los escépticos se resistan a verlo. Se clama por Gibraltar, por Las Malvinas, por las bases mediterráneas o por las africanas. Por importancia técnica o geográfica que ello tenga, error de unos y otros, lo que cuenta es el Hombre. No preocupa tanto hoy a los pueblos su territorio como la independencia de sus culturas. Es una verdad que el *Hombre* hizo irrupción por primera vez en las playas internacionales, al proclamarse jurídicamente sus derechos en las bases de las Naciones Unidas. Y ¿qué se les ha ocurrido pedir a estos voceros de la nueva generación hispánica al romper el silencio de dos decenios? Pues están pidiendo nada más y nada menos que los derechos del Hombre, la autodeterminación de las estructuras políticas, la libertad de pensamiento y de expresión, la tolerancia y la convivencia. He ahí una gran lección de progreso político.

Después de la tempestad vino la calma. Un exceso de tensiones políticas desencadenó la tempestad y un exceso de calma ha convertido a España en un cercado monasterio medieval, en donde las nubes de incienso trataron de ocultar las sepulturas de los millones de decapitados. Se aisló del mundo la vida española con filtros de toda clase. Aduanas, triples cen-

suras, mediatizaciones constantes. Las Naciones Unidas decían que era necesario fomentar en los pueblos, especialmente en la juventud, la conciencia de sus responsabilidades. Pero ni estos consejos, ni las teorías sociológicas modernas, podían llegar a los pueblos ibéricos. La juventud luchadora había exhalado un último grito de impotencia en el célebre libro (publicado en Francia en 1950) titulado *Le fin de l'espoir*. Todo se había terminado en esta tierra de calma. Era ya demasiado tarde, había repetido Jean Paul Sartre al prologar el pesimista documento. Mas se engañaron.

Hay armas mucho más poderosas que las balas. Estas son las ideas. Y no precisamente las ideas *inculcadas* sino aquellas que emergen del *pensamiento incoercible*, que son llamas de libertad. Inesperadamente la juventud se ha vuelto incoercible. Los padres habían comido uvas verdes y los hijos sintieron más tarde la dentera, buscando el justo remedio a sus males. Si es verdad que la voz de los muertos manda, también lo es que la vida se renueva, se purifica, se reconstruye constantemente. Esta es la realidad de nuestra hora, la realidad que felizmente alumbra bajo un nuevo signo el futuro de España.

¿Y cuál es nuestro deber en esta hora de optimismo? No desperdiciar oportunidades. La vida colectiva, como la persona, despierta en nuevas formas evolutivas que la llevarán al progreso de sus estructuras. Pero esto no se hace solo. Precisamente porque la mente humana tiene conciencia plena de su responsabilidad histórica, la evolución depende de toda la cooperación nuestra. Tenemos abierto el horizonte pero no está trazado un camino prefabricado. Bien lo decía nuestro poeta Antonio Machado: "caminante, no hay camino. . . se hace camino al andar. . ."

No es hora de programas políticos ni de fuerzas políticas. Es hora de forjar el espíritu de la democracia. Es hora de acostumbrarse a la colaboración interpersonal, a la interacción doctrinaria, a la meditación y a la acción ampliamente constructiva. Es hora de aprender a integrar y a esperar. El secreto de nuestro futuro, del futuro de la democracia ibérica, será el de aplicar el espíritu de la democracia mundial a los problemas hispánicos. Y el secreto de la obra integrativa de cada uno de nosotros residirá no precisamente en la adopción de particulares sistemas metafísicos, de brillante valor utópico muchas veces pero extemporáneos de nuestra encrucijada, sino que consistirá en nuestra capacidad de trabajo y de tolerancia; en la

autorreflexión continuada sobre nuestras imperfecciones; en la autoexperiencia de nuestra voluntad de perfeccionamiento; en escuchar el clamor de la vida sangrante de crudas realidades y proyectarla conscientemente hacia el futuro.

No olvidemos que en estos veinte años se ha ido levantando entre la llamada España peregrina y la territorial una especie de cortina, que podríamos llamar *cortina ibérica.* Una cortina de humo tridimensional (política, geográfica y cronométrica) que muchos han desconocido y algunos han supervalorado. Como acabamos de ver, esta cortina de humo se va desvaneciendo tornándose transparente. Y es preciso saber aprovechar la transparencia para ver el panorama de la otra realidad psico-geográfica y aprender a comprenderla. Nuestra juventud no puede ser iconoclasta ni tampoco mentalmente pasiva. No puede andar atada al carro del pasado heroico por sublime que sea. La juventud debe aportar su energética, su inquietud crítica y su inagotable capacidad filosófica para iniciar lo que fundamentalmente necesitamos: el Diálogo.

# DON JOSÉ ORTEGA Y GASSET, CABALLERO DE LA VERDAD

Por *Rosario REXACH*

A los que a determinada altura de la vida se disponen a mirar el mundo en torno nunca les sorprenderá bastante, pero sí les obligará a entrar en sospecha que un ambiente de hostilidad mezclado a cierto respeto y a buena dosis de desprecio se cierna sobre algunos hombres. Este ha sido el caso de Ortega y Gasset.

El mundo hispánico desde hace más de veinticinco años viene haciendo juicios sobre él. La mayoría, no muy halagadores. Alaban todos, mucho más ahora cuando ha pasado a ser historia, cuando se ha cerrado el ciclo de su vida, lo más formal y externo de su obra. A punto tal, que para los pueblos de habla hispana el pensador español recientemente fallecido es sobre todo un literato. No diré, evidentemente, que no lo sea. La prosa en él adquirió caracteres ejemplares pese a que muchas veces contraviniera los usos de la gramática, precisamente por ser un creador de estilo. Pero lo que sí afirmaré es que si su mérito único fuera éste, con todo lo ejemplar que resulta, poco habría que decir. En cambio, siempre levantará la sospecha —como decía al principio— el que se hable mucho de un hombre destacando una virtud positiva, para dejar aflorar enseguida juicios altamente negativos en lo más sustancial que la obra de ese hombre pretendió. Así ha ocurrido con Ortega. Obligación nuestra es indagar el porqué. Y por supuesto, los simplismos, que son la renuncia a pensar porque se acogen siempre a fórmulas o frases hechas, no tendrán vigencia en este estudio. De ahí que nos vayamos por los caminos de la historia, en este caso del recuento, para mejor decir.

En una lejana tarde de 1931, a la salida de una exposición de arte nuevo o vanguardista —como se decía entonces— que

acababa de inaugurarse en la vieja casa del Lyceum de La Habana, en Calzada 81, nos topamos en el tranvía con alguien que alguna vez llenó los ámbitos de aquella casa con su aliento poético. Era Emilio Ballagas. Traía un libro en sus manos: *Júbilo y fuga*. Acababa de publicarlo. Comenzamos a hablar. De sus teorías estéticas. De las teorías sobre el arte de vanguardia. El nombre de Ortega salió a relucir. Habíamos leído casi todos los de nuestra generación un libro suyo: *España invertebrada* y ya algunos, aunque llenos de prejuicios, nos disponíamos a leer su último éxito de librería: *La rebelión de las masas*. Pero Ballagas no me habló de ellos sino de pasada. Su interés estaba puesto entonces en el ensayo de Ortega sobre *La deshumanización del arte*. Por él supimos, así, de una nueva dimensión del pensamiento orteguiano muy ajeno al parecer de las tesis de *España invertebrada* y de *Vieja y nueva política*, un pequeño discurso. Hemos de confesar que al hilo de aquella conversación en que oía atenta y curiosa la palabra del poeta se prendió en mí el deseo de conocer la nueva tesis, tan opuesta en lo fundamental a la que venía sosteniéndose en algunos de nuestros círculos intelectuales. Pero el deseo quedó en mera aspiración. Necesidades más urgentes nos impidieron entonces leer *La deshumanización del arte*. No, en cambio, *La rebelión de las masas*.

Este libro, como *La decadencia de Occidente* de Spengler, lo leímos en grupo y lo comentamos ampliamente. Es posible que muchos de los que después lo han leído piensen que caímos de hinojos ante su tesis o que nos fascinó su estilo. Sin embargo, no fue así. En cuanto a la tesis era para nosotros, entonces, síntoma de la decadencia europea, de un rancio aristocratismo que identificábamos con el más palurdo de los reaccionarismos. En cuanto a su prosa nos resultaba —a la luz del prejuicio— excesivamente retórica y pulida. Ello no obstaba, sin embargo, para que nuestra generación incorporase a su vocabulario las nuevas palabras acuñadas o remozadas por su claro pensar, mejor que por su claro decir. Así, vigencia, vivencia y tantas otras, empezaron a circular en nuestro medio con poderosa insistencia. Y a los prosistas que entonces jóvenes se empeñaban en una reforma sustancial de nuestros modos —como los de la *Revista de Avance* de La Habana, por ejemplo, que tanto hicieron por orear nuestra atmósfera provinciana— cuando había que criticarlos no se hallaba un modo más fácil para hacerlo que echarles en cara su orteguismo. Y cosa singular.

También la *Revista de Avance,* aunque no de modo harto explícito, se sumaba a la atmósfera de recelo y disidencia en torno a Ortega. ¿Qué pasaba, pues?...

EN primer término, esto. No coincidía Ortega con la moda de entonces. No lucía hombre de su tiempo. Como buen español, seguía siendo un heterodoxo. Su tesis, la de su libro fundamental, era disidente. Entre los años veinticinco y treinta —no se olvide— se vivió en el mundo una fe que rayaba en lo religioso en una política de masas. Ortega contravenía esa fe. Pero otra aún había contravenido. La fe en América, aunque de esto no esté ya tan segura. Y se verá por qué. Pero, por el momento, atengámonos al hecho. Se había atrevido a escribir *El hombre a la defensiva* en que llamaba a la juventud argentina a estrangular el énfasis y a emprender seriamente una tarea histórica de altos vuelos. La respuesta de los jóvenes argentinos fue pronta y, por supuesto, nada aquiescente. El resto de la juventud de América se solidarizó con los jóvenes argentinos. Lo demás, ya lo sabemos.

Ortega se quedó solo. Pero siguió su ruta. Escribió siempre que pudo y aun sin poder. Yo diría que contra viento y marea y se casó con la soledad. De la soledad a la altivez el camino es breve. Pero no cejó en su empeño, en su empeño inicial: decir su verdad, su verdad no espontánea e impresionista —contra la que se produce alguna vez— sino su verdad meditada hasta las raíces. Su verdad hecha de agudo sentir el problema, de largas horas de contemplación morosa de impenitente solitario ante el drama de la vida. Y cuando ya era suficientemente clara la visión del drama, a decirlo. Se hizo así, el gran prosista. Claridad, como nadie. Jugosidad, pese a la hondura. En suma, vitalidad de una forma que previamente se había hecho vida en el concepto. Sobriedad, ausencia de retórica. Al pan, pan; y al vino, vino; sin subterfugios. Hasta ciertas palabras tenidas por feas las incluirá en sus ensayos cuando no encuentre otro modo de decir claramente lo que quiere decir. Pero no regodeó en la fealdad. También en esto se apartaba de la moda. Lo bello tiene una categoría superior a lo feo. Si es posible escoger, sin faltar a la Verdad, la Belleza ganará siempre la batalla. Pero frente a todo y como norte orientador: su verdad. Aquella verdad que distante, al prin-

cipio sólo entrevista, buscará afanosamente hasta conquistarla a plena luz, no en los vericuetos en donde lo turbio puede confundirse con lo limpio. Cuando la conquiste, esa verdad saldrá vestida de gala, porque previamente él ha podido hallarla en la plena belleza de su castidad. Por eso no hay retórica en su prosa; precisamente porque hay autenticidad en la verdad, aunque no siempre, tal vez, haya exactitud. Hay la verdad que perseguida por los más rigurosos procedimientos pudo encontrar. Hay su verdad.

Que ésta coincidiera o no con los modos imperantes no era su problema. Aunque no le fuese —claro está— indiferente su resonar. De preferir, egoístamente, estoy segura de que hubiese preferido siempre coincidir. Le era, en definitiva, más cómodo. Mas le ocurrió tan pocas veces que me parece que nunca lo logró del todo. Pero estaba en juego su vida misma, el sentido de su hacer tal y como él se lo planteara. Y en lo fundamental, le fue fiel. Algún día, si no, la historia lo dirá. Por eso he titulado este estudio "Don José Ortega y Gasset, Caballero de la Verdad". Y no combatiente. Pues lo esencial al caballero no era el combate sino la lealtad a la dama. Y a la verdad, a su verdad, fue Ortega en su obra tan fiel que frecuentemente, me parece —en esto tendría que haberlo conocido— fue incluso contra sí mismo como hombre. Le imagino así, muchas veces, preso entre la verdad que encuentra y aquella que hubiera deseado. Se siente el drama y se asiste a la decisión: entregarse a lo que ve, entregarse a la verdad que se le aparece aunque le duela mil veces en su ser de hombre. Esta angustia, él tan recatado de su absoluta intimidad por entregado a las cosas, le cerca uno y otro día, en una y otra hora. Y alguna vez la queja dolida se le escapa y afirma: "Ninguna otra especie más difícil de encontrar entre los hombres que la de los hombres veraces". Y tal vez por eso, por saberse sacerdote de una diosa y, por tanto, incapaz de renunciar al voto a que la vida le ha llamado, decide escribir la deliciosa *Idea del dharma o meditación en el golf* en que plantea el problema de la autenticidad vital.

Así llegó a los setenta y dos años. Había nacido en el 83 en un pequeño pueblo español, en Málaga. Y había pasado los primeros años de su niñez, como Descartes, en un colegio jesuita. En su caso, el de Miraflores de Palos. Por cierto que no es poca coincidencia que dos hombres que escriben libros claves para su siglo hayan sido formados en colegios jesuitas.

El de Ortega, *La rebelión de las masas,* será históricamente y sea cual fuere el juicio que nos merezca un libro clave del siglo XX, como lo fue el *Discurso del método* para el siglo XVII. Hay en esto que se apunta toda una cantera para la reflexión, especialmente para los que se dedican a la educación y, muy singularmente, para los propios jesuitas.

Pero sigamos. Termina Ortega sus estudios en Madrid. De allí a Alemania. En ella, sobre todo en Marburgo, completa su formación. A su regreso viene enriquecido no sólo con técnicas severas de trabajo sino también con más amplios horizontes. El hombre de España se ha hecho ecuménico. Ha ensanchado la perspectiva de su mundo. Nunca más podrá estrecharla a no ser con el angostamiento del descenso vital que el doblar el cabo de los años inevitablemente produce.

Y aquí empieza su real misión. La de iluminar los caminos de España, los que la conducirán a su destino. Aquí entronca con la misión que se habían propuesto los hombres del 98. Por cierto que es tema que sólo quiero dejar apuntado si Ortega perteneció o no, a la generación antedicha. Es frecuente que así se considere. Mas, tenía para mí después de haberlo leído y de haber leído mucho de lo que escribieron los hombres de aquella generación que no pertenecía Ortega a la misma. Pero lo oía afirmar tan reiteradamente que solía plantearme el tema como problema. Por eso me ha complacido tanto ver en el tierno y a la vez excelente artículo que don Gustavo Pittaluga ha publicado en *Bohemia* —la popular revista habanera— con motivo de su muerte, que coincide con aquella apreciación que había ya derivado de mis lecturas. Así quiero sugerir, al menos, que es bueno revisar este punto. Quizás no pocas claridades se deriven de ello. Quizás, también, huyamos de uno de los obstáculos que han hecho difícil el enjuiciamiento en Hispanoamérica de la obra orteguiana y es su comparación con Unamuno.

El gran vasco, quien según el propio Ortega al escribir sobre su muerte murió de "dolor de España", no tiene por qué ser el *pendant* obligado del autor de *La rebelión de las masas*. Justamente porque fue su antecesor. Sin Unamuno, me atrevo a sostenerlo, no hubiera estado presente la simiente que más tarde florecería en Ortega. Lo que en Unamuno es pre-

sencia viva de la emoción que se destila en la poesía, en la novela, en el ensayo y aun en su más medular libro filosófico *Del sentimento trágico de la vida;* es en Ortega sistema de claridades conceptuales. No creo que jamás Ortega hubiera podido escribir buena poesía. El rigor del concepto hubiera estorbado en el orbe cargado de sugerencias y sustancias, que es toda buena poesía. En cambio, en el ilustre y recio profesor de griego de la Universidad de Salamanca la fuerza de la pasión, la profundidad de la angustia era a veces —quizás siempre— tan lacerante, que impedía la serena frialdad que requiere toda buena arquitectura conceptual.

Esto podría, sin embargo, hacer pensar que era Ortega un hombre frío. No lo creo. Me atrevo casi, a negarlo. Era hombre de vitalidad muy acentuada, pero sofrenada por el peso de la disciplina y del intelecto. Frente al criterio romántico de la bondad, exuberancia y plenitud de la vida espontánea afirmará siempre que la vida humana es, y fundamentalmente, vida convencional, vida creada por el hombre, en suma, vida culta, cultivada. Y todo cultivo tiene normas para mejor frutecer. Por lo mismo, vida humana, realmente humana, para Ortega, será la vida sometida a disciplina, a norma, a medida, a mesura. Y quizás por eso, pienso yo, le sobrecogió América. Justamente porque el imperio de lo telúrico y de la vida nueva era más fuerte que el imperio de la norma. Pero es tema para discutir en otra ocasión.

Se equivocaría, sin embargo, quien supusiese que de este carácter convencional que asigna Ortega a la vida humana se deriva un desprecio hacia los valores vitales. No. Bien al contrario. Quizás ningún español de su tiempo vio tan claro como él la fuerza que radica en la vida plena. Pues si alguna fe hay en Ortega es fe en la vida. En grado tal que para él los síntomas de la decadencia o pujanza de un pueblo están en razón directa del tono de su vida: ascendente o descendente.

Y vida ascendente, la que es propia de lo sano y joven, es la vida dispuesta a desbordarse, a trascenderse, a rebasarse. Vida —dirá— es siempre aspiración a más vida. Por tanto inconformidad con la rutina y con lo obligatorio o necesario. Quien sólo atiende a lo que estrictamente necesita no crea. Toda creación nace de un lujo vital, de un desbordarse de la vitalidad. Toda cultura es, por eso, hija de lo superfluo. Sólo crea, en cualquier ramo, quien es capaz de vivir para algo no absolutamente necesario en el plano biológico, psicológico o

sociológico. Del lujo y del deporte nacen así muchos de los valores que está acostumbrada a estimar la cultura de Occidente. Ahí está su tesis en el *Origen deportivo del Estado.* Cuando trata otros temas igualmente vitales, digamos el de la Ciencia o el del Amor, hace énfasis siempre en esta idea: lo característico de la vida ascendente es el lujo vital, presto a desbordarse sobre una tarea que merezca —incluso— que la vida se pierda por ella. El tipo ideal de hombre que representa la vida ascendente es el héroe. Y definirá el heroísmo diciendo: "Heroísmo es rompimiento con la tradición, con lo habitual, con la costumbre. El héroe no tiene costumbres: su vida entera es una invención incesante"...

Con estas ideas ya bastante maduras se asomó a su tierra apenas regresado de su estancia en el centro de Europa. Se ha hablado mucho de su lema de europeizar a España. Nunca lo hizo, empero, de espalda a los problemas que en ella latían. Y ya el procedimiento que elige para desarrollar su misión patentiza este afán por ver el cuerpo al desnudo de España en su vida diaria, en su cotidianeidad, cuando el afeite o retórica no lo pueden aún cubrir. De ahí que elija el periódico como primera vía de difusión. Era el modo de llegar a todos y de recoger la palpitación de la vida en torno. Los periódicos de Madrid vieron pronto aparecer los escritos de un joven preocupado de su tierra y de sus problemas. Del periódico, de sus columnas, fueron saliendo sus libros meditados al hilo de su vida como español de su tiempo. En *El Imparcial,* en *El Sol.* Los artículos más remotos que he encontrado están fechados en 1902. Pero, a mi juicio, el año que marca un hito en su hacer periodístico es 1908. En dicho año su prosa, ya madura, y sus ideas, en germen vigoroso; hacen presentir su obra. De entonces es su polémica con Ramiro de Maeztu. Ya en ella se esbozan sus ideas fundamentales acerca de su patria. También las directrices que ha de seguir su filosofía.

De esta fecha a 1921 su gran tema —sea cual fuere el asunto a tratar— será España. Unas veces la descubrirá de nuevo geográficamente y serán sus Notas de Andar y Ver. Otras fijará su vista en la obra de sus mejores literatos, digamos Baroja o Azorín. El Quijote le merecerá meditación larga y sustanciada y será, sin duda, uno de sus más claros atisbos. Además en ella está la frase convertida en lugar común de cuan-

tos hablan de Ortega despectivamente, muchos sin haberlo leído: "Yo soy yo y mi circunstancia" que continúa "y si no la salvo a ella no me salvo yo". Esta circunstancia era España, la dolorida España, a quien toda una generación, la del 98, y este hombre junto con otros posteriores intentaron poner en la vía de su auténtico destino.

De esta época es también —1914— la aventura política más deliberada que haya llevado a cabo en su vida: la fundación de la Liga para la Educación Política que se inauguró con una conferencia suya en el Teatro La Comedia de Madrid, el 23 de marzo de 1914. Su título, *Vieja y nueva política.*

Esta etapa crucial de preocupación por el destino de España, de interés por ponerla a nivel de su tiempo culminó en la fundación de *El Espectador,* una revista que él no quería llamar tal porque según advierte en sus palabras iniciales: "Es una obra íntima para lectores de intimidad, que no aspira ni desea el gran público, que debería, en rigor, aparecer manuscrita". Sin embargo, *El Espectador* fue una larga mirada amorosa tendida sobre el suelo y el cielo de España. Y creó conciencia. Comenzó en 1916. Hasta 1934 se estuvo publicando. Por sus páginas, esperadas con fruición e impaciencia, el mundo hispano fue enterándose a través de la pupila avizora de ese lector y mirador infatigable que fue Ortega de la labor intelectual que se producía más allá de los lindes del mundo peninsular. Cuánto deben España e Hispanoamérica a esta tarea persistente y amorosa no sabría decirlo, pero estoy muy cierta de que si no hubiese otras, ésta sola merecería la gratitud de nuestros pueblos por este infatigable trabajador de la inteligencia.

Pronto reparó Ortega, sin embargo, en que no bastaba informar a través de su pupila. Era necesario beber en las fuentes y las fuentes no estaban en español. Y si la misión que se había impuesto era europeizar a España, y ello equivalía a entrarla derechamente en el mundo de la ciencia y de los conceptos claros —alguna vez establecerá la ecuación Europa = Ciencia— era necesario culminar la obra del periódico y de *El Espectador* con una casa editora que pusiese a disposición de la curiosidad de los jóvenes españoles la ciencia y las ideas del momento en correctas y pulidas traducciones. No otra cosa fue la *Revista de Occidente* que se funda bajo su égida ejemplar. Y se echa sobre sí la tarea que a poco que la meditemos nos parecerá gigante, de seleccionar las obras, reunir el cuerpo de

traductores —excelente por cierto— y prologar la mayoría de ellas.

Y admira al leer estos prólogos —que he perdido la cuenta de cuánto suman— la seriedad, profundidad y responsabilidad que puso en cada uno de ellos. No leía Ortega aquellas obras con desamor jamás. Cada prólogo revela una inmersión profunda en el tema del libro. Y no se crea que porque fuesen siempre de su especialidad o su gusto. Recordaré aquí, por ejemplo, la traducción de la *Pedagogía* de Herbart acometida en 1916. El prólogo de Ortega es —para los maestros— casi tan valioso como la obra misma. Y revela el cuidado y honestidad intelectual que ponía este hombre en cuanto hacía. Y esto en terreno tan ajeno a sus reales preocupaciones como la pedagogía. Lo mismo podría decirse de cuando prologa un libro de Freud, uno de Biología u otro de Física. Jamás duerme la curiosidad de este hombre. Alerta y vigía de la cultura española la puso al día a través de la *Revista de Occidente* en cuanto de interés había en el mundo de entonces. Esta obra editorial la titula "Biblioteca de ideas del siglo XX". En el prólogo a dicha biblioteca dice: "Mientras la idea de ayer sea corregida por la idea de hoy, no podrá hablarse de fracaso cultural".

EL interés de Ortega en esta época primera por los problemas de su patria culmina en la publicación de *España invertebrada* en 1921. Fue el primer libro con que se puso en contacto con los jóvenes de América. Despertó no pocos entusiasmos. En verdad, los merecía. Era un estudio severo, sin concesiones, del problema español tal y como él lo veía. Dos hechos fundamentales se destacan en su lectura. Uno, que la vitalidad de España estaba en mengua, que era una vida de tono descendente que había que hinchar de vitalidad en primer término. Frente a la pujanza y coraje tradicionalmente atribuidos al español, Ortega se va a atrever a sostener que España vive desde la colonización de América una etapa lenta de vitalidad en menguante. Y otra cosa más, nuncio ya de su libro capital. El problema español surge, en lo esencial, de la deserción del deber de las minorías. Abandonadas a una vida regida por la costumbre y por la tradición devienen cada vez más incapaces de inventarle a su tierra un proyecto de vida que los galvanice a todos y los vincule a un destino común. Así España se desintegra y vive desde compartimientos estancos sin comunicación entre sí.

De ahí el título del libro, *España invertebrada*. El drama de la Guerra Civil española se anuncia ya en estas páginas de 1921. Y todavía está viva la llaga...

Pero sigo adelante. Ya cuando se publica esta obra parece presentir Ortega que el problema no es exclusivamente español, ni siquiera europeo, sino que afecta a toda la cultura de Occidente. Y entrevé ya con bastante claridad que asistimos a la culminación de una época histórica, la Moderna, que comenzó con el Renacimiento y halló su fundamentador básico en Descartes, con el *Discurso del método*. Un nuevo tema tiene nuestra época ante sí. Si el de aquélla fue hallar las leyes que regían el mundo físico, el de ésta será hallar razón para el mundo histórico que trae al hombre trastornado y confuso. Precisa llamar la atención sobre el nuevo tema que lentamente, y mucho más a partir de Dilthey, se adueña de la reflexión. Hay que introducir razón en el mundo histórico. Si el siglo XVII halló las leyes del mundo físico, la nueva tarea será hallar las leyes —que algunas ha de tener, pues nada es fortuito— el mundo histórico.

En 1923 sale el libro que condensa estas reflexiones. Es *El tema de nuestro tiempo*. En él se plantea ya como tesis enteramente sistematizada "el método de las generaciones", y la necesidad de una reforma de la inteligencia para tratar el tema histórico. La razón, válida hasta ese momento para el mundo físico matemático, ha de ceder el paso a la razón vital o razón histórica como más tarde la llamaría. También aparece en dicho libro su tesis del perspectivismo esbozada en anteriores trabajos. El hombre es sólo un punto de vista sobre el mundo. Ninguno de los puntos de vista en que nos situemos es absoluto. La discrepancia pues, entre los hombres, es normal. Nace de la diferencia en el punto de vista. Pero todos, entre sí, redondean el cuerpo de la verdad. Integran el punto de vista que podríamos llamar ubicuo.

Reformado el método, hallada la razón vital, se dispone Ortega, con el instrumento en las manos, a bucear en el tema de nuestro tiempo. Eso fue *La rebelión de las masas*. En el interregno había publicado, en 1925, *La deshumanización del arte*, e *Ideas sobre la novela*.

*La rebelión de las masas* aparece en 1930. Comenzó a publicarse en forma de artículos en 1927. En dicho libro plantea el gran tema del siglo: la invasión de las masas en los primeros planos de la vida. El libro —dada la época en que

salió— fue acogido por las zonas juveniles y revolucionarias con un franco gesto de repulsa. Contravenía —según dije al principio— las tesis tenidas como dogmas de progreso en aquel momento. Pero el libro está ahí. Leído con detenimiento y libre de prejuicios habría que encontrar en él un indudable análisis fenomenológico de una de las características de la sociedad contemporánea. Pero erraría quien tendiese a creer que masa y pueblo son términos equivalentes en el pensamiento de Ortega. No, necesariamente, es masa el hombre del pueblo. Tampoco deja de serlo el de las llamadas clases selectas. Lo que distingue radicalmente al hombre-masa es su incapacidad para una vida personal y autónoma, su falta de señorío de sí, su incapacidad, en suma, para la vida auténtica e intransferible. De ahí su actitud fundamental ante la vida: le molesta cuanto exceda de la medida que él no puede dar. Se rebelará así contra toda excelsitud, ya en la ética como en la estética, en la inteligencia como en la moda. Repudiará el heroísmo, que es la excelsitud moral; el arte puro al que no puede llegar; la seria labor intelectual, ajena al *dilettantismo* y la elegante sobriedad, que es la excelsitud en la moda. Pero como es mayoría hará sentir mal a los que tienen tales virtudes y por la presión del número hará triunfar en el mundo la vulgaridad. Los mejores debían detener la ola; pero ceden ante el peso porque ellos también, desertando de su deber, se hacen masa. Ese es el mal del siglo. Ese el tema del libro. Veinticinco años se cumplen ahora de su publicación. Esperemos el juicio de los que hoy lo lean para confirmar el valor de la tesis. Verán con sorpresa su actualidad. No hay prueba más crucial para estimar el valor de un libro.

Pero Ortega se vigila. El método esbozado en *El tema de nuestro tiempo*, el "método de las generaciones", ha de aplicarse a otro paisaje que el de su época, a un paisaje distante en el tiempo para comprobar su validez. El ensayo se realiza con el Renacimiento y Galileo. Ortega ofrece un curso que titula *En torno a Galileo*. Sin duda es una de las mejores cosas que ha escrito, pese a ser de lo menos conocido y por lo que es menos juzgado. El método funciona e inusitada claridad para la comprensión de la Edad Moderna se desborda de dicho estudio.

Ortega se siente seguro. Viajero solitario hacia otras playas descubre lo que desde el principio había intuido. El ser del hombre tiene una peculiaridad que es su condición histó-

rica, pero esa peculiaridad se basa en una característica *sui generis:* la capacidad de ensimismamiento. Es propio del animal vivir en alteración perpetua, el carecer de intimidad. Propio del hombre tenerla. Claro está, no radica en esto el descubrimiento de Ortega. Desde siempre posiblemente, pero al menos desde San Agustín, la interioridad ha sido el reino del hombre. Lo singular fue hallar en la interioridad la actitud diferencial: el ensimismamiento. Lo más humano del hombre es la capacidad de ensimismarse. El retirarse a sí. El tener un *chez soi* para decirlo con sus propias palabras. El tener casa en sí. Vivir pues, y siempre, vuelto hacia el exterior, en eterno vaivén, hace del hombre un ser alterado. Por lo mismo un ser que va perdiendo poco a poco intimidad, hondura y, por ende, humanidad. Y esa es en buena medida la característica de la sociedad contemporánea. La intimidad está proscrita. Todo parece conspirar contra ella. Los valores útiles se prenden a la vida y perder el tiempo, reposar para meditar, en fin, aislarse para mirar y ensimismarse resulta, casi, un imposible. La técnica lo invade todo y nos roba, parcela a parcela, la intimidad, el mundo propio. No extrañe por eso, que continúe su magnífico ensayo *Ensimismamiento y alteración* con una *Meditación de la técnica* que es todo un libro. Y volverá sobre el tema en *La historia como sistema.*

Mas, llegado ahí comprende que al método esbozado en *El tema de nuestro tiempo* le faltan supuestos. El primero, éste: ¿Desde dónde empieza un hombre a vivir, y por tanto, a pensar? Y concluye su indagación con este resultado. Se vive siempre a partir de ciertos supuestos. Vivir, para el hombre, es tener supuestos. Sin ellos no es posible siquiera el hacerlo, aunque parezca un tanto exagerado. Los supuestos son aquello con que contamos, aquello de lo que estamos seguros y a partir de lo cual vivimos. Ortega pone el ejemplo de la calle. Nadie al salir de su casa duda de la existencia de esa calle que le permitirá llegar a la meta de su proyecto de salida. Si de pronto, al llegar al umbral de la casa, un abismo se abriese a sus pies, tendría que ponerse a pensar, tendría que reestructurar el proyecto que se había trazado. El ejemplo es de claridad simplísima. Sobre este esquema se monta un libro: *Ideas y creencias.* La creencia es aquello con que contamos, las ideas lo que buscamos cuando los supuestos fundamentales fallan y la vida se nos plantea como pura problematicidad. Pero la vida diaria no podría funcionar en eterna problematicidad. La creencia, que

necesariamente no ha de ser religiosa o dogmática, ofrece el margen de seguridad que permite a la vida arraigar. Toda cultura no es sino un régimen de creencias establecido. Pero ninguna cultura ha resuelto jamás los problemas todos que plantea la vida humana. De ahí que haya siempre grandes brechas que se abren, primero paulatina, pero luego ampliamente a la problematicidad. Para darle solución las creencias vigentes no ofrecen seguridad. Hay que buscar nuevas vías. Esa es la tarea del intelectual; filósofo o científico. Las ideas que piensan intentan hallar respuesta a la nueva situación. Pero esas ideas aún no son supuestos de vida, aún no son creencias. Pero si realmente ofrecen una solución, con el tiempo lo serán. De ahí que ya en *El tema de nuestro tiempo* hubiera Ortega afirmado que "de lo que hoy se empieza a pensar depende lo que mañana se vivirá en las plazuelas". El pensamiento aparece así como factor de progreso histórico, pero a distancia. Algo de esto han intuido siempre los dueños del poder temporal, los hombres de mando de turno, y más en nuestra época. Por eso el intelectual tiene un destino dramático en grado sumo; podría afirmarse que trágico si no huyésemos de las valoraciones excesivas. Está condenado a ser visto con recelo por los que mandan, a ser incomprendido por los demás. Pues su solución jamás es un ahora, es siempre un después. Por lo mismo está condenado esencialmente a la soledad y al desacato. Y cuanto más intenta salvar la distancia, posiblemente más la ahonda.

HASTA aquí las tesis fundamentales de Ortega expuestas a través de sus obras principales. Tesis que pueden resumirse en una filosofía cuyos fundamentos serían los siguientes:

La realidad primordial para el hombre, la que le interesa radicalmente es su propia vida. Pero vida es historia. La historia ha de tener y tiene como toda vida una estructura, y por tanto, una norma, una ley. Para hallarla se ha mostrado insuficiente la razón matemática. Hay que sustituirla por la razón vital o histórica. La realidad no es, pues, idea pura; tampoco, hecho puro. La realidad es siempre realidad humana. Por tanto, tiene un lado objetivo, la circunstancia, las cosas del mundo en torno; y un lado subjetivo, un hombre, para quien es realidad. Un hombre real, concreto, inmerso en la historia. Por tal motivo, el método no puede ser ni exclusivamente vitalista,

ni exclusivamente idealista. De ahí su ensayo *Ni vitalismo, ni racionalismo.*

Ahora, la vida humana, como realidad primordial que tiene estructura, ofrece categorías. La primera es que no nos es dada hecha. Por lo tanto, es drama, invento, novela, proyecto. Nos la tenemos que hacer, queramos o no. Pero para hacérnosla necesitamos un margen de seguridad dentro del cual movernos. Esto son las creencias, en el sentido no dogmático en que aquí se ha expuesto. Pero toda vida es problematicidad. Por eso, ensimismarse y pensar son una necesidad. El pensamiento y con él, la filosofía y la ciencia, son planteadas como funciones de la vida que es la categoría primordial. Una ética se deriva de todo el pensamiento de Ortega. Esta ética se funda en la libertad. Sólo el hombre en libertad puede realizarse. La libertad también, es una necesidad. Ser libre, como lo son los héroes —los máximos seres escapados a la presión— los creadores de vida humana en el real sentido, no supone abandono de la disciplina, sino al contrario, normas exigentes de ser. Nadie se exige más que el hombre heroico. Pero esa exigencia es en él un acto espontáneo. Emerge de una honda vitalidad, de una vida ascendente. La falta de norma, la indisciplina, conduce a la pérdida de la libertad. Como también el esfuerzo puro no arraigado en la espontaneidad, la vida como dogma y tradición y no como creación. Ese es el gran mal de la España invertebrada.

Hay pues, que fomentar la alegría y la vitalidad sanas. Sólo de ellas puede brotar el auténtico heroísmo, que es, por eso, virtud esencialmente juvenil. De ahí que no se pueda aspirar deliberadamente a ser "hombre ejemplar". La ejemplaridad buscada no nace de la intimidad vital; es forma únicamente. Carece por ello de espontaneidad, de fuerza, y por lo mismo de fecundidad. Pues sólo la vida real crea vida. Pues es ésta la única realidad que tiene por condición trascender, contagiarse, rebosarse.

Afincado en esta vitalidad que se le aparecía como la condición primordial de toda auténtica ética, nada humano le fue ajeno. El deporte, el arte, las costumbres, la moda, la cortesía, el paisaje, el amor, la política, el psicoanálisis, la guerra, la paz, el fascismo, la pintura, la mujer, el hombre interesante, la novela, el teatro, el marco, en fin; cuanto pueda apasionar a un hombre de hoy fue para él tema ligado a su filosofía. Y no desdeñó su tratamiento. En seis tomos de más de quinientas

páginas cada uno, han llegado a nosotros sus reflexiones y aún no están publicados todos sus papeles. Esta diversidad en los temas, aquel aire grácil de profundas claridades en que los envolvía, aquella prosa suya tan tersa y sin desmayos hizo pensar a muchos en su frivolidad. Porque frívolo es lo frágil, lo que se rompe fácilmente, lo que no tiene entereza. Y ¿qué aparente entereza puede haber en una meditación en el tranvía en torno a las damas que en él van?. . .

Pero el juicio apresurado suele también ser frívolo, aunque se revista de palabras pomposas. Y la actitud era demasiado sostenida para ser tan frágil. A la larga trajo, y el tiempo lo situará más claramente, una meditación sobre la vida quizás muy necesaria. Pues a fuerza de mirarla a través de dogmas y consignas el mundo nuestro se torna cada día más mostrenco. Un hombre es igual a otro. Una casa igual a la de más allá. Una mujer parecida a la siguiente. Un programa de partido similar al de su contrincante. El sello de la creación ha venido perdiéndose. Y ser, en el más real sentido, va deviniendo casi imposible. Pues hay que encasillarse en un molde, el que sea, pero encasillarse. La libertad es, sin embargo, el derecho a la vida personal e intransferible. Y la vida es, nos guste o no, el antidogma.

De ahí que si la libertad es la base metafísica, pudiéramos decir, de su ética; el primer principio de la misma sea la autenticidad. Vamos a citar sus palabras. Dicen: "No midamos a cada cual sino consigo mismo: lo que es como realidad a lo que es como proyecto". O esto: "Cultura es fidelidad consigo mismo, una actitud de religioso respeto hacia nuestra propia y personal vida"... "Cada hombre tiene una misión de verdad". Y tantas otras podría citar que haría interminable este trabajo.

HASTA aquí las fundamentales ideas que vertebran el pensamiento de Ortega. Llamará seguramente la atención la escasa referencia a su formación en Marburgo, en el círculo de los neokantianos a los que, sin duda, debió mucho. También extrañará que no haya entrado en la discusión de las influencias de Dilthey y de Heidegger, y de los comentarios suscitados en torno a esto. Y de las respuestas y explicaciones que el propio Ortega dio. . .

Pero la actitud ha sido deliberada. Si entraba en estos

detalles me obligaba, aunque sea someramente, a explicar una y otra teoría, a contrastarlas luego con las de él y a citar comentarios al margen. Y perdería, así, tiempo y espacio para exponer el cuerpo fundamental de las ideas orteguianas, misión esencial de este estudio. Queden, sin embargo, anotadas las influencias antedichas e indicadas las cuestiones polémicas que ellas entrañan.

Y aún falta otra cuestión. Pues es necesario decir lo que en mis lecturas he podido ver. Y es que tres hombres singulares del siglo XX, personalidad relevante cada uno en su mundo cultural, han coincidido en muchos puntos y que yo sepa aún no se ha hecho esto explícito. Estos hombres son John Dewey, Ortega y Gasset y Albert Schweitzer. Cuando se los lee, un aire de parentesco circula entre sus obras. Y no creo que haya habido influencias directas entre ellos. Se impone pues, un estudio comparativo. Se descubrirán no pocas coincidencias y asombrará cierta similitud en las preocupaciones. La claridad que de dicha investigación pudiera derivarse para entender mejor este mundo nuestro, es una de las muchas razones que abonan a favor de esta empresa que debe ser empresa de jóvenes.

Y arribamos ya al término de un viaje, muy panorámico sin duda, por la obra de Ortega. En modo alguno pretenden estas líneas haber hecho un análisis exhaustivo de ella. Han sido sólo una reviviscencia de sus ideas fundamentales tal y como fueron apareciendo en sus libros. La crítica y el análisis no fueron nunca objetivo de este trabajo. Entre otras cosas, porque Ortega es ya historia en el pensamiento español y por tanto, motivo de estudio. Mas siento verdadera aversión a que el joven no vaya virgen a las fuentes. Y las razones son para ser dichas. Y es que por muchos años fue Martí para los cubanos un ilustre desconocido. Y tengo para mí que de alguna manera lo es también Ortega para el mundo hispánico. Y una de las causas está en que la voz de los intérpretes ha acallado siempre la silenciosa voz que espera en la letra la tarea amorosa del descubrimiento. Y este estudio, si rebasase los límites que me he impuesto, podría ejercer ese negativo influjo. Por lo que me he abstenido castamente de ello. Y he querido sólo ser incitación, y como tal, presentar al pensador español recientemente fallecido a la luz de la más viva simpatía. La hora del recuento

y de la crítica acerada puede venir después, cuando se le conozca mejor. Para entonces, el saldo será muy favorable.

Entre tanto, el hombre cuya muerte hoy lamentamos es y será por siempre, ya, un maestro del decir. Pero también, y no con menos quilates, un hombre que nos ha puesto en el camino del pensar riguroso de nuestro destino. Un dador de claridades. Una antorcha. . .

A él, a su obra, ha de ir la juventud de América. No para coincidir, sino para seguir el camino del rigor, la claridad y la autenticidad hacia una vida tan plena y humana como América se merece.

# FREUD, EL VENCEDOR DEL DEMONIO

Por *Alfredo PAREJA DIEZCANSECO*

ESTE era un viejo sabio que vivió muchos años. Tenía rostro fáunico —cara de protector y de pastor, un si es no es de burla—, ojos buenos y dulces. Y una sana alegría dionisiaca, sometida a la apolínea rectitud del corazón. Eso dicen las fotografías. Dicen también que sonreía a menudo, y que esa sonrisa era de la sabiduría y de la mansedumbre interior, pues adoleció de mucho amor humano en su juventud, en su madurez y en su ancianidad.

Este era el viejo Freud, descubridor y domador de los demonios. Habrá sido muy valiente para haberse atrevido a cazarlos, darles después libertad, conocer bien sus travesuras y obligarlos a servir al hombre. Ha de saberse que, hasta que el sabio llegó al mundo, los demonios vivían impunemente en jolgorio continuo, atormentando con su perversidad a las buenas gentes temerosas.

Fueron los demonios los padres de la enfermedad. Disparaban desde muy adentro, movían la cola y echaban el veneno. El que no poseía antídoto eficaz, caía en redondo bajo el ataque, o se volvía triste y melancólico, o caminaba por allí bajo el peso de los dolores del cuerpo o de la parálisis, o simplemente veía y oía cosas extrañas y se le ahogaba el corazón de angustia y obsesiones. Por entonces, no había para las víctimas del demonio sino un remedio: quemarlas vivas. Y el demonio se vengaba saltando a otra parte, dejando el cuerpo de una bruja, y metiéndose en la tortuosa criminalidad del juez inquisidor, en cuyas visiones de aberración manejaba sus más sutiles diabluras.

Nació el viejo Freud con el ímpetu de vencer al demonio, y de burlarlo. Debió su alma heredar antiguas batallas luminosas de la conciencia colectiva, que agrupó pacientemente en su voluntad y en su intuición. Su maestro Charcot le hizo conocer muchos endemoniados. Vio cómo se entregaban a la pose-

sión satánica del mal. Observó que por ahí andaba el camino de su predestinación, pues, desde muy joven, habíase acostumbrado a escuchar sin pavor las risas infernales, a meditar en los dolores misteriosos, y a contemplar, con penetrante mirada, la belleza peligrosa de los delirios. Y encontró así que el campo predilecto para el siniestro comportamiento de los hijos de Satán era la histeria. Siguió arrojadamente por ese camino. Y luego dio con otros, con muchos vericuetos por los que entraban los venenos demoniacos. Meticulosamente, pues, observando a los dolientes, repasando la maravilla de los sueños, contemplando las tergiversaciones de los impulsos, edificó su teoría general de la neurosis.

En conociéndolo, rehusó atacar al enemigo en el territorio en el que solía acomodarse para la batalla —en el síntoma—, y lo buscó, con la osadía de un Ulises más valientemente resucitado, en las cuevas, en la fortaleza oscura donde preparaba sus malos filtros, en las tinieblas del espanto. Allí lo encontró, lo conoció mejor, aprendió los secretos de sus artes, y lo venció.

Pero Freud no fue solamente sabio. Era también santo. Hace cien años que nació este San Segismundo vencedor. ¿No habría de serlo quien con tanta audacia burló las astucias del diablo? ¿Y quien con tanta humildad entregó a sus semejantes las propias y edificantes confesiones de su alma? Otro sabio no las hizo con mayor sinceridad. Analizó sus propios sueños, contó sus pequeñas miserias que estuvieran ocultas en su intimidad, comparó lo suyo con lo de los otros, se inoculó a ratos del mal ajeno para conocerlo bien, pacientemente su pura honestidad fue desentrañando una nueva verdad que acumulaba a la demostración salvadora, logró, por fin, extraer al diablo de su cueva, lo extrajo y lo entregó, casi como un objeto de sana burla, para que se sosegasen las gentes inquietas. Y todo lo soportó con resignación: dolores, injurias e ironías de sus favorecidos.

Tampoco el viejo fáunico-pastor fue solamente sabio y santo. Fue un pensador, de los que mayor dignidad han alcanzado. En cuanto hubo descubierto los misterios de la conducta del individuo, se preocupó fundamentalmente del hombre en apelativo social e histórico. No es cierto que se haya extremado en lo individual del ser humano. Como médico y observador científico, habría de empezar por lo particular para llegar a lo general. Este es un procedimiento obvio. Pero sus conclusiones son universales. Y lo que hizo, lo que pensó y lo que escribió dejaron, por eso, a la filosofía un venero admi-

rable. No era el viejo propiamente un filósofo. Empero, los caminos por los que hoy anda el pensamiento filosófico deben a Freud acaso más que a los especuladores profesionales de la metafísica. Pues incorporó a las corrientes universales del pensamiento el valor del instinto, del mito, de la huella vivida; y la necesidad imperiosa de iluminar los aspectos íntimos del ser social, para que pudiera libertarse de los complejos de un primitivismo contenido que estallaba, de vez en vez, en las formas más peligrosas de las psicosis colectivas. De esta manera mayor de pensar, quedó una de las esperanzas más sólidas para liquidar al monstruo arcaico e inconsciente que provoca las guerras y la injusticia.

Puede ser verdad que, en su atenta observación de la dolencia, atribuyó sus orígenes al demonio particular de cada quien, sin reparar con más detenimiento en la acción del ambiente social sobre la psicología individual. No obstante, para echarle en cara esta distracción, habría primero que pensar en que, si todo se le exigiera, fuera necesario exigirle también que viviese ochenta años más de trabajos. Vale, por sobre todo, advertir que en el descubrimiento de la etiología de las neurosis está implícita la causa —y, por tanto, la posibilidad de curación— de los trastornos sociales de la humanidad. Por lo menos, de algunos de esos trastornos, que se presentan, a las veces, como catástrofes incomprensibles de la historia.

Pero todavía era mucho más el viejo sabio, santo y pensador. Era un artista, que es el otro lado de la medalla del santo. Sus libros son los de un escritor muy avezado, de estilo pulcro, ágil, lleno de feliz movimiento. Si se salvan para el profano las páginas dedicadas al estudio técnico de los procesos psíquicos, a la explicación profunda de los acontecimientos del inconsciente, todo lo demás que escribió, que es lo más, resulta en gran placer estético, donde se advierte el ancho conocimiento tan sencillamente expresado. Es que el viejo artista sabía escribir con la misma plasticidad que encontrara en las representaciones de las ideas latentes reprimidas. Afirmó una vez que todo artista —empleó, en verdad, la palabra poeta, que es lo mismo y vale como creador— tiene algo de psicólogo, y todo psicólogo, mucho de poeta. Artista y médico van de la mano, pues lo que fundamentalmente interesa a ambos es el alma, si el artista y el médico lo son de veras. Ambos sienten como preocupación el conocimiento del cuerpo y del espíritu, del hombre en toda su integridad, de la dualidad magnífica de ma-

teria y alma. Si la filosofía contemporánea sabe bien estas cosas, la actual medicina psicosomática las confirma: ha entrado ya la tarea del médico en los dominios de la teoría de los valores, como el arte y la filosofía. Gracias al viejo de rostro fáunico y pastoral.

Él sabía que el alma es una entidad dada muy desde antiguo y muy compleja. Y que al mismo tiempo es la creadora de lo dado: los demonios y los dioses son sus propias creaciones trasmitidas de hombre a hombre durante la infinita oscuridad de la historia. Una verdad de esta potencia fue la que iluminó sus pasos por la teoría y la práctica científicas, y la que le indujo a destruir el prejuicio de la ciencia oficial, para la cual los procesos psicológicos vivían sólo en una etapa de su fenomenología, en la de la percepción sensible. Y San Segismundo, vencedor del demonio, demostró, por el contrario, que la personalidad humana radica en las profundidades de la inconsciencia. Porque ya lo dice así el texto bíblico, donde el demonio es criatura de Dios, hijo legítimo, dado por el Hacedor por compañíía indispensable al hombre, a quien agita y mueve para servirle. Si el hombre no sabe lo que se hace con lo que al oído le sopla su compañero, culpa es de él. Sabiendo todo esto, San Segismundo artista dio vuelo a la imaginación y dibujó un pequeño esquema, de apariencia física, sobre el que trazó el recorrido de las cargas y descargas de la energía psíquica por los departamentos y compuertas del inconsciente, del preconsciente y del consciente. Este fue el camino descubierto para dar con el demonio y sus venenos. Pero no así, tan simplemente, porque los ojos del sabio penetraron en las idas y vueltas del recorrido de la energía mental, en los senderos de la inversión, en los choques, en las transacciones entre las corrientes anímicas en lucha, en los desplazamientos hipócritas, en la deformación y el camouflage que las ideas latentes tomaban para pasar trincheras enemigas, en las derivaciones energéticas que descargaban su impulso y producían extrañas modificaciones del soma.

Era, pues, el hombre un producto de toda esa complejidad beligerante, y no una entelequia de razón consciente. Y el mal psíquico no otra cosa que una simulación diabólica del instinto reprimido. Un mal que tenía sus raíces muy en los adentros, en la cueva de los hijos de Satán. Preparado así, armado de todas las armas de la sabiduría, la santidad y la poesía, este Don Quijote de la intimidad salió a ver de cerca

a los terribles demonios y a combatirlos. Y casi nunca fueron más peligrosos que los molinos de viento o los ejércitos del gigante Malambruno.

¿Quién emprendió, antes que él, osadía semejante? Trátase, sin duda, de una de las aventuras más atrevidas del espíritu humano; más abnegadas y de mayores frutos en el desarrollo de la perfección moral. Padeció de todas las injurias el santo sabio; del escándalo, de las críticas e incomprensiones que los timoratos del común le hacían, porque al viejo —siempre fue viejo por la experiencia precoz— se le había ocurrido que la cuestión sexual ocupaba el primer lugar en los instintos del ser humano. Claro que sí: si no tuviera ese sitio de preferencia, hace mucho tiempo que la especie habríase extinguido en el planeta. Pero los ojos de los criticantes, como los ojos de Sancho, no ven más que madera donde hay incendio y mesones de Maritornes donde hay princesas y palacios.

Que hoy le salgan al encuentro algunos rectificadores, y hayan encntrado que hay otros impulsos de pareja energía al sexual, no tiene importancia alguna, a más de que el viejo lo previó, un poco rezongadamente, es verdad. El psicoanálisis freudiano sólo ha sufrido modificaciones accesorias: aceleramientos en el método terapéutico, procedimientos acaso más prácticos para la reconstrucción moral del paciente, utilización de medios coadyuvantes que ha descubierto la práctica científica. . . Cuestiones, en fin, de procedimiento, no de sustancia. La doctrina realmente sigue intacta. Si padece de errores, como toda doctrina de descubrimiento —tal vez más que errores, apasionamientos inherentes a la revelación de lo recién conquistado— nada le impedirá ni le ha impedido ser la progenitora de una revolución increíble en el conocimiento del alma humana.

El viejo santo y sabio sufrió todas las incomprensiones que le arrojaba un mundo social mojigato, ya se ha dicho. Y las sufrió entre las paredes de su sala de consulta, con un pequeño letrero colocado en el balcón, hablando con sus enfermos, infundiéndoles confianza, posando en las frentes ardientes la frescura suave de sus manos, de vez en vez dándoles la luz reconfortadora de sus ojos bondadosos, interrogándolos, pacientemente esperando, por los mil caminos de la conjetura, la revelación de las fuentes oscuras de la conducta para erradicar el mal terrible que se defendía en el subsuelo del pensamiento.

Muchos dijeron que arrancar secretos así era inmoral. Y

el viejo respondió que el inconsciente no es ni moral ni inmoral: simplemente desconoce las reglas, porque es lo primitivo. Mejor dicho, está formado por el impulso antiguo, prehistórico, por los puros instintos del comer, del vivir, del dominar, del procrear; y acumulado de las impresiones tempranas que no pueden recordarse porque son rechazadas por la energía de la razón práctica. ¿Por qué, pues, tener vergüenza o temor? De esos instintos está hecho el hombre desde que le fue dado pararse a contemplar la tierra. Así lo reproduce el niño en sus tiernos años; y el adulto, predispuesto a la debilidad, padece por no comprender y no recordar aquello que dejó la emoción trastornadora, y fue olvidado, más que olvidado, reprimido a fuerza. Pero allá, en el fondo, en la pantalla mnémica, el demonio quedó haciendo de las suyas con la energía nunca muerta del acontecimiento psíquico, y con su arma mejor: la ignorancia y el temor. Vencer, por tanto, al demonio y orientar su agitación —el propio impulso interior— era justamente la tarea moral. No sólo destruirlo, porque en el maligno se posa también la aptitud ceadora, el *elan* artístico. Lo que hacía falta era saber usar de las ocultas energías para el bien; conocerlas, extraerlas a luz, ponerlas al servicio de los elevados intereses del corazón.

El arte es una terapéutica. Y la convivencia social sin prejuicios, también. He aquí, sólo aquí, dos verdades de utilidad moral, que nos dejó Segismundo el artista: desviación del tormento, energía plástica de los sueños y de la represión empleada en los más altos fines de la especie; alivio del mal, por lo menos, y entrega a los débiles de las benevolencias innatas del alma.

Todo consiste en parir, suele decirse. Dar a luz: ésta es la proposición fundamental. Y hacerlo con el menor dolor posible. El viejo Freud lo supo bien. Y sólo pretendió que el temor fuera vencido y que la angustia se transformase en poder creador.

De las aplicaciones médicas en la terapéutica individual, hablarán los entendidos. Para mí, profano y lector, basta señalar la magnitud de la valiente empresa, acometida por un viejo fáunico y pastoral, que vino al mundo hace cien años, portando la más elevada de las dimensiones humanas: sabiduría, santidad, poesía.

# *Presencia del Pasado*

# DIÁLOGO DE LA MEZQUITA DE CÓRDOBA Y DE LA CATEDRAL DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Por *Eduardo ORTEGA Y GASSET*

PASEÁBAME con Benarque por el campo de La Merced y nos dirigimos hacia el río atravesando el dédalo de callejuelas de la Córdoba Musulmana. Benarque con su gran ropón que semejaba un albornoz y su rostro, notoriamente árabe, tomaba parte de aquel ambiente y me hacía pensar en que acaso estábamos en la época de los Califas.

La fe, decía Benarque, entre musulmanes y cristianos del siglo IX al XII era de una plenitud, de una profunda realidad de la cual nuestro horizonte mental de hoy no puede formarse idea. La gente creía en los dogmas religiosos como en la luz que veía y aun acaso con mayor firmeza. ¡Cuántos musulmanes deseaban morir en la batalla para ir inmediatamente al paraíso de las huríes! ¡Cuántos cristianos también deseaban la muerte para entrar en los cielos con la palma del martirio! Es este uno de los elementos que hemos de tener en cuenta para comprender los acontecimientos pasados. Esta fe luego, va decreciendo o transformándose lentamente. Hoy hasta las personas más sinceramente creyentes podríamos decir que se hacen la ilusión, o se imponen el deber, por razones sociales o morales, de creer y de practicar la religión. Mas, la creencia de hoy es muy diversa de la antigua. Ni el musulmán, ni el cristiano vacilaban en aquellos tiempos en morir para ir derechos al paraíso de las bellas mujeres de ojos rasgados y de virginidad perpetua, o al cielo del Dios trino para disfrutar de la bienaventuranza, también muy apetecible, aunque acaso no tan claramente prometedora como la del paraíso de Mahoma.

—Es muy exacta su observación Benarque —dije yo— hay que colocarse en ese ángulo de contemplación para entender la vida antigua. En estas calles que nos ayudan a evocarla resonaron las predicaciones de los mozárabes. Perfecto y Álvaro que

insultaban al Profeta para obtener el inmediato martirio que les abría las puertas del cielo. La hija de Ibn Hafsum es decapitada porque habiendo sido musulmana, renegó haciéndose cristiana. La apostasía, tiene en el Corán pena de muerte. Entonces no había nacido la fe en la ciencia, ni en la razón, que es la que nos embarga a nosotros y que posiblemente será tan inocente como la otra. Ya empieza a nacer otra nueva fe, la de la intuición, en cierto modo emparentada con el instinto.

—La cultura de nuestro tiempo exige no considerar como antítesis, ni aun como oposición, la religiosidad cristiana y la musulmana. Eran el mismo fantismo con dos caras de siluetas bastante parecidas. La España de la Edad Media musulmana, ha sido la que más libros admirables ha escrito, en ese período. Andando los tiempos también los escribió la España cristiana, pero, en parte alguna se han hecho más hogueras que llamaremos, literarias. En cuanto alfaquíes o curas se inquietaban en su bien guardada fe, empezaban a arder los libros. Almanzor para bienquistarse con los fanáticos permite quemar la biblioteca de Al-Akan II con más de cuatrocientos mil volúmenes que contenían las maravillas de la ciencia y la poesía antiguas. Lo mismo hace unos siglos después (lo cual por ello es más grave) el Cardenal Jiménez de Cisneros en la plaza de Bivarrambla de Granada. Ya verá, Ortega, hasta donde llega este paralelismo fanático que produce en la sociedad española los mismos efectos de atraso, de paralización del progreso, de quietismo que en las sociedades islámicas. Esta cerrazón de alfaquíes y de curas vulgares, aleja a nuestras sociedades de lo que Jasped ha llamado tiempo eje actual.

—En realidad —amigo Benarque— el engranaje, más que lucha, del islamismo y del cristianismo, lo materializo en dos gigantes construcciones religiosas que estaban frente a frente y que posiblemente aún lo están. Me refiero a esta nuestra *Mezquita de Córdoba,* hoy convertida en Catedral con arabescos en los que aún cantan las suras del Corán y la también gigante por la piedra y por el espíritu *Catedral de Santiago de Compostela.* En ellas, se ha cultivado el mismo fanatismo con nombres diversos y con fórmulas, en su fondo, nada distintas. Los sacerdotes católicos han logrado producir en el mundo cristiano una concepción de radical alejamiento entre el islamismo y el cristianismo de honda repulsión, casi como si aquél fuese una extraviada abominación idolátrica. Son por el contrario, los musulmanes, cultivadores de una religión depu-

radamente espiritual, los que motejan a los cristianos de trinitarios y de idólatras. Y así se han alejado sentimentalmente olvidando que, unos y otros, han creado sectas religiosas que tienen su origen común en la Biblia. Mahoma se presenta como el último Profeta, pero acepta a Cristo por ser el sublime Profeta que le precedió. San Juan Damaseno que fue Obispo entre los musulmanes de Damasco, y que los conocía bien, afirmaba que, el islamismo, era como una de tantas herejías del cristianismo apenas discrepante en su doctrina y absolutamente identificada en su moral. El misticismo cristiano y el musulmán han nacido en la misma cuna y han sido forjados en la misma espiritualidad religiosa. Este aspecto fundamental ha de ser objeto en esta obra de un análisis más directo y minucioso. Por lo pronto y para seguir el hilo de nuestro razonamiento, diremos, de manera sintética que, el islamismo, adoptó, de los primitivos anacoretas cristianos, de los monjes de la Tebaida, las nociones fundamentales de su mística. Mas ésta se desenvuelve muy largamente con prodigiosa sutileza. Un testigo de mayor excepción, el sabio sacerdote e insigne arabista Miguel Asín Palacios, nos muestra en un erudito trabajo que, un místico musulmán español, Âbu Abd Allan que nació en Ronda en el año 1371 de nuestra era, fue el creador del genuino misticismo que solemos llamar español. Ronda es una ciudad colgada en las alturas de la sierra malagueña que, por su aislamiento gozó de un ambiente pacífico en el que los musulmanes pudieron desenvolver su vida religiosa. Pertenecía este santo varón musulmán a una de las más nobles y antiguas familias rondeñas en la que siempre se había cultivado una acendrada piedad. El padre de Abu Abd Allan fue un jurisconsulto eminente y un orador sagrado de altos valores. Recibió Abu Abd Allan una enseñanza religiosa que fomentó su profundo fervor siempre bajo la dirección de algunos sabios sufíes. No podemos ahora detenernos en la exposición de la vida de este místico rondeño. Nos limitaremos a decir que es él quien, 80 años antes de San Juan de la Cruz, crea lo que llamaríamos el vocabulario místico que flamea en el amor de Dios del Santo así como en la clara ternura castellana de Teresa de Ávila. En la dirección espiritual de los novicios y en las clases de ascética que daba los viernes en la Mezquita, se adelantó Ibn Abd, más de un siglo, al maestro Juan de Ávila. La biblioteca de El Escorial conserva un precioso manuscrito del epistolario de Ibn Abd en el que campean los mismos conceptos místicos de amor a Dios, de

humildad y reverencia, de gratitud por los sinsabores y desgracias, los carismas, con los que Dios prueba a sus elegidos. Sus palabras de "estrechura" de "nada te turbe" "sólo Dios basta", son las mismas que esmaltan los escritos místicos de Santa Teresa.

De suerte que si el islamismo, menor de edad respecto de la doctrina de Jesús, recibió las primeras inspiraciones de los primitivos monjes y ascetas de la Tebaida y del monte Athos, fue luego el maestro de los místicos cristianos en España dado el desarrollo que permitió la mayor cultura arábiga en aquella época.

El estudio de los fenómenos de mutua penetración, de ósmosis y exósmosis, alcanza trascendencia muy grande para poder penetrar en la médula y en la comprensión de la Historia de España. Incluso para explicar esta análoga parálisis de la España actual sometida a un cristianismo de Estado, a un gobierno teocrático y el retardo también de las sociedades musulmanas en las que, asimismo la política y la religión, están fundidas. Para la mentalidad de ese cristianismo peculiar que se ha impuesto en España frente a una mayoría progresiva, es tan necesaria la unión del poder religioso y del político, como entre los musulmanes en los que, el Califa, es el pontífice y el gobernante. El mundo islámico empieza a avanzar también. Estos ligamentos son ya un trasunto arcaico. Mas sobre todo en la península ibérica asistimos durante el pasado siglo y lo que va del presente, a la disputa de dos Españas, unas veces de dos titánicas Españas, otras de una siempre grande iluminada por la libertad y la cultura y, otra, pequeña y mezquina ensotanada, con un miope fanatismo de alfaquíes, de tribus que confunden los ideales y aún las más elevadas tradiciones de la historia peninsular, con sus feroces manías retrógradas.

—Buckle ha dicho que de todas las naciones civilizadas la crónica más aleccionadora, que nunca debe ser olvidada, es la del pueblo español.

"Entre nosotros dice Rogelio Pérez Olivares en su libro *La mezquita de Córdoba,* han nacido todas las civilizaciones pero cuando comenzaron a desenvolverse, súbitamente, ha surgido una atmósfera asfixiante y empobrecida que las ha derrumbado. La tradición que un torbellino de pasiones y de sufrimientos ha envuelto siempre, no ha sido respetada y, en consecuencia, no ha podido ser transmitida como base sólida de las modernas instituciones para consolidar nuestro porvenir".

Y, sin embargo, como orienta Hegel, para estudiar propiamente la Historia para contrastar lo que es positiva tradición hay que inquirir los eternos documentos del pasado.

Esta luminosa norma, faro de hechos históricos, nos permite comprobar que, en España, se han falseado las tradiciones. Tradición arraigadísima es la de las diversas nacionalidades ibéricas, cada una viviendo con fuerte personalidad dentro de sus fronteras y de sus ambientes históricos, con sus parlamentos y sus instituciones de vieja democracia que han debido ser la base de la actual. Por el contrario, teniendo nuestra entraña, por un snobismo que más bien debe ser llamado ignorancia, los actuales reaccionarios españoles, los que se llaman tradicionalistas, han olvidado esas profundas arraigadas y verdaderas tradiciones ibéricas. Llaman tradición el absolutismo que importaron los Borbones, dinastía francesa que impuso el uniformismo contrario a la estructura fundamental de Iberia y que sus seguidores de hoy llaman unitarismo.

Además los sectores que se llaman de izquierda, no sólo en España, sino en las repúblicas hispanoamericanas, han incurrido en el mismo error de intentar asimilar instituciones exóticas. Nuestras democracias han imitado a Francia y a Inglaterra. Buenos son los consejos del exterior, las elevadas líneas de algunas estructuras fundamentales. Pero cada pueblo dispone de una pequeña capacidad para asimilar cosas extrañas. Sólo son fecundas, sólo reverdecen, cuando el injerto está hecho en el tronco de las viejas tradiciones. El gran error que ha desviado la política ibérica ha sido el de imitar a los demás cuando debiéramos imitarnos a nosotros mismos o, mejor dicho, continuar nuestra propia evolución. Tenemos ejemplos tan altos como los de Inglaterra. El parlamento aragonés es setenta años anterior al de Leicester al cual también precedió el parlamento castellano. Asimismo, las arcaicas tradiciones democráticas de los Consellers de Cataluña y de Valencia nos ofrecían un ejemplo de instituciones internas populares y representativas. Yo vislumbro la esterilidad de nuestros sistemas políticos en que hemos querido hacer una democracia de estilo francés. También nos dieron una postiza monarquía de Versalles. Aunque no es completo el paralelismo de lo material y lo social o político sí diremos, a título comparativo, que de la misma manera que los olivos andaluces no dan aceitunas en París, tampoco las instituciones parlamentarias de la gran capital francesa florecen en el clima social de Castilla.

—Nos hemos desviado hacia problemas que parecen muy lejanos de nuestra Córdoba. Son, sin embargo, los mismos, aunque diversos los elementos por originarse en distintas épocas también. Hemos olvidado estas ascendencias culturales de la luminosa Córdoba musulmana de la misma manera que las tradiciones de los reinos ibéricos, únicas que pueden guiarnos hacia la estructura política que demanda el cuerpo nacional.

Tiempo es de que enfilemos el rumbo hacia esa cuestión trascendente de la compenetración del islamismo y del cristianismo ibérico como llave interpretativa de los que sin ella parecen desconcertantes fenómenos históricos.

El problema es de una complejidad que merece ser desarrollada en obra de extensa erudición y de análisis científico que con escrupulosidad y exactitud elimine los deformativos contagios pasionales. Nadie ha formulado esta preocupación como nosotros lo hacemos ahora. Creemos ser los primeros en percibir que *el catolicismo islamizado por el contacto histórico de nueve siglos puede ser la causa de este retardo y anquilosis de las sociedades ibéricas actuales en que se han impuesto el teocratismo islámico.* El título de una obra, de desarrollo luminoso en este sentido del ya citado Asín Palacios nos impulsa hacia esta vía de comprensión y la enriquece con enorme suma de datos. La obra a la que aludimos es la de *El Islam cristianizado.* Su lectura apasionante funda la convicción de este complicado embridamiento de las dos religiones que para luchar, más que teológica, políticamente, se abrazan y se confunden. Citemos además los admirables estudios de Menéndez Pidal y los del insigne arabista francés Levi-Provenzal. A este último debemos el que se haya completado la Historia de España, no sólo en el sector de los musulmanes españoles, sino en vida del Cid contada por sus enemigos con odio y admiración.

Vamos a expresar esta que llamaré *la identificación forjada por la lucha,* de la que ya, antes hablamos de la Mezquita de Córdoba y de la Catedral de Santiago de Compostela. Bajo sus lámparas latía un fanatismo que, siendo enemigo, era el mismo. Y tenía que serlo para trabar el combate. Los adversarios se imitan para vencerse. Esta es la grieta por la que se produce la compenetración religiosa. Las invasiones, las ideas habrán en parte venido de fuera, serán más o menos exóticas, pero el fanatismo de Santiago o de Mahoma era perfectamente nuestro, ibero o berebere, no importado! Él ha sido la causa

de la serie de desintegraciones, de las continuas sangrías de este doctor Sangredo del que habla Ganivet y que nos ha conducido a practicar un cristianismo cruento anticristiano y un islamismo antimahometano. Su deformación pasa, entre musulmanes como entre cristianos, las cuentas del mismo rosario que no suele ser el de las magnas creencias del heroísmo hispánico, sino el de una vida ramplona, de un rosario en el que las cuentas son garbanzos representando oraciones mecánicas y fanatizadas.

Desde el siglo IX una antiquísima tradición hacía venerar en la vieja ciudad romana Iria Flavia (actual Padrón, en Galicia) un sepulcro que se decía guardaba el cuerpo del apóstol Santiago. La opinión eclesiástica admitía que el apóstol era Santiago el Mayor hijo del Zebedeo. Mas la verdadera leyenda popular mezclaba a ambos Santiagos en el llamado Evangelio de San Mateo, hermano del Señor. Esta tradición existía desde la época visigoda. Según ella el Apóstol había predicado la buena nueva en Iberia y cuando fue degollado en Palestina, su cuerpo, metido en un saco, fue milagrosamente transportado a España por sus discípulos amparados por un ángel. Añade la leyenda que querían enterrarlo en España por ser donde comenzó sus predicaciones, o el lugar más lejano al que habían llegado.

Sería de una inocencia absurda el discutir la posibilidad de tal hecho. Cuando se trata de leyendas y creencias populares su fuerza y su fecundidad no estriban la verdad histórica. San Julián Arzobispo de Toledo en 686, antes de la invasión árabe, conocía esta leyenda y en manera alguna la aceptaba. Hasta la impugnó por herética. De no haber sido España sumergida en el Islam, si no hubiera necesitado reforzar con acero sus creencias religiosas para neutralizar el ímpetu enemigo, el culto a Santiago no habría prosperado. Por eso vemos cómo la España cristiana tuvo genialmente que hacerse una religión capaz de enfrentarse con el Islam. El contacto de la lucha, el instinto colectivo de defensa, empezó a minar lo que los conceptos cristianos tienen de humanitario, de serenidad y persuasión, para convencer a los neófitos. La violencia es anticristiana. Sin darse cuenta, este instinto de defensa colectivo imitó los impulsos militares del Corán. El guerrero es un mártir. El campo de batalla, es la antesala del Paraíso. Mahoma combate sobre un caballo blanco con las huestes sarracenas; Santiago

también con su caballo y su estandarte, blande la espada al lado de los cristianos, frente al alfanje musulmán.

Esta prodigiosa adaptación que señalamos ahora con un trazo, pero que está saturada de innumerables y expresivos pormenores, marca una profunda desviación religiosa que llega hasta nuestros días. Lo sorprendente es que aún no se haya penetrado el sentido trascendental ni se haya aislado en el laboratorio de la ciencia histórica este morboso matiz del cristianismo fanático de la península ibérica. Hemos dicho y debemos repetir que *su trascendencia estriba en que ha teñido el fanatismo español de las mismas taras que históricamente han paralizado el avance de las sociedades musulmanas.* Oh! sorprende paradoja del analista. Resulta que los guerreros que aún tienen que luchar con ese *"fanático catolicismo islamizado"*, son los hombres progresivos de España, los que han practicado el humanitarismo que mana de la doctrina de Jesús, y pasan por anticristianos!. . .

La última victoria contra los musulmanes no será la conquista de Granada, sino la de volver al positivo y depurado cristianismo, o al menos al cristianismo civilizador aunque no sea religioso, cordial, humano y comprensivo. Que el rosario de garbanzos sea un rosario de perlas y de corales engarzados en el oro de modernas aspiraciones.

Otra paradoja: los que han tomado del islamismo lo que tenía de peor, lo que su espíritu fanático podía asimilar, repugnan en cambio cuanto ha iluminado con admirable esplendor a la civilización árabe de España. Hasta en eso continúan las semejanzas. *Hubo dos Españas musulmanas como ha habido y aún perduran dos Españas cristianas.* Estas calles que contemplamos, este patio de los naranjos que hoy parece dormido, estas ilustres torres que han cantado casi con las mismas palabras aunque en distinto idioma si bien con el mismo amor, Aben Hazam y Góngora, han sido marco de una de las más grandes y sutiles civilizaciones de la tierra, cuando en Europa aún reinaban las tinieblas y la ignorancia.

Mas volvamos a nuestro paralelo: entre los musulmanes, el califa, el imán, el alfaquí, el mismo soldado son, esencialmente, más que militares, religiosos, sacerdotes monjes, que luchan por imponer la verdadera fe con sus alfanjes y sus gumías. Los cristianos del norte de España convierten también a sus sacerdotes en guerreros. Los arzobispos van armados con corazas y con espadas nada evangélicas. Recordemos que Jesús

en el huerto de Los Olivos quitó su espada a Pedro y pegó milagrosamente la oreja que éste había cortado.

Las órdenes religiosas de Santiago, de Calatrava, de Alcántara, fueron imitación de las Rábidas árabes compuestas asimismo de monjes guerreros que guardaban las fronteras.

Y sobre todo Santiago surge como coloso para pelear frente al coloso Mahoma. Esta tradición procede de remotos tiempos. Menéndez Pidal ha revelado sagazmente que la leyenda de Santiago viene del culto pagano de las divinidades gemelas Castor y Poloux, hijos de Júpiter, o sea, Dióscuros, uno de los cuales ascendía al cielo mientras, el otro, permanecía en la tierra para proteger a los hombres. Ya los romanos han ganado batallas en Iberia apareciéndose en su caballo Castor el hijo del trueno. Por eso la creencia popular, hábilmente aguzada por los Obispos, sumaba a los dos apóstoles Santiago, el Zebedeo y Juan hermano de Jacobo el Justo, el mismo después de todo que en la leyenda romana aparecía en las batallas también precedido del trueno. La Catedral de Santiago se hace así apostólica. Con nuestra mentalidad de hoy no podemos comprender la trascendencia nacional de disponer de un Apóstol, el poseer una sede apostólica pontificial. Por eso el poema de Fernán González refiriéndose a España dice:

De Inglaterra y de Francia quísola mejorar:
Ved que non yaz apóstol en todo aquel logar

Por tener el cuerpo de un apóstol en aquella Edad Media, de tradiciones, de ingenua fe, la Catedral de Compostela logra jerarquía de pontificado y atrae a las peregrinaciones de Europa. El Obispo Sisnando se llama Pontífice. El Obispo Cerescomio en 1049 fue excomulgado por el Concilio de Reims "porque contra el derecho divino escalaba la cúspide del nombre apostólico". Mas el Pontificado de Roma, aún no tenía de hecho la autoridad suprema. En 1140 el magnífico Arzobispo Diego Gelmires instauró en su Corte honores pontificales, nombró cardenales que se vestían de púrpura y recibía a los peregrinos como si fuera el Papa.

Sólo así pudo proteger al mundo cristiano Santiago Matamoros forjando una creencia análoga en la fuerza de la fe y del sacrificio, a la de los mártires mahometanos. Y tal fue el motivo de haber hecho a Santiago hermano *gemelo* de Jesús. A punto estuvo de nacer en Compostela una nueva religión o

un cisma que adorase al hermano gemelo de Cristo y que modificase el dogma de la concepción. En la prodigiosa iconografía medioeval se le representa con las mismas facciones de Jesús y hasta se llega a formular un Evangelio de su pasión y muerte. Un paso más y surge un nuevo Profeta; Jesús primero, Mahoma que se dijo el último, el postrer ladrillo de la Aljama, y, Santiago que, gemelo de Jesús y con el mismo rostro, monta en el caballo, flamea el estandarte blanco, truena, fulgura y empuña en la batalla de Clavijo la espada que destruye a la morisma.

Por eso es admirable la epopeya en la que viven, con vida tan real y aun acaso más vigorosa que los soldados de uno y otro lado, estos dos grandes héroes fantasmales que traban singular batalla, Mahoma y Santiago, sobre las cabezas de sus respectivos mártires los cuales combatían con una fe apenas discrepante.

En el análisis de Asín Palacios que tituló *Ibn Masarra y su escuela* nos habla del contenido que él llama paupérrimo del dogma musulmán el que, por su misma sencillez, se propaga rápidamente. De ahí su sublime elevación espiritual. Todo el dogma se encierra en afirmar que Dios es uno. Bastó eso a Maimonides, el filósofo hebreo cordobés, cuando los intolerantes almohades le quisieron matar, para que tal declaración de fe que en nada se oponía a su dogma hebraico, le salvase la vida. Sólo se sabe que Dios existe. Que es Uno y que premia y castiga. Fueron los no árabes, los persas, como en el cristianismo, los hombres de cultura helénica, San Pablo, los que dieron a estas religiones su fuerza de expansión, de amplia humanidad.

Los musulmanes andaluces tuvieron claro concepto de esta imitación que llamaremos táctica de los cristianos del norte. El famoso historiador cordobés Ibn Hayyan, merced al cual han podido reconstituir Levi-Provenzal y Menéndez Pidal hechos esenciales de la vida del Cid y que había sido Secretario de Almanzor, Aben Ami, Al Mansur, dice respecto de Santiago de Compostela: "Es una ciudad en la región más apartada de Galicia y uno de los Santuarios más visitados, no sólo por los cristianos de España, sino de Europa; para ellos, Santiago, es tan venerable como para los musulmanes las Kaaba de la Meca pues, en el centro de su Kaaba, se encuentra también el objeto de su suprema adoración. Juran en su nombre y van allá desde los lugares más apartados de la cristiandad. Pretenden que el sepulcro colocado en aquella iglesia es el

de Santiago, uno de los doce apóstoles y el más amigo de Jesús porque no se separaba de él. Dicen que fue Obispo de Jerusalén y que anduvo predicando la religión y haciendo prosélitos hasta llegar a aquel remoto rincón de España. Volvió luego a Siria donde murió a la edad de 120 años solares. Pretenden igualmente que después de su muerte, sus discípulos lo trajeron y lo enterraron en aquella iglesia por ser el lugar más lejano donde había dejado la huella de su predicación. Ningún rey musulmán pensó nunca en penetrar hasta allá para someter a la ciudad al Islam, a causa de lo inaccesible de la posición y de los peligros del camino. Esta empresa estaba reservada a Almanzor".

Sobre estas tradiciones como cimiento, más que sobre cimiento de piedra y de tierra, construye Alfonso III en los años del 866 al 906 la Basílica. "Et fizo la eglesia de Sant Yague toda de piedra taiada con pilares de marmol, ca antes de eso de tierra era fecha".

Y así Santiago el Mayor y Santiago el Justo o el Menor y los Castor y Polux que en el 445 antes de Jesucristo, decidieron con sus blancos caballos y sus petulantes truenos la victoria del dictador Postumio, tuvieron en una secuencia de tradiciones que son como viejísimas raíces que atraviesan las capas de la tradición, de la creencia o de los siglos, una gran Catedral. ¡Lo viejas que son las cosas y el tesoro que significa a pesar de los descreídos (que son más ilusos que los creyentes) el contar con la alianza de una fe, de una grande y bella ficción que arrastrase a las muchedumbres a la realidad de una victoria!. . .

A veces se han asociado también San Millán y Santiago. Y así nos canta Gonzalo de Berceo:

> Vieron dues personas fermosas y lucientes
> mucho eran más blancos que las nieves recientes
> vinien en dos cavallos plus blancos que cristal
> descendien por el aire a una gran presura
> espadas sobre mano, un signo de pavura. . .

En el Evangelio de San Marcos se dice que Jacobo, el hijo del Zebedeo, y a Juan, hermano de Jacobo, se apellidaban "Bonaerges" que viene a significar, "hijos del trueno", raíz hebrea, vocablo de expresión análoga a la de Dios-Kouroi o sea Dioscuros, es decir, hijos de Júpiter. Juan Ramón Mélida com-

probó la existencia de esta relación de tradiciones en las monedas ibéricas representando a Castor y Polux los que, al aparecer en ellas, revelan algo semejante al patronato cristiano de Santiago.

Para definir estas opiniones vamos a fijar alguno de los puntos fundamentales del mutuo influjo de ambas religiones de que derivamos consecuencias políticas y sociales que hasta nosotros llegan:

a) Identidad de fuentes religiosas entre el cristianismo y el mahometismo, lo que explica una medular semejanza estética y moral;

b) Oposición del mundo musulmán y del cristiano lo que provoca, de una parte, mutua repulsión que se hace fanática en la palabra de alfaquíes y obispos, pero que, paradójicamente, suscita una corriente imitativa inspirada por la misma lucha que intenta superarse absorbiendo las armas materiales y morales del adversario;

c) Teorías sobre las asimilaciones mutuas de los grupos en pugna que muchas veces, luchando, se funden en el calor de la pelea;

d) Esta pugna dista mucho de ser continua: Tiene largos períodos de pacífica convivencia en los cuales, respecto de los reinos cristianos, domina la atracción de la superior cultura que en aquellos tiempos poseían los musulmanes de Córdoba;

e) Necesidad de defenderse con armas que se neutralicen o se superen;

f) Origen de la deformación Jacobea: las cruzadas son imitación de la guerra santa. Los cristianos son declarados mártires cuando luchan en la cruzada lo que es imitación del martirio de los musulmanes peleando contra los infieles;

g) Estos factores fundamentales a los que habría que sumar otros muchos en un análisis más completo *ha producido en el mundo cristiano peninsular la identificación de la religión con la política.* Los demás países europeos y cristianos no han sufrido el peso muerto del *teocratismo gubernamental. Los sistemas teocráticos de musulmanes y cristianos españoles han sido causa de su retardo.*

Son ya varios los escritores que se han entregado a la pintoresca descripción de los paralelismos cristiano-islámicos. Casi todos ellos y especialmente, Américo Castro, en su libro *La realidad histórica de España* copian al orientalista Asín Palacios mas ninguno alcanza la positiva trascendencia de la cuestión.

La identidad de las fórmulas religiosas, la casi literalidad de las palabras piadosas de cristianos y árabes en España ha sido puesta en relieve por Asín Palacios, distinguido investigador el cual ha alcanzado meritísimas alturas en su análisis, si bien y como ahora veremos, en ocasiones no ha sostenido su elevación. En un pequeño trabajo circunstancial y en el que tuvo la flaqueza el ilustre presbítero de servir conveniencias de una política inferior, encontramos un ramillete de estos paralelismos y la autorizada confirmación de nuestras opiniones sobre esta, en cierto modo lamentable concentración de fanatismos islámico-cristianos. Ese ramillete de paralelismos se encuentra esparcido a lo largo de los importantísimos estudios de Asín Palacios en sus libros *Ibn Masarra y su escuela* y *El islamismo cristianizado*. Sin necesidad de espigarlos en tan largo camino de lectura Asín Palacios nos lo presenta reunidos en un curioso panfleto publicado en el Boletín de la Universidad Central del año de 1940.

"De los elementos que integran una cultura, el más típico es la religión; su influjo penetra hasta el fondo del alma entera haciéndole gustar las emociones puras". Así nos prepara el cultísimo presbítero para formular sus observaciones encaminadas a demostrar (tal es el título de su trabajo) *"Por qué lucharon con los falangistas los musulmanes marroquíes"*.

"El Islam no es, como el vulgo indocto supone —dice—, una superstición idolátrica y un grosero sensualismo en cuanto a la moral. Hijo verdadero y real, aunque espurio del judaísmo y del cristianismo, su credo, su liturgia y su código ético deben a la revelación divina del Antiguo y del Nuevo Testamento, la porción mayor y más típica de sus elementos integrantes. Un Santo Padre de la Iglesia oriental, San Juan Damaseno que había sido Ministro de un Califa de Damasco consideraba el islamismo como una simple herejía cristiana que niega la Trinidad y la Encarnación. Fuera de estos dos artículos de la fe católica todo el resto de su teología dogmática y moral y una gran parte de las ceremonias de su culto, son en efecto, un calco más o menos fiel, del credo y la liturgia cristiano-judaica".

Asín Palacios desenvuelve el paralelismo de ambas religiones que, en su mayor parte, es identidad y comunidad. Hace el cuadro esquemático muy autorizado, no sólo por tratarse de un hombre de gran cultura, específica, sino de un sacerdote, de las típicas analogías entre la dogmática cristiana y la musulmana. La religión islámica se preocupa mucho de simplificar

su credo para que llegue a los fieles más ignorantes que no puedan alcanzar la precisión teológica. Mas esta dificultad ha llevado también a la Iglesia Cristiana a aproximarse a la mentalidad del vulgo y nos dice el Padre Asín: "Trátese del labriego castellano o del tosco soldado marroquí no pueden ni necesitan razonar y analizar los dogmas para que éstos influyan en su conducta: basta para ello la raíz de la fe, la adhesión sincera, ciega y humilde a las verdades reveladas. Porque no es —añade— en sincera confesión muy rara en un sacerdote —el espíritu crítico que analiza y discute, resorte eficaz para la acción sino frecuentemente, lo contrario: freno que la paraliza. En cambio la fe del carbonero es la que transporta más fácilmente las montañas y levanta las almas a las sublimes cimas de la santidad o a las heroicas decisiones del sacrificio y la abnegación". "Ahora bien, continúa, para el problema que aquí discutimos, esto es lo que nos interesa, pues basta y sobra con las analogías demostradas entre el fondo de nuestro credo y el islamismo. Sin la demostración minuciosa que sus respectivos dogmas para que, unos y otros, produzcan sus efectos en la conducta y creen así una estrecha hermandad espiritual entre las almas de los fieles que profesan ambas religiones".

"Si, Jesús, para un musulmán no es Dios, ni hijo de Dios, es en cambio el modelo supremo de la sanidad humana, además de Profeta inspirado directamente por Dios, el Mesías anunciado en la Biblia y el Verbo en palabra divina. El famoso místico Ibn Arabi de Murcia afirma el carácter sobrehumano de Jesús, creado directamente por Dios como Adán, nacido de la Virgen María, Virgen y Madre también para los musulmanes. Esta definición es la de uno de los más grandes místicos del Islam Español Ibn Arabi de Murcia la memoria del cual es aún venerada en Oriente. El atribuía su propia conversión a la vida religiosa a la inspiración y guía del Corazón de Jesús. Y a esta similitud se acoge el Padre Asín para *"disipar la extrañeza* que al *observador desprevenido"* le producía la imagen del Sagrado Corazón prendida al pecho de los soldados regulares de Marruecos. Llega a decir que es una supervivencia, un concierto de esta veneración religiosa que los musulmanes todos profesan a Jesucristo!"

He aquí sintetizadas analogías ceremoniales: la oración ritual obligatoria y la limosna o azaque; las cinco horas canónicas equivalen a las cinco que tenía el oficio divino entre los monjes de Siria y Mesopotamia en el siglo V y otros en ritos

análogos en las plegarias judías. El ayuno del Ramadán es copia de las austeras privaciones de la primitiva Cuaresma Cristiana. El Alcorán no hizo más que dar valor oficial a aquellas creencias y prácticas que los árabes ante-islámicos aprendieron en los Cenobios cristianos.

Santones musulmanes que funden verdaderas Órdenes terceras o Cofradías; conventos en el Egipto musulmán de la Edad Media; cofradía marroquí de los saidiles.

El ángulo desde el que estamos examinando la vida de España guiados por el hábito sacerdotal lleno de cultura y de altas concepciones históricas del presbítero Asín Palacios es de trascendental importancia ya que supone una rectificación esencial en los rumbos que han predominado durante la Reconquista y hasta el momento presente. ¿Cambiarán estos rumbos porque han cambiado los intereses? Se crea un Santiago, Patrón de España mientras el buen Apóstol con toda su milagrosa tradición es útil a la causa. Luego se le jubila y hasta se pretende suplantarlo con otros Santos. Santiago sólo recibe ya la ofrenda anual que viene a ser como su pensión de Santo jubilado. ¿Por qué, durante ocho siglos que duró la Reconquista hasta lograr la brutal expulsión de los moriscos se ha sostenido por los obispos y sacerdotes cristianos el carácter satánico, repelente del islamismo para que, al cabo de los tiempos y cuando los regulares musulmanes ayudan a causa de la reacción española, un sacerdote, ilustre y culto, nos pruebe con elementos teológicos históricos y eruditos que ambas religiones tienen un sentido idéntico de moral y de doctrina en lo esencial?

"El Alcorán, nos dice Asín Palacios no hizo más que dar valor oficial a aquellas creencias y prácticas que, los árabes ante-islámicos aprendieron en los cenobios cristianos". Casi todas las fórmulas piadosas que a cada momento repetimos son o traducción exacta del árabe andaluz o repetición de la palabra árabe apenas deformada y que repetimos sin saber lo que significa. ¿Cabe nada más familiar en nuestro lenguaje que decir "hola" al encontrar una persona y "olé" como interjección entusiasta? Pues bien, son transcripción exacta de la palabra árabe "wa Allah" que significa "por Dios"; o "ya Allah" que significa "oh Dios" y que nosotros repetimos al decir "ala ala" para acelerar la marcha; "ojalá" "wa-sa a Allah" que significa "quiéralo Dios" que es también el significado de nuestro "ojalá". Por eso los españoles cristianos hablan muchas veces en árabe musulmán sin que lo hayan sabido hasta que ahora uno

de los más cultos y eminentes sacerdotes cristianos nos hace pensar en que no fue justo ni conveniente el que españoles de uno y otro bando, musulmanes o cristianos se hayan estado entre-matando durante ocho siglos. "Los marroquíes piadosos de hoy siguen teniendo exactamente ideas iguales a las nuestras sobre los hábitos morales, el vicio, la virtud, el pecado, la tentación y la gracia y emplean métodos semejantes a nuestros ascéticos para corregirse y frenar la sensualidad, la gula, los vicios de la lengua, la ira, la envidia, la pereza, la avaricia, la soberbia, la hipocresía y la vanidad".

Triste experiencia que al final de la vida me llega. Sin embargo, desde muchos años estaba convencido de que, en España, tanto en la cristiana, como en la musulmana y de ahí esta disputa y pugnacidad ecuestre de Santiago y de Mahoma, la religión, es sólo un instrumento político. Es lógico que así ocurra. Los gobiernos teocráticos son trasunto de estadios primitivos de la conciencia de la colectividad. Por desdicha perduran en pueblos que aunque, extremadamente aptos para el progreso y los grandes hechos, como lo han demostrado en la Edad Media y principios de la moderna árabes y españoles, se encuentran hoy desplazados de los cauces progresivos modernos por este apego a la semejante doctrina que hemos venido exponiendo en el diálogo de la Catedral de Santiago de Compostela y de la ilustre mezquita de Córdoba. Y seguimos diciendo, cuando vamos a emprender algún acto importante, "en el nombre de Dios" de la misma manera que los marroquíes dicen "pi-isi Allah". "Dios me haya perdonado", "rahina-hu Allah"; o también "Allah alam", sábelo Dios; o "sea lo que Dios quiera"; más allá a un pobre, "Dios te ampare", "Allah ira hmeca" lo cual se dice también entre los árabes cuando alguien estornuda así como nosotros en tal caso "Jesús". La comida la bendicen en nombre de Dios.

Pero después de esta copia pintoresca curiosa y erudita y de la inmensa labor del gran orientalista Asín Palacios, de su obra ingente que a mí me inspira admiración, me causa inmenso dolor, desolada angustia, decepción mortal, el comprobar que, desde tan elevadas alturas como un Icaro de alas pegadas con cera, Asín Palacios se derrumba en una tan tosca y vulgar apreciación sobre el porqué los semi-salvajes marroquíes de la tribu de Beni Aros han ayudado en la obra de reacción española. Según Asín estos moros decían a los hombres de izquierda españoles: "tu no estar de Mahoma", "Tu

no estar de derecha". A juicio del cura-alfaquí, del, en otros momentos insigne orientalista, esta fórmula grosera sintetiza el alcance de la pasada contienda en la que, según él, se ventilaba para los musulmanes como para los cristianos, la suerte de lo más preciado de ambas religiones: la fe en un solo Dios remunerador y en una vida futura. Qué amarga experiencia la que se deriva del paralelismo de este sacerdote al cual su gran conocimiento no impide ejercitar un fanatismo más político que religioso. Trasunto del Santo Oficio de la Inquisición. En ésta ardía el rencor político también disfrazado de fe católica en las hogueras que quemaban rebeldes y no herejes.

En el presbítero Asín al cabo de los siglos vemos como canta su sabia sotana la ingenua palinodia en la que se invierten los términos. Ahora, los feroces musulmances, rústicos y semi-salvajes de la tribu de Beni Aros le ayudan a mantener su fanatismo ante otros españoles que él cree enemigos. Entonces ya son para este sacerdote, musulmanes y cristianos, casi iguales. Esta doctrina mantenida en los siglos X al XIV y aun posteriormente cuando fueron expulsados los moriscos, preciosos elementos integrantes de la cultura hispánica, habría sido salvadora. Ahora la consignamos con dolor y vergüenza de sus tardías e interesadas confesiones. Toda la historia de España que se ha escrito se halla tachada de esas hipócritas evoluciones. Aquí se disfraza de tolerancia, de "comprensión" para sumar a islamitas y cristianos en una nueva intolerancia. Cuando el fanatismo ha hecho todo su daño, cuando ha impreso la huella irreparable en surcos seculares, se rectifica confirmándose sin que sirva más que para aumentar la desolación de los españoles que contemplan con amor y libre espíritu a su tierra. Precisamente esos mismos bereberes a los que el padre Asín coloca el escapulario del corazón de Jesús, fueron los mismos que destruyeron en Córdoba y en sucesivas avalanchas de fanática barbarie la gran civilización del andaluz omeya.

Una de las angustias de nuestro tiempo es la de dudar de que la ciencia y la cultura sean bastante, para alejarnos de la animalidad y de las ínfimas pasiones. Nuestro ingenio humano, es algo más que una pirueta espiritual, tiene o no una profunda raíz ese matiz que llamamos humanidad? Es algo más trascendente que el trabajo de las abejas o de la convivencia de sociabilidad de las hormigas? De qué le sirve toda su ciencia histórica lingüística, teológica al cura Asín? Sólo para proceder como un ser primitivo de instintos de tribu con una posi-

tiva barbarie a cuyo servicio están hipócritamente *adheridos y no asimilados* los conocimientos más sutiles y especializados. ¿Qué tipo de hombres son éstos en los que la cultura no excluye la barbarie y que diríamos son incivilizables? Dominan las ciencias, las artes y... siguen siendo salvajes!...

Nos hemos detenido en este episodio de la actitud del insigne presbítero arabista porque significa una de las pruebas más autorizadas y palpitantes del punto de vista que tratamos de esclarecer. Lo estimamos de inmensa trascendencia. Es como una nueva llave de comprensión histórica que hasta el presente no había encontrado cerradura.

La contaminación del cristianismo de la Reconquista, con el islamismo, merece un análisis exhaustivo. La consecuencia es lamentable: en ese fondo de mestizamiento religioso en donde vemos —de ahí su trascendencia— la causa del atraso de la esterilidad de los elementos reaccionarios que vienen tradicionalmente dominando en España. El cura Palacios nos lo dice aunque sólo sea para aplaudir a los rifeños!

Contemplamos un problema complejísimo muy dado a confusiones. Hay que cortar finamente con el escalpelo capas delicadísimas para evitar sensibles confusiones. Lo cierto es que esa misma realidad de religión y cultura que generalmente se colocan en antítesis, ha existido, paralelamente en el mundo musulmán, como en el cristiano. En la época de la reconquista era tan elemental y primaria la cultura de los reinos cristianos que apenas se advertía ese dualismo. Mas, en la Córdoba de altísima cultura de los musulmanes, se contempla esa contienda, así como períodos de oscilación de la tolerancia y el fanatismo. Los sabios Ibn Roch, Aben Hazan, Ibn Tofail, tienen que envolver sus ideas en el artificio de los dogmas coránicos. Pero en realidad, la civilización musulmana prodigiosamente compleja y delicada ha estado siempre rodeada por la amenaza del salvajismo. En esto se asemejan también las sociedades cristianas que llegan hasta nuestros días con esas duales tendencias que queman la gran biblioteca de Alakan y, en los sectores cristianos, no sólo queman los libros, sino también a sus autores en las "purificadoras" hogueras de la Inquisición.

# OBRA INÉDITA DE MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA

Por *Armando* *DE MARIA Y CAMPOS*

REFUGIADO en Londres, don Manuel Eduardo de Gorostiza (1789-1851) se vio obligado a vivir de su pluma. "Confiscados sus bienes, salió de España, recorriendo diversas capitales europeas, deteniéndose algún tiempo en Londres, donde residían otros muchos emigrados políticos españoles. Compartió con ellos las penalidades y escaseces del destierro... Las letras, que sólo por afición cultivó entonces, fuéronle recurso eficaz de subsistencia. Escribía en periódicos sobre materias varias, y especialmente sobre el absolutismo español",[1] que lo había desterrado.

"El teatro español había quedado huérfano con la emigración de su último digno intérprete, D. Manuel Eduardo de Gorostiza, a fines de 1823".[2] "Publicó, además, en Londres y Bruselas, algunos folletos de circunstancias, entre ellos una Cartilla política, que no hemos visto, y "*Tres cartas* (en francés), dirigidas por un mexicano a los redactores del Correo de los Países Bajos".[3] Pero nada dicen sus biógrafos de otros trabajos literarios que emprendiera el ya famoso autor de teatro, muy extrañado en Madrid, porque, "con la ausencia o desaparición de los buenos escritores, estaba a punto de desaparecer la comedia",[4] como con la muerte de Máiquez habíase olvidado la tragedia. "Gorostiza estaba emigrado, y su "Indulgencia para Todos" y su "Don Dieguito", que le habían colocado en tan buena fama como

[1] Discurso pronunciado por José María Roa Bárcena en la sesión que en honor de don Manuel Eduardo de Gorostiza celebró el Liceo Hidalgo, el 17 de enero de 1876.

[2] "El Curioso Parlante" (don Ramón de Mesoneros Romanos), *Memorias de un sesentón.*

[3] MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de la poesía hispanoamericana,* tomo I.

[4] *Memorias de un sesentón.*

continuador de Moratín, estaban vistos y oídos hasta más no poder".[4]

Ninguno de los biógrafos de Gorostiza menciona algún trabajo literario de Gorostiza en particular, publicado en los periódicos de Londres o de otro lugar de Europa. En México, Gorostiza no abordó nunca temas literarios, tampoco escribió versos, como durante su juventud española. Se han descubierto varios manuscritos inéditos de Gorostiza sobre el teatro español, una biografía muy completa de Isidoro Máiques, la primera que se escribió —todavía Gorostiza no salía de España— sobre el gran actor cartageno, y un boceto de biografía del general español Riego, sacrificado por Fernando VII. Todos están en mi poder.

Ahora entrego a *Cuadernos Americanos* la *Introducción* y el primer capítulo de una proyectada historia del teatro español, que quedó trunca por el ingreso de Gorostiza al servicio diplomático de la nación en cuyo suelo vio la luz primera. Gorostiza tituló este boceto de historia: "Del Primitivo Teatro Español" y según todas las probabilidades debió escribirlo en Londres, entre 1822 y 1823. Un estudio sobre prosadores clásicos, destinado, probablemente, a una Historia General de la Literatura Española.

Los más autorizados biógrafos de don Manuel Eduardo de Gorostiza, dos mexicanos: don José María Roa Bárcena y don Mario Mariscal, español el otro, don Marcelino Menéndez y Pelayo, están de acuerdo al afirmar que don Manuel Eduardo de Gorostiza tuvo que refugiarse en Londres perseguido por el rey Fernando VII, por sus ideas liberales, y que vivió de su pluma, publicando artículos en algunos diarios ingleses. Se supone, nadie lo ha podido afirmar, que sobre temas literarios. Nada se ha dicho hasta ahora sobre si había escrito, o publicado, trabajos sobre temas de política española. A poco de radicarse en Londres ofreció sus servicios —como mexicano nacido en Veracruz— al Gobierno republicano de México —julio 10 de 1824—, y le fueron aceptados ese mismo año. La política española le interesaría en adelante como mexicano.

Poco escribió Gorostiza en Londres como hombre de pluma liberal. Una biografía del actor contemporáneo suyo, Isidoro Máiques (que ya di a conocer) y que es la primera que se escribió sobre el gran comediante cartagenero. Planeó una Historia del Teatro Español, de la que escribió varios capítulos, que se han conservado inéditos en español, y una biografía del gene-

ral don Rafael del Riego, quien después de accidentada odisea militar, fue victimado en la plaza de la Cebada, de Madrid, donde lo condujeron sobre un cerón y arrastrado por un burro, entre los insultos del populacho, el 23 de noviembre de 1823, casi al mismo tiempo que Fernando VII exclamaba: "¡Liberales, gritad ahora Viva Riego!"...

La indignación de los liberales españoles por la forma en que fue ejecutado el general don Rafael del Riego y Núñez debió ser inmensa. Entonces Gorostiza habrá planeado escribir su vida, extraordinaria aventura militar, y martirio final. Empezaría por la introducción que ahora conocemos. Luego vendría su incorporación a la nacionalidad mexicana, y el gran proyecto de una biografía de Riego, quedó en eso. Después de más de un siglo y cuarto de permanecer olvidadas las breves cuartillas de Gorostiza, escritas de su puño y letra por nuestro gran patriota, comediógrafo cimero y honesto hombre de Estado, ven ahora la luz pública, y... ¡no han perdido actualidad!

El proemio o introducción está contenido en ocho páginas de papel grueso, al que el tiempo ha dotado de un encantador aire marfileño, de 18.50 x 23 cm.; las dos primeras están escritas sin una tachadura o enmienda, y las restantes corregidos casi todos los renglones, intercaladas enmiendas, suprimidos párrafos enteros. Es un magnífico documento de la época y un timbre de gloria más para Gorostiza.

Las cuartillas que con el título general de "Culteranismo" que don Manuel Eduardo de Gorostiza escribió en Londres, durante su exilio, y cuando todavía era súbdito español, perseguido, arrojado de su patria por el rey Fernando VII, debieron estar destinadas a su proyectada "Historia del Teatro Español" o "Historia de la Literatura Española".

Tuve la fortuna de hallar este original autógrafo, escrito en hojas de fino papel llamado "de oficio", entre los papeles de don Manuel Eduardo que poseo ahora y que me han servido para reconsiderar la vida y la obra de este singular hombre de letras y de política. Siglo y medio permanecieron ocultas en el fondo de un petacón, y muy probablemente son inéditas, pues nadie ha logrado localizar publicaciones de Gorostiza durante su exilio en Londres, antes de que se sirviera a México; yo las doy como inéditas y creo no equivocarme.

Tiene su original ensayo sobre el "Culteranismo" un valor para mí extraordinario, porque fija meridianamente el pensamiento de Gorostiza sobre las modas y los modos de la lite-

ratura española durante el Siglo de Oro. Escritor fácil, claro, pulcro, académico, no podía ser partidario del llamado culteranismo, que consistía, como se sabe, en no expresar con naturalidad y sencillez los concpetos, sino falsa y amaneradamente, por medio de voces peregrinas, ruidos rebuscados y violentos y estilo oscuro y afectado. "Es —escribió Jáuregui— un adorno o vestidura de palabras sin alma ni cuerpo". No fue Gorostiza partidario de Góngora ni de Calderón de la Barca cuando se mostró en su teatro oscuro y confuso. Y así lo dice valientemente en su ensayo sobre el "Culteranismo", que nos revela la solidez de criterio y en buen gusto literario del que hasta antes de salir de España estaba considerado en su patria política entonces, como uno de los mejores comediógrafos de su tiempo.

### *Del primitivo teatro español*

¿DESCONOCIERON absolutamente los peninsulares el arte escénico, después que los romanos se enseñorearon de su territorio, y durante el largo período de su dominación? He aquí un problema que si nosotros logramos resolver victoriosamente nos allanaría infinito los obstáculos sin cuento con que vamos a tropezar, ahora que intentamos subir hasta la cuna del primitivo teatro español. Pero, por desgracia, nada de cuanto leímos satisface nuestra incertidumbre, nada de lo que vemos es tampoco de bastante bulto, para que por ello demos siquiera algún crédito a los ojos, ya que tengamos que desconfiar del entendimiento. Escasez de testigos fidedignos que depongan en semejante litigio, dificulta en extremo cualquier fallo cuando no lo imposibilita del todo. Sin pruebas escritas, sin medallas, sin monumentos de aquella edad que nos ilustren en la materia, ¿sobre qué base se apoyará nuestro raciocinio, que no sea puramente hipotético y deleznable? Hasta las limitadísimas noticias que esparcidas de tarde en tarde se encuentran acaso en diferentes autores, son tan vagas, tan contradictorias entre sí, que en vez de aprovecharnos, nos confunden. Aseméjanse en sus defectos a las exhalaciones instantáneas en noche oscura y tormentosa, cuando por ser tales y por cruzarse en diversos sentidos, ciegan más bien al extraviado y lo embarazan en su marcha, que no lo alumbran y dirigen.

El único escritor que dice algo determinadamente acerca

de nuestro asunto es Philostrato. Éste asegura en su "Vida de Apolonio" que "los habitantes de la Bética ignoraban qué cosa era la escena, y que no habían visto nunca ni tragedias, ni certámenes músicos", refiriendo en su comprobación cierto caso ocurrido en la plaza pública de Ipsula, que se reduce a que habiéndose presentado en ella, con todos los atavíos trágicos, un representante de la lengua que andaba a la sazón rodando por España, causó su vista tal horror al pueblo, que huyó espantado, teniéndole por algún demonio. Se duda, sin embargo, y no sin fundamento, de la verdad de esta especie de sucedido, y recuerda en seguida las distintas patrañas con que está entretejida la tal "Vida de Apolonio", y acaso hay que considerarla mejor como una novela filosófica que no como una historia, siguiendo en esto la común opinión de sus contemporáneos. Nosotros iremos aún más lejos, y diremos que tanta ignorancia en punto a teatro de parte de los españoles y en tiempos ya de Nerón, es totalmente increíble y destruiría (si se admitiese la posibilidad) cuanto miramos hoy.

*Reflexiones sobre el antiguo teatro español. Artículo primero*

Si bien es cierto que uno de los capitales objetos de la representación escénica es la mejora y pulimento de las costumbres públicas, no lo es menos que estas mismas costumbres influyen sobradamente sobre toda composición dramática, puesto que ellas les prestan las diversas tintas con que éstas se dibujan. Así es, que cuando un autor poco filósofo bosqueja para la escena un cuadro que no está en la naturaleza de las cosas o porque sea inverosímil, o porque representa hábitos desconocidos, puede desde luego asegurarse que no consigue llenar el fin moral que al escribir se propuso. Necesítase, en semejantes casos, que el espectador se reconozca, mal que le pese, o por lo menos que reconozca su vecino. De lo contrario, ninguna ventaja sólida le resultará de su asistencia al teatro, como no sea la de entretenerse momentáneamente, del mismo modo que le sucedería con rápidas mutaciones de una linterna mágica. Ahora bien; supongamos por un momento que a beneficio de la óptica teatral se presenta ante los ojos de un habitante de Londres cualquier episodio dramático de una familia china, v. g.: un altercado entre dos esposos. ¿Podrá decirse, por ventura, el

Reflexiones sobre el antiguo teatro
Español
Articulo primero
§ I.

Si bien es cierto que uno de los Capitales
objetos de la representacion escenica es la
mejora y pulimento de las costumbres pú-
blicas, no lo es menos que estas mismas cos-
tumbres influyen sobremanera sobre toda
composicion dramatica; puesto que ellas le
prestan las diversas tintas con que estan
dibujadas. Asi es, que cuando un Autor poco
filosofo bosqueja p.a la Escena un Cuadro que
no está en la naturaleza de las cosas, o p
que sea inverosimil, o por que represente
habitos desconocidos, puede desde luego a-
segurarse que no consigue llenar el fin
moral que al escribir se propuso. Neces-
itase en semejantes casos, que el especta-
tador se reconozca, mas que lo piense, ó por
lo menos que reconozca á su vecino. De lo
contrario, ninguna ventaja solida le resul-
tará de su asistencia al teatro; como no
sea la de entretenerse momentaneamente

Otro manuscrito sobre historia del Teatro Español.

bueno de John Bull: "Ese soy yo", cuando no descubre en los celosos extremos del celoso mandarín nada que se parezca a sus celos? ¿Podrá hallar alguna semejanza entre la asiática coquetería de una belleza de Pekín, y la brillante veleidad de una diosa de Picadilly?... ¡Oh, ciertamente que no! Verá una cosa enteramente nueva para él, otras maneras, otro modo de ser y de expresarse, de consiguiente otros vínculos. Hallará qué admirar, pero no punto alguno de contacto con la situación presente, ni deducirá verdad ninguna de una comparación, que nunca será exacta lo bastante, para que llegue a ser provechosa.

De ahí, llaman insistentemente al teatro en general, ya el espejo de las costumbres de las naciones cultas, ya el termómetro de la civilización. De ahí, también, que el teatro particular de cada pueblo tiene que diferenciarse más o menos a medida que se apartan sus hábitos e inclinaciones, y siendo esto así, como lo es en efecto, podremos así mismo sentar como otro axioma innegable, que aquellos pueblos que menos se parecen a los otros, por ser su fisonomía más pronunciada, o no tienen teatro, o tienen uno que les pertenece exclusivamente, porque en él se retratan facciones que les son propias, con colores que también les son peculiares. En este postrer caso consideramos nosotros a los ingleses, a los alemanes y a los españoles. Estos tres pueblos pueden vanagloriarse que poseen cada uno un teatro enteramente suyo, y que ninguno de ellos desmerece, por ser diferente de los otros. Los tres llenan igualmente bien su objeto, esto es, pintan con igual perfección los rasgos característicos de su país, y los vicios o virtudes de sus respectivas sociedades, ¿qué más se les puede pedir?...

No por eso creemos, sin embargo, que deja de haber un teatro clásico, o lo que es lo mismo, un teatro cosmopolita que pertenece a todos los pueblos, y que está sujeto en todo a las mismas reglas o convenciones, por girar únicamente alrededor de una sola órbita. Esta no es otra que la censura de los vicios generales, y el insomnio de aquellas virtudes que aseguran el bienestar de los demás hombres, aun cuando sea a expensas de su propia conveniencia. Un embustero, un avaro, un hipócrita, son personajes cómicos de todas las edades, porque sus ridículos son inherentes a la fragilidad humana, y no dependen del refinamiento o atraso de la sociedad. Así, Moliére pudo muy bien aclimatar en su tiempo un carácter bosquejado mucho antes por Plauto, sin que por eso perdiera su frescura, y hemos visto también en nuestros días que el inimitable Moratín ha

sabido sacar partido para su "Mogigata" de algunos rasgos de Terencio. Lo propio podemos repetir respecto a los hechos magnánimos y generosos: Bruto dando la libertad a su patria, Catón muriendo con la tranquila firmeza con que muere el hombre justo o el hijo de Agamenón inmolando sobre su tumba al asesino de su padre, inspirarán siempre el mayor interés sobre la escena trágica, sea cual fuere la pluma que los resucite y la fecha en que lo haga, con tal que lo haga bien.

Tampoco negaremos a esta especie dramática cierta primacía sobre todas las demás en que se subdivide la gran familia, sin que por eso la creamos exclusiva. Reconocemos que la mayor parte de los preceptos sobre que estriba, se derivan de la misma naturaleza, y siendo el teatro un panorama que sólo adquiere vida a expensas de las otras artes, es indispensable también que participe en muchas de sus reglas; con todo, una cosa es que el hombre de genio obedezca alguna vez al freno que le impide desbocarse, y otra que se sujete ciegamente a la traba que no le deja dar un paso. Los modelos fueron siempre primero que las reglas. Aristóteles sacó de Sófocles y de Menandro sus mejores preceptos sobre la tragedia y la comedia.

¿Luego hay modelos que estudiar, y reglas que seguir?, nos dirán los preceptistas. ¡Quién puede negarlo! Hay que estudiar continuamente todas aquellas obras maestras que honran el entendimiento humano, para ensanchar por su medio el círculo de nuestras ideas; hay que dirigirse por aquellas reglas, hijas de la razón y la filosofía, que puedan conducirnos con acierto al conocimiento de lo bueno y de lo bello, pero entre esto y copiar servilmente cuanto otros hicieron o quisieron que se hiciese, es notable la diferencia.

Dijimos que el teatro era un panorama animado con la asistencia que le prestaban las bellas artes, y si reflexionamos un poco sobre esta aserción, nos convenceremos fácilmente de su certeza. Veremos, con efecto, que la pintura le auxilia con sus colores, la escultura con sus formas, la música con sus más suaves acentos, la poesía con toda su magia. ¿A qué conspira pues, este maravilloso concurso de cuanto puede halagar nuestros sentidos, subyugando al mismo tiempo nuestra razón, a que la ilusión del espectador sea más completa? y, ¿cuándo lo es más? Cuando hay más verdad, con más agrado. He aquí, el gran secreto dramático.

La naturaleza es una, pero son tantas sus modificaciones,

y se presenta bajo tan diversos aspectos, que de su misma variedad resulta su belleza.

*Pertropo variara, natura e bella*

y como es verdad para el teatro todo lo que es natural o verosímil, no cabe duda que el poeta puede disponer a su antojo de todos los tesoros de la creación.

Entre ellos nadie disputa al hombre el primer lugar. Su corazón es la máquina más complicada de cuantas produjo la labranza omnipotente. Es también la menos conocida, y la que importa más serlo.

Descender, por lo tanto, a su seno, y penetrar en sus más escondidos pliegues, es de absoluta necesidad para el que quiera enseñar a sus semejantes o reprenderles. Practicáronlo así, a la verdad, los primeros clásicos. Estudiaron al hombre, y desnudándole de los engañosos atavíos con que se disfraza en la sociedad, creyeron verle tal cual era; esto es, un compuesto de flaqueza y orgullo, y juzgaron por consecuencia, que para combatirlo con ventaja era necesario intimidarle o avergonzarle.

Pero nada prueba, sin embargo, que aquellos poetas acertasen con uno de los infinitos caminos que en nuestro concepto conducen a la perfecta ilusión teatral, ni que las reglas sean las más adecuadas al efecto. Tal resultado hará cuando más la apología de su sistema, sin ser acusación contra los que sigan distinto rumbo, siempre que alcancen lo que él. Diremos entonces, que el terror y el ridículo son armas muy poderosas sobre la escena, mas no las únicas de que se debía echar mano.

Muchos son, con efecto, los recursos del poeta dramático y varios los resortes que puede poner en juego para llevar a cabo su propósito, porque el hombre modificado por la sociedad es susceptible de ser considerado bajo un sinnúmero de aspectos. Si unas veces es débil y orgulloso, otras es fuerte y humilde; si algunas activo y duro, otras indolente y de blandas entrañas. Es, en fin, todo lo que su educación lo ha hecho o lo que sus pasiones e intereses quieren que sea. Presenta de consiguiente diferentes flancos por donde ser atacado, y la habilidad del poeta dramático consiste en elegir aquel que le dé mayores facilidades para engañar mejor a su auditorio. Ocasiones hay en que conviene subyugar al entendimiento y es preciso reaccionar para convencerle; en otras, por el contrario

se tiene que interesar al corazón, y hay que hablar el lenguaje de las pasiones; en otras es útil enseñorear los sentidos, en no pocas a veces hay que contemporizar con muchas debilidades, para hacer la guerra con sus propias armas. ¿Qué importa al cabo la calidad de la golosina con que se unta el borde del vaso, siempre que el doliente niño se engañe, y beba el remedio que éste contiene en el fondo?

Veamos ahora si existe algún teatro que sin ser clásico, porque no obedezca al pie de la letra las severas instrucciones de los preceptistas, alcanza sin embargo el primordial objeto que se atribuye al arte dramático, esto es, el de instruir deleitando, y si lo encontramos, bastará este hallazgo para responder victoriosamente a los que han pretendido cercenar su mérito, apellidando monstruosa bastardía a lo que sólo era ingeniosa innovación.

Tal es el blanco a que se dirigen las presentes reflexiones y si en ellas nos concretamos únicamente al antiguo repertorio español, no es porque no pudiéramos aplicarlas en gran parte y con igual fundamento al inglés y al alemán, sino porque no nos hemos creído suficientemente familiarizados con entrambas lenguas para lisonjearnos de que apreciaríamos debidamente las bellezas en que aquéllas abundan. Otras plumas más diestras que la nuestra y con menos premura lo harán sin duda algún día. Los inmortales nombres de Shakespeare y de Schiller reclaman justamente nuevos atletas que sostengan el campo, abierto ya con tanta gloria por un Hegel y por una Madame Hael.

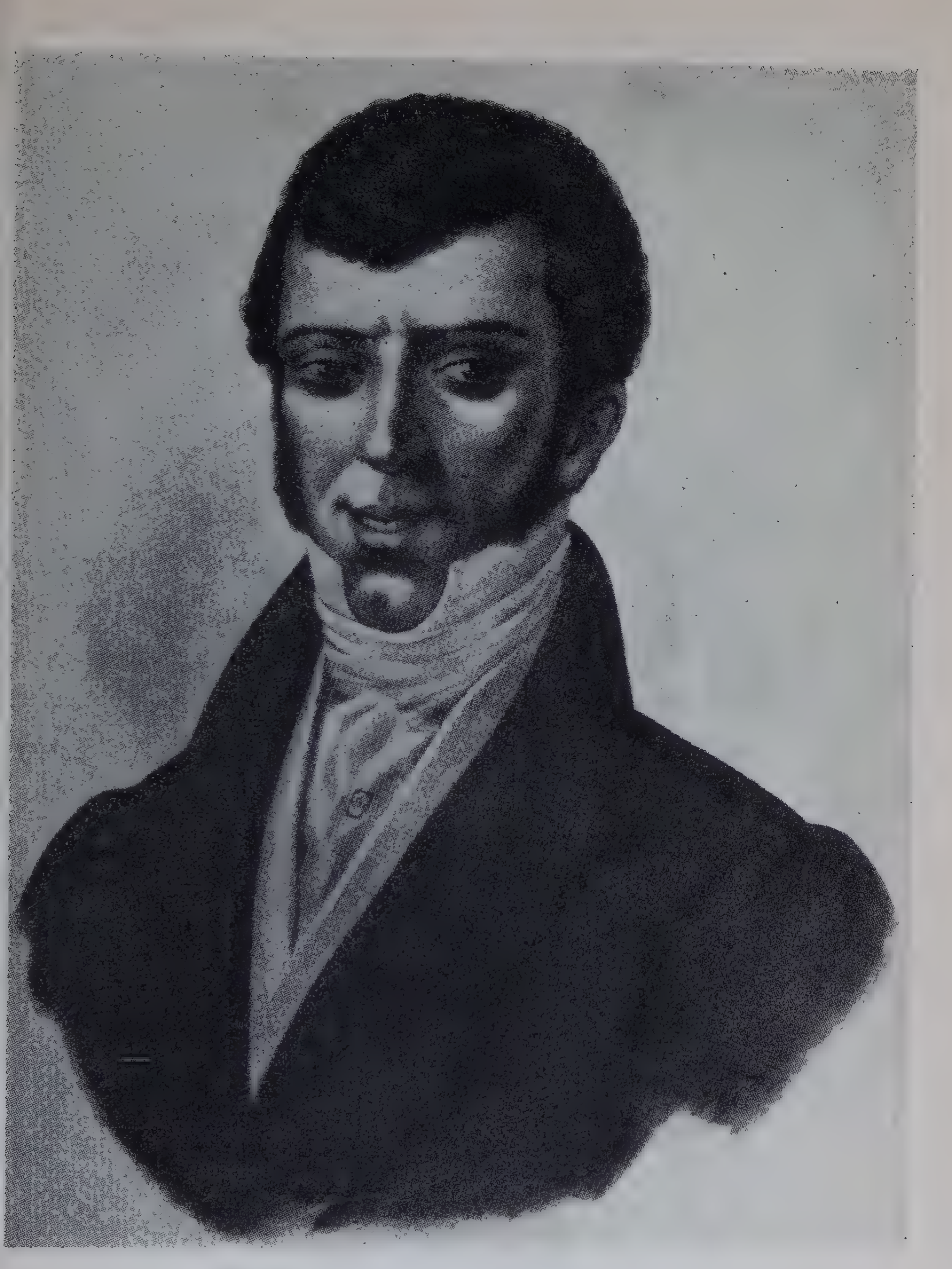
La infancia de las artes es la misma en casi todos los pueblos. Los primeros pasos son siempre torpes e inseguros porque la ignorancia desconfía mucho de sus propias fuerzas. En España los primitivos cómicos fueron lo que en otras partes: meros trovadores que acudían a las concurrencias públicas, y entretenían ahí a las muchedumbres reunidas, con el recitar de sus propias composiciones, y como nada ejerce más sobre el ánimo del vulgo que lo maravilloso e inverosímil, notamos que los argumentos de sus romances eran sacados en su totalidad de la Historia sagrada, si se exceptúa alguna que otra vez en que solían girar sobre tradiciones históricas, de aquellas más rancias, de las más comunes y de consiguente de las más desfiguradas.

No tardaron mucho nuestros cómicos en reunirse en cuadrillas, y para dar más variedad a sus recitaciones, introdu-

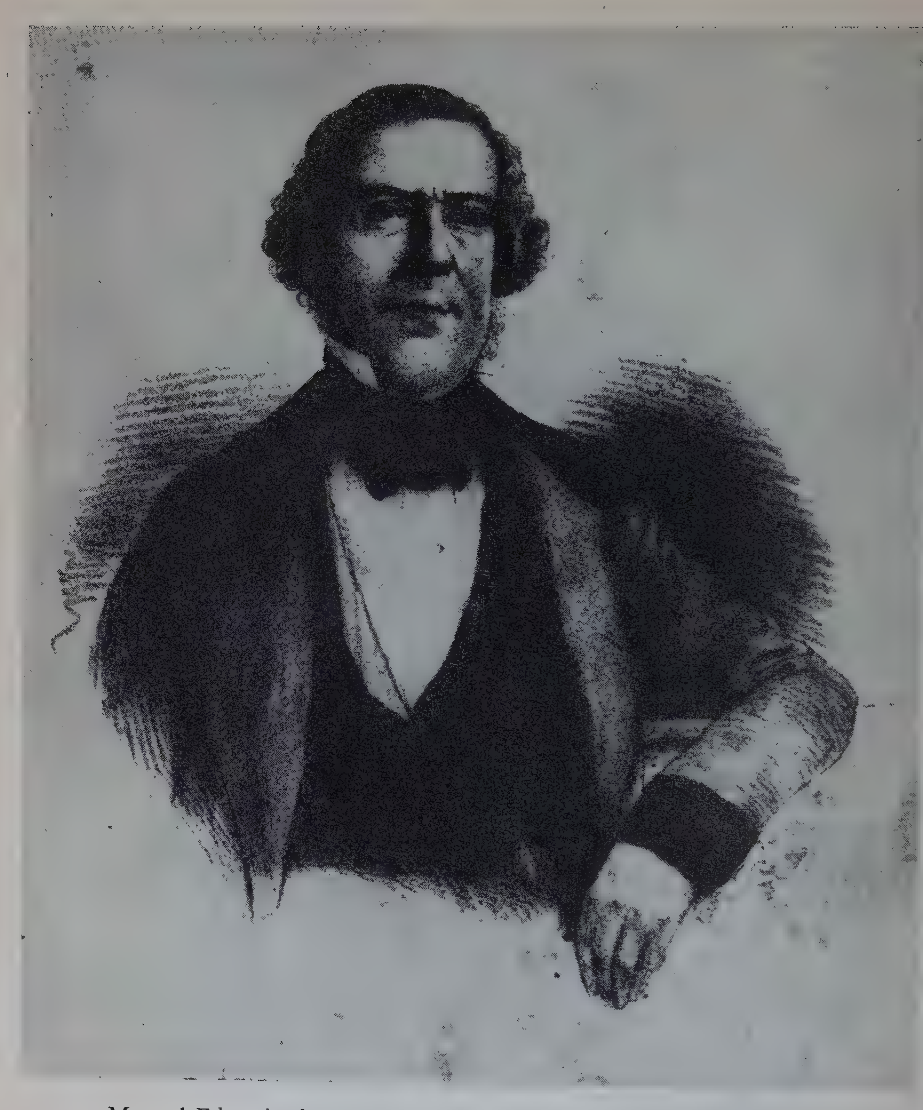
jeron la novedad de dialogarlas, ya preguntándose alternativamente y respondiéndose, ya siguiéndose en una misma "relación", y sin otra diferencia que la de tomarla unos en el mismo paraje en que los otros la dejaban. Poco a poco, sin embargo, fueron adquiriendo esas composiciones mayor extensión, y dando margen a sus autores (que eran siempre las cabezas de las compañías, como lo indica bastante el título de tales con que se honraban), para aspirar a superior número de intrigas o combinaciones. Entonces fue cuando a imitación de los antiguos poetas bucólicos, se trató de vestir la naciente Escena con el traje pastoril, y aún se conservan algunas producciones de Lope de Rueda, de Torres Naharro, y otros que pudieran muy bien calificarse como verdaderas églogas, y que a pesar del desaliño con que están escritas, no carecen de mérito en su parte descriptiva.

No debió sin duda de prevalecer por mucho tiempo esta afición a las agradables, aunque monótonas pinturas de una ficticia Arcadia, puesto que vemos a los mismos que empezaron a cultivar este género, abandonarlo pronto, para pasar en seguida a remedar los verdaderos episodios de la vida privada. Varias pudieron ser las causas de esta inconstancia en el gusto público pero lo que en mi concepto aparece como la más poderosa, es la "ninguna verdad" que los espectadores reconocerían en los hábitos de los supuestos protagonistas: Un Pastor quejándose en endechas de su esquiva zagala; otro, que maldecía la distancia que le separaba de su ausente amada; una filis quejosa; otra, inconstante; y ellos y ellas triscando siempre por las selvas, y siempre dejando pastar tranquilamente sus ganados a orillas de un manso arroyuelo en tanto que referían sus cuitas. Eran, por cierto, personajes poco propios para cautivar la atención de un auditorio hasta familiarizarlo con los borrascosos elementos de que se compone la existencia social.

Pero al paso que este auditorio quería encontrar sobre la Escena una especie de "verdad" que estuviese a su alcance, ponía también a los poetas en la dura alternativa de ser malos "dramáticos", o de tener que presentar constantemente las mismas copias de unos modelos siempre imperfectos y groseros. Respecto a que en dicha época sólo asistía al Teatro la clase más íntima de la Nación y que únicamente para ella era para la que tenían que escribir aquéllos, es de dudarse. Pero se explica que el autor se ciñera en sus primeras producciones a tan



Manuel Eduardo de Gorostiza, en Londres.



Manuel Eduardo de Gorostiza en sus últimos años, a fines de 1851.

estrecho círculo, especie de nulidad de público, y así se explicaría que todo el ingenio se emplease por espacio de muchos años en retratar y reproducir las zafias expansiones de zagalas y rufianes.

Llegaron después las piezas llamadas "entremeses", y aun cuando no tienen ciertamente ni el chiste ni la extensión que nuestros modernos "sainetes", es indudable, sin embargo, que sirvieron de normas. Están destinados a representar en iniciativa las situaciones más irregulares y a corregir las costumbres más susceptibles de corrección. Son, en fin, las que siguen, las "comedias" para el vulgo y se hallan proporcionalmente a tanta distancia de las verdaderas comedias, como lo están en su género las tragedias verdaderas o familiares de las tragedias de teatro.

Los "entremeses" eran pequeños actos, divididos tácitamente en escenas, escritos por lo común en prosa, con una intriga diminuta, hábilmente desenvuelta, con caractéres bien delineados, y con un desenlace buscado dentro de la brevedad del cuadro. La acción era una, siempre. Las fábulas no admitían, sin embargo, mucha variedad, y giraban comúnmente sobre hechos picarescos: Una vieja asquerosa, una moza desenvuelta para chasquear a un vejete enamorado, o un estudiante hambriento que perturbaba la cena en alguna venta pobretona, eran los principales protagonistas de aquellas mezquinas producciones. Su estilo, de consiguiente, tenía que pecar de chocarrero, y como la licencia de costumbres, fruto ordinario de las largas revueltas, favorecía entonces la libre expresión de cualquier liviandad, se resentía también su diálogo de este peligroso ensanche y abundaba en deshonestos equívocos. No se proponían además los poetas ningún fin moral.

Nulificación tan absoluta de decencia y decoro en semejantes engendros dramáticos unida a la individual depravación de las personas que se ocupaban de representar, y a la desnudez de la Escena, privada ésta de cuanto puede contribuir a su abono y reducir a vagar de cobertuzos en corrales, hubiera bastado para perpetuar en España la infancia del Teatro, si una dichosa revolución en las inclinaciones y pasatiempos nacionales, no hubiera venido a tiempo para evitar tamaño mal. De lo contrario, nuestro repertorio, ni merecería este nombre ni sería otra cosa que un tejido de indecedentes abusos. Y aunque en este caso no sería difícil al hombre inteligente encontrar

tal cual perla entre tanto estiércol, no por eso tampoco sus autores lograrían evitar el justo menosprecio de la edad presente.

Parecerá extraño, a primera vista, que la nobleza española haya podido desdeñar por tan largo tiempo, la concurrencia a los teatros, o que no hubiera encontrado en ellos el duplicado beneficio de divertir sus ocios y de reposarse de sus fatigas, pero si recordamos lo que fue aquella durante muchos siglos y en lo que se ocupaba, ya no nos sorprenderá tanto su indiferencia, y descubrimos, además, que por ser tan útil pasatiempo quedó abandonado a la gente de menos valer.

Sabido es que nuestros nobles estuvieron empeñados por espacio de ocho siglos en reconquistar la herencia del imprudente Rodrigo, y también lo es, que cuando se permitían de tiempo en tiempo alguna tregua contra los invasores era únicamente para lidiar entre sí y disputarse avariciosos la presa que alcanzaran valientes. Su educación, pues, tuvo que ser adecuada al género de vida que les esperaba; y hasta en sus entretenimientos se advierte cierto espíritu guerrero. Fatigar un caballo, hacer astillas una lanza, vencer a su contrario en la lucha o en la carrera, perseguir fieras por entre peligrosos matorrales, ese y no otro era el goce de los "infanzones", y con lo que se solazaban cuando tomaban aliento en sus erizadas fortalezas. Familiarizados desde su más tierna edad con el peligro, miraban con menosprecio todo aquello que no los llevara a robustecerlos. ¿Qué influencia podían entonces ejercer las tímidas Artes sobre tales ganapes? Así fue que prostituidos en los juegos feroces, nunca tendieron a suavizar sus costumbres tan ásperas.

Sólo la poesía heroica logró en su favor una honrosa excepción, y no por otra causa, sino porque sabe trasladar con. . .[5]

## II

"...HAY quien acusa, sin embargo, a todos nuestros dramáticos de haber contemporizado en demasía con las preocupaciones dominantes de su siglo y aun hay quien añade que en sus comedias se encuentran esparcidos bastantes materiales para componer un "curso" de servilismo. Fúndanse para ésto en

[5] El original de Gorostiza queda trunco al terminar la página manuscrita (nota de A. M. C.).

que, con efecto, se repite en ellas a cada paso y con una especie de estudiada afectación, una multitud de lugares comunes acerca de Pontífices y Reyes, que entonces eran proverbiales y que ahora hieren desagradablemente nuestros oídos liberalizados. Pero los que así juzgan, ni se hacen cargo de las circunstancias en que aquéllos escribían, ni han comprendido bastante el espíritu que guiaba sus plumas. Nuestros autores románticos no son serviles, sino que han desperdiciado la ocasión de generalizar ideas bien distintas de las que se les atribuye. Tenían a la verdad que "dorar la píldora", porque de otro modo hubieran expiado su atrevimiento en una hoguera, habitando el resto de sus días en un lóbrego calabozo. ¿Y qué mejor "salvo conducto" podían escoger para evitar semejantes peligros que el de unas expresiones redundantes y pomposas que nada decían en sustancia, pero que sonaban mucho y adormecían más? A su sombra se permitían decir verdades muy duras, y los necios inquisidores satisfechos con las "palabras", dejaban pasar las "cosas". Pocas sátiras más sangrientas pueden escribirse contra el negro tribunal, que la "Comedia del Falso Nuncio de Portugal", en donde se ataca nada menos que la legitimidad de su origen y en donde se pintan, como otros tantos truhanes, a los pirmeros que lo introdujeron en aquel reino.

En la "Comedia del Diablo Predicador" se hablaba tanto de la holgazanería e inutilidad de los frailes, que éstos al cabo hicieron que se prohibiera su representación, porque los argumentos del Diablo eran tan concluyentes que el público le daba siempre la razón.

También se lee con sumo gusto la descripción de un refectorio en la "Comedia del Príncipe perseguido", y es difícil que nadie ridiculice con más gracia la glotonería característica de los "siervos de Dios", como su autor.

En fin, puede asegurarse que siempre que en nuestras "piezas" se alude directa o indirectamente a estos gusanos roedores de nuestra prosperidad, se hace siempre de modo que quedan colocados al cabo en su verdadero puesto. Lo mismo diremos respecto a los abusos políticos de cualquier género que aparezca. En "El Primer Asistente en Sevilla", un juez legó residencia a un Rey "homicida", y hace ejecutar en su efigie el castigo a que se ha hecho acreedor a su persona. En "Sancho Ortiz", otros dos jueces virtuosos resisten todo el poderío de su monarca y fallan conforme les dicta su conciencia, aun cuando saben de positivo que en ello arriesgan sus empleos y vidas.

resto de sus dias en un lobrego calabozo. ¿Y que mejor sal-
vo conducto podian escoger p.ª [illegible] evitar semejantes pe-
ligros que el de unas expresiones redundantes [illegible] y
pomposas que nada decian [illegible] en sustancia, pe-
que sonaban mucho y adormecian mas? á su sombra
se permitian decir verdades mui duras, y los necios Inqui-
sidores satisfechos con las palabras, dejaban pasar
las cosas. Pocas satiras mas sangrientas pueden escribirse
contra el negro Tribunal, que la Comedia del Falso nuncio
de Portugal, en donde se ataca nada menos que la
legitimidad de su origen, y en donde se pintan como o-
tros tantos truanes á los primeros que lo introdujeron
en aquel Reino. En la del Diablo Predicador se hablaba
tanto de la holgazaneria é inutilidad de los fráiles, que
estos al cabo hicieron que se prohibiera su representa-
cion, por que los argumentos del Diablo [illegible]
que el Publico le daba siempre la razon. Tambien
se lee con sumo gusto la descripcion de un refectorio
que en la Comedia del Principe Perseguido, y es dificil
que nadie ridiculize con mas gracia la glotoneria

Manuscritos sobre Literatura Española.

característica de los *siervos de Dios*, como lo hace su Autor. En fin puede asegurarse que siempre que en nuestras *piezas* se alude directa o indirectamente á estos gusanos roedores de nuestra prosperidad, se hace siempre de modo que quedan colocados al cabo en su verdadero puesto. Lo mismo diremos respecto á los abusos políticos de cualquier genero que aparezcan. En *el primer asistente de Sevilla* un juez, digo, sentencia á un Rei *homicida* y hace ejecutar en su *efigie* el castigo á que se ha hecho acreedora su *persona*; en *Sancho Ortiz* otros dos jueces virtuosos resisten todo el poderio de su Monarca y fallan conforme les dicta su conciencia aun cuando saben de positivo que en ello arriesgan sus empleos y vidas: en el *mejor Alcalde el Rey* se administra pronta justicia contra un *Grande* poderoso, y se manifiesta en esto cuales son los unicos atributos de una cabeza coronada. &c. &c.

Leanse pues con algun esmero y facilmente se convencerá cualquiera que de su esencial [illegible]

En "El Mejor Alcalde, el Rey" se administra pronta justicia contra un grande poderoso, y se manifiesta con esto cuáles son los únicos atributos de una cabeza coronada. . .

Léanse, pues, con algún esmero y fácilmente se convencerá cualquiera de su esencial liberalidad y aun se admirará de que sus autores, a pesar de lo hábilmente que se disfrazan, se hayan atrevido no obstante a expresarse como se expresan, en tiempos en que cada "verdad útil" se pagaba con un "San Benito".

En otros artículos (si éste logra la aprobación de nuestros lectores) desmenuzaremos algún día las "obras maestras" de nuestro Repertorio, y descubriremos, por su análisis. . .[6]

## UN ESTUDIO INEDITO SOBRE PROSADORES CLASICOS

*(Texto, trunco, probablemente)*

"Sobre Prosadores".—Anotaciones.—La lengua española es una degeneración del latín, según opinión de Sículo, de Mariana, de Alderete, etc., etc. Las mejores obras que sobre ellas se han escrito son el "Origen y Progreso de la Lengua Castellana", por Alderete, y el "Tesoro de la Lengua", de Covarrubias.

La opinión de Pellicer, en su "Primitiva Población y Lengua de España", es que ésta era una de las 72 de Babel. La Biblia, única crónica de estos tiempos, nada dice del idioma que se hablaba en España cuando vinieron sus primeros pobladores. Roma extendió su propia lengua con su dominación. *(Algunas líneas ilegibles entre las que se destaca la palabra "septentrionales").* Los bárbaros no pudieron renunciar de repente a su dialecto. Resintióse, pues, la lengua y padeció notablemente, pero su fondo quedó latino.

En la estructura de las voces se advierten voces cuyas raíces son céltico-fenicias y sus terminaciones latinas; otras son raíces latinas con terminaciones gótico-arábigas, etc.

El momento más antiguo del "romance" es la versión del "Fuero Juzgo" impresa por Villa Diego en *(en claro en el original),* según Pellicer, en el siglo VII, y cuando en Concilio IV

6 Nuevamente queda trunco el manuscrito, borrador seguramente de un artículo destinado a un periódico —diario o semanario—, de acuerdo con el comentario del propio Gorostiza en la penúltima línea: "si este —artículo— logra la aprobación de nuestros lectores" (Nota de A. M. C.).

de Toledo; especie inadmisible, pues contiene leyes hasta de Egica. Lo más probable es que sea durante Fernando el 3ro. como parece indicarlo el erudito Padre Burriel, en su carta a don Juan de Amaya, de 3 de septiembre de 1791, "el cual, luego que ganó a Córdoba en el privilegio del "Fuero Breve" que dio a aquella ciudad, de que yo tengo copia, mandó traducir del latín al castellano este mismo "Fuero Juzgo", titulándole "Fuero para Córdoba"; si hubiera estado traducido, se hubiera evitado el nuevo trabajo, etcétera.

En el siglo once, las hazañas del Cid, debieron exaltar y producir canciones perdidas para la posteridad, porque perpetuaron la memoria romántica de aquel héroe.

No es por lo tanto improbable que el Poema del Cid sea como quiere don Tomás Antonio Sánchez, del siglo doce. No es un poema épico, y sí una narración histórica, a veces bastante animada de las tradiciones; su estilo es rudo, sin invención, sin fantasía. Sus versos tienen medida conocida y algunas veces quedan reducidos a mala prosa, cuando pierden la rima... Autor ignorado...

En el siglo trece, Berceo y el "Alejandro", de Juan Lorenzo. —La lengua iba perdiendo su dureza, y el verso sujetándose a cierta medida. En el mismo poema de Alejandro hay dos cartas en prosa que tienen bastante mérito para su siglo: propiedad, imágenes felices...

"Partidas del Sabio Rey don Alfonso".—Tuvo que transigir con su siglo y sustituyó algunas leyes de su Fuero Juzgo que anunciaban miras profundas y sabias reformas, con capítulos de Decreto de Graciano. Mas ellas no sólo son un monumento venerable en la historia de la legislación sino también en el de la lengua.

"En este precioso Código, dice Campany, debemos buscar el tesoro del primitivo romance español cuando se había formado ya la índole característica del idioma, y el estilo que iba adquiriendo ciertas formas y aire más suelto y corriente. A pesar de la antigüedad de esta obra; y de la tosquedad en que debe suponerse el lenguaje vulgar en aquella época, reluce en ella cierto género de facilidad en el estilo, de cultura en la dicción y de majestad en los pensamientos que en aquel siglo ninguna lengua viva de Europa había llegado a alcanzar, y tardó aún mucho la Italia en igualarla". *(Todo este párrafo está entrecomillado en el original de Gorostiza).*

Todavía tardó en escribirse el Decamerón cerca de un siglo.

Se atribuyen además a don Alfonso el Sabio: las "Tablas alfonsinas", el libro de las "Armellas", o sea, el tratado sobre la esfera; una paráfrasis de la historia bíblica, una "Crónica General de España", la "Conquista de Ultramar", sacada en parte de la que escribió en el siglo doce, Guillermo de Tiro, una versión castellana del "Cuadripartito", de Plotomeo, el "Septenario", y otras varias de las que algunas no se conocen impresas. Se le conoce como poeta por las Cántigas, las Querellas y el Libro del Tesoro.

El turbulento don Juan Manuel enmendó los extravíos de sus primeros años, con servicios y acciones en su edad madura. Es el ingenio sobresaliente del siglo catorce. El que sacó más partido de la lengua y contribuyó más a enriquecerla y hermosearla. El "Conde Lucanor" es la única de sus obras que ha visto la luz pública, gracias a Argote de Molina que la hizo imprimir; es una especie de obra moral en forma de diálogo, con máximas mitológicas y política que al paso que demuestra el profundo conocimiento del corazón humano que tenía su autor, descubre su familiaridad de los negocios. Estilo sobrio, gracejo y variedad de cuentos con que instruye Petronio al Conde su discípulo... Escribió, dicen, otras muchas obras, una "Crónica de España", el "Libro de los Sabios", el del Escudero, el del Infante, etcétera.

Pertenece a este siglo el poeta Arcipreste de Hita, que contribuyó a despertar el ingenio, y a depurar el desaliño y pureza del lenguaje.

Los borrascosos tiempos de Alfonso XI, don Pedro y don Enrique el Segundo, aquella mezcla de exaltación caballeresca y religiosa, el roce y guerras con los moros, etc., necesitaban una lengua que pudiera expresar tales sentimientos elevados, y de ahí el repentino pulimento que se nota en la castellana en este período.

A las mismas causas se deben los Libros de Caballería, y el primero de ellos "Amadis de Gaula", salvado por Cervantes de las llamas, aunque dogmatizador, etc., etc.

También los romances, etcétera, etcétera.

También los romances.—"El Cid"... Hacia fines de este mismo siglo catorce floreció Pedro López de Ayala, autor de las "Crónicas de don Pedro, el Justo", "Don Enrique segundo", "Don Juan el primero" y "Don Enrique el tercero", y de la primera traducción de Tito Livio. Su estilo aunque algo duro

y desaliñado, patentiza empero que la lengua iba siendo más dócil y armoniosa.

"Siglo XV".—La protección que dispensó don Juan el Segundo a la poesía, la hizo familiar en su Corte, y en este período poético se alzó ya la lengua a la mayor altura. Preparó el siglo elocuente de los Avilas, de los Granados, de los Mendozas, etcétera. La poesía se pierde en la infancia de las naciones. Se la debe todo, después de los primeros gritos de la pasión o de la necesidad, etcétera.

Produjo, sin embargo, este siglo esencialmente poético, algunos prosadores de mucho mérito, tales como Fernán Gómez, de Ciudad Real, Alfonso de la Torre, Fernán Pérez de Guzmán, Fernando del Pulgar y Morén Diego de Valera.

Fernán o Hernán Gómez, de Ciudad Real, fué médico de Juan segundo, muy favorecido de éste, y considerado por sus palaciegos, según se colige de la familiaridad con que los describe, y lo corriente que estaba de todas las intrigas cortesanas. No se tiene de él sino su "Epistolario", o sea su correspondencia íntima con algunos señores de aquella época. Es una especie de crónica, porque testigo ocular de los hechos y actor principal en muchos de ellos, los refiere sencillamente o alude a cada paso a las circunstancias del momento. Acompañó al Rey en casi todos sus viajes. Su estilo es ingenioso, claro, puro y suelto, pero poco armonioso. Usaba con bastante felicidad del arma del ridículo.

"El Bachiller Alfonso de la Torre" tuvo el encargo de escribir una obra que sirviese para la instrucción del heredero de la Corona de Navarra, y con ese fin escribió su "Visión Deleitable", donde bajo el velo de la alegoría, desenvolvió los principios más luminosos de moral y de la política. "Florido sin afeminación, dice Capmani, conciso sin obscuridad y aliñado sin languidez, puede ser citado como uno de los monumentos de la culta prosa castellana del siglo XV.

Fernán Pérez de Guzmán, sirvió a su patria con su espada en la famosa batalla de la Higuera, tan fatal para los moros de Granada, y la ilustró en seguida con su pluma. Escribió la "Crónica de don Juan el segundo", y su célebre libro de "Generaciones y Semplanzas". Es el Labruyere de España, con la diferencia de que éste escribió dos siglos y medio después, y de que sus retratos pudieron tener toda la libertad que les proporcionaba el ser ideales. Los de Fernán Pérez de Guzmán son de una verdad asombrosa. Con su estilo claro y enérgico, trazaba en

pocas líneas los rasgos capitales de cada fisonomía, y sombreaba luego su cuadro con observaciones profundas y máximas admirables.

Fernando del Pulgar en sus "Claros Varones", es el Plutarco de España, y ninguna nación puede en el siglo XV, ni mucho menos después, oponerle rival, y si no tiene le basta erudición de aquél, ni su vehemencia, le aventaja quizá en elegancia y corrección. Su pluma es suave, su estilo conciso, elevado y noblemente sencillo, cualidad que según observa uno de nuestros mejores críticos modernos, hacía falta a los escritores del siglo inmediato... (Carlos V). Escribió igualmente una colección de Cartas, modelo de estilo epistolar, particularmente ligero, cuando trata los asuntos más familiares, y es cuando se eleva a la altura de Cicerón y Plinio. También escribió la "Historia de los Reyes Católicos", misma que tradujo Nebrija en latín y publicó por suya; una "Crónica de don Enrique el Cuarto", y una "Historia de los Reyes Moros de Granada". También una glosa de las coplas de Mingo Revulgo.

"Diego de Valera".—Cronista también de los Reyes Católicos, no sería conocido en la historia de la literatura española a pesar de su "Crónica abreviada de España" dedicada a la Reina doña Isabel, y de su "Tratado de Providencia contra fortuna", dirigido al Marqués de Villena, sin las dos "exposiciones" valentísimas al Rey don Juan el Segundo, sosteniendo los mismos principios pacíficos que había antes sostenido en las Cortes de Tordecillas.

"Siglo XVI".—Siglo fecundo en sucesos asombrosos para España y algunos que influyeron en los destinos del mundo. Mientras que en el exterior nuestro poder se extendía fuera de todo límite, el de nuestra libertad política, el de nuestras ideas, se circunscribía a los términos más preciosos. Este siglo fué el de oro de nuestra literatura, gracias al impulso ya dado en el anterior, y a los prestigios de la victoria, de las riquezas, de la superioridad, que obraban sobre las imaginaciones de los contemporáneos; pero también ahí se deben buscar los gérmenes de la decadencia. Etcétera, etcétera.

"Luis Vives".—(Uno de los del Triunvirato), Nebrija, Cano... latinistas... etcétera.

El célebre Juan López Palacios nos dejó en su "Tratado

del Esfuerzo Bélico-Heroico", un modelo de corrección, claridad y noble sencillez.

El maestro Fernán Pérez de Oliva, autor del "Diálogo de la Digniddad del Hombre", nos presenta la obra más superior que hasta entonces había producido la lengua, por su corrección, elegancia y majestad. Ambrosio de Morales, su sobrino, dice de ella que ninguno la leía sin admirarse. Oliva decía que su lengua "parium ante nihie a sermone latino dissentit", fué el primero que quiso introducir la Tragedia en castellano, para la cual tradujo la "Venganza" de Agamenón, la "Hécuba triste", de Eurípides y el "Anfitrión", de Moliére *(sic)*.

El alavés don Antonio de Guevara, Obispo de Mondoñedo, Relox de los Príncipes, Menosprecio de la Corte y Alabanza de la Aldea, estilo fácil y florido pero nebuloso en demasía, fruto de su inagotable imaginación.

Según Matamoros, este defecto le priva de ser uno de los más elocuentes escritores. Compuso, también, "El Aviso de los Privados", un estudio sobre los Césares desde Trajano hasta Alejandro Severo, y es autor de una colección de "Cartas" familiares con otras varias obras de menor cuantía.

"Luis Mejía".—"Apólogo de la Ociosidad y del Trabajo". Por el estilo de la "visión deleitable", lenguaje puro, correcto y elegante; pero fáltale el arte del diálogo, dice uno de nuestros críticos. Dificultades de este género, etcétera.

Las tres cartas a Guevara del Br. Pedro de la Rúa, profesor de avilidades en Avila y después en Soria, su patria, son clásicas por el modo con que en ellas está manejada la lengua, corrección, gracia, elegancia y arte.

El maestro Alfonso de Venegas: "Diferencia de los libros que hay en el Universo" y "Agonía del Tránsito de la Muerte". No merecen los desmedidos elogios que le hace N. Antonio. Arido y duro en su estilo. Alguna vez su lenguaje castizo y llano.

Discípulo de éste fue don Francisco Cervantes y Salazar, continuador del "Diálogo de la Dignidad del Hombre", del maestro Pérez de Oliva. Ni tan correcto, ni tan preciso (Campagnini) ni tan majestuoso ni tan armonioso; pero rico en pensamiento y de mucho mérito en lo esencial. Etcétera.

El Dr. Villalobos, médico de Carlos V y Fernando II. "Problemas y diálogos sobre medicina y familiares; manejó bien la lengua y escribió con gracia y sencillez. (OJO, *en el original*).

Don Luis de Avila y Zúñiga, embajador del César para activar el Concilio de Trento, acompañándole en 46 números y 47 a las dos campañas contra los ligados de escamalda y testigo de los sucesos escribió los "Comentarios de la Guerra del Emperador Carlos V, contra los Protestantes de Alemania", obra muy celebrada entonces por lo picante de las circunstancias, como lo prueba la multitud de impresiones y traducciones que se hicieron de ella, y apreciada hoy por las calidades de su estilo. Etcétera. Carlos V, en su paralelo con Alejandro, sólo le legaba la ventaja del historiador. Capmani lo compara a César más bien que a *(ilegible)*, ameno y florido por su consición y rapidez.

"Pedro Mejía".—"Silva de varia lección", y su "Historia de los Césares", son sus mejores obras. Escribió además "Coloquios o diálogos", una imitación de Luciano, la "Paranesis" de Isócrates, y dejó sin concluir una historia de Carlos V, que llega hasta el momento de emprender éste su viaje a Bolonia. Objeto de desmedidos elogios entre los antiguos reducido a sus justos límites por Capmani. En sus trozos escogidos no deja de ser elegante, contra la aseveración de Capmani; pero tiene la mayor parte de los defectos que éste le imputa.

La "Crónica General de España", de Florián de Ocampo. Dice de ella Capmani: "Campea en ella tal majestad y armonía en la oración, tal grandeza en las imágenes, y tal fuerza y gravedad sonora en las palabras, que casi se puede asegurar que en estas calidades excedió a todos sus contemporáneos". Carece, como todos, de filosofía. El "Dictionaire Histórique" le concede sólo el interés histórico.

El venerable Juan de Avila, llamado el Apóstol de Andalucía, último y más sobresaliente escritor del reinado de Carlos V. (OJO, *en el original*). Dulzura, sensibilidad, unción. Sus mejores producciones son el "Tratado sobre las palabras del Salmo 44", "Aude Filia", y las "Cartas espirituales".

"Del reinado del sombrío Felipe". De nueve escritores principales, siete son ascéticos. Tal era la exaltación religiosa. Etcétera. El temor del escribir sobre objetos de utilidad, la dirección que se dió al gusto.

"Don Diego Hurtado de Mendoza, fenómeno de su siglo". Latín, árabe, griego, ciencias morales, política, erudición vastísima en la política y en la geografía. Protector de las Ciencias,

Mecenas, primer diplomático, gran poeta y el primero de sus historiadores. Etcétera. La existencia de este hombre prodigioso forma época en la historia de la lengua española. Además de su "Oración al Concilio de Trento", de su "Paráfrasis a Aristóteles", de su traducción de la Mecánica del mismo, de sus "Comentarios Políticos", de su descripción de la "Conquista de Túnez", de la "Batalla Naval" y de sus obras poéticas, compuso en su juventud el "Lazarillo de Tormes" (aunque atribuído por alguien al fraile jerónimo Juan Ortega. Vide N. Ant.), y en su avanzada edad la "Historia de la Guerra contra los moriscos de Granada". Retratos ambos del período en que se escribieron, la primera rebosa en travesura y gracejo, en la segunda todo es juicio, y la imaginación ejerce su imperio limitado. Rápido, conciso y enérgico, Tucídides y Salustio fueron sin duda sus modelos. Llamósele con razón el Salustio español, y como aquel degenera algunas veces en oscuro y desaliñado. Arrastrado por la razón de la causa que asistía a los moriscos para su alzamiento, las razones de éstos son más fuertes que las que lo sujetaban. Etcétera. Imparcial, filosófico hasta donde se lo permitía su religiosidad y su siglo. Etcétera. (OJO, *en el original*).

"Fray Luis de Granada".—Apogeo de la lengua. Resultado de cuatro siglos de ímprobos trabajos. Elegancia, grandiosidad y armonía. El número de sus obras en latín y castellano es inmenso. Sobresalen su "Guía de Pecadores", sus "Meditaciones", su "Introducción al Símbolo de la Fe", y varios de sus sermones. El juicio crítico de Capmani: es maestro. Lo compara con todo con Bofunet (Sic). Mejor con Masillón (Sic). "Nadie como él, se ha dicho de este último, ha sabido herir la cuerda de la sensibilidad y llenar el alma de aquella emoción viva y saludable que hace amar la virtud; sus ideas son brillantes, sus expresiones escogidas y armoniosas, sus imágenes vivas y naturales, su estilo claro, llano y numeroso". Tal era, en efecto, Granada. En sus defectos degenera en redundante y difuso. Bofunet era duro. El temple de alma de Fray Luis, era suave. Atacado por un Bofunet se hubiera defendido como un Fenelón. Etcétera.

"Santa Teresa".—La Safo espiritual. Estela y Trino. Romántica (OJO, *en el original*). Escribió: "Las Moradas", el "Camino de la perfección", los "Conceptos del amor de Dios" y "Cartas Familiares". Modelo. Etcétera.

Hablando de Santa Teresa es precioso hablar de San Juan de la Cruz. Almas vaciadas en un mismo molde. Poeta en prosa. No tanta imaginación y entusiasmo como aquélla. Pero sí cabe, mayor suavidad y dulzura. Alguna vez se eleva sin embargo, a la cuerda de los grandes maestros, etc. Escribió la "Subida del Monte Carmelo", "Noche oscura del Alma", "Canto Espiritual", "Llama de Amor Viva". Varias cartas, etcétera.

El ascético fray Diego de Estella es un modelo de claridad y precisión, y lo sería si para inculcar un pensamiento no hubiera agotado su tinta, y para contrastar los períodos no se derramara a veces en lugares comunes, según el crítico Munarres quien dice también que se puede tomar por dinero contante sus elogios, y rebajar algo su censura. Estella escribió entre otras obras "La Vanidad del Mundo" y "Meditaciones del Amor de Dios".

"Fray Luis de León".—Influencias benignas del suelo de Granada. Esta ciudad no divide con nadie la palma de la elocuencia y disputa con otras las de la poesía. Capmani escribió con mucho acierto el juicio crítico y el paralelo entre Fray Luis de León y Fray Luis de Granada. (OJO, *en el original*). Escribió los "Nombres de Cristo", su "Perfecta Casada" y su "Exposición del Libro de Job". Es muy sensible la pérdida del "Perfecto Predicador", que se sabe escribió.

"El P. Malón de Chaide".—"Magdalena Pecadora Penitente y Santificada". Florido, brillante, grande en imágenes, demasía de ingenio, pródigo y difuso, a lo que debe los vicios de su estilo. En sus trozos, escogidos, pocos pueden sobrepujarle. En su descripción de la celestial Jerusalén, se nota su comercio con Horacio. Olvida empero a menudo el "professus grandia turget".

Fray Fernando Zárate en sus "Discursos", rico de noticias, falto de imaginación, docto pero árido tropieza a menudo con el "serpithumi", etcétera.

"Antonio Pérez".—(Tan fatal a Lanuza), lo mejor que escribió fueron sus "Cartas". Publicó otras obras con nombre suyo o ajeno. En ellas su indómito carácter. Decidido a sacudir "todo" yugo, se creó un estilo fuerte, enérgico, conciso y lleno de imágenes, más para admirarlo en él que para imitarlo.

"Felipe III".—Sigüenza, Mariana, Argensola, y, sobre todo, ¡Cervantes!

F. José de Sigüenza, monje gerónimo, escribió la vida de

su fundador, y la "Historia de su orden". ¡Qué lástima que no hubiera empleado su feliz pluma en cosa más útil! La historia de España o de algún período de ella, por ejemplo. Podría entonces jactarse la nación de un Tácito. Según Capmani imita perfectamente a Tácito en las "introducciones" o "centurias", a Tito Livio en las "relaciones", a Plinio en las "descripciones" y a Salustio en sus "pinturas" y "retratos". ¡Pero no escribió sino la Historia de la orden de San Gerónimo!

*No me he atrevido, lector, a hacer ningún comentario al manuscrito de Manuel Eduardo de Gorostiza. Por respeto, y porque no lo precisa; sin decir nada, —cuando no dice nada— él se lo dice todo. En seguida, y dentro de una llave, encierra a cuatro prosadores, con esta aclaración o nota:* "autores recomendables de este Reynado, por la pureza de su lenguaje". Estos autores son, según él:

"Don Antonio Fuen Mayor.—"Vida de Pío 5to."

"Fray Juan Márquez.—"La espiritual Jerusalén" y el "Gobernador Cristiano".

"Fray Diego de Yepes.—"Vida de Santa Teresa".

"P. F. Martín de Roa.—Vida de doña Sancha Carrillo" (ya algo gongorina).

## III

"El P. Mariana, célebre por su tratado de "Rege, condenado a las llamas por el Prefecto de París, y por su "Historia de España" (OJO, *en el original*). "Vide Holiand", sobre aquél. Vastísima erudición, infinidad de obras, la mayor parte latinas. Pureza del lenguaje. No siempre filósofo. (OJO). Juicio crítico de Capmani.

"Bartolomé Leonardo de Argensola.—"Historia de las Molucas" particularmente. Pureza de lenguaje. Propiedad de palabras. Animadas descripciones y méritos en la narración. La imaginación le extraviaba mucho. Dice de Argensola que ni hacía versos que no parecieran prosa ni prosa que no tuviese visos de Poesía!!!

"Solórzano.—Tragedias de amor. A fuerza de querer pintar las cosas como no pueden ser, es él gigantesco y acicalado.

"Mateo Alemán.—"Guzmán de Alfarache". Pinta las cosas peor de lo que son, y degenera en bajo y chocarrero. Merece algún aprecio por la naturalidad y gracias de su estilo, superior a la "Pícara Fortuna" de su imitador López de Ubeda. Maltratado con razón por Cervantes.

"CERVANTES!!!!! *(Así, con mayúsculas todo el nombre y con esas cinco admiraciones en el original de Gorostiza)*. Como autor del "Quijote". Sus demás obras. Novelas. "Persiles"! "Galatea"!

"Felipe IV".—Necesaria decadencia. Al siglo de oro de las naciones, sigue el de los preceptistas. Las controversias literarias matan la imaginación. No fué por tanto, culpa de Felipe y sí consecuencia forzosa de los sucesos. Etcétera.

"Don Francisco Moncada.—"Expedición de Catalanes y Aragoneses contra Turcos y Griegos". Sus calidades pertenecen al siglo antecedente. Sus defectos no son los que aquel en que vivía".

*El manuscrito de Gorostiza queda inconcluso en este punto.*

La multitud literaria (como cualquiera otra especie de vulgo), podrá quizá respetar alguna vez las concepciones de un mérito sólido y modesto, pero como nunca se le acerca lo bastante para apreciar lo que de lejos no percibe, ni tampoco encuentra en lo que alcanza el grado de entretenimiento que busca en cuanto se le presenta a su avaloro, sucede que el culto que le tributan entonces, es puramente convencional y que son raras las ocasiones en que lo acompañan con su deferente imitación.

Llarzo demuestra esta verdad, la indiferencia (cuando no fué desdén), con que siempre recibió las obras maestras y aun aquellas mismas que después ha mirado como otros tantos títulos de gloria, así que el tiempo las autorizó con su sello, que una crítica imparcial descubrió sus quilates y que los aplausos continuados de los inteligentes proclamaron su bondad. El "Quijote" mismo, a pesar de que tenía un asunto ostensible que halagaba la manía dominante de aquellos caballerescos días y de que su inimitable autor tuvo buen cuidado de interesar la popularidad de sus lectores, intercalando en su obra una porción de alusiones a hechos vulgares y recientes que en realidad lo

constituían de circunstancias (1), no pudo, sin embargo, eludir la ordinaria acogida, y fue preciso que una ingeniosa superchería despertase la curiosidad pública acerca de su contenido. Semejante suerte cupo a Homero, a Milton, a Camoens, etcétera.

*(Ya habrá comprendido el lector que estoy trasladando a esta crónica otra, original inédito, de don Manuel Eduardo de Gorostiza, que habrá, sin embargo, aparecido en algún periódico de Londres, cuando nuestro hombre hacía de refugiado, víctima de las persecuciones políticas de Fernando VII. No es paradójico el supuesto de su carácter inédito, no obstante que pudo haber sido publicado en Inglaterra, porque jamás se conoció en español, en España o en América).*

Pero del propio modo que hay personajes cuyos ojos resisten sin ofensa los ardientes rayos del sol en su apogeo, y a quienes con todo deslumbra el fugaz resplandor de un relámpago nocturno, así también aquellos a quienes ni atrae ni mueve lo bello en materias de literatura, suelen a veces dejarse arrastrar por un rasgo sumamente atrevido, por una amenidad superficial o por una fecundidad poco común. Necesitan que se hiera su imaginación de un modo inesperado y con una especie de alevosía, si es que se le quiere sacar de su habitual entendimiento. Son como esos parásitos a quienes sólo puede sanar el estremecimiento galvánico.

Bajo este aspecto ningún ingenio de cuantos han escrito en castellano, o quizá ninguno de cuantos se han señalado en las demás lenguas europeas, debió ejercer mayor influjo sobre el gusto de sus contemporáneos que el singular Lope de Vega; si en efecto lo ejerció como él. ¿Quién tampoco reunió para ello las cualidades seductoras que concurrían en favor suyo? Fuego, osadía, facilidad inaudita, confianza en sí mismo, menosprecio de la censura ajena. He aquí cuando menos con lo que podía contar para enseñorearse de su siglo, aun cuando no hubiera recibido otros dones de la naturaleza. ¿Y cómo resistirle cuando estaba demás dotado de inventiva, de estro, de vasta aunque poco aprovechada lectura, de verdadera sensibilidad? Imposible. Y por eso su triunfo tan completo y decisivo.

Lo fue tanto, que si creemos a los escritores de su tiempo y

---

*Notas de Gorostiza.*—(1) La expulsión de los moriscos, la Cabeza Encantada, la Cuadrilla de Ladrones de Roque Vidart, cuya prisión y proceso tuvieron lugar un año antes que se publicase la segunda parte del Quijote, etc., etc.

en particular a su amigo y colaborador Montalbán, veremos que no podía salir a la calle sin que la muchedumbre le siguiese vitoreándolo, que era objeto de curiosidad para los extranjeros que llegaban a Madrid, que otros emprendían largas jornadas sólo por conocerle, que los pontífices le escribían y que los reyes hacían parar alguna vez su coche para contemplarle con más despacio, cuando el acaso lo presentaba en su camino. También hallamos confirmada su popularidad en cada línea de las que se imprimieron entonces, porque notaremos que hasta la gente de su oficio (exceptuando Góngora y sus secuaces) hacía alarde de una ciega idolatría y la manifestaban con tal exceso, que ya rayaba en baja adulación, sin que el juicioso Cervantes esté a veces libre de pagar su feudo a la deidad del momento (2). Muchos tomos se pudieran componer únicamente con las producciones que otros poetas escribieran en alabanza suya; todavía nos quedan un grueso volumen de epitafios que se publicó recién muerto Lope, y en donde no hubo apenas quien no se creyera obligado a llorar en verso la pérdida irreparable que acaba de padecer el parnaso español.

Mas en nada se conoce tanto lo que arrastró ese hombre extraordinario con su ejemplo y la universal admiración con que se recibía cuanto salía de su fecundísima pluma como en la rapidez con que nacionales y extranjeros se apropiaron una gran parte de sus composiciones y sobre todo aquellas que escribió para la escena.

Apenas se estrenaba una comedia suya, cuando no sólo se representaba en todos los coliseos de la Península, sino que luego le sucedía otro tanto en cuantas partes se hablaba entonces la lengua castellana, que no eran pocas, y aun si son ciertos los datos de Pellicer, hubo ocasión tal vez en que algunas de ellas llegasen a Constantinopla y atravesasen las paredes del Serrallo.

(2) Sin embargo, existe un soneto de Cervantes, de pies quebrados, en el que ridiculiza uno que escribió Lope en cuatro lenguas, y cuyo objeto es aconsejar no acabe la "Jerusalén" que tenía empezada.

# MORENO, RIVADAVIA Y LOS EPÍGONOS

Por *Ezequiel MARTÍNEZ ESTRADA*

No solamente es Moreno el único teórico revolucionario del movimiento emancipador de 1810, sino el mejor conocedor en su época del estado histórico, social y económico del país. El otro hombre de esa clase de conocimientos era Belgrano. Si pudiéramos agregar a Rivadavia para integrar el triunvirato, podríamos rodearlos de Paso, Vieytes, Castelli y alguno más.

No fue Moreno un utopista sino un realista a ultranza, que a sus conocimientos empíricos de los factores de formación y desarrollo de la Colonia y del país, también en lo cultural, unía una versación completa sobre los movimientos revolucionarios por la libertad en Inglaterra, Estados Unidos y Francia. Debo advertir aquí que se ha de diferenciar a estos hombres de otros expositores o divulgadores de la doctrina revolucionaria, republicanos sin conciencia clara de lo que es la "cosa pública" manejada por el pueblo y que, naturalmente, han sido más dañinos al país y a sus instituciones democráticas que los adversarios descubiertos, como Rosas.

Además de Moreno y Belgrano, Rivadavia es sin duda el otro hombre capaz de ponerse inmediatamente al tono de su magisterio por propia aptitud y sin emulaciones. Capaces de secundarlos en cooperación inteligente y decidida, con el pensamiento y la acción que entonces iban bien juntos, Paso y Castelli, como ya insinué. Los demás formaban parte de la Colonia por su mentalidad, sensibilidad, creencias e intereses, más peligrosos cuanto más vehementes en abrazar una causa nueva para ellos, sin ninguna educación ni preparación previas para entender a fondo los hechos y la orientación que debía dársele a la revolución. En pocas palabras Groussac ha trazado un fidedigno retrato moral de Moreno. Es lo mejor que yo conozco. Dice: "Lo que ha sido Moreno, más que un estadista filósofo, es un imperioso tribuno consular, y un dominador de hombres. El

primer acto de la Revolución tenía que ser la Independencia conquistada y legitimada. A este solo problema actual y concreto consagró toda su inteligencia y toda su energía igualmente poderosa".

En la Primera Junta y hasta su caída Moreno permaneció solo —y en este sentido su posición es análoga a la de San Martín— sin que sus colaboradores tuvieran ni noción de lo que ese prohombre vislumbraba y se proponía. Su plan no era inferior al de San Martín ni requería otras prendas que las de una reserva casi absoluta. Tampoco se supo ni se comprendió hasta que la tiranía de Rosas separó lo antiguo de lo nuevo. A este respecto Rosas, Moreno y Rivadavia adquieren su verdadera fisonomía destacándose los tres con un relieve firme y nítido de un fondo menos diferenciado.

Moreno era una garantía al mismo tiempo que un peligro para la estabilidad del régimen legal. Hubiera cambiado hasta la raíz la estructura colonial (monopolios, privilegios, monarquía, ignorancia, fanatismo, orgullo de raza) sin perturbar en lo más mínimo la función del derecho y el derecho a la equidad. Escribió Mitre, refiriéndose a él (en la *Biografía de Rivera Indarte):* "Moreno sostuvo (a pocas horas de establecida en Buenos Aires la Junta Gubernativa): es necesario destruir los abusos de la administración; desplegar una actividad que hasta ahora no se ha conocido; promover el remedio de los males que afligen al Estado; excitar y dirigir el espíritu público; educar al pueblo; destruir los enemigos y dar nueva vida a las provincias; es preciso abrir un camino nuevo". Sus innovaciones y la dirección general de sus planes estaban coordinados por una concepción completa de las necesidades del nuevo orden y de las ideas que habrían de servir a su realización. Monteagudo es su heredero inmediato y Echeverría su albacea ulterior. Sin perder su peligrosidad para todo lo retrógrafo, Moreno era la garantía de orden y la base moral para la revolución, y nadie podía a la sazón asumir la dirección del movimiento sin que decayera de inmediato en una contradicción: la cobertura republicana, liberal, democrática, y el "corpus" colonial, bajo ese atavío. Diez años después esto se ve claramente por fractura de la corteza. Cuando Alvear y Dorrego quieren proseguir su línea de acción y de pensamiento, desembocan en la confusión y la violencia, inoperantes porque les faltan los soportes ideológicos en arraigadas convicciones. La fuerza incontrastable de Moreno era de índole moral, mucho más poderosa aún que su

inteligencia y que su capacidad organizadora, como lo señaló Groussac. Su voluntad inquebrantable hubiera sacrificado todos los postulados de su generosa bondad y de su esclarecida mente a condición de no transigir en un ápice de sus convicciones morales. Obsérvese que he mencionado a los promotores del adelanto moral y que son los que los censores calificaron de anarquistas. A esa indómita voluntad de acción se la puede llamar intuición o instinto de la justicia —nada tiene que ver con el derecho—, pues se trata de virtudes cívicas en dimensión social. De las dos, prefiero la palabra instinto.

De sus enérgicas decisiones no puede tampoco inferirse cuáles eran esas prendas: surgen más bien de la dirección en que se mueven sus actos y de las ideas en que se inspiran. Es un vector tanto cuanto un vehículo. Su profundo instinto de la justicia lo obligaba a someterse constantemente al imperio de lo legal y de lo jurídico, y en esto no tiene semejante sino en el cubano Martí. Ese instinto de la rectitud y la legalidad originará su ruina sin que ni sus mismos adversarios comprendan cuál es el significado histórico del sacrificio a que se le condena. Frente a él Saavedra no es sólo su opositor y el representante de una tendencia reaccionaria, sino el hombre privado de nociones elementales de justicia. No confundamos, como es corriente, lo judicial y lo militar. Un ejemplo, el deán Funes, de la misma formación mental de Saavedra y de idénticos prejuicios coloniales, está ya en otro terreno; lo que indica que no se trata del saber sino del ser, no de comprender la legalidad del acto de emanciparse el pueblo sino de sentirlo como una necesidad humana en el orden político. Todo lo que Moreno realiza está sujeto a las normas del derecho público y privado, es cierto; pero mucho más al derecho de la conciencia sana del hombre que siente en su persona la responsabilidad de la sociedad. Estos grandes hombres no son prolíficos. Su descendencia se extingue pronto: Monteagudo y Echeverría. Los que siguen son "vástagos blandos". Entre ellos el belicoso Sarmiento. Esto es lógico y fácilmente comprensible para el que tiene conciencia de lo significan Moreno y Rivadavia. Para fijar nítidamente la posición de Sarmiento en la línea de las ideas revolucionarias, es indispensable fijar también las nuevas aportaciones y variantes a la doctrina revolucionaria y democrática que traen los jóvenes del Salón Literario. Pues Sarmiento y Alberdi son dos ramales que parten de Echeverría, y aunque éste entronca con Moreno más que con Rivadavia, puede

considerárselos, sin gran profanación para las ideas hechas, en la dinastía de los apóstatas. Porque Sarmiento, Alberdi, Mitre, Gutiérrez, Alsina (Valentín) y Varela (Florencio) —¿y a quién más se puede nombrar?— dan a Mayo una pompa profesoral, burocrática, leguleyesca, liberal y todo lo que se quiera en el repertorio de los polos a tierra. Rivadavia se magnifica a segunda fase de la acción de Moreno, si mi opinión es válida. Entonces Echeverría es su coetáneo. Por sus ideas y por su sensibilidad se coloca junto a Rivadavia, como Sarmiento y Alberdi se colocan a los lados de Echeverría y a la zaga de Rivadavia mucho más que de Moreno, entendiendo que Rivadavia es un eslabón más cercano a la Colonia que Moreno. Sarmiento menospreciaba a Rivadavia, pero para él Moreno era a lo sumo un agitador o, como él fue para sus sucesores, un estorbo molesto.

Rivadavia concibe una república democrática y liberal sobre un cimiento social tan sólido y progresista como lo califica su ley de enfiteusis y de laicización de la enseñanza. Vélez Sarsfield dijo de él que "era el hombre moral, el verdadero instrumento de la riqueza pública, y no el hombre y el instrumento material de la naturaleza". Atendió a la cultura y a la economía por igual. Sus decretos de saneamiento moral de los órganos administrativos, legislativos, judiciales y culturales (en un plan muy vasto y bien articulado, según las directivas de Moreno) son la continuación lógica del pensamiento de éste. 1819 y 1826 hubieran sido las fechas propicias para llevar a cabo esas innovaciones; pero en esos años no se habían realizado todavía —y después tampoco— las etapas previas de consolidación de las instituciones, reordenación de la economía y fundamento del Estado nuevo, y Rivadavia encontró un país más renitente que el de 1810 (algunos podrán objetar, con sensatez, que en 1826 había un país y en 1810 no, que el pueblo había despertado). Las nuevas normas republicanas, con la circunstancia adversa de que en 1820 el interior adquiere una conciencia falsa de sí, organizándose como oposición política a toda innovación ideológica. Por eso parece más anacrónico y atrevido que Moreno, cuando no es ni lo uno ni lo otro. Su turbación y el desesperado recurso de estabilizar un estado de cosas que se le precipitaba de las manos, dan lugar a que sus adversarios intenten llenar consigo el hiato que dejó la muerte de Moreno. Dorrego ya tiene razón contra él, porque retrotrae las cuestiones a 1810. Además, Rivadavia tuvo miedo

al pueblo y no lo comprendió. Toda la tragedia del caudillaje es que los gobernantes quedan retrasados con respecto a la voluntad popular (que no es la voluntad general, es cierto); esa es la ventaja de Dorrego y de Rosas: que sacan partido de una fuerza plástica que se usó con un fin funesto, pero que pudo haberse podido encauzar hacia una rápida liquidación del pasado colonial. Su desconocimiento del propio pueblo (es el reproche de Valentín Alsina, hecho también a Sarmiento, y el de Groussac) causó su caída. Para remediar ese lapsus aparecen Monteagudo y enseguida Echeverría. Le faltaba a Rivadavia aceptar como un hecho intergiversable la realidad de su país, no en cuanto a pasado sino en cuanto a futuro. Pero ¿no era esa la misión de Saavedra? Rivadavia contrapesaba su enorme fuerza emanante de su prestigio en Buenos Aires (desde el esclarecido y ejemplar gobierno de Martín Rodríguez) con su falta de auspicio en el resto de la República. Su unitarismo provenía de que hubiera preferido gobernar a la ciudad de Buenos Aires más que al país. Ni él conocía a su país ni el país lo conocía a él, y la reacción de los caudillos contra el gobierno centralista que él instituye es, puede decirse, el ataque de la incultura colonial contra la *élite* porteña, de Artigas y Bustos contra él. Sabía que el gobernante no puede gobernar sin ser gobernado, es decir que la realidad viva de un país determina su sistema político de gobierno, sus costumbres y su nivel cultural. No se propuso gobernar con el pueblo sino para el pueblo, lo cual entre nosotros suele ser todo lo contrario, desde que no siempre el pueblo prefiere lo que le es más beneficioso. No depende el éxito de la capacidad del gobernante ni de su programa de gobierno cuanto de la índole y preparación cívica del pueblo que ha de gobernarlo a él. Entre Moreno y su pueblo había un puente muy largo y de paso nada fácil. Rivadavia ya está en contacto con el pueblo; no podrá limitarse a ser su legislador sino que tendrá que ser su conductor, llevarlo de la mano como Virgilio al Dante. Y esto requiere dotes que Rivadavia, a pesar de su energía, no poseyó en el mismo grado que Dorrego y sus demás adversarios de categoría. Rivadavia encontró en pie de guerra a los opositores, disciplinados en cierto modo, y constituyendo una fuerza con una bandera —el federalismo—, lo cual no le ocurrió a Moreno, aunque tuvo que enfrentarse con esas mismas fuerzas acuarteladas, en la Junta Grande. En pocas palabras, el fin de la presidencia de Rivadavia no ha de servirnos, de ningún

modo y en grado absoluto, para juzgar de su competencia como gobernante ni de su comprensión de los problemas de su país. El derrotado en este caso fue el pueblo.

Rivadavia es también el derecho personificado, y la justicia su fuente de inspiración. El derecho administrativo en vez del derecho político. Pero un derecho codificado, una justicia administrada por órganos específicos institucionales. Su lema era: "Ni los talentos, la experiencia, ni el genio mismo tienen derecho para gobernar a los hombres a su fantasía, sino el sistema representativo bajo las formas más democráticas". No es ya en él, como en Moreno, una construcción flexible, sólida, articulada en su misma función social y política. Rivadavia necesita la estabilidad inconmovible de las instituciones. La justicia es también una forma de la administración pública, como la legislatura, y su visión de estadista necesitaba el canon y la vía expedita por la ley. Moreno creaba un concepto de la legalidad conforme al derecho consuetudinario y a las necesidades del país. Después de haberse organizado el país según sus planes, comenzaba la misión de Rivadavia. Sin este estado previo, que San Martín exigió para su campaña libertadora, Rivadavia debatíase en el esfuerzo de dar forma —conciencia— a una materia informe de política militante y de organización social. Sin el Estado firmemente constituido, no podía gobernar, y pensó que el Estado se estructuraría por contribuciones de los actos de gobierno, legislativos y judiciales. Moreno concebía el Estado, la ley y el derecho como piezas de un todo al que había de dársele enseguida una forma y un contenido. De ahí que se haya visto en la función pública de Rivadavia una forma burocrática y protocolar de gobierno faraónico. No obstante, era tan avanzado en sus concepciones políticas y sociales como Moreno, pero no tenía como él el sentimiento de lo social democrático, ni el calor humano que a veces hace que se confunda el apostolado con el fanatismo. La fórmula, el imperio sagrado de la ley escrita eran para él la base y razón de ser del Estado. Rivadavia es un organizador, es decir, el sucesor lógico de Moreno más que su continuador. Anticipándose a Groussac, Alberdi, que era un jurista, se atreve a proponer este orden: "sobre Moreno y a la par de Rivadavia".

Pero la etapa que Moreno hubo de cumplir quedaba trunca, malograda además por sus continuadores de la Junta. A su vez Saavedra, como readaptador del régimen colonial al nuevo

estado de hecho, es el heraldo de Rosas. Como recientemente los socialistas y los radicales fueron los heraldos de Perón.

Casi toda la grandeza o lo más grande de la grandeza de Rivadavia está en que fue un hombre de la Colonia, que no la renegó ni la desechó bajo censura prohibitiva, sino que la aceptó como una realidad inexcusable para construir sobre ella. Los planes de Rivadavia, más que los de Moreno, se asientan sobre el status que presenta la república o el país en su tiempo; status no cambiado por la revolución sino el mismo; sobre el cual debía construirse de otra manera para otros fines, no con otros elementos ni con teorías traídas de fuera. También Moreno, que estaba al tanto de los postulados y de las doctrinas revolucionarias de Inglaterra, los Estados Unidos y Francia, quiso dirigir la historia hacia líneas de desarrollo partiendo de la realidad, de los elementos de que disponía; pero Rivadavia no necesitó hacer ningún esfuerzo de repugnancia al pasado para comprender el porvenir. Del mismo pasado quería que surgiera, por evolución, su futuro. Y se limitó a ordenar, proyectar, administrar, prevenir, orientar, elevar. Si algunos historiadores le han reprochado no haber sido más que un funcionario administrativo correcto, debieron agregar que es lo que nunca volvimos a tener, y entonces se vería cuáles han sido los puntales de todo gobernante: la improvisación, el afán de novedad, el hábito colonial de rechazar lo que no comprendían. Rivadavia construyó con los viejos materiales que encontraba a mano —y no había otros—, estructuralmente reaccionario, dinámicamente revolucionario; con un profundo instinto conservador que temía todo desarreglo, pero mirando hacia adelante en perspectivas vastas y abiertas. Temía al porvenir y con muy buenas razones.

Pese a su admiración secreta por Rivadavia, y hasta a su propósito de seguir sus huellas, Sarmiento era todo lo contrario de él: revolucionario de temperamento (de nacimiento, decía él), negador a ultranza del pasado colonial, desorganizador y desbaratador, llevaba en sus raíces mentales y temperamentales, en las vísceras, el germen de la redesorganización nacional. Quería organizar porque él era un desorganizado; quería construir porque él era demoledor; que lo obedecieran, porque él era incapaz de obedecer. Para gobernar bien es preciso ser lento, pesado, con paso de digitígrado; pero tener la mente vivaz, el corazón sano, las pasiones en un cepo. Sarmiento no tenía en sí dispuestas las cosas de ese modo y Rivadavia

sí: era rápido, ligero, ágil; tenía la mente vivaz, el corazón sano y las pasiones en rebeldía. Al proponerse gobernar a los demás iba a intentar lo que nunca pudo consigo. Rivadavia siguió los preceptos de Spinoza, de no oponerse de frente, de no cortar de raíz, sino ladear, desviar, encauzar. El país necesitaba un gobernante como Rivadavia, por eso no lo quiso; en cambio a Sarmiento lo toleró bastante tiempo, porque en el fondo él estaba sirviendo las más secretas ambiciones de sus enemigos. Hacía lo mismo que ellos al revés; se les oponía diametralmente, y eso, como cuando dos toros se empujan con el testuz, es lo mismo para el uno y para el otro. El único que supo cómo sacar de sus huellas viejas al país y llevarlo sobre otras nuevas, fue Rivadavia; toda la reacción se le echó encima —la misma reacción que él creyó que podría usar para otros planes— y Rosas aprovechó la lección para poner de nuevo las ruedas en las viejas huellas. Todas las fuerzas que Rivadavia quiso convertir en instrumentos de progreso, Rosas las utilizó obedeciéndolas, pues su plan no era otro que el servirlas para servirse de ellas. Hasta consiguió atemperar a los monárquicos, convirtiéndose en una caricatura de rey, con la suma del poder público. Lo cual era preferible, según algunos, a traer a la princesa Carlota. ¡Eso sí que fue el rey indígena, el Inca de la pampa! Un rey, "pero que sea falso". Algo como el carnaval: que sea un símbolo y al mismo tiempo una negación. Este era un lenguaje realmente nuevo y Rivadavia hablaba otro.

Monteagudo y Echeverría deben ser vistos como los Dióscuros. Son teóricos y organizadores con un sentido de lo popular que ni Moreno ni Ravadavia tuvieron. Echeverría vivió en el florecimiento de la ciega voluntad del pueblo, y lo entendió. Tiene la visión social de Moreno y el juicio pragmático y administrador de Rivadavia. Conoce el país y sabe cómo se ha de operar el plan de Moreno, sirviendo de eslabón entre éste y Rivadavia, anacrónicamente. Es el único hombre, en 1837, capaz de fijar esos ideales olvidados o, lo que es peor, desfigurados. Su *Dogma socialista* es todavía el documento más valioso para un juicio de nuestra realidad sustancial; su *Ojeada retrospectiva* es el antecedente del *Facundo*. Sarmiento y Alberdi no agregan nada a su mensaje.

Con Echeverría el cuadro de antecesores de Sarmiento y Alberdi queda completo; éste se apega al concepto legalista de Rivadavia, aquél reinicia la prédica de Moreno, pero ca-

rece de su visión completa y de su sentido de la justicia como bien indivisible. Nada más opuesto a la visión de Moreno que su prédica de progreso por evolución. No es mi propósito profundizar aquí la significación de Echeverría en la formación de una conciencia democrática del país. De los precursores es el que mejor ha sido estudiado. Tras ellos llega Sarmiento, para combinar de modo mucho menos orgánico y sistemático el rumbo señalado por sus antecesores.

Sarmiento consideró la Colonia y España como antecedentes sociales y políticos, no económicos. No vio la organización, el sistema, sino en cuanto empleaba la inquisición, la ignorancia canonizada e industrializada, la arbitrariedad, el despotismo, la holgazanería, la soberbia, la escenografía, digamos. Todas cualidades psicológicas batidas al plano de lo social. Lo que él aborrecía eran casi cualidades morales negativas. Pero lo realmente retrógrado estaba en la urdimbre secreta de ese sistema: en un tipo de colonia mercantil de privilegios, con el contrabando como única salida racional a la economía del virreinato. Lo denunció ligeramente en *Facundo,* mas en ninguna de sus obras hizo cuestión del sistema sino en términos generales buscando lo biográfico de preferencia. Especie de psicología social muy avanzada para su época, lectura intuitiva de una realidad que no bastaba para fundamentar una doctrina filosófica o política y menos una tarea de gobierno. Para él los problemas son morales, psíquicos, políticos, educacionales. Mas eso no era lo fundamental sino lo superestructural. Al atender a esos problemas, dejaba debajo de ellos otros más graves. Precisamente los que habían atacado en su raíz Moreno, los que Rivadavia reveló y trató de sanear, los que Echeverría puso como temas de su campaña de realización de los ideales revolucionarios de Mayo. La inculpación de Alberdi, de que Sarmiento no tuvo conciencia de los problemas financieros y económicos, es ilevantable. Por eso consideraba que Sarmiento había sido un impostor y un servidor secreto de Rosas. Esos problemas, desatendidos siempre por los políticos y los estadistas han vuelto a constituir en nuestros días un nuevo "escándalo colonial".

# JULIO VERNE
## PRÓLOGO A NUESTRO TIEMPO

Por *Manuel VILLEGAS LÓPEZ*

"Todo lo que un hombre es capaz de soñar, otros hombres serán capaces de realizar".

JULIO VERNE.

I

*La edad de oro*

EL hombre tiene el ideal permanente de construir su mundo, el mundo al alcance de su mano y de su mente. Y cuando no, de su fantasía. El lago que se vació para convertirse en valle, la montaña hendida por un desfiladero, el curso del río desviado por el cataclismo geológico, hasta una bella constelación en el cielo, se atribuyó a hombres fabulosos, casi siempre gigantes de colosal fuerza física. Los restos de los inmensos animales prehistóricos, que siembran la tierra, fue por inducción lógica, la principal demostración de una raza de gigantes, capaz de exterminarlos. Y el origen de todos los matadores de dragones que, ya humanos, llegan hasta la etapa histórica. Los hombres saben profundamente, instintivamente, que cuando construyen se acercan a los dioses, que cuando destruyen se hunden en su propia miseria más inferior, aunque lo sublimen en lo demoníaco. Quizás no pueden evitar la dualidad, y con ambas hacen un mito, una leyenda, una fábula.

Que ya en el pórtico de las grandes civilizaciones y culturas es un poema épico, porque con él se representa algo cercano y concreto: los caracteres, los ideales, las constantes, lo fundamental y eterno de un pueblo y una raza. Generalmente resumido en un héroe legendario, arquetipo, postrero avatar del gigante

fabuloso. La épica antigua se refiere, pues, siempre, a una edad pasada —salvo el *Poema del Cid*— y con frecuencia tan remota, que sus hazañas y sus héroes se perciben vagorosos en la lontananza de los dioses. Ese orbe épico es así irrecuperable, puro ensueño y nostalgia. La Edad de Oro ha pertenecido siempre a un pasado. Y por fidelidad a ese pasado y al héroe legendario, por mimetismo, el caballero andante hacía de su vida dura prueba, sacrificaba su presente al pasado. Pretendía resucitar la muerta, remota, añorada Edad de Oro.

Hoy, esa maravillosa, soñada, deseada Edad de Oro pertenece al futuro. No es ya mito, sino utopía; no ya nostalgia, sino profecía. ¡La visión del mundo que llega...! A esa perfección futura se consagran todos los dolores presentes, y a la felicidad de los hombres de mañana se sacrifica la de hoy. Cambio del Pasado al Futuro —con las mayúsculas de la gran mitología— que es fundamental, uno de los puntos de giro, con que la humanidad toma el rumbo de nuestra época. Y por eso, el poema épico escrito sobre el dintel de nuestra era de las máquinas y de la técnica, es la obra de Julio Verne: ciento cuatro extensos libros. Sí. Verne es el profeta y el poeta popular de este suceso maravilloso: la revelación de lo nuevo.

Nace el 8 de febrero de 1828, el momento de la gran dualidad, en que el pasado recién caído, cobra mayor peso en el ánimo de todo francés, incluso de todo hombre. Napoleón ha muerto, hace ocho años, en Santa Elena. La realidad terrible de las guerras y sus desastres comienza a dorarse de mitología, y cobrar vuelo de viejas banderas. Durante dos generaciones todos querrán imitar a Napoleón, partidarios y enemigos. Chateaubriand lo proclama y lo deja de consigna: "Ser el Napoleón de cualquier cosa". Se quitaba un año para formar en la "generación Bonaparte" —con la máxima enemiga del corso, Mme. Stael— y poder repetir toda su vida el famoso "Napoleón soy yo". "Haré con la pluma lo que Napoleón con la espada", ponía Balzac como programa de su arte. El repetido chascarrillo de locos que se creen Napoleón no es, pues, gratuito.

Por un lado es la cadena hacia atrás, porque Napoleón soñaba con ser Carlomagno; éste César; César, Alejandro; Alejandro, Milcíades... hasta el remoto inaprensible héroe mitológico. Por otro, es la Revolución francesa llevada al mundo entero por sus ejércitos, con las conquistas del que se hace proclamar Emperador y coronar Rey de Roma. Y Chateaubriand el emigrado, el hombre del siglo XVIII, el autor de *El genio del cris-*

*tianismo*, que vuelve por los fueros clásicos del arte, abrirá las puertas a la gran revolución romántica. Esta dualidad es la esencia del romanticismo, con sus héroes históricos, semidivinos, por una parte. Y por otra, la pasión del melodrama —*Hernani* es el gran "melo"— que viene de la calle, de los bulevares, con los éxitos fenomenales de Pixérècourt, y que representa el gran público, la actualidad, el pueblo... Esto es: el gran postulado romántico, anti-clasicista, del arte abierto. Cuando el romanticismo ha triunfado por completo —hacia 1850—, Verne tiene veinte años. Se forma pues, en este clima dualista, de plena transición, y todos esos años de su vida serán una dura, angustiosa, elección. Una decisión.

Pero a la fecha hay que agregar el lugar. Nace en Nantes, el gran puerto sobre el Atlántico, en una familia de antiguos armadores, aunque su padre es abogado. La vieja, maloliente casona de los Verne está en la calle Kevergan "larga y estrecha como un catalejo", y a cuyo fondo, como en un catalejo, está el mar, el puerto lleno de navíos de veleros, también románticos, como la época: la promesa del mundo. En lo alto de la casa está el desván, lleno de mohosos papeles olvidados, donde se habla de viajes a las Indias, a las Antillas, de buques y capitanes, y países y aventuras... el ensueño del mundo. Los dos hermanos, Julio y Pablo, revuelven los archivos de sus bisabuelos y levantan nubes de fantasía, de emoción ante aquel gran viaje que sienten bajo sus manos... Así, la faz de la tierra, todavía tan desconocida, conquistará a los dos muchachos. Quieren ser marinos. Pablo lo ha de conseguir. Pero Julio intenta escaparse de un bergantín, el padre lo rescata y le hace jurar que no viajará más que con la imaginación. Se le acaba de poner frente a la compensación psicológica de una realidad prohibida: el camino del arte. Entonces, quisiera ser escritor... Pero, con esas intransigencias de las familias acomodadas para perpetuar su pequeño acomodo, aunque sea sin horizontes, obligan al muchacho a hacerse abogado. Verne consigue ir a estudiar a París. Y allí, un tío suyo, le presenta a Alejandro Dumas.

Ha entrado en un mundo mágico, ha emprendido el camino de la gran fantasía literaria. Dumas vive en ese clima y gusta crearlo en todo cuanto toca. Tras la "batalla de *Hernani*", que riñe Hugo, Dumas ha puesto el triunfo definitivo de su *Anthony*, y el romanticismo se ha afianzado. En aquel momento, 1849, dirige el Teatro Histórico. Verne asiste a uno

de los estrenos del maestro —La *Jeunesse des Mousquetaires*— escribe dramas de historia, y Dumas le estrena un acto en su teatro. Escribe *Martín Paz*, novela histórica del antiguo Perú, y varias operetas. Aprende algo fundamental junto a Dumas: la construcción del gran folletín popular.

Y la dualidad continúa su combate. Dumas está recorriendo con sus novelas casi toda la historia de Francia, resucitando y creando héroes, que si no son los de la antigüedad clásica, son los más cercanos, predilectos del romanticismo. Historia por todas partes.

Pero por otro lado, el joven Verne comienza a conocer a hombres extraños, el principal Jacques Arago —hermano del astrónomo— viajero ciego que había dado la vuelta al mundo, y que acababa de conducir una expedición de buscadores de oro a los nuevos "placeres" del Colorado. En su torno vive todo un mundo de viajeros, exploradores, inventores, aquellos hombres enciclopédicos del XIX, que aún podían vivir el universo en toda su complejidad, lejos de la especialización. Su mejor amigo fue Félix Tournachon, conocido por Nadar, caricaturista, escritor, viajero, fotógrafo, inventor y aeronauta. Nadar sueña con un globo libre que ha de construir un día.

Entre aquellos dos mundos, el de Dumas y el de Arago, Verne vacila durante años. Y el triunfo lo decide un autor lejano, desconocido, que Baudelaire acaba de traducir y lanzar en Francia: Edgar Poe. Verne ha leído con avidez sus románticos autores favoritos: Walter Scott, Chateaubriand, del que es lejano pariente... Pero las *Narraciones extraordinarias* de Poe, le dan la visión de su destino: la ciencia unida a la fantasía. Lo que Dumas ha hecho con la historia —recorrerla con la novela— quiere hacerlo él con la ciencia. La idea napoleónica, presente en todas partes, como imperialismo de todo orden, toca también su frente. La novela total de la ciencia y del futuro... A Dumas le entusiasma la idea, la encuentra "inmensa", le empuja a ella, le da su consagración de maestro.

Pero la vida real manda todavía. Hay que irla curvando, hasta que coincida con la vida fantástica, soñada. De estudiante pasa penalidades, porque su familia trata de reducirle por la estrechez. Cuando obtiene su título, su padre le conmina a volver a Nantes y a ejercer allí la abogacía. Pero Verne se niega: será escritor. La familia le abandona y emprende, solo y pobre, la dura carrera de las letras. Es secretario del Teatro Lírico, donde estrena un vaudeville, y tiene un sueldo

que le salva del hambre. El cólera invade París, el director del teatro muere y Verne se encuentra sin empleo. Pero libre.

Su vida sentimental es triste. Reconoce tener la propiedad de que toda mujer en la que se fija, a la que ama, se casa con otro. Por fin, Verne se casa también, a los veintiocho años, con una viuda que tiene dos hijos. Su cuñado le coloca en la Bolsa, y trabaja locamente, desde las cinco de la mañana, alternando este empleo con sus sueños de literato cientifista. Viaja a Escandinavia. Su amigo Nadar está reuniendo fondos para construir un globo, *El gigante*. Lo logrará, hará vuelos audaces, y terminará en trágica caída, estando a punto de morir él y su mujer.

Con estas informaciones de su amigo, Verne realiza un estudio sobre los aerostatos, y se lo lleva al editor Hetzel, que publica una "Biblioteca para la juventud". Se lo rechaza y le recomienda escriba una novela sobre el mismo tema. En quince días hace *Cinco semanas en globo,* se la lleva, Hetzel se entusiasma, y le hace un contrato por dos novelas al año, a diez mil francos (un millón de hoy) cada una... por un período de veinte años. ¡Oh, tiempos seguros y previsibles! Es el otoño de 1863. La vida fantástica se ha hecho real. Y aquellos sueños infantiles, en el desván de su casa, frente al mar, han triunfado. Ha triunfado el viaje, la geografía, la naturaleza, la técnica, las máquinas... Ha triunfado el futuro.

Sus obras se traducen inmediatamente a catorce idiomas, se llevan al teatro, le dan fortunas... Con su importe se comprará sucesivamente tres yates, cada vez más grandes, y realiza siete viajes por el mundo. Da fiestas fantásticas en su casa, es feliz. Pasan sobre él los acontecimientos de la historia de Francia: la guerra del 70, la caída del Imperio, la Commune, la Tercera República... Tiene discípulos que tratan de realizar lo que cuenta en sus novelas; tiene enemigos, que le atacan con el chauvinismo francés, diciendo que es extranjero, que es judío, que es...; un joven medio loco, lector de sus libros, dispara sobre él y lo deja cojo. Le ofrecen cargos oficiales en la ciudad de Amiens, donde se ha retirado, y elige el más novelesco, el de inspector de ferias, de circos. Construye un circo gigante, para cuatro mil espectadores, y escribe *César Cascabel,* las aventuras del circo. Mueren sus familiares, tiene setenta y siete años. Y el 24 de marzo de 1905 muere también, diciendo a los que le rodean: "Sed buenos". Todo ha terminado.

Todo comienza. Verne muestra que la Edad de Oro no es obra de dioses, demiurgos, ni gigantes legendarios, que no es un mito remoto y perdido para siempre. La Edad de Oro está enfrente, ante los pasos del hombre, y sobre todo al alcance de su mano. Porque será hecha por sus manos. La Edad de Oro está ahí, comienza a realizarse ya, y sus paraísos ocultos, ignorados, están en todas partes donde el hombre quiera que estén. Cree que hasta el desierto del Sahara y los hielos del Polo serán un día fértiles y prósperos, por obra de los hombres. Por obra de su ciencia. ¡La Edad de Oro! ¡El gran ensueño!

Y lleva esta promesa, esta fe en el destino del hombre y de su ciencia, al nuevo público que traen los románticos al arte, desde el "melo" popular, a las gentes de la calle, por toda la extensión de la tierra. Su popularidad es inmensa, como la de todos los grandes folletinistas del siglo XIX. Los bardos, los trovadores, los poetas clásicos recitaban sus versos a los caminantes, los trajinantes, los vendedores de los mercados, los vagos y charlatanes de las plazas... Verne cuenta las prodigiosas aventuras de su imaginación a las gentes sencillas, que leen folletines, a la inmensa multitud. A las masas, que llegan...

Y a los muchachos, a los niños. Esto es lo principal, este es su gran secreto.

## II

*La visión del mundo*

De niños teníamos rincones favoritos, sitios mágicos donde vivir de verdad: un cuarto trastero, el mirador en una habitación abandonada, quizás hasta un desván abuhardillado, con vigas de madera y una claraboya sobre el tejado... Si, quizás —como Julio Verne— hayamos tenido un desván. Había enormes baúles forrados de piel, que no se podían abrir, y arcones carcomidos, crujientes, que no contenían nada... Allí guardábamos nuestras cosas. Había un maniquí desgarrado, cojitranco, que podía hacer de caballo, había mecedoras rotas, que se convertían en trineo esquimal, o un sillón de mimbre que era choza de exploradores o de negros salvajes, según el rumbo de nuestra imaginación vagabunda... Había objetos extraños, como aquella figura de porcelana que era una pastora, con una cesta

al brazo y un perro al lado; le faltaba la cabeza, pero aun con ella no tenía gran aplicación, ni siquiera explicación. Y nos producía esa vaga tristeza de los objetos inútiles. Había extraños artefactos de cobre, de hierro oxidado, que no sabíamos lo que eran, pero que adquirían confusos valores según las épocas: casco o timón, o ancla o un invento nuevo... Había un cuadro negro y confuso, de cuyas tinieblas surgía un caballero con cuello blanco y unos ojos penetrantes, que nos miraban siempre...; acabamos por volverlo de revés, temerosos de aquel huésped fantasmal. Había... ¡muchas cosas más! Y todo adquiría un sentido nuevo, insólito, fantástico bajo la luz cernida, que entraba por la lumbrera de cristales empolvados.

Se podía abrir y asomarse a un panorama de tejados, concorvados, verdinegros, llenos de accidentes y recovecos. Chimeneas de todas formas; guardillas, cuchitriles con ventanucos, palomares; bellas veletas con gallos, con estrellas, jinetes, espadañas con campaniles cristalinos, torres altas y esbeltas, o rechonchas con tejados de pizarra, o cúpulas con bolas y lucernarios en lo alto. De todas caía sobre la ciudad vieja un campaneo grave, múltiple, que se perdía a lo lejos. En invierno, el cielo bajo, plano y gris llovía sin tregua con un tamborileo incansable sobre los vidrios de la claraboya y un rumor, casi marino, sobre la oquedad del tejado... Allí leíamos novelas de aventuras: el capitán Hatteras perdido en los hielos del Polo: el capitán Nemo en su "Nautilus", surcando los abismos del mar, viendo lo que nunca contempló nadie jamás; el profesor Lindenbrock, con Axel y Hans, marchando hacia el centro de la tierra...

Cuando estallaba la primavera y el cielo era alto, profundo y azul, todo aquello comenzaba a vivir. La ciudad vieja tenía viejas murallas, con torreones y pasos de ronda... Murallas que se deshacían en polvo y sol, como una antigua ciudad asiática. Los lagartos dormitaban al sol, las arañas danzaban en su tela brillante, amargones amarillos, de tallos lechosos y olor fuerte, brotaban entre las piedras, y musgos esponjosos, suaves, y líquenes tenaces... Las pasionarias tenían una flor con los símbolos de la pasión de Cristo y, abriendo lo que figuraba el cáliz, se encontraba un líquido dulce... Sobre ellas zumbaban, con su rumor de seda, avispas ágiles o pesados abejorros multicolores. Y nosotros estábamos allí con la intensa, voluptuosa, angustiosa sensación de ser vida entre la vida.

Dentro de las murallas había huertas, con acequias y al-

bercas. . . Y fuera, a lo lejos, estaba el campo. Campo y campo, hasta aquellas montañas lejanas. . . Detrás de aquellas montañas habría otras, y luego otras, y luego países desconocidos, habitados por gentes extrañas. . . Quizás detrás de aquellas montañas estuviera el mar. . . El mundo era grande, muy grande. . . Y el doctor Fergusson, con sus dos compañeros, volaba en globo sobre el Africa salvaje, y los hijos del capitán Grant marchaban por países y países, en busca de su padre, y Philleas Fogg, con su criado Picaporte, estaba dando la vuelta al mundo. . .

El mundo era inmenso, maravillosamente grande y confuso. Pero ¿cómo era? Julio Verne nos decía cómo era el mundo. Más aún, cómo podía ser. Más aún todavía, cómo debía ser. Daba a nuestra vaga y aguda emoción de todas las cosas su forma definida. Algo fundamental: la visión del mundo.

Era el profeta. Ya en vida ejerció una inmensa sugestión sobre las gentes, que querían vivir sus aventuras. Miss Bly, reportera del *Sun*, da la vuelta al mundo en sesenta y seis días, y consigue un marido multimillonario; Stiegler bate el record en sesenta días. Simon Lake construye un submarino, según el del capitán Nemo, para exploraciones científicas. Inventores, exploradores, viajeros, colonizadores, declaran constantemente que es Julio Verne quien les impulsa en sus hazañas. Y las compañías de navegación le ofrecen grandes sumas, porque sitúe su próxima novela en el itinerario de sus barcos, seguros de atraer una productiva clientela de soñadores. Hasta hoy sigue siendo el inspirador: en 1952, Bombard permanece sesenta y cinco días de náufrago voluntario, y cuando vuelve ofrece su triunfo a la tumba de Julio Verne.

Sus profecías más fantásticas comienzan también a realizarse enseguida: el submarino, la escafandra autónoma y el fusil acuático, la utilización de algas y plakton para alimento, la iluminación eléctrica, el teléfono, el cinematógrafo, el fonógrafo, la unión de los dos en el cine sonoro, la televisión, los proyectiles interplanetarios, el satélite artificial. . . Acierta con descubrimientos geográficos como el de las fuentes del Nilo, mientras lo realizaba Speke, y antes de que éste llegara a París con la noticia. O el paso Smith hacia el polo Norte, que luego utilizó Charcot, en su viaje real. También tiene visiones de tipo histórico y social, sobre Alemania o Norteamérica, etc. que son bien actuales. . . La "Sociedad Julio Verne" se ha dedicado en sus boletines, durante muchos años, a comprobar las profecías y los aciertos del maestro. A estas anticipaciones materiales,

tangibles, debe Verne, sobre todo, su fama de profeta de nuestra época. Pero es quizás lo más fácil, lo posible por deducción lógica. Casi todos los inventos de hoy tienen descubridores independientes y simultáneos, desde el periscopio hasta el cinematógrafo. Su dramático símbolo es el teléfono, registrado oficialmente por dos inventores que se desconocían —Graham Bell y Elisha Gray— el mismo día, 14 de febrero de 1874, con dos horas de diferencia.

Pero su previsión va más hondo y más lejos: los caracteres de la época. Es decir, su espíritu, que es lo que verdaderamente la define. El afán de lo nuevo, es su visión inicial —como queda dicho— y constituye la característica de toda época de transición. La nuestra vive agudamente esta obsesión de la novedad, porque en ningún tiempo la transición histórica ha sido más intensa, rápida, apretada, urgente. Tampoco en época alguna la novedad ofrece tal cantidad de productos, estímulos, noticias, realidades, soluciones, esperanzas, a mayor número de gente. La fe ciega en la ciencia, en la técnica, en las máquinas, en el poder creador del hombre, como instrumento para forjar un mundo nuevo. Y este espíritu de invención, de investigación, visto y vivido como gran aventura, con el mismo espíritu con que el héroe antiguo vivía el poema épico. — Ya lo veremos— De aquí el gran personaje de su obra, que es el protagonista absoluto de nuestro tiempo: el mundo exterior. El acontecer fuera del hombre, independientemente de su espíritu, es lo que domina nuestros años y domina al hombre actual, perdido en su mundo, en lucha con sus propias creaciones. Y el sentido de la unidad del universo bajo la ciencia, que se inicia en su época, y cobra plenitud científica, metafísica, filosófica, técnica. . . en estos días nuestros: cobra plenitud trágica y esperanzada. Entre otras muchas previsiones de menor alcance.

¿Y por qué se han realizado estas profecías —técnicas e históricas— de Verne e incluso se han superado más allá de toda imaginación? El cómputo del tiempo —horas, días, años, siglos. . .— es artificial y mecánico, por mucho que se apoye en la naturaleza, lo mismo que se mida por las cosechas, la marcha del sol o los relojes. Para el hombre, la real medida de la vida, es el hombre mismo. . . No años, ni siglos, ni milenios, sino lo que los hombres hacen en esos lapsos: su transcurrir, su crear, su soñar. El tiempo verdadero, en su contenido, se cuenta en vidas humanas. Por eso tiene perspectivas inesperadas, se detiene inerte o salta de golpe. Como en las guerras, con sus millones

de vidas esfumadas, que han pasado vertiginosamente, cuando debieron hacerlo con su ritmo vital. Después de una guerra universal, nadie sabe lo que puede suceder, porque no se sabe el tiempo que en verdad, en vidas, ha transcurrido. Hace poco más de noventa años que Verne lanzó el primer libro de su obra definitiva, de su éxito universal. Lo que se ha conmemorado el año pasado ha sido el cincuentenario de la muerte de Julio Verne. ¿Qué son noventa años, qué son cincuenta años? Pues aproximadamente la vida de un hombre. Los que vivían en 1863 han pasado, los que en 1905 nacían o eran muy niños, están hoy en la cumbre de su existencia, de su obra, de su poder creador. Unos y otros, sobre todos éstos, han cumplido su vida y con ella han hecho su obra, la que soñaron de muchachos. La que les reveló Julio Verne. Texativamente: la visión del mundo soñada por Verne se ha hecho realidad, simplemente, porque el mundo actual ha sido hecho por los hombres que se formaron en Julio Verne.

Aquellos niños que devoraban los libros de Verne, con sus bellos, románticos, pintorescos grabados, son los que han inventado la radio, la televisión, los materiales plásticos, descubierto las drogas milagrosas como panaceas, los cohetes interplanetarios, el sátelite artificial... Y el "Nautilus" del capitán Nemo está navegando, desde el 18 de enero de 1955, como Verne lo pudo soñar. Tiene 8.000 caballos de fuerza, marcha a 20 nudos sumergido y 35 en la superficie, tiene un radio de acción teórica de 3,000 kilómetros, pero con pequeños puestos de aprovisionamiento su marcha es indefinida. Y los potentes motores atómicos —la materia de unos kilos de uranio desintegrada en fabulosa energía— se han concentrado en reducido espacio, que se han aislado para que su calor y radiaciones no aniquilen a la tripulación. Y ello ha sido posible por emplear zirconio, ese metal raro, refractario a la corrosión y las altas temperaturas, que a su vez ha debido ser separado del hafnium, que lo impurifica, por medio de nuevos secretos procedimientos metalúrgicos. El submarino tiene los maravillosos sentidos del periscopio, que ve; el hidrofono, que oye; el sonar, que tantea los obstáculos con sus ondas; el sondador, que señala el fondo, que descubre allí donde el hombre no puede llegar... El "chnorkel" le da aire libre cuando está sumergido, el clima artificial le proporciona temperaturas seleccionadas, los frigoríficos perfeccionados les dan alimento fresco y diverso, la luz fluorescente produce la visión del día; distintos colores en cada

lugar, ilusiones de amplitud; el cine, la radio, la televisión... entretienen a la tripulación contra la psicosis del encierro indefinido... ¿No es esto una narración de Verne, la obra de esos sabios que tienen soluciones para todo, porque descubren secretos inverosímiles? Y todo el mundo, en la faz de la tierra, está viendo navegar el legendario "Nautilus", del capitán Nemo, y los fondos del mar, en la pantalla del cine, por medio de la película de R. Fleischer, producida por Walt Disney.

Los que han hecho y los que están haciendo el mundo en que vivimos son los primeros niños que soñaron con él. La marcha atrás, hacia el héroe legendario, conquistador de mundos pasados, pariente de los dioses, se ha roto. El mito napoleónico es el último, porque la dualidad —pasado, futuro— de aquel gran momento incierto, se vuelve contra él. Yo mismo, ya no leí *Los tres mosqueteros,* sino todo Verne, en una vieja ciudad, frente a un cerro plano donde volaban los primeros aviones de tela y cañas.

Desde Verne, en el mundo entero, durante generaciones, los niños sueñan su mismo sueño, y la vaga, brillante, emoción del universo cobra la fantasía de Julio Verne. Los niños sueñan, desde entonces, con el mañana. Y aquel mañana ya es hoy.

Porque un profeta predice y adivina, va adelante, dice lo que todos esperan, mesiánico, o nadie le sigue. Pero sobre todo, forma a los hombres capaces de hacer realidad sus quimeras. O sus profecías no se cumplen. Más que todo hecho concreto, lo que vale es llevar la visión de un mundo al espíritu de los hombres, de los capaces de realizar lo que el profeta soñó. Lo esencial es ese niño que, en su rincón secreto lee su libro favorito, y una mañana de primavera, frente al campo que se va lejos, muy lejos, sueña, lo que puede ser el mundo.

## III

### *El héroe nuevo*

Quizás esta ciudad sea Avila, León, Segovia, Zamora, Toledo... Estas viejas ciudades, nudos de historia, son pura resonancia épica. Todavía hoy. Lo moderno que se va injertando en ellas, queda perdido, intrascendente. A veces, la vieja ciudad, con ademán espontáneo, segrega lo nuevo, y se va formando otra en las afueras, alrededor de la estación de ferrocarril

o de una gran fábrica. Pero recibiéndolo o expulsándolo, su alma son estas catedrales airosas, majestuosas; estas iglesias románticas, entre templo y fortaleza; los palacios, con bellos patios de columnatas; las casas fuertes, con sus puertas rechonchas, de enormes dovelas de piedra y un blasón en lo alto; las murallas con torres —ochenta y ocho tiene Avila—, almenas, merlones, pasos de ronda, resbaladeros, plazas de armas, nichos, troneras, matacanes. . . Y esas puertas, defendidas por torreones y puentes, ¡tan bellas!, que son la fachada de las antiguas ciudades. Por ellas entraban y salían las cabalgatas guerreras, con músicas y banderas, con la fanfarria de las hazañas en tierras lejanas. . . Y con sus héroes. Por estas puertas pasaba el romancero, la leyenda, el mito caballeresco. . .

Hoy, los palacios están convertidos en oficinas, las casas fuertes en casas de vecindad, las murallas reducidas, casi siempre a sus puertas, las catedrales visitadas por viejecitas negras y acurrucadas o por turistas, que las convierten en monumento de guía y foto. . . Pero están ahí y eso es la ciudad: lo que fue. Conservan su distribución secular. Los barrios de la gente acomodada de hoy suelen ser los de la antigua nobleza, donde habitaban el señor, el obispo mílite y el merino del rey, encargados por igual de la defensa de la ciudad. Los que hoy son barrios más pobres fueron los de la morería y la judería, mezclados con el de las mancebías. . . A veces están convertidos en huertas, casi vacíos desde la expulsión de sus moradores, hace trescientos años. En torno a plazuelas y mercados, allá abajo, a orillas del río que contornea la ciudad, estaban los menestrales, los artesanos, con sus callejuelas a las que dan nombre: curtidores, esparteros, platerías, alfareros, bordadores, tintoreros. . .

Muchas veces, estos barrios limítrofes se entremezclaban o confundían. Estaban todos —en una media u otra, según los tiempos— bajo el mismo yugo: sometidos a servidumbre. Paseando por estos barrios nos encontramos apenas huellas de los que pasaron, y sus casas, talleres y artificios eran demasiado modestos para persistir. Han sido borrados, porque ellos no hacían la historia, ni menos la leyenda, ni menos aún pasaban al romance y al libro. Es decir, no eran héroes.

Hacían los palacios, las catedrales, las fortificaciones, las armas, los utensilios de comodidad y lujo, muchas veces las obras de arte, incluso las grandes obras maestras. Pero de ellos no se sabe lo que pensaban, ni cómo vivían, ni a qué aspiraban, ni en general cuándo habían nacido, ni cuándo morirían. . . Hasta

los grandes pintores del Renacimiento —en Italia, en Flandes— suelen ser un enigma vital, después de siglos de investigarlos: tanto borra la época y la costumbre. Todo pasaba a la historia de los que hacían la historia, del señor, del obispo, del caballero. Del héroe.

Paseando por estas callejuelas de los antiguos gremios, en una vieja ciudad, he pensado hasta qué punto podría interesar a estos artífices, artesanos, menestrales, alquimistas. . ., la aventura épica de los señores y la literatura que la recogía, cantaba y hacía inmortal. ¿La comprendían y la vivían, como un ensueño y una evasión, o la despreciaban íntimamente y guardaban, profunda, la esperanza de su héroe propio, realmente representativo de sus vidas, trabajos e ideales? El hecho es que los palacios están vacíos, las catedrales clasificadas, las torres derruídas, y sus héroes archivados en los museos, bibliotecas o santorales. Y desde estos barrios humildes, oscuros, retorcidos, sumidos en la servidumbre y, sobre todo en el anónimo, puestos al margen de la historia, "los barrios bajos", ha ido ascendiendo el nuevo héroe, que se perfila netamente en nuestro tiempo. El héroe de hoy y del futuro previsible.

Menestrales, artesanos, artífices, alquimistas, investigadores, científicos, técnicos, sabios atomistas. . . Al comienzo de la escala está el ganapán, prisionero en su servidumbre; al final es la *élite* más difícil e inasequible, que domina el mundo, que lo hace temblar. ¿Pudo ser héroe de gesta un alfarero, un curtidor, ni siquiera un artista? No. Y hoy, éstos son aquéllos, corriendo la misma aventura. La del caballero andante, que salía de las murallas de su ciudad, y se echaba a dominar el ancho mundo sin límites, el orbe desconocido, lleno de monstruos, trasgos, quimeras, espeluncas, y sobre todo de leyendas. Un mundo al que hacía grande el peligro y la esperanza; esto es, la incertidumbre; eso es la aventura.

Después de una inmensa guerra mundial llena de proezas jamás igualadas, ¿quién es el héroe, el más conocido, el más popular? Einstein, un sabio puro, teórico y pacifista. Y esos científicos y técnicos, sin nombre para el gran público, que inventan y fabrican las superbombas nucleares, o los cohetes interplanetarios. . . Una minoría diminuta, con su formidable aventura secreta. Una aventura mucho más secreta de lo que parece; mucho menos de lo que quisieran los que no están dentro de ella. ¡La gran aventura de nuestro siglo!

Son aquella docena de sabios que, durante casi veinte años

—de 1916 a 1934— venían de todo el mundo a pasar una velada en casa de Niesel Bohr, "el padre del átomo", y discutir sus abstrusos, desinteresados problemas. Modestísimas reuniones familiares, a base de bocadillos y café, para comunicarse abiertamente sus investigaciones, hechas con aparatos construidos por ellos mismos. Una reunión de excéntricos tan amados de Julio Verne, como aquellos entre los que el novelista se formó. Pero, de pronto, desde 1934, comienza la gran pugna por estos hombres ignorados. Secretos, espías, "comandos" que buscan el agua pesada; la loca, desesperada carrera por la desintegración del átomo, que va a decidir la guerra; la bomba gigantesca, que pulveriza dos ciudades; explosiones fabulosas, que borran islas; el polvo mortífero y la radiación desconocida, que mata a través de la distancia y del tiempo de formas misteriosas; ciudades atómicas, aisladas por todos los medios; sabios encerrados en ellas, entre alambradas y desconfianzas; otros perseguidos y anatematizados, otros encarcelados, otros fugitivos, otros raptados, desaparecidos y reaparecidos; gentes asesinadas, ejecutadas; miles y miles de millones en dinero, para lograr todo esto, el invento y el secreto. Porque de un secreto atómico, descubierto por uno de estos sabios, depende la supremacía mundial en disputa. La guerra o la paz, la muerte o la vida del mundo entero, la felicidad o el exterminio del hombre.

Pero cuando en agosto de 1955 se reúne en Ginebra la Conferencia de Energía Atómica para la Paz, los científicos del átomo son ya centenares —acuden 1,260 delegados y observadores de 72 naciones; faltan algunas grandes figuras, detenidas en sus países por sospechosos— y van a cambiar de nuevo sus impresiones, como en los tiempos de Bohr. Entonces resulta que estos hombres de ciencia habían llegado, separadamente, en todos los países, a las mismas conclusiones básicas, sus gráficos de fisión atómica concordaban. Todo el esfuerzo, los años, el dinero, el dolor, el miedo, la persecución, la sangre empeñados en mantener el secreto, habían sido inútiles. Porque el intelectual ha seguido su propio camino, opuesto al viejo camino —tan anacrónico hoy— del político y del militar. Éstos estaban fuera de la minoría científica, de los elegidos por la época, y el secreto de los sabios lo era mucho más y mucho menos de lo que ellos creían. Era otra cosa nueva. Como el nuevo héroe.

Es la aventura de la inteligencia pura, la gran hazaña de la idea desnuda. Con su gran demostración. El 1º de marzo de 1934 los norteamericanos lanzan, en el atolón de Bikini, per-

dido en el Pacífico, una superbomba, elaborada a fuerza de ciencia, de medios técnicos, y de dinero... Las más severas, absurdas medidas para guardar el secreto, han sido tomadas. Nadie puede acercarse al lugar del experimento y los que han intervenido han sido seleccionados antes, vigilados después. Pero todo ello es sencillamente anticuado, frente al nuevo hecho. Porque las cenizas de la superbomba ultrasecreta van a caer, varias horas después, a centenares de kilómetros, sobre un pequeño pesquero japonés, el "Dragón afortunado" (Fukuryu Maru). Sus hombres sufren quemaduras, llagas, caída del cabello, leucemia...; el barco, el pescado, todo es radiactivo, mortífero. Se niega al comienzo, todo se atribuye a propagandas hostiles... Pero se acaba por aceptar la realidad, ante las declaraciones de los científicos japoneses, que analizan las partículas de ceniza mortal. Sin embargo, el secreto se guarda más que nunca.

En Norteamérica, un sabio atomista, Ralph E. Lapp, con estos vagos y minúsculos datos, un lápiz y un papel, sentado en su casa, lejos y ajeno al experimento, descubre en un mes, por puro cálculo mental, que la bomba no era de hidrógeno, sino ya de uranio, del uranio 237, inexistente en la naturaleza. Esto es, que su poder destructor es fantásticamente mayor, que su efecto radiactivo es terrible y permanente, que su construcción es relativamente fácil y barata. Pero no se atreve a publicar su descubrimiento, para "no ser protagonista de un proceso célebre". —Lo hará mucho después, con toda clase de precauciones—. El viejo concepto del espía le acecha y amenaza, contra la nueva idea de la ciencia, situada sobre los hombres y las fronteras. De la ciencia en sí, con su propio mundo y su propio camino.

A pesar de estos hechos, en la explosión de mayo de 1956, se siguen tomando idénticas precauciones extravagantes e inútiles. Lo mismo, naturalmente, hacen los rusos, los ingleses... todos. Es el anacronismo, el viejo espíritu que hay que combatir. Porque igual sucede, en menor escala de importancia y dramatismo, con el técnico que diseña un automóvil, el ingeniero que perfecciona un aparato de televisión, el químico que inventa un producto... Hasta un obrero calificado está metido en este laberinto de empresas mundiales, de millones, de secretos, de guerras industriales, espionajes, robos, luchas a veces cruentas, conflictos internacionales provocados por una marca industrial o una empresa de comerciantes...

¡A ver, que salga el caballero andante! La gran aventura de nuestro tiempo, ¡oh Verne!, es tu aventura. Y nuestro héroe

es tu héroe: el héroe nuevo. Y es nuevo, no tanto por sus armas, que hoy son herramientas, sino por su nuevo espíritu, por la otra idea. Lo que hay que defender. Para este héroe nuevo de nuestro tiempo nuevo, para contar su aventura y cantar sus hazañas, para inmortalizarle, se ha de crear otro romancero. Pero esto pertenece ya al poeta.

## IV

*El poeta*

JULIO Verne hace su obra en la segunda mitad del siglo XIX: uno de los momentos más bellos de la historia contemporánea. Sólo comparable al apogeo de los descubrimientos geográficos y los grandes viajes del siglo XVI. Éste es, ahora, el instante histórico en que las máquinas y las invenciones han conseguido quebrar la hostilidad de las gentes, el eterno misoneísmo, y comienzan su loca, alegre, esperanzada carrera a la conquista del mundo, hacia la Edad de Oro de los tiempos futuros.

Todos los ensueños, promesas, visiones y mitos principian a hacerse realidad. Se piensa en grandes sistemas tangibles, con las teorías de Faraday, Helmholtz, Mendelheff, Darwin... La vida diaria empieza a incorporar máquinas, utensilios, materiales, productos, alimentos desconocidos, insospechados: las máquinas de coser de Howe y Singer o las cerraduras Yale, los fusiles de repetición o las anilinas, los primeros "plásticos", como la ebonita, o el gas de alumbrado o los extractos de carne de Liebig o los grandes explosivos de Nobel, la nitroglicerina, la dinamita... Armado de sus nuevas máquinas, el hombre se lanza a inmensas aventuras técnicas: los primeros grandes puentes de hierro, las locomotoras que logran ya noventa kilómetros por hora, los aerostatos dirigidos, los túneles, los canales... El perforar montañas y dominar ríos, el unir mares, el cambiar la faz de la tierra llena al hombre de un alto gozo secular, con raíces mitológicas. Durante dieciocho años, el ingeniero Brunel lucha contra todas las adversidades, hasta construir el túnel bajo el Támesis (1843). Los ingenieros Sommeiller, Grandis y Grattoni, con las primeras perforadoras neumáticas, taladran el Mont Cenis, por un túnel de doce kilómetros, durante diez años (1859-1870), casi a kilómetro por año. Seguirán el San

Gotardo, el Arlberg, el Simplon... Y la epopeya de los canales interoceánicos. Suez es el triunfo de Lesseps, de la ciencia y la técnica. El viejo ensueño del canal egipcio, intentado a lo largo de tres mil años, se hace realidad en diez, a través de dificultades espantosas. Panamá es el fracaso: siete años de trabajo, miles de vidas y millones de francos sepultados en los pantanos pestilentes del istmo, la quiebra, el escándalo político... Después, en 1914, los norteamericanos lo lograrán con relativa facilidad. Pero la aventura es la misma, porque lo que vale es la esperanza y la misión.

Para Julio Verne, el gran enamorado del mar, esta epopeya técnica tiene que estar representada por un barco. El "Great Easter" (Gran Oriental), es el mayor navío del mundo, construido hasta entonces, y el resumen de todos los barcos. Es de hierro —gran novedad—, lleva velas, dos ruedas de paletas y una gran hélice, otra novedad. Tiene doscientos siete metros de largo, veintidós mil quinientas toneladas de desplazamiento, 11,000 caballos de fuerza y capacidad para 4,000 pasajeros. —El "Queen Mary" tendrá 59,000 toneladas, y 200,000 caballos de fuerza—. Verne visita aquel navío —botado en 1857— cuando va a Londres, en 1859, cuatro años antes de su éxito. Y ya célebre, viaja en él a Nueva York, en 1866. Pero el coloso era prematuro, fracasó como navío de pasajeros y fue utilizado para tender el primer cable submarino del Atlántico. A esta hazaña prodigiosa asiste Verne, y será uno de los grandes acontecimientos de su vida y de su arte. De allí saldrán sus grandes novelas del mar, desde *20,000 leguas de viaje submarino* a *La isla con hélice.*

Esta pasión científica, técnica, inventiva e investigadora es el ambiente de aquel medio siglo, clima puro y excitante de alta montaña. El porvenir de la Ciencia. Pero Verne es un romántico, que se forma en lo romántico, como queda dicho. En sus ilustradores se ve gráficamente, ópticamente, el gran romántico que es Verne: Bennet, Neuville, Roux, Ferat —*Tres rusos y tres ingleses*—, Montaut —*De la tierra a la luna*—, Bayard —*Alrededor de la luna*—... Y, sobre todo, Riou: *Cinco semanas en globo, Viaje al centro de la tierra, Los hijos del capitán Grant*... llevan sus maravillosas ilustraciones, llenas de misterio, ensueño, libertad, fantasía, poesía... Verdaderas obras maestras de un gran romántico del grabado, para un gran romántico de la aventura.

Pero el romanticismo no es sólo una escuela artística —lite-

raria, pictórica...— sino un modo de existir, todo un estilo de vida. Inspiración libre, fantasía sin freno, improvisación, bohemia, dandysmo, desprecio por el dinero y el burgués que lo tiene, odio al trabajo organizado y constante —"les vils piocheurs" que decía Baudelaire—, el desorden como mérito, el satanismo como exhibición, el espantar, molestar, escandalizar a las gentes como misión... Toda una concepción de la vida como revulsivo, que llega, con sus variantes, hasta los surrealistas.

Pero Verne, literariamente, se encuentra fuera de este mundo, que es estar fuera del arte. Aun hoy, apenas ocupa unas líneas en las historias literarias, entre la literatura infantil. Entonces cae de lleno en el campo del gran folletín, que vive su momento cumbre: Xavier de Montepin, Ponson Du Terrail, Eugene Sue, Gaborieau, Adolphe Belot, Emile Richbourg... Y naturalmente Dumas-Marquet. En realidad, hasta Dickens y Balzac, son folletinistas. Es la larga novela por entregas, los cuadernos echados periódicamente por debajo de las puertas, el folletón de la revista o el diario, con "La continuación mañana"... Y son los grandes públicos, que los románticos traen al arte y que a la vez desdeñan. Y es... el dinero para el escritor, el gran pecado. Lo que Saint Beuve denunciaba como "literatura industrial", y Sue definía así, como consejo: "Si quiere hacerse rico, escriba para los pobres". El editor Hetzel renovará a Verne aquel primer contrato de veinte años, dos veces más, por los mismos plazos —toda una vida—, y ambos se harán ricos.

En estos contratos, Hetzel especifica que Verne le proveerá de "novelas de género nuevo", para distinguirlas de los folletines al uso. Toda una definición. Porque el folletinista Verne es también un escritor de género nuevo. Es un científico, un formidable erudito y un colosal trabajador. Desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la noche labora sin cesar, durante años, y declara: "El trabajo es mi función vital; cuando no trabajo, no siento la vida en mí". Lee y anota todas las publicaciones científicas de su época, y tiene un enorme archivo de 25,000 fichas de consulta. El fantástico folletinista tiene que ajustarse al rigor de la ciencia. Cuando los sabios se precipitaron sobre *De la tierra a la luna* —entre ellos el famoso astrónomo Jassen— con el ánimo de desmenuzarla, se encontraron con cálculos exactos. Verne los había hecho revisar por su amigo Garcet, catedrático de matemáticas, sin permitirse la

menor desviación. El romántico subjetivista tiene por tema, no los deliquios de un alma o el drama histórico remoto, sino el mundo exterior, actual, real, tangible, absolutamente objetivo. En su obra describe casi todos los países, presenta todos los inventos conocidos, predice los posibles, y aborda los grandes problemas científicos que apasionan a su tiempo: la conquista del Polo, el enigma del mundo subterráneo, el vuelo más allá da la tierra, la navegación aérea dirigida... Esto es, se obliga al realismo. En Balzac, el realismo entra en el orbe romántico reinante por medio del hombre y la sociedad, por "la comedia humana". En Verne por la realidad exterior, por el hecho auténtico, tratado con rigor científico.

Verne es un hombre de ciencia, que hace literatura, romántica y popular. Esto es, un orbe contradictorio, y la contradicción es siempre fecunda. La contradicción es la vida y su infinita riqueza. Un mundo, una sociedad, un hombre sin contradicciones está muerto, disecado, es la momia bien conservada y clasificada. La integración total es siempre la beatería, de cualquier clase y color. La gran contradicción de su tiempo, ya señalada, está dentro de él, vive en él, es él. Y le hace fértil, vario, perenne. Por sus contradicciones formativas, Verne es un humorista. El ver con criterio romántico la realidad auténtica y estricta le lleva hacia el humor, al autor y a sus personajes. La excentricidad, casi permanente de éstos, es su máscara y el vehículo de su humor. Para el autor constituye el portillo de la fantasía, la coartada romántica del científico. Por su contradicción fundamental, Julio Verne siente la multiplicidad de la vida, del hombre, del universo entero. Es decir, es un poeta.

Y eso es lo que le sitúa por encima de toda contingencia. Casi todas sus profecías están superadas: *Cinco semanas en globo* o *La vuelta al mundo en ochenta días,* cuando un avión la da en unas pocas horas, sin escalas. Están continuadas y actualizadas en la ciencia ficción, la C. F., ese gran género de nuestro momento, que llena miles de novelas, con millones de tirada, las historietas de periódicos y revistas, el cinema y la televisión, con públicos que se cuentan por miles de millones... La C. F. narra hechos y hace profecías de hoy, de mañana, no de ayer. El F. B. I. norteamericano ha caído varias veces sobre los libros de ciencia ficción, creyendo en una filtración de secretos científicos de la defensa nacional, cuando eran adivinaciones exactas de la fantasía de un escritor. A mi lado, un niño de seis años está pidiendo un regalo a sus padres: "Un equipo de astronauta

y una pistola telecero de rayos desintegradores". La jerga técnica de la ciencia ficción es el lenguaje infantil de hoy, que ha sustituído al de viajes, y exploraciones de Verne, como éste sustituyó al de los cuentos de Grimm y Andersen, con sus bosques, sus elfos y sus hadas.

Pero la obra de Verne sigue viva, porque su valor está por encima del dato, la cita y la predicción. Verne recoge aquel ambiente de fines del siglo XIX, exaltado, puro, esperanzado, luchador y altivo ante la naturaleza, para hacerlo poesía. Más aún, Verne logra en su obra un valor universal y permanente: la síntesis poética de su mundo. Que es el nuestro, racionalista, cientifista, experimental, investigador, técnico, mecanizado. La síntesis poética de nuestro mundo y del inmediato previsible: la inmortalidad poética para la ciencia. Nada menos.

Esto es lo que pone su obra por encima de la ciencia ficción actual. Ésta es de una precisión a veces maravillosa —el legado de Verne—, pero es fragmentaria, especializada, parcelaria. Ha perdido la altivez que tuvo en el siglo XIX, se siente peligrosa y se ha tornado siniestra. En sus últimas obras, Verne vio este lado amenazador de sus predicciones, con locos y catástrofes: *Los quinientos millones de la Begum*, *Robur el conquistador*, *Frente a la bandera*... Y se ha tornado siniestra porque se ha dado a la ciencia y a sus técnicas un alcance sobrehumano, sobrenatural, mitológico. Porque el hombre ha perdido su control. Seres interplanetarios, bacilos gigantes, plantas devoradoras e inteligentes, monstruos con la fuerza del robot y la malignidad del hombre... La vieja savia sube por el árbol nuevo, recuperando las posiciones perdidas, adulterando las conquistas ya irrevocables. Le falta, sobre todo, a la ciencia ficción actual de gran idea, de amplitud cósmica y generosidad humana.

Verne la tiene, y esto le hace eterno. Esa idea, ese valor puro, el hontanar de toda su gran poesía, donde se logra la gran síntesis y se produce la alta generosidad es esto: comprender. Contra el viejo afán de dominar la nueva pasión de comprender, contra la obsesión de conquistar el placer de investigar, contra aterrar, el explicar, contra el destruir, construir... Nunca el hombre ha tenido más pasión constructiva que hoy, y los contragolpes de las grandes guerras no son más que la impronta negativa de ese inmenso ideal. Y nunca el hombre ha tenido más afán de construir, porque nunca tuvo tal necesidad vital de comprender. Antes, para comprender tenía que creer;

hoy, para creer, tiene que comprender. La nueva fe, el gran giro de la inteligencia humana, en milenios de evolución.

De esta gran idea de nuestro tiempo, implícita en su obra, y en su vida, y en su conducta personal, en todo, aflora su arte, surge su poesía. ¡La gran idea del presente, del futuro, de un universo que aparece, hecha poema! El ensueño de otra Edad de Oro para los hombres, el héroe nuevo, pacífico y constructor, capaz de realizarla, la gran visión de un mundo que llega, y el poeta sencillo, popular, directo, pleno de sinceridad y de fe, que se pone a cantarlo. El profeta lo es por lo que tiene de poeta. Y por eso, Julio Verne ha hecho el mundo en que hoy vivimos con su pluma de escritor, de artista de nuestro tiempo.

*Dimensión Imaginaria*

# DOLOR TRAS DOLOR

Por *Jorge* GUILLEN

I

De súbito,
Dominando una masa de ciudad
En calor de gentío,
Surge con atropello
Clamante, suplicante,
Gimiente,
Desgarrándolo todo,
La terrible sirena.

¿Qué, qué ocurre?
¿Quién está agonizando
Muy cerca de nosotros, ahora mismo?
¿Dónde el mal, sus revólveres, sus llamas?
La sirena se arroja,
Va tras la salvación,
Con apremiante angustia
Se impone.

Pasa hiriendo el minuto:
Alarido brutal —que nos concierne.
Pide atención a todos sin demora
La alarma, tanta alarma.
Y un dolor invasor ocupa el ámbito
De la calle, del hombre.

## II

SUENA, suena el lamento y no concluye
Jamás.

Lamentándose cruza quien padece
Dolor.
Un dolor siempre injusto,
Aplicado con saña
—Absurda saña y seña del azar—
A destruir el ser y su entresijo
De afirmación divina.

Y el dolor va aguzando
Sus bestias,
Y entre garras y babas repugnantes
Descompone, deforma,
Reduce a torvo apoyo de la crisis
El cuerpo del enfermo y con escándalo
Se le derrumban muchos equilibrios.

Dolores y dolores
Pérfidos, eficaces desde minas
Remotas,
O de repente brutos,
Bajo las armas de unos enemigos
Que serán victoriosos.
Dolor en esa pulpa
De nuevo mancha derramada, magna,
Dolor y su aguijón inquisitivo,
Su fijeza perversa,
Dolor hasta locura.

Y el loco,
Abandonado a soledades ínfimas,
Por entre sus barrotes,
Allá en la Sinrazón
Y su gritado espanto.

Y esos casi ya locos, que deliran
A fuerza de razones,
Ciegos bajo su luz,
Desesperados ante el mundo inerte
Que resiste al delirio de una lógica.

Allá, muy dentro de amorosa cárcel,
Ese que así aprisionan tantos celos:
Visiones en el lóbrego vacío.

Dolor de quien persigue
Sufriendo con su víctima.
Y la cólera estalla vanamente
Contra visible muro:
La reserva del mísero perdido,
Refugiado muy lejos,
Allende las torturas.

Aquél se indigna tanto
Que el curso enronquecido de su voz,
Inútil,
Se extingue a ras de tierra.

Esos otros se callan.
Su talante paciente
Se erige acumulando una aflicción

Sin alivio expresivo.
Saliva
No acude ya a la boca
Del recién prisionero,
Sin nadie en el montón del calabozo,
Remotísimo siempre
Desde sus lontananzas de Sahara.
Calabozo de arena sofocante...
Para el quejido, tácito,
No hay cauce de consuelo,
O tal vez muy profundo
Durante aquellas horas aterradas,
Hundidas.

¡Una noche más!

Se espera.

Nuestro espíritu asciende, mira abajo,
Donde todo se mezcla y nos encumbra,
Firmes entre unos puños salvadores,
Dentro de pena y vida consumada.

III

MARCHA el coche, veloz,
Tajante,
Abriéndose camino
Con tal celeridad que es ya congoja.

Melodía agudísima
Se ahila refinando
Su precipitación por amarillos
Que se distienden, se disparan, braman,
Y todos los clamores
Lanzados o posibles

Son un solo clamor en que se yerguen
—Un solo monstruo al fin—
Todas las criaturas.

A toda la ciudad
Recorre por la entraña
De cimientos, olvidos,
Tinieblas
Algo que escalofría,
Común.

Una red hay, total, de nervaduras.
Se conmueve la red.

IV

CAMPO de humillación,
De concentrada humillación, de agravio
Completo
Contra la carne, contra la persona.
Se ahincan las agujas, las injurias
Planeando una extrema
Degradación del alma en su retiro.
Entre aquellos alambres
El lento asesinato va extendiéndose
Por cámaras
De gas y de razón,
Y los ayes son humos
Frente a nuestra vergüenza.
Contemplad esos humos nunca extintos.
Siempre están elevándose.

Los aviones manchan el espacio
Con éxito sonoro.
Crujen y se desquician
Figuras de follajes, de edificios,
De gentes: una sola
Multitud esfumada
Bajo las explosiones del estudio,
Entre los fuegos del entendimiento.
La Tierra arde en principios,
En cruces
Y choques de intereses. Ruinas, ruinas.

Hay fábricas
Que muchas manos mueven a compás.
¡Los números!
Mentales, no se ven
Mientras ejercen su potencia: mandan.
Sin el empuje de una vocación,
Muchos, muchos laboran.
Pequeños se columbran los fanales
Cristalinos, arriba, directores.
¡Crisis! Arrecia, cubre continentes.

Clamor en el silencio
De los más miserables.
Nada, nada: ni mano en servidumbre
Ni ofrecido sudor.
Pan es sólo mendrugo.
Lecho es sólo intemperie sobre losas
Nocturnas de arrabal.
Borrando sus contornos aquel orbe
Retrae forma y dádiva.
Realidad, no, materia
De anulación, de asfixia

Para el pobre, solemne,
Gusano ya en andrajos con gusanos.
De ese amontonamiento
Se levantan miradas. ¡Ay! Perforan
Todos los paraísos.

No hay surtidor más alto
Que la gran injusticia: funde estrellas,
Apaga los destellos más felices.
Del oprimido más sumiso parte
Sin temblar una voz que todos oyen
—Si no todos escuchan.

Y la sirena silba.
Rauda tribulación
Modula su plañido
Con un retorno que nos va doliendo
Más, más.

Sufre el amor que es sólo amor y dicha,
Y desde el odio sufre quien lo asesta.
Y ese envidioso: roe y se corroe.
Y los llamados sufren, no elegidos.
(Llamó algún sol cruel).

Y ese Yo, tan mayúsculo
Que a su propia cadena se condena,
Y ése que de su espejo nunca sale.

Dolor en el vacío de sí mismo.
Y en el otro que toca con las manos
El vacío tangible

Que su mente descubre:
La vida,
Nauseabunda vida vomitada.

Y los remordimientos, la conciencia.
El hombre frente a Dios. Sin Dios, el hombre.

Dolor perversamente deleitoso.
Dolor que duele, serio,
Hijo de azar, de mal,
De creación y destrucción, perenne:
Alzando las columnas de sus iras
Pide su libertad
De ser entre los seres,
Sin cesar soñadores de salud
Entre asedios de injustos.

Dolor en brega siempre
Contra ese inicuo No.

Dolor en que lo humano se aquilata
Mientras el hombre crece.

Dolor de redención sobre las cruces.

Aún gime la sirena. . .
Dolor y su clamor bajo los cielos
—Que a toda la ciudad
Abarcan y cobijan con su bóveda.

# LA DIOSA Y LA TINIEBLA

Por *Emilio ORIBE*

I

De pie,
entre sombra,
que me encubre entero,
miro en un puente
el gnóstico pasaje
del Tiempo.
Si su espuma es un ultraje,
heraldo es de un relámpago que espero.

De pronto,
un rayo llega a mí,
certero, de todo abismo.
Entre el fugaz oleaje
de alguna estrella
cumple el áureo viaje
que va del Todo
hacia el constante cero.

Y este esplendor que llega
me fecunda!
Es la evasión del límite.
Me inunda
con la semilla de una luz copiosa,

que eterno me hace.
¿Frente al fluir que muere
a mis pies,
lo divino me confiere
un cetro?
¿He de morir sobre una diosa?

II

MAS la diosa usa máscara.
¿Es tan bella?
Tiembla! Se oculta.
No los mundos guía.
Ni es libro de verdades,
mi armonía
de formas.
Va entre el légamo y la estrella.

Su reino es el crepúsculo.
Allí sella
con un sollozo
la abismal teoría
del cosmos. En la errante geometría,
sobre el piélago anónimo
descuella.

Esa diosa encubierta
¿de quién huye?
¿Teme a la muerte?
En su beldad obstruye,
un fuego helado, permanente idea.

El rostro inmóvil
de la diosa oscura
en mi pecho se acoge.
¿Qué marea
viene hasta mí, a destruirte, oh mi criatura?

III

Sobre la diosa
me quedé abstraído.
Fue el éxtasis
de un lúcido torrente.
No vi el vejamen,
no empañé la fuente
de tanto enigma,
en la conciencia intuído.

Sobre los labios
de la diosa, el ruido
del orbe,
fue una música inmanente.
El pretexto del astro
y la serpiente
en ella fue otro dédalo fingido.

En sus flancos
volví a escalar espumas
tan fuertes como rocas.
Densas brumas
se agolparon de pronto
en lo pensante.

¿La diosa?
    Fue el despojo de un santuario.
Su beso eterno,
        un vagabundo estuario.
Su cuerpo enorme,
        un tenebroso instante!

# WHITMAN Y CHOCANO. UNAS NOTAS

Por *Marcelino C. PEÑUELAS*

DESDE que el poeta peruano José Santos Chocano dijo aquello de "Walt Whitman tiene el norte, pero yo tengo el sur", se ha querido ver en su obra cierta influencia del poeta norteamericano, cierto parecido entre los dos. Es tiempo perdido. Por muy buena voluntad que en ello se ponga el lector se da cuenta desde los primeros versos que se trata de dos poetas diametralmente opuestos en cuanto a la forma e irreconciliables en lo relativo a la musa que los inspira.

Cuando esto ocurre, es decir, cuando la obra de dos artistas presenta hondas diferencias en la esencia y en la expresión se puede afirmar sin temor a equivocaciones que como hombres serán también muy distintos. En este caso Whitman y Chocano, como hombres "de carne y hueso", confirman plenamente la impresión de disparidad que nos produce la lectura de sus creaciones. El solo hecho de ser norteamericano uno y el otro hispanoamericano es altamente significativo a pesar de que una comparación basada en hecho tan general y vago como el de la nacionalidad, aunque aclare ciertos puntos, puede inducir fácilmente a apreciaciones falsas; sobre todo tratándose de dos artistas.

No hay duda que la personalidad del escritor se trasluce a través de las páginas de su obra. El lector atento va formándose, inconsciente o conscientemente, una imagen interior del autor que naturalmente tendrá la limitación y alcance relativo de las apreciaciones personales. Pero esta imagen, más o menos clara, más o menos fiel, será válida para el lector y le proporcionará un directo conocimiento de su espíritu. En cierto sentido más valiosa que una simple biografía la cual nos suele presentar la imagen del escritor a través de la interpretación ajena y personal del biógrafo. A este respecto es conveniente tener presente lo que el mismo Whitman sabiamente, y curándose en salud, nos advierte:

When I read the book, the biography famous,
And is this then (said I) what the author calls a man's life?
And so will some one when I am dead and gone write my life?
(As if any man really knew aught of my life,
Why even I myself I often think know little or nothing of my real life,
Only a few hints, a few diffused faint clews and indirections
I seek for my own use to trace out here)

("When I Read The Book, de *Leaves of Grass)*

Al leer las páginas de *Leaves of Grass* la impresión de estar en contacto con el autor es muy viva. El extenso volumen constituye uno de los poemas más francos y personales que se han escrito, empapado frecuentemente de una extraña sinceridad que alcanza el candor de lo ingenuo. Hasta el punto que se puede considerar como una fiel imagen del alma del poeta quien nos dice con fuerza mucho de lo que es y bastante de lo que quisiera ser. El propio Whitman nos confirma esta impresión:

Camerado, this is no book,
Who touches this touches a man,
(Is it night? are we here together alone?)
It is I you hold and who holds you,
I spring from the pages into your arms. . .

("So Long", de *Leaves of Grass)*

Parece ser que a Whitman le inquietó siempre lo que el mundo pudiera pensar de él y de su existencia, hasta convertirse esta preocupación en algo obsesionante. Su vida, por lo menos lo que de ella conocemos con certeza, se nos presenta prosaica y sin color, lo cual no debe cambiar en lo más mínimo la opinión que se tenga de su obra poética. Pero algunos retratos biográficos más o menos "oficiales" han querido presentarnos a un Whitman distinto. De aquí que sus andanzas por el mundo estén rodeadas de mitos que él mismo, sintiéndose halagado, contribuyó a fomentar y a difundir con entusiasmo. Vanidoso en extremo, como buen artista, alcanzó en este aspecto extremos en los que de nuevo su ingenuidad sale a relucir en forma pueril. Basta recordar los artículos anónimos, laudatorios hasta el límite, que escribió sobre sí mismo, publicados

en diversos periódicos contemporáneos; y la preocupación, en los últimos años, por su propio mausoleo. . .

Pero a pesar de los numerosos hechos que oscurecen en cierta forma su vida no deja de aparecérsenos siempre tal como era, como un perfecto bohemio. Perezoso, hasta el extremo de no poderse nunca someter a un trabajo ordenado y regular; indolente, abúlico, descuidado. . . Siempre encerrado en sí mismo, viviendo su vida interior en su propio e impenetrable mundo poético. Únicamente su obra, donde el coloso asoma, nos presenta desnudo y sin tapujos al auténtico Whitman, sobre todo cuando nos habla en tono confidencial, íntimo, cosa que ocurre frecuentemente. Su grandeza poética con ello, en vez de achicarse, se agiganta cobrando dimensiones cósmicas. Es entonces cuando nos confiesa:

I loafe and invite muy soul,
I lean and loafe at my ease observing a spear of summer grass

("Song of Myself", 1855, de *Leaves of Grass)*

Y cuando nos damos cuenta que su vida es pura contemplación, llena de una mística y amorosa corriente cordial hacia todo lo creado.

De las andanzas de Chocano por el mundo sabemos mucho más que de las de Whitman. Y en todo aparece como la antítesis del poeta norteamericano. Es una vida la suya llena de acción, color, intriga; una verdadera e interesante novela de aventuras. Viaja constantemente por Centro y Sur América, España y Norteamérica; político y diplomático de renombre; amigo personal de jefes de gobierno y de revolucionarios como Pancho Villa, en cuya tienda de campaña recita sus poemas. Expulsado de varios países, sufre persecuciones y encarcelamientos. En Guatemala está a punto de ser fusilado al caer del poder el dictador Estrada Cabrera de quien es consejero. Salen en su defensa el Papa, el Rey de España y varios gobiernos americanos, y se salva. Gana enormes fortunas recitando públicamente sus versos y las despilfarra en breve tiempo. Se casa tres veces. Insolente y pendenciero, riñe y mata de un tiro al joven escritor peruano Edwin Elmore quien le agrede justamente indignado porque Chocano insulta de forma violenta la memoria de su padre. Arrastrado por su afán de aventuras se dedica a la búsqueda febril de tesoros ocultos, rodeándose de augures, hechiceros, gitanos y espiritistas. Finalmente, en San-

tiago de Chile encuentra la muerte en forma violenta, novelesca, como había sido toda su vida. Es asesinado a cuchilladas en un tranvía por uno de sus socios que se cree traicionado en la fantástica empresa de los tesoros... Muy fuerte físicamente y de una extraordinaria capacidad de trabajo obró siempre, en lo bueno y en lo malo, con incontrolable energía. Fue agresivo, orgulloso, insolente, impulsivo; le atraía la lucha por el placer de luchar; tenorio incorregible también como Don Juan llevaba el escándalo consigo. Su triunfo como poeta fue, siguiendo la misma pauta, explosivo y violento. Amaba la ostentación del espectáculo brillante y ruidoso:

Confieso que, aunque yo amo las pompas coloniales,
a las más finas cuerdas prefiero los metales;
tal doy con mis clarines imperativas dianas;
y, entonces, sacrifico mis bellas baratijas,
como los viejos nobles que echaban sus sortijas
al bronce destinado para fundir campanas...

("La musa fuerte", de *Alma América)*

De aquí que en sus versos destaque la nota grandilocuente, sonora y efectista. Es parte inseparable de su personalidad y por eso hay en Chocano mucho de gesto, tanto en su vida como en su obra. Admiraba sin reservas al pavo real.

Debido a ello se ha señalado como defecto de su poesía la ausencia de intimidad. Son versos para ser recitados en voz alta ante el gran público, para ser aplaudidos a cañonazos, como decía Menéndez y Pelayo de los del poeta argentino Víctor Andrade. Su tono es épico, como son también los temas que trata en su gran mayoría. Canta las glorias de su raza, las de sus héroes; la grandiosa geografía de América con sus inaccesibles montañas y sus vastos e interminables ríos. Y su poesía alcanza frecuentemente la majestad sonora y colorista de lo descrito. Son descripciones de espectador, de un formidable espectador que maneja la imagen y la metáfora con maestría; además de la rima que no tiene secretos para él. Así su poesía resulta más elocuente que íntima, como ya dijo Unamuno. No en balde admiraba sin reservas a Núñez de Arce, a Quintana, a Víctor Andrade y a Salvador Díaz Mirón. Y no hay más que leer sus libros *Iras santas* o *Selva virgen* para notar que se complacía en seguir los pasos de estos poetas románticos. Hay en su extensa obra algo también de poesía

íntima y personal, como en *Azahares*, en *Poemas de amor doliente* y en algunas composiciones de otras obras. Pero incluso en estos casos en que Chocano contempla su propia alma y canta a media voz, hay en sus versos el ímpetu latente de lo épico que lo aparta de la serena y tranquila contemplación mística. Él mismo lo reconoce, y lo dice muchas veces:

La última gota de leche en mi boca
se hizo hiel, y el alma me llegó a amargar,
porque el primer paso que ensayé, al soltarme
de la protectora mano maternal
fue un presagio triste, pues caí en los brazos
que hacia mí extendiera viejo militar
y para apoyarme le cogí la espada,
que llenó mi vida de un fragor marcial...

("Nocturno del hijo del rey", de *Oro de Indias)*

El peligro atráeme;
y los horizontes me llenan de afán...
Quiero estar tranquilo,
sin poderlo estar:
siento que me mata
la tranquilidad.

("El nocturno de la nueva despedida", de *Oro de Indias)*

La poesía de Chocano, por tanto, no necesita la colaboración del lector. Todo en ella está claro, libre de dudosos matices. Precisamente lo contrario de Whitman cuya ambigüedad ha sido criticada en ocasiones, sin reparar que es la verdadera esencia de su poesía. Whitman solamente sugiere y, por eso, exige bastante del lector. Aunque nunca tanto como expresa la desacertada e hiperbólica afirmación del gran escritor noruego Knut Hamsun, que siempre atacó con fiereza a Whitman, cuando dice que se necesita por lo menos dos veces más inspiración para leer sus versos que para escribirlos. Debe perdonarse el extremo apasionamiento con que el escritor noruego se expresa en esta ocasión por ser corriente entre escritores y artistas al hablar unos de otros.

La poesía de Whitman es ambigua en extremo, sí; profundamente íntima y personal. Sus imágenes resultan huidizas y vagas. Incluso cuando habla de cosas concretas, montes, ríos,

ciudades. . ., en tono aparente de vivo realismo, hay en su palabra fuertes y fugitivos matices alegóricos y subjetivos, siempre inseparables de su intención poética que apunta al espíritu de las cosas más que a las cosas mismas. El poeta lo dice claramente en el prefacio a la edición de 1855 de *Leaves of Grass* cuando confiesa que aspira a un estilo "trascendent and new", que debe ser "indirect and not direct or descriptive or epic", es decir, "the medium that shall well express the inexpressible". Y añade:

> . . .but folks expect of the poet to indicate more than the beauty and dignity which always attach to dumb real objects. . . they expect him to indicate the path between reality and their souls.

De aquí que la poesía de Whitman aparezca frecuentemente impregnada de vagas imágenes que parecen flotar en lo subconsciente, que nos llega como en sueños. No es extraño, por tanto, que alguien quiera ver en su obra un principio de surrealismo poético. Y que siempre haya tenido violentos detractores al mismo tiempo que entusiastas seguidores. Estos últimos han querido ver en él mucho más que un gran poeta convirtiéndolo en filósofo y hasta en profeta. Pero nada hay en él sistemático ni lógico ya que es, sobre todo, un lírico; más todavía, un místico. El mismo Tagore ha dicho que es el poeta americano que mejor capta el misticismo oriental.

Rechazando todas las técnicas convencionales y en su ansia de ser "nuevo" y "moderno" acaba, como otros grandes artistas, por encontrar la renovación de su estilo al bañarlo en las aguas claras del pasado. Es decir que no inventa nada, y en la forma refleja la simplicidad y fuerza reiterativa del estilo bíblico, como algunos críticos han observado. Todo lo contrario de Chocano cuyos versos están libres de ambigüedades e impregnados de un barroquismo romántico.

Pero al considerar la "simplicidad" del estilo de Whitman nos sorprende una elocuente paradoja. Cuando él dice en el prólogo citado a la edición de 1855 de *Leaves of Grass:*

> The art of art, the glory of expression and the sunshine of the light of letters is simplicity. Nothing is better than simplicity

aspiraba a que su voz llegara a ser una especie de evangelio para el hombre de la calle:

The youg mechanic is closest to me, he knows me well,
The woodman that takes his axe and jug with him shall take me with him all day,
The farm-boy ploughing in the field feels good at the sound of my voice,
In vessels that sail my words sail, I go with fishermen and seamen and love them.

("The Song of Myself", sección 47, de *Leaves of Grass)*

Y a pesar de sus nobles intenciones "democráticas", ni el mecánico, ni el leñador, ni el agricultor, ni el marinero leen su obra ni pueden entenderla. Su voz como de gran poeta encuentra eco solamente en minorías cultas, en espíritus de cierto refinamiento. En este aspecto también la obra de Chocano tiene dirección y alcance distintos; de ahí su éxito fácil declamada ante el público. Aunque esto no quiere decir que la obra de Whitman carezca de valor declamatorio. La palabra hablada fue siempre el ideal del poeta y caracteriza su bello poema "Song of Myself" como "a new and national declamatory expression". Habla frecuentemente en su obra de un "vocal style" y el "orator" aparece en ella como una figura idealizada. Por ello hay que considerar *Leaves of Grass* como la obra de un hombre hablando para apreciar del todo su valor. Whitman mismo lo advierte en varias ocasiones. Pero hablando en tono sencillo, de conversación, sin gestos, sin ahuecar la voz, sin altisonancias; en ello radica la diferencia con el verso sonoro y grandilocuente del poeta peruano.

Además, Chocano, con definido espíritu romántico vive, siente y canta el pasado:

Historia: eres mi amante. Yo vivo enamorado
de ti. Mi verdadero presente es el pasado...

. . . . . . . .

...debí yo haber nacido no en esta edad sin gloria,
sino en un tiempo heroico que nunca volverá...

("Anacronismo", de *Fiat lux)*

Mientras que Whitman, siempre de espaldas al pasado, dirige su mirada al presente y al futuro: "The modern man I sing", dice en "One's-Self I Sing" de *Leaves of Grass;* y en otro poema, "To a Historian", de la misma obra pregona:

> . . .I, habitant of the Alleghanies. . .
> Chanter of Personality, outlining what is yet to be,
> I project the history of the future.

Se ha dicho que la forma poética de Whitman es intuitiva. Puede ser. Pero no cabe duda que estaba conscientemente preocupado por ella hasta el punto de que se creyó obligado a explicarla y a justificarla. En el citado prefacio de *Leaves of Grass* expone con el estilo que le caracteriza su teoría poética. Es conveniente reproducir el párrafo completo por ser de suma importancia para comprender la postura del poeta:

> The poetic quality is not marshalled in rhyme or uniformity or abstract addresses to things nor in melancholy complaints or good precepts, but is the life of these and much else and is in the soul. The profit of rhyme is that it drops seeds of a sweeter and more luxuriant rhyme, and of uniformity that it conveys itself into its own roots in the ground out of sight. The rhyme and uniformity of perfect poems show the free growth of metrical laws and bud from them as unerringly and loosely as lilacs or roses on a bush, and take shapes as compact as the shapes of chestnuts and oranges and melons and pears, and shed the perfume impalpable to form.

Whitman llevó esta teoría a su total realización. Aunque el verso libre tiene manifestaciones anteriores a las del poeta norteamericano, fué él quien ha llevado tal forma a su consagración definitiva en la poesía moderna. Sus detractores suelen decir que sin metro y rima no hay tal poesía, que se trata de prosa arbitrariamente cortada en líneas; sin observar que el buen verso libre está tan lejos de la prosa como el verso tradicional. Sobre todo en el caso de Whitman en cuya poesía la unidad formal es la línea, el verso, con ritmo, sentido y valor propio, sólo dependiente de la armonía total del poema. En este sentido la obra de Whitman puede considerarse como una vigorosa reacción contra el metro y la rima tradicionales, convencionales, que forman parte inherente de la poesía de Chocano.

Whitman es considerado como el auténtico intérprete del alma de su país. En *Leaves of Grass* late un simbolismo profundo que llega a las raíces y corazón del alma norteamericana. Esta obra, intensamente nacional y al mismo tiempo (y quizá

por eso) repleta de sentido universal, es la que lleva al mundo, por primera vez, la vigorosa y joven voz de su país. El americanismo de Chocano, aunque indudable, es más exterior, más superficial, con demasiado ornamento para que cale hondo. Su grandilocuencia lo pierde. Y aunque también poeta de calidad no tiene ni remotamente, nada en común con el bardo norteamericano.

# AMERICANOS EN EUROPA

Por *Juan LISCANO*

*País y poesía de Jorge Carrera Andrade*

JORGE Carrera Andrade vive en París desde hace unos cinco años. En ese período ha publicado textos poéticos que han de ocupar puesto preponderante en su obra lírica y también un volumen sobre la Conquista y la Colonia en el Ecuador en el que se juntan la seriedad documental y la virtud literaria.

Los textos poéticos consisten en composiciones de cierta extensión aparecidas en libros o revistas y traducidas al francés. Esos poemas son: *Dictado por el agua* (1951), *Familia de la noche* (1952) y *Las armas de la luz* (1953). A esos poemas sería preciso añadir la *Elegía a Pedro Salinas* escrita con motivo de la muerte de éste, pero aún no vertida al francés.

Los dos primeros poemas fueron traducidos con esmero y exactitud por el joven hispanista francés Claude Couffon[1] y forman parte, junto con otras de épocas anteriores, de la selección que con el nombre de *Dictado pro el agua* publicó Pierre Seghers en su acreditada colección bilingüe *Autour du Monde*, destinada a divulgar en Francia los nombres de los buenos poetas extranjeros.

En su entrega de marzo-abril 1955, *Cuadernos Americanos* insertó "Las armas de la luz", composición inédita hasta entonces en Hispanoamérica ya que en francés, el excelente poeta belga Fernand Verhesen la había traducido con admirable acierto y la había publicado en edición de lujo a tiraje limi-

[1] Claude Couffon ha traducido las *Gacelas y Casidas* de García Lorca, para la Editorial Gallimard, poemas de Nicolás Guillén, Vicente Gerbasi y el autor de este trabajo, para la colección *Autour du Monde* de Pierre Seghers. También *Platero y yo* para la misma editorial. Además dirige una colección llamada *Cuadernos Latines* que imprime la Editorial Caracteres de París. A Couffon se debe la revelación de lo sucedido a García Lorca en el lapso comprendido entre su detención y su fusilamiento, así como la ubicación del sitio en que fue ejecutado.

tado con presentación de Jean Cassou.[2] La *Elegía a Pedro Salinas* formó parte de los poemas que el propio Carrera Andrade recogió bajo el título de *Familia de la noche* para la Colección Hispanoamericana de París, de corta duración.

El volumen sobre la historia del Ecuador lleva por título *La tierra siempre verde*. Es el segundo tomo de la obra completa que se denominará *El camino del sol* y comprenderá otros libros: *El fabuloso reino de Quito*, referente al Ecuador precolombino, *La república de los generales* y *Galería de Místicos e insurgentes*. Esta obra ya escrita será publicada en francés, en un solo tomo, por la Editorial Plon.

Las precitadas publicaciones, aunque diversas en intención y en alcance, afirman un mismo dominio del estilo y del lenguaje literario.

### *Los poemas*

CARRERA Andrade forma parte de esos poetas que le confieren valor de unidad de creación al poema. Es decir, que conciben el poema como microcosmo, como suma, como entidad suficiente, como objeto.

Desde este punto de vista el poema debe fundir y fundar la totalidad del sentir poético. Se presenta como una síntesis. Es parte de un todo pero ese todo está resumido en esa parte, como el agua que en cada una de sus moléculas contiene la fórmula de toda el agua sin ser el agua toda.

No todos los poetas toman el poema como objeto, como unidad de creación: figura que delimita el espacio, escultura que se basta a sí misma. Por el contrario el poema puede ser capítulo, pedazo, jornada como sucede en la poesía épica y entonces no existe aisladamente, en sí mismo, sino en relación con el resto. Pero también puede perder su valor de unidad, su función de objeto. Hay una manera poética comparable a la fuga. La invención poética, entonces, gira sobre un tema

---

[2] Fernand Verhesen, además de su obra poética de indudable jerarquía lírica —más de seis poemarios— ha cumplido una labor fecunda y amplia en el campo de la traducción al francés de poesía de habla española. Señalamos sus traducciones de las poesías líricas de Lope de Vega, su *Pequeña antología de la poesía española contemporánea*, sus estudios sobre los *Autos sacramentales de Calderón*. Además ha traducido poemas de León Felipe, Vicente Huidobro y Jorge Carrera Andrade.

repetido por diferentes tonos. Generalmente, cuando el poeta procede por medio de síntesis el poema adquiere valor de objeto, de unidad. En cambio ese valor desaparece cuando el procedimiento —fruto, es preciso advertirlo, de la sensibilidad espontánea y rara vez de una escogencia preceptiva— recuerda las variaciones sobre un mismo tema de la Fuga. En este caso se trata de una poesía de variaciones, largos desarrollos, entretejidos complejos. En el primer caso, el tema queda circunscrito y traducido mediante símbolos y fórmulas. En el segundo caso el tema queda, hasta cierto punto, disuelto, alargado, repetido. Pero se obtiene el encantamiento. Poesía de síntesis, poesía de fuga.

Algunos poetas españoles de Andalucía, tierra largo tiempo dominada por los árabes, ofrecen ejemplos patentes de esa poesía de encantamiento y variaciones que parece seguir el dibujo caprichoso del arabesco. Juan Ramón Jiménez, en estos mismos *Cuadernos Americanos*, publicó hace ya algunos años, un extenso poema que pudiera ser tomado como ejemplo acabado de fuga poética. Alberti, en casi toda su obra procede por variaciones y delicadísimos dibujos entretejidos. Sus canciones parecen una guirnalda de ecos. En cambio un poeta como Antonio Machado, pese a ser andaluz, procede de otra manera. En América, *El canto general* del asombroso Neruda se presenta como una sucesión de frescos pero también como una grandiosa fuga en tono de epopeya. Rubén Darío, el torrencial Rubén Darío, se encerraba deliberadamente en una concepción del poema tomado como todo, como suma.

El propósito perseguido con esta disgresión es el de señalar a Carrera Andrade como poeta creador de poemas objetos, de poemas entidades como declaraba César Vallejo al escribir: "Un poema es una entidad vital mucho más orgánica que un ser orgánico en la naturaleza. A un animal se le amputa un miembro y sigue viviendo: a un vegetal se le corta una rama o una sección del tallo y sigue viviendo. Si a un poema se le amputa un verso, una palabra, una letra, un signo ortográfico, muere". Me atrevo a añadir que semejante declaración no puede rezar con todas las formas de la poesía sino, como lo dice Vallejo, con el poema entidad. Porque hay textos poéticos y poesías que soportan la amputación de una palabra, de un adjetivo e inclusive de un verso. Sirvan de ejemplo los textos de la poesía surrealista, los cuales soportan amputaciones y no pretenden a ninguna esencialidad, a ningún absoluto poético,

a ninguna autonomía creadora como lo exigía el "creacionismo". Recordemos que Huidobro declaraba que un poema era un "fenómeno particular", "distinto y diferente de todos los otros fenómenos". De ahí la condenación que hiciera del surrealismo para el cual la poesía era un simple "medio". La definición vallejiana que hemos transcrito es de pura inspiración "creacionista".

Los poemas entidades de Carrera Andrade refunden su experiencia y sus estados de existencia poéticos. Son síntesis de idioma, de sentimiento y de pensamiento líricos. Así *Dictado por el agua* (1951), poema en que las imágenes se concadenan en torno a la idea de la soledad como espíritu del agua, como envoltura del alma, como transparencia a través de la cual se mira los dominios de la fertilidad. Es la soledad del agua y es la soledad del hombre: soledad habitada. La muerte abre esa soledad hacia las altas fertilidades.

Esta composición que consta de seis estrofas de catorce versos endecasílabos o heptasílabos cada una, rimados de una manera que recuerda las silvas, constituye un todo acabado. El idioma es de una pureza clásica, con toques de preciosismo de buen alarde. Los elementos establecen correspondencia entre sí: se organizan, ocupan su lugar. Aire, soledad, transparencia, pilares de vidrio, flores, galerías iluminadas, fuentes, santuario, gruta de colores, lengua de resplandores, alas, palomas, frescor, caballo azul, aromas, todo ello:

Soledad convertida en elemento.

Cada estrofa organiza de la misma manera imágenes y sustancias terrenales, palabras y adjetivos, con el fin de edificar una arquitectura delicada y resistente que descansa toda sobre una idea fundamental. El agua traerá consigo: cielo en monedas, fortuna de cristal, bosques y prados; tendrá memoria de la altura, pasos mojados, piel de inocencia. El agua-soledad aparecerá como "un doncel":

...oh lirio armado
por azules espadas defendido
gran señor con tu vara de fragancia
a los cuentos del aire das oído.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
De retazos de nube y agua pura

está urdido tu cándido atavío
donde esplenden, nacidos de la altura,
huevecillos celestes de rocío.

El poema siguiendo su desarrollo lírico, de una lógica metafórica asociará la flor con el ave, el ave con la nube, el aire con el aroma, el aroma con las verduras, volverá a la flor —"Sueñas, magnolia casta" y la imagen, de pronto, adquirirá todo su peso y su contorno:

Soledad congelada
hasta ser alabastro. . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Lenguas de soledad, todas las flores
niegan o asientan según habla el viento
y en la alquimia fugaz de los olores
preparan su fragante acabamiento.

Las flores y su destino de "fragante acabamiento" introducen al lector en la meditación de la muerte. La soledad —"Santa de blancura inmaculada"— prepara el advenimiento de ese término inevitable. La última estrofa explica:

¡De murallas que viste el agua pura
y de cúpulas de aves coronado,
mundo de alas, prisión de transparencia
donde vivo encerrado!
Quiere entrar la verdura
por la ventana a pasos de paciencia,
y anuncias tu presencia
con tu cesta de frutas, lejanía.
Mas, cumplo cada día,
Capitán del color, antiguo amigo
de la tierra, mi límpido castigo.
Soy a la vez cautivo y carcelero
de esta celda de cal que anda conmigo,
de la que, oh muerte, guardas el llavero.

El poema concluye sobre esta aceptación de la muerte. La experiencia lírica concluye también, se cumple. De la soledad, como el agua, soledad de espuma, de flor y de luna —recordemos el poema *Soledad marina* (1943) anunciador de éste— sale, en definitiva, la muerte que es quien concluye y liberta.

Este poema de extremada delicadeza, de giros que rozan el preciosismo, de finísimo dibujo, de elaborada musicalidad, de forma culterana, no se queda en ejercicio de lirismo intrascendente, en juego de imágenes sino, por el contrario, expresa una experiencia interior que encara al hombre con la muerte. Los últimos versos: "Mas cumplo cada día... mi límpido castigo", expresan el desencanto estoico al que se aboca el poeta. De aquellas presencias sensuales del mar que cantan sus versos de juventud a esta soledad de agua pura; de aquella euforia a esta lucidez, media toda una vida y se acrisola una experiencia humana.

*Familia de la noche* (1952) consta de 168 versos endecasílabos, alejandrinos o heptasílabos repartidos en octavas y asonantados, generalmente, todos los tres versos. En esta composición Carrera Andrade recuerda, ahondando en las vivencias de su infancia, evocando a sus difuntos, describiendo los fantasmas y las imaginaciones que poblaron sus días primaverales. Se saca de adentro su propia existencia y la transforma en materia poética, la ilumina al resplandor del verbo y del arte. La experiencia sentimental cuaja en cristal de poesía. Dos poemas, años atrás, anuncian *Familia de la noche: El visitante de niebla* y *Segunda vida de mi madre*.

El poeta, al penetrar en su recuerdo mira "un rostro desaparecido" que le habla con sílabas de niebla y entonces se pregunta a sí mismo:

¿Es con tu voz nutrida de luceros
gallo, astrólogo ardiente,
que entreabres la cancela de la infancia?
¿O acaso es tu sonámbula herradura,
caballo anacoreta del establo,
que repasa en el sueño los caminos
y anuncia con sus golpes en la sombra
la cita puntual del alba y del rocío?

Amanece el recuerdo. Despiertan las memorias; avanzan en la luz de un tiempo abstracto y sin embargo lleno del latido del corazón. Las edades, los episodios históricos, los personajes de la Biblia y los héroes, se desprendían de las cromolitografías y en la inocencia imaginativa de la infancia, se confundían con las realidades del paisaje y de la naturaleza quiteñas. Así, la mazorca era un Moisés vegetal en el río; los asnos

parecían volver de la Tierra Santa; Grecia daba lecciones de alada ciencia en el palomar; Egipto andaba en los escarabajos y en los perros perdidos que "la noche convoca"; Heráclito, con su movimiento perpetuo, turbaba la siesta que propiciaba la sombra de la palmera, "noche de oro en pleno día"; las campanas sonaban a Edad Media; las nubes extendían mapas; Colón y Magallanes vivían en una isla, al fondo de la huerta; el crepúsculo alzaba tribus emplumadas; el Amazonas corría por el cielo y en él navegaba Orellana "en su viaje de espumas y tambores":

> Tu geografía, infancia, es la meseta
> de los Andes, entera en mi ventana. . .

Pero el viaje por el recuerdo conduce hasta la madre, más de una vez cantada por Carrera Andrade, fuente de más de una nostalgia viril:

> En esa puerta, madre, tu estatura
> medías, hombro a hombro, con la tarde
> y tus manos enviaban golondrinas
> a tus hijos ausentes. . .

Tras de ella aparece el padre:

> Aquí desciendes, padre, cada tarde
> del caballo luciente como el agua. . .

Finalmente irrumpe la muerte juntando todos los temas, concluyente:

> Mas, la muerte de pronto
> entró al patio espantando las palomas. . .

Anochece, noche de la memoria, símil de la muerte sin esperanza metafísica:

> En el pozo, privado de sus astros,
> noche en profundidad, cielo vacío.
> Y palomar y huerta ya arrasados
> se llaman noche, olvido.
> Bolsa de aire no más, noche con plumas

es el muerto pichón. Se llama noche
el paisaje abolido. Sólo orugas habitan
la noche de ese rostro yacente entre las flores.

*Las armas de la luz* (1953) —171 versos endecasílabos o heptasílabos con rima blanca repartidos en siete estrofas desiguales— es, acaso, el poema de Carrera Andrade que se acerca más al ideal de perfección metafórica, de capacidad visual, de identidad entre forma y fondo, de consagración de la palabra, de densidad conceptual que parecen haber orientado la última década de su ejercicio poético.

Este poema es un monólogo del hombre con el sol, con el día, con la luz tomada como símbolo mismo de la vida. Es una vasta contemplación activa y un himno. En Carrera Andrade despierta el ancestro adorador del sol pero se impone el hombre lleno de su tiempo, de su duda, de su angustia, de su desaliento metafísico. Y sin embargo capaz de cantar, de estar en pie, de transmutar en esplendor estoico, en visión solar cristalizada: el desorden, el desencanto ante el absurdo de la historia y de la vida, las proliferaciones asfixiantes, el cáncer de la imaginación carente de polaridad. Monólogo de un hombre de nuestra época cercado por la angustia de la nada, pero también himno a la vida, a la fecundidad, a la inteligencia creadora, asimilados a la luz.

Si comparáramos en su sentido profundo, en su intención y acción, la tentativa exaltadora y vitalizadora de un poema como *Las armas de la luz* con las pesadillas desintegradoras de formas y sentimientos que constituyen los poemas, por ejemplo, de un Henri Michaux —genio poético de un mundo apocalíptico— nos veremos obligados a admitir que, dentro de una contemporaneidad evidente, el primero busca una suerte de redención mediante una toma de conciencia auroral, en tanto que el segundo se sumerge en el caos, se niega a toda clarificación y posible organización física y metafísica. En Carrera Andrade se nota una voluntad de síntesis, de orden, de canto, es decir, de transposición consagratoria de la palabra la cual adquiere virtud lustral. En Michaux —y se pudiera decir lo mismo en otros grandes poetas europeos—, hay una voluntad de provocar la explosión de las cosas, de los colores, de los elementos; las formas se multiplican y fragmentan en infinitas variedades inorgánicas, y el mundo estalla como un polvorín.

No basta señalar que el uno es americano y el otro euro-

peo. Más allá de las contingencias históricas y geográficas o bien pasando por ellas, situándose en ellas, la aventura del hombre se ha traducido siempre por un saldo de duda o de esperanza, de estoicismo o de desesperación, de afirmación o de negación.

Carrera Andrade, sin pretender a ningún mensaje, pues su poesía es sobre todo poética, afirma y trasciende en euforia o en lucidez, toda la sombra de su humana aventura. Sin metafísica pero sí con una compostura llena de dignidad estoica, española e indígena, universal.

El día alzado en armas
gira a mi alrededor: oh cerco de oro. . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Me entrego al sitiador esplendoroso,
prisionero de sombra sin combate. . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
La luz hace nacer todas las formas,
extranjera venida de la altura,
palabra de lo eterno repetida. . .
La luz me mira: existo. . .

He aquí una nueva manera de definirse, que, parafrasea el "pienso, por lo tanto, soy" pascaliano. Hay aquí una aceptación cósmica de interdependencia del hombre con el sol. Hay aquí una humildad que nos cura de las deformidades e hinchazones del "yo"; que nos redime de las exploraciones ambiciosas y a veces tan complacidamente egocéntricas por los dominios de la psiquis y de la personalidad encrespadas. "La luz me mira: existo". "Existo" en relación con la luz; "existo" por la luz; ella me otorga la conciencia de mi existencia. También pudiera exclamar: "Pienso que la luz me mira; por lo tanto existo". Este desprendimiento hacia lo alto, lo espacial, lo impersonal, es propio de los adoradores del sol, de los creadores de mitos, de los inventores de dioses, de los sedientos de unidad.

La luz desempeña el papel del Verbo:

¡. . .horizonte en trance de palabra
o de vocal redonda eternamente!
Ya comprendo la lengua de lo eterno
como de lo lejano y lo escondido,
porque la luz ha entrado meridiana

en mi cuerpo de sombra hasta los huesos,
tubería de cal por donde sopla
la música del mundo, el tierno cántico
de la familia universal de seres
en la unidad terrena, planetaria
de su común origen: la luz madre.

La estrofa que acabamos de citar nos informa cabalmente sobre el sentir panteísta que impera en este poema. Su ulterior desarrollo exaltará esa unidad telúrica y cósmica que presenta el universo como un solo bloque viviente, en el que lo ínfimo como lo grande, lo efímero como lo perdurable, constituyen formas cambiantes de la vida y expresan el todo.

Carrera Andrade cantará esa presencia universal y combatiente de la luz vital, esa esencialidad, en las familias de insecto que comienzan cada día su "guerra civil terrestre" y en la abeja, "minúscula amazona, miel armada" que "fabrica dulzura sin descanso con materia de luz" como en "el gran mirlo de la sombra" que los devora a todos. En el colibrí, "luz emplumada", "luz con alas o mínima saeta".

fugaz en el espejo del espacio
que le mira incansable pasajero
ir y venir. . .
en la solar batalla meridiana
y buscar vanamente la flor única
en su breve estación sobre la tierra,

y cuyo cadáver diminuto se reparte la vida:

en un ciclo infinito de animales
y semillas, de insectos y de plantas
que comanda la luz, la luz suprema;

como en el propio poeta que se pregunta por sí mismo y encuentra en la "elocuencia de miel solar", la "fúlgida evidencia" de su ser y de su destino. Esta toma de conciencia da lugar a los versos siguientes que describen la condición humana como un equilibrio de contrarios:

Soy soldado del lirio y de la avispa
y servidor simétrico del mundo;

tengo un ojo de sol y otro de sombra,
un punto cardinal en cada mano
y ando, miro y trabajo doblemente
mientras dos veces peso en la balanza
cerebral en secreto
el vinagre y la miel de cada cosa.

La "luz armada" como la abeja, emplumada y rauda como el colibrí, elocuente como la palabra, "lengua de fuego" y "evidencia meridiana", mirada que hace nacer las cosas y las formas —ojo místico, ojo de Jehová ardiendo en el triángulo cabalístico— multiplica los combates de la vida y de la muerte enlazadas en una "oscura, esencial correspondencia". La luz lanza dardos, anima y excita a los combatientes, multiplica las batallas, las extinciones y nacimientos, las incesantes transformaciones y revela que:

en la escala que sube del guijarro
a la escama, a la hoja y a la pluma
una armonía pávida interroga
dividida en millares de preguntas
que repiten los ecos papagayos.

Por lo tanto, en este fresco dinámico, la vida que es también luz, o la luz que es vida, imperan sobre la noche y la muerte, las cuales, en su aspecto esencial, son formas de la luz y de la vida. La dualidad parece resolverse en favor de la predominancia de una sola energía fundadora y creadora. Así como tras la noche que devora todas las formas miradas por la luz, vuelve a nacer el día con su triunfante evidencia, después de la muerte viene la vida. ¿Se trata de un círculo sin principio ni fin o de una operación de antinomias? La misma circunstancia de que Carrera Andrade corone la creación que describe con el triunfo de la luz, parece indicarnos que no se trata de una visión maniqueísta sino, en cierto sentido, monoteísta.

Si la contemplación del combate vital desencadenado *en* y *por* la luz incita a Carrera Andrade a buscar una forma de unidad, de principio panteísta reconfortante, la presencia del hombre, de sí mismo, en cambio, destruye toda seguridad. El hombre se interroga. El hombre no obtiene respuesta. El hombre es dual, doble, tiende a fragmentarse siempre. El hombre con sus

dos ojos, sus "dos sombras, la grande y la del suelo", su "costumbre de hablar a cada cosa"; de preguntar incesantemente:

¿Quién soy? ¿En dónde estoy? El mediodía
me circunda con su oro...
Mido el tiempo, el color; mi metro aplico
a lo que me rodea, mas no veo
más allá de las nubes, se me escapa
la música y la luz entre los dedos.

El hombre y su duda, su desencanto, su rebelión o su estoicismo. Mientras se desmoronan o se borran las esculturas, el peso, las formas de la luz; mientras la creación naufraga o se transforma en entraña, sexo, podre, saliva, subterráneo, hongal del sueño, excrecencia de la noche, el hombre continúa su monólogo, absorto, empeñado en obtener alguna respuesta:

...veo amontonarse en el ocaso
las armas de la luz ensangrentadas.
En mi morada oscura
vuelvo a escuchar al hombre del espejo
que habla conmigo a solas,
me mira e interroga frente a frente
en eco me responde en mi lenguaje
y se asemeja a mí más que yo mismo.

La *Elegía a Pedro Salinas* constituye un testimonio sentimental, un homenaje póstumo al gran poeta desaparecido. Carrera Andrade fue admirador y amigo de Pedro Salinas, y este último escribió sobre el ecuatoriano un brillante trabajo. Ahora corresponde a Carrera Andrade evocar la figura del poeta exilado doblemente, porque había perdido su España y porque el ambiente norteamericano suele, de por sí, exilar al hombre demasiado henchido de humanidad, de pasión por la belleza y gusto por lo gratuito. Salinas: "desterrado en el mundo de las máquinas", con su verdad interior de español del éxodo y de europeo mediterráneo, revive en esta Elegía que sin alcanzar a la plenitud de los poemas antes citados, no por ello decae en la nobleza del lenguaje. Por el contrario, la emoción sentida le otorga soltura, calor, verdad de vida.

Antes de alcanzar la plenitud conceptual de los poemas que han dado lugar a este Comentario, Carrera Andrade pasó

por diversas etapas, experiencias y estados de existencia poética. Adolescente que exalta la Revolución o canta los poderes sensuales de "Madame Satán" para terminar elogiando las mansedumbres franciscanas, las artesanías populares y, como escribiera Atanasio Viteri: "las hierbecillas pedestres de Francisco Jammes"; viajero cosmopolita, aventurero de la sensación y del color, miniaturista, orfebre de la metáfora, adorador de las formas, "cazador con los ojos" como le llamara Salinas, su doctrina cabía toda en los siguientes versos:

Las cosas, o sea la vida.
Todo el universo es presencia.

Pero con el correr de los años, la euforia vital, el alegre materialismo, la sensualidad periférica, el gusto por la imagen, por la forma, tendrán que plegarse a la experiencia interior. Salinas ha dejado escrito el testimonio de ese cambio: "Carrera Andrade, que al principio de su itinerario poético, desterraba terminantemente a los fantasmas de su reino, se aleja ahora de nosotros, cuando cerramos su libro, como una alta silueta, entristecida, escoltada de sombras regresadas de su exilio. Ahora, con su metáfora, su halcón agudo siempre en la mano, va de cetrería y avizora aladas visiones por los aires".

Carrera Andrade, desde hace más de diez años, no es ya el poeta imaginífero y sensual, enamorado de las cosas y de las formas, de la sensación y del destello. Sus libros *Lugar de origen* y *Aquí yace la espuma* dan fe de ello. Tras el vertiginoso desfile de mapas, de mujeres y de puertos, apareció la soledad, el desencanto, la necesidad del monólogo, la melancolía del recuerdo, la aceptación de la muerte. Este *Viaje de regreso* —título de uno de los más significativos poemas de esa época— ha conducido al poeta al pie del muro de aire de la luz. Ya no mira en torno a sí, las cosas, las presencias. Ahora mira hacia lo alto, hacia el sol.

La luz que le alumbra no es tan sólo la del astro sino también la de la inteligencia poética. Luz de lucidez intelectual, resplandor que precisa las sombras y los contornos, que talla las formas y compacta el peso y la densidad de las cosas. Es la misma luz mental que iluminó los poemas de Mallarmé y de Valéry, de Góngora, de Salinas. Porque la poesía de Carrera Andrade es sensual, es imaginífera, pero es también mental. Su escritura es directa. La imagen es un símil, no

un jeroglífico que debe ser descifrado, como sucede con determinados poetas herméticos o con los surrealistas y los cultivadores de las alucinaciones del "yo".

El "yo" consciente, la conciencia, la razón, presiden la creación de la obra de Carrera Andrade. Lo cual, por supuesto, no excluye ni la imaginación ni el secreto venero del inconsciente. Pero en Carrera Andrade se advierte, desde sus primeros poemas, una voluntad de claridad, de exponer para ser entendido, de cantar con voz inteligible. En su obra, la inteligencia mide, ordena, esculpe, precisa, compone. De ahí que no se le puede asociar, en ningún momento, con el surrealismo, pese a algunos poemas como *Señas del parque sutro, mundo con llave, Encuentro de la llave del mar,* en los que abundan elementos usados por aquella escuela. Cabe señalar ahora que el surrealismo no ha encontrado cultivadores notables en la poesía de habla española. Las incursiones de Lorca y de Alberti por los predios surrealistas fueron breves y más bien formales. Los chilenos del grupo "Mandrágora" no han logrado convencer, y los mejores poetas de ese grupo han evolucionado hacia otras expresiones. Pareciera como si el genio de la poesía de habla castellana no puede o no quiere bajar con los ojos vendados al averno del inconsciente. Nada más distinto de la experiencia surrealista como la experiencia existencial de los poetas más representativos del habla española. Nada más opuesto a la escritura "automática" como su escritura "consciente". Acaso sea Neruda el poeta de habla española que se haya acercado más a ciertos procedimientos propios del surrealismo sin que se le pueda, por ello, incluir dentro de esa tendencia.

En cuanto a Carrera Andrade, si tuviérase que buscarle alguna afinidad con escuelas o tendencias poéticas, salta a la vista que el "creacionismo" sería más afín con su obra. Por lo demás, algunos versos y poemas nos muestran una actitud bastante particular de este poeta frente al sueño. En *Segunda vida de mi madre* clama:

> Con cuerda de sollozos me ahorqué sin ventura
> y atravesé, llamándote, los pantanos del sueño.

En *Señas del Parque Sutro* escribe:

> Es el agua que roe los antros verdes donde habitan
> la soledad anfibia y el Sueñosaurio.

En *De nada sirve la isla* pregunta:

¿Sirve de algo embarcarnos dentro de una guitarra
canoa de la soledad,
—de la soledad salida de madre—
con la quinina de la luna para el mal de los trópicos,
huyendo de ese saurio que nos sigue
por la corriente turbia de los días
y que acecha el minuto del naufragio?

Y concluye afirmando:

De nada sirves, guitarra, de nada
porque te hundirás en el oleaje de la música
y nuestro día estará esperándonos de pie en el arrecife.

"Pantanos del sueño", "sueñosaurio", "saurio que nos sigue..." Estos poemas escalonados a lo largo de unos tres años, revelan que Carrera Andrade estuvo "perseguido", acaso de manera subconsciente, por la angustia del sueño. Diríamos, traduciendo la frase anterior a un idioma directo, que Carrera Andrade se sintió tentado por la experiencia surrealista y que tras de luchar con ella, aceptó la realidad, la conciencia. El sueño tuvo para él la apariencia de un saurio. Sueño devorador, en acecho, pantanal, arena movediza, en el que pudiera perderse la conciencia, es decir, esa voluntad de claridad, ese día puesto de pie, esa conciencia de crear. Cazador de imágenes no puede dormirse porque escapa la presa. Así este poeta que por fin, en 1950, encuentra la "Llave de fuego" con que entrar al mundo y escapar al Sueñosaurio:

Tierra equinoccial, patria del colibrí...

Este poema *Llave de fuego,* de magnífico idioma directo y resplandeciente, de imágenes solares, de hondo sentimiento americano, de aceptación irrestricta de la realidad, anuncia los poemas magnos que hemos comentado:

Yo soy el poseedor de la llave de fuego,
del fuego natural llave pacífica,
que abre las invisibles cerraduras del mundo...

Hemos llegado al término de este recorrido. La obra poética de Carrera Andrade expresa una experiencia interior, una mudanza de alma, un acontecer psicológico, resumido, traducido o contenido en poemas *suma, resumen* u *objeto,* que se extienden desde el micrograma que dibuja en tres versos la existencia de un insecto hasta la oda que exalta al paracaidista, a las fortalezas volantes o al Puente de Oakland. La euforia vital termina por toparse con la melancolía de la madurez. Tras de entrar en los dominios del recuerdo, el poeta acepta la derrota de los sentidos que querían ellos solos comprender el mundo, y, cercado por la soledad, por el desencanto, trasciende su experiencia hacia la aceptación de la muerte y del triunfo final de la luz, materia madre, materia de la eternidad.

Es preciso señalar que en ningún momento de su creación, Carrera Andrade se dejó "poseer", arrebatar por las potencias del inconsciente. Es, en el mejor sentido de la palabra, un poeta racional, de inspiración apolínea. Tiene más de griego lúcido y amante de la forma equilibrada, que de aborigen americano inmerso en el terror primordial y mágico. Carrera Andrade ha perseguido y ha obtenido una forma de pureza. Pureza idiomática y estilística, pureza de concepto y de poesía, ya que, seguramente, en el acontecer diario le roen los ácidos cruentos de la vida, le acorralan los saurios del sueño. Pero, mediante su poesía, obtiene la "catarsis". Ésta no brota de una suerte de "obra negra", como sucede con Neruda y los surrealistas, es decir, mediante una inmersión en el mundo abisal de los sentidos, de los instintos, del inconsciente, sino gracias a una toma de conciencia por lo alto, a una transferencia por la inteligencia ordenadora. No se trata, en este caso, de una actitud apriorística, de un compromiso intelectual o de una escogencia deliberada. No. El proceso que hemos señalado en Carrera Andrade, se efectúa por vía natural, de manera orgánica, respirada, espontánea, sin exclusión de la sensualidad, de las deformidades, de las proliferaciones imaginativas. Por el contrario, hemos de notar que cuanto menos su poesía nacía de la sensación, más crecía en aceptación de la realidad, de la experiencia humana y de la muerte. Más profunda se hacía cuanto menos sensorial. Estamos, pues, ante un poeta de la composición y no de la descomposición. Ante un poeta de la integración y no de la desintegración. Poeta del alba. Hay en su obra, vista con la perspectiva actual, una voluntad de uni-

ficación, un propósito tenaz de enmienda, una búsqueda pertinaz del centro, del núcleo que polarice la creación.

Yo diría que esa voluntad unitaria, esa búsqueda de un polo, de un fuego central, esa intención de enmienda y de clarificación, esa apetencia de luz y de eternidad dinámica, si fueran llevadas a sus últimas consecuencias, terminarían en una necesidad de Dios.

### *La tierra siempre verde*

CARRERA Andrade ha sorprendido a sus lectores con esta incursión penetrante y prolongada por los dominios de la historia. En su obra de carácter fundamentalmente literario, casi nada inducía a pensar que alguna vez intentaría una obra histórica, sobre todo del aliento y de la exigente documentación de ésta. Sin embargo se pudiera encontrar un antecedente en las sabrosas estampas sobre Quito, la Colonia, los paisajes, publicadas en su libro *Rostros y climas* (1948).

*La tierra siempre verde* es el libro segundo de una obra que constará, como ya lo hemos dicho, de cuatro volúmenes y que se titulará posiblemente *El camino del sol*. El subtítulo precisa fuentes e intenciones: "El Ecuador visto por los cronistas, los corsarios y los viajeros ilustres".

Este primer volumen publicado de *El camino del sol* comprende desde la unificación del imperio de Atahualpa y la llegada de los conquistadores españoles quienes implantan su sistema colonial y transforman el reino indígena en Real Audiencia de Quito, hasta los primeros movimientos de Independencia y la formación de la conciencia criolla.

Divide su libro en tres partes que titula, con inspiración de poeta "Del dios del trueno al soldado del arcabuz", "El gran cortejo de la Colonia", "La Audiencia de Quito en el siglo de las luces".

La primera parte refiere los tiempos finales del reinado de Atahualpa, su encarcelamiento, las tretas de Pizarro para obtener oro, la ejecución en Cajamarca. Se evoca el descubrimiento de las tierras ecuatorianas por Bartolomé Ruiz de Andrade, la conquista sangrienta, las hazañas de los conquistadores, la fundación de ciudades y encomiendas, las expediciones fabulosas en búsqueda del País de la Canela y de las selvas de las especierías que trajeron consigo el descubrimiento del

Amazonas, la rebelión contra la corona del gobernador de Quito, el protector Gonzalo Pizarro, su victoria sobre el virrey Núñez de la Vela quien falleció en la batalla y a quien llamaron por escarnio: "Juan Blas, el insensato visorrey" y el triunfo final del rey gracias a las campañas del nuevo virrey La Gasca. Esta primera parte termina con el desfile de los conquistadores castigados y vencidos, que culmina con la entrada en Lima de Gonzalo Pizarro, cargado de cadenas y decapitado poco después. Con esta ejecución se cierra la Conquista y principia la Colonia.

La segunda parte evoca el buen gobierno de Fernando de Santillán, primer Presidente de la Real Audiencia de Quito, esclarecido autor de una *Relación del origen, ascendencia política y gobierno de los incas,* cuya gestión liberal en favor de los indígenas despertó la oposición encarnizada de los encomenderos y de las altas autoridades eclesiásticas, los cuales mediante toda clase de intrigas lograron que el Rey de España, de por sí poco inclinado a cualquier forma de liberalismo, destituyera al buen Presidente, desterrándole y castigándole además con una multa de dos mil pesos. Sus inmediatos sucesores se ocuparon mucho más en satisfacer las aspiraciones absolutistas de las autoridades eclesiásticas, facilitando la obra de la naciente inquisición, que en proteger derechos de aborígenes vencidos y en desarrollar la vida económica de la Colonia. Carrera Andrade expresa muy exactamente esta situación en uno de los subtítulos de esta segunda parte: "Mansiones de piedra, muchedumbres descalzas". Uno de los capítulos más interesantes de esta evocación de la vida colonial es el referente a la obra de fray Pedro de la Peña, Obispo de Quito durante 15 años en los que no cesaron de arder las hogueras de las ejecuciones y de los autos de fe ni de acumularse las delaciones ni de funcionar las cámaras de torturas. "El Obispo —escribe Carrera Andrade—, interponía su enjoyada mano implacable para evitar la propagación de la luz de la cultura, por considerarla nociva al iluminar los cerebros primitivos de los pobladores del Nuevo Mundo". En aras de esa intolerancia fueron diezmadas las filas de sacerdotes esclarecidos. Toda una lección de absolutismo intransigente y cruel fue la vida de fray Pedro de la Peña. Pesada herencia de crímenes de la que no acaba de limpiarse todavía la Iglesia, sobre todo la española.

Ese criterio de intolerancia y obscurantismo coincidía, más de una vez, con el de los gobernantes. Así con el de la desalmada

pareja que formaron los Oidores Francisco de Auncibay y Venegas de Cañaveral quienes solían afirmar, anticipándose de varios siglos a la fórmula de gobierno de los dictadores hispanoamericanos: "Estas tierras deben ser gobernadas a palos". Fruto de los malos gobiernos, de la incapacidad de la Corona, de las represiones, fue la Revolución de las Alcabalas, ahogada en sangre por el Virrey del Perú. El Gran Cortejo de la Colonia siguió desarrollando sus jornadas de violencia o de paz, con el buen gobierno de Miguel de Ibarra, las incursiones por las costas ecuatorianas de los piratas y corsarios ingleses, franceses y holandeses y los sucesivos ataques a la ciudad de Guayaquil, tomada, abandonada, vuelta a tomar, vuelta a libertar, incendiada unas y otras veces. Entre 1666 y 1697, pasa por las Colonias, Francisco Coreal cuya Relación escrita en los años siguientes puede ser tomada como el balance más exacto de esos años de coloniaje. Coreal, con objetividad y valentía, puso al desnudo las deformidades y las llagas del régimen colonial y predijo su fracaso.

En la tercera parte el autor pinta el cuadro de la Real Audiencia de Quito en los momentos en que la visita la Misión Geodésica enviada por el rey de Francia Louis XV, con el encargo de "medir un arco meridiano en el Ecuador para comprobar la figura de la Tierra". Esta misión integrada por jóvenes y brillantes científicos tuvo honda repercusión en la vida conventual de Quito. En cierto sentido preparó el terreno en que había de sembrarse el sentimiento liberal e independentista. En aquellos navíos de la ilustración llegaron, entre otros, Luis Godin, Bouguer, La Condamine, Couplet, Berguein, Seniergues, Godin de Odonais así como dos oficiales españoles del Cuerpo de Guardias de la Marina enviados por Felipe V, los alféreces de fragata Jorge Juan de Sancilla y Antonio de Ulloa, cuyas relaciones de viaje constituyeron denuncias del atraso y de los defectos del régimen colonial. Acaso uno de los capítulos más brillantes de esta parte es aquel en que Carrera Andrade cuenta los sucesos del Motín de los Estancos (1795), culminación del descontento criollo y popular que venía manifestándose en protestas y rebeliones reprimidas sin contemplación alguna pero, que en esta circunstancia, dio lugar a una lucha denodada y sangrienta en la que la población quiteña, a los gritos de "¡Vivan los barrios! ¡Mueran los chapetones!" obligó a las autoridades españolas a tomar el camino de la fuga y constituyó un gobierno propio que se mantuvo en el poder

cerca de un año. Esta revuelta puede ser considerada como la primera manifestación de conciencia revolucionaria criolla en América. Los capítulos finales exponen el destierro de los jesuitas; la importancia que tuvieron como precursores de la independencia ecuatoriana, el aristócrata conde de Casa Gijón y el doctor Francisco Espejo, humanista de origen indio encarcelado por las autoridades coloniales y fallecido en 1796; la agonía de la Colonia; el juramento de Chillo; el amanecer de agosto de 1809 en que "se congregaron en la Plaza Mayor las milicias de los barrios mientras el capitán Juan de Salinas hacía alinear las tropas de la guarnición, en medio del repique alborozado de las campanas, y daba a conocer la formación de un Junta Soberana de Gobierno, presidida por el marqués de Selva Alegre", mientras una delegación de patriotas apresaba al presidente Urríez y le comunicaba "su cesación en el cargo por voluntad del pueblo", dándole su propia mansión por cárcel.

Carrera Andrade ha procurado evitar el recuento exhaustivo de sucesos presentados por orden cronológico, sin virtud de escritura ni dinamismo, y recargados de citas y de fechas. Para ello ha dividido su exposición en capítulos breves, casi estampas o si se quiere "cortes de historia" como los llamara acertadamente René L. F. Durand, uno de sus comentaristas.[3] Cada uno de esos cortes, de esos trozos, se inicia como un relato independiente, con un párrafo cuidadosamente elaborado que pretende fijar la atención del lector, rompiendo la monotonía del texto e intentando despertar su interés con un acontecimiento, un personaje o una situación como de pronto "aparecidas". El procedimiento resulta agradable y ofrece trozos de bravura, párrafos de vigor estilísticos como el referente al asesinato de Pedro de Puelles, Teniente de Gobernador de Quito gracias al protector Pizarro o el que describe el asalto a Guayaquil por el corsario inglés Woodes Rogers. A lo largo de la obra, se nos regala, por lo demás, con páginas frecuentes de acentuado lirismo como aquellas consagradas a evocar las frutas de la naturaleza ecuatoriana o las que relatan el viaje prodigioso y las penalidades de la esposa de Godin des Odo-

[3] Luis F. Durand ha traducido al francés para Gallimard, *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos, *El reino de este mundo* y *Los pasos perdidos,* editados en México por la EDIAPSA, del novelista cubano Alejo Carpentier.

nais, extraviada en la selva amazónica o las que describen los terremotos que destruyeron Lacatunga, Ambato y Riobamba.

Desde el punto de vista crítico se pone en evidencia las fallas del régimen colonial y el funesto papel desempeñado por la voluntad feudal de los encomenderos y la intolerancia cruel y absurda de la inquisición, pero no se deja de reconocer, cuando hay lugar a ello, los aciertos y méritos de ciertos gobernantes y de la propia Corona. Se exalta los sentimientos de independencia y de justicia social que dieron lugar a la Revolución de las Alcabalas, al Motín de los Estancos y a los numerosos alzamientos de indígenas. Se rinde tributo a las figuras de los precursores. En ese sentido, la evocación del mestizo Miguel Belalcázar, hijo del Conquistador de Quito y de una india, "hombre de ideas humanitarias y de clara vocación artística", en quien se redimía la crueldad del padre y la humillación de la madre indígena, ofrece materia para una novela o un estudio profundo que contemplara los grandes conflictos de raza y de castas de la Colonia. Miguel Belalcázar fue ahorcado en la Plaza Mayor de Quito, acusado de actividades subversivas contra el régimen colonial. Inaugura un largo desfile de mártires americanos. Su condición de mestizo, su ascendencia, hacen de él un predestinado. Símbolo de conciencia americana en la que se reconcilian la furia codiciosa del conquistador y el natural rencor de raza humillada del indio. Volveremos a encontrar una naturaleza semejante en el doctor Francisco Espejo, hijo de indio y de blanco. Pero jamás como en Belalcázar, cobra jerarquía de arquetipo, el drama del mestizo y su sacrificio generoso en aras de una conciliación de contrarios.

Carrera Andrade, como buen ecuatoriano, no puede marginarse al antagonismo que ha entorpecido hasta hoy, con fatales consecuencias para la República del Ecuador, las relaciones con el Perú agresivo y militarista. El Ecuador ha perdido la mitad de su territorio y todas sus desembocaduras sobre el Amazonas, en guerras fratricidas provocadas por el Perú. Carrera Andrade encuentra en los errores de la política colonial española, el origen de esta disputa. Por tratarse de un tema candente y de una opinión valedera, transcribiremos los párrafos más importantes sobre esta materia: "La ceguera y la incomprensión de los gobernantes coloniales, manifestadas desde el comienzo de la conquista —cuando intervinieron en la política incaica, favoreciendo a la familia de Huáscar contra la de Ata-

hualpa— adquirieron caracteres de extrema gravedad en el siglo XVII y causaron la ruina de la colonia en el XVIII".

"En este último siglo, se acentuó la hostilidad de los virreyes de Lima hacia las provincias de Quito. Así se vió al licenciado Castro oponerse, aunque sin éxito, a la fundación de la Audiencia en este reino y, dos siglos más tarde, se asistió al espectáculo de la desorganización más absoluta por la supresión temporal de la Audiencia de Quito y su adscripción ulterior al virreinato de Nueva Granada, después, otra vez, al de Lima y, nuevamente, al primero de los mencionados virreinatos, acabando por reintegrarse al del Perú hasta los días de la emancipación, en que consiguió su autonomía administrativa y política.

"La política del Virreinato fue relegar al olvido las industrias de Quito en beneficio de las del sur. Se prohibió desde el comienzo de la vida colonial el cultivo de la viña en el territorio de la Audiencia, con el fin de crear un mercado seguro para la producción vinícola peruana. . ." "El marqués de Guadalcázar dictó medidas para impedir el comercio de cacao directamente entre Guayaquil y México, obligando a los comerciantes a establecer una vía más larga: Guayaquil-Callao-México".

Muchas otras manifestaciones contrarias a los intereses de la Audiencia cita Carrera Andrade. Así, en 1737, el Virrey da a los ingleses la autorización para establecer en Lima una industria de sombreros negros de lana de vicuña, con lo cual quedan desplazados los que se fabricaban en Quito. Cuando la Corona consultó al virrey Amat acerca de la conveniencia de establecer en Guayaquil el astillero mayor del Pacífico, éste dio una opinión contraria, pese a que todas las circunstancias demostraban que ese puerto era el indicado para tal empresa. En efecto, abundaban las maderas preciosas, el sitio era favorable, tanto para la guerra como para el comercio.

"El aspecto de la Audiencia de Quito, anota Carrera Andrade, al finalizar el siglo XVIII, era de franca decadencia. Los corsarios habían esquilmado la costa. Se había paralizado casi totalmente el trabajo de las minas. La agricultura declinaba, falta de métodos de cultivo, y la riqueza forestal y ganadera comenzaba a agotarse por la imprevisión de una política que no buscaba la protección de los recursos naturales".

Lo expuesto confirma las críticas que siempre ha merecido la administración colonial española. Esos vicios arraigaron tanto en la naturaleza americana, que ni el pensamiento boli-

variano de una poderosa unión de repúblicas ni la circunstancia de la hermandad de pueblos semejantes en razas, religión e idioma, pudieron evitar guerras intestinas, nacionalismos envenenados y agresiones expansionistas como las que el Perú ha llevado a efecto sobre el Ecuador, más débil y menos armado.

Sea ésta la oportunidad de afirmar que en el origen de todos los males hispanos e hispanoamericanos encuéntranse siempre unidos los intereses de un feudalismo atrasado y el mal uso del poder de gobierno. Lo propio de nuestros países es la tiranía política y la desigualdad social. Sobre el destino de nuestros pueblos gravitan las fuerzas más retardatarias. Las clases privilegiadas, los grupos del poder, entre ellos el Ejército y el Clero, jamás aceptan ceder un ápice de sus prerrogativas en aras de una mejor armonía social. Lo quieren todo. Son absolutistas, intolerantes, violentos, ignorantes y sólo los guía la primaria apetencia de sus instintos de afirmación. No entienden que los otros estratos de la población —campesinado, proletariado, clase media, minorías liberales— tienen también el derecho a desarrollar una estrategia que proteja su existencia. No entienden de transacciones, de justo reparto, de equilibrio entre intereses opuestos, de respeto al otro para ser respetado uno, en una palabra: del ejercicio de la vida dentro del juego democrático. Como lo claman hoy los franquistas y falangistas sectarios, "todo liberalismo es funesto". Ha sido éste el pensamiento —si ello merece ser calificado de tal— de las clases y castas privilegiadas del mundo de habla española o portuguesa. Por eso España y Portugal gimen hoy bajo dictaduras implacables y oscurantistas. Por eso sobre las naciones hispanoamericanas pesan las interminables dictaduras de caudillos militares. En el mundo de habla española, no parecen existir soluciones de continuidad ni procesos evolutivos. Parafraseando a don Miguel de Unamuno, se quiere siempre vencer y nadie se preocupa por convencer. De ahí que la violencia y la extinción del enemigo sean los argumentos habituales.

Como consecuencia de ese espíritu de intolerancia se ha desarrollado un sentir reaccionario que, en algunos casos, pretende vestir su pelambre hirsuta de bárbaro con ropajes doctrinarios. Generalmente le quedan grandes o pequeños. Esa presunta doctrina cabe toda en la siguiente formulación: "Los pueblos de habla española no están preparados para el ejercicio de la democracia". Como corolario se desprende la fórmula de gobierno preconizada por los desalmados oidores de

los que nos habló Carrera Andrade: "Estos pueblos deben ser gobernados a palos". Argumentos similares son los que privan entre las huestes franquistas. Los repiten los dictadores de toda calaña y color que han ensangrentado la historia de las naciones hispanoamericanas, y los adoban los intelectuales que pretenden justificar doctrinariamente esas tiranías sin tasa ni freno, casi siempre apoyadas en el Ejército, el Clero y el feudalismo.

Pero la verdad es muy distinta. La Democracia no puede ser aplicada en países como España, Portugal o en las repúblicas hispanoamericanas, no por culpa del pueblo sino porque a esos grupos dirigentes no les conviene. Son ellos los que no están preparados para el ejercicio de la democracia representativa. Son ellos los ignorantes, los incapaces, los violentos, los bárbaros. Los inadaptados a la civilización. Son ellos: militares, curas, señoritos, latifundistas, aristócratas degenerados; quienes por atraso psicológico y social, quieren sostener aún, en la era atómica, un régimen tribal de castas y un culto ciego a la personalidad del jefe.

La América Latina salvando las excepciones que significan México, Uruguay, Costa Rica o Chile, gime bajo gobiernos que por sus vicios pueden ser considerados como los herederos legítimos de la administración colonial.

Por eso la obra histórica puede cumplir un alto designio orientador, señalando las funestas herencias del absolutismo y de la intolerancia que encarnaron en España los Hapsburgos, la Inquisición y los ejércitos saqueadores que asolaron a Europa; y en Hispanoamérica, las ramas de ese mismo Santo Oficio, entrelazadas con las espadas de los encomenderos. Y es preciso reconocer que la obra de Carrera Andrade que hemos comentado, procura plantear el proceso histórico ecuatoriano dentro de esos términos de crítica fecunda.

No dudamos que los próximos libros mantendrán la misma orientación generosa. Sería deseable darle a la obra que hemos presentado una amplia divulgación americana. Es de lamentar que no haya sido editada por el Fondo de Cultura Económica de México, en una colección como "Tierra Firme" o bien por la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Se trata de una importante contribución al conocimiento de la historia ecuatoriana, en función de América hispana, y aspira a fundamentar un sentimiento americanista inspirado en un anhelo de justicia social, de reforma económica y de amor por la libertad.

# ALREDEDOR DE RÓMULO GALLEGOS

## (ESTUDIO Y ENTREVISTA)

Por *Mauricio DE LA SELVA*

## I

*Sobre su novela*

En la novelística iberoamericana, *María*, de Jorge Isaacs, a la cabeza de selecto grupo, constituye la representación del género en cuanto a etapa transitoria ubicada entre el realismo y el romanticismo. En esta América nuestra, el romanticismo está peculiarizado por lo evocativo y lo nostálgico junto a la pintura del paisaje y la incorporación de la costumbre. El mayor ahondamiento en lo regional, lo folklórico, lo consuetudinario y lo vital, es el elemento que acerca la narración a la realidad social americana. *María* en 1867, cumple su función de tránsito, para que Mariano Azuela con *Los de abajo* en 1916, José Eustasio Rivera con *La vorágine* en 1924, y Ricardo Güiraldes con *Don Segundo Sombra* en 1926, planteen en sus respectivos temas la problemática social que emerge de las distintas latitudes, y que en su emersión, trae ya el despertar de una literatura cansada de correr por las estaciones preciosistas (parnasianas, simbolistas, modernistas) de la desesperación romántica, para detenerse finalmente a elaborar con humanas esencias, los cimientos de una literatura realista edificante.

Pero estos cimientos, dentro de la novela, sólo se vuelven inconmovibles el año de 1929 con *Doña Bárbara,* donde la luminosidad de la técnica empleada, y el conocimiento del sentido universal que el género requiere para contemporizar con la época, hacen aparecer —con excepción de *Los de abajo*— sombríos y egoístas a los grupos de obras representados en los títulos anteriores que, con claros antecedentes en otros que precedieron a *María,* vislumbran la culminación del realismo con Rómulo Gallegos. Es oportuno recordar que Max Henríquez Ureña en su



Rómulo Gallegos.



Casals y Gallegos. En el centro, el Gobernador del Estado de Veracruz.

*Breve historia del modernismo*, cita a Gallegos entre un número de poetas y escritores impugnadores de la corriente modernista.

Ricardo Baeza, una de las seis personas que en España compusieron el jurado de La Asociación del Mejor Libro del Mes, cuando hace veintisiete años se escogió como tal a *Doña Bárbara,* escribió comentando al autor que era el "primer gran novelista que daba Suramérica, ya que Güiraldes en el mejor de los casos, constituía con *Don Segundo Sombra* "un acontecimiento literario de orden continental". Añadía el comentarista que Gallegos estaba "respecto a la novela castellana en la relación que Rubén Darío con respecto a la poesía".

Y veinticinco años más tarde, al cumplir éstos su celebrada obra y setenta el autor, el crítico y escritor ecuatoriano, Benjamín Carrión, le comparó con otro poeta de gran talla. "Rómulo Gallegos —expresó— es el novelista de este hemisferio en que se halla más cantidad de América. Solamente en la poesía, puede encontrar su parigual: Walt Whitman, el de la orilla inglesa del continente". Y es que en realidad, sólo Gallegos en la prosa nos ha podido repetir la majestuosidad telúrica y el temblor cósmico que inmortalizaron al poeta americano.

Antes de *Doña Bárbara*, Rómulo Gallegos ha escrito dos novelas *(Reinaldo Solar* y *La trepadora),* sin embargo, cuando los interesados le incluyen entre la literatura realista, mencionan, en el mayor número de casos, únicamente a la tercera. Es más, el nombre de ésta brota en el pensamiento del lector al recordar a Gallegos, o bien por aquella se piensa en éste: padre e hija ya hace tiempo que para el espectador andan siempre de la mano. A nuestro parecer, los dos primeros títulos son en el novelista venezolano, dignos ensayos del que en definitiva le otorgó la investidura de los clásicos universales.

Después de *Doña Bárbara,* Gallegos ha publicado seis novelas más *(Cantaclaro, Canaima, Pobre negro, Sobre la misma tierra, El forastero,* y *La brizna de paja en el viento)*. La última, de ambiente cubano, donde fue elaborada, así como en la actualidad, desde hace algunos años, construye la décima con experiencias de provincia mexicana.

Sobre la novelística galleguiana, cada vez es menos lo que se puede expresar. Y es natural si se toma en consideración que los críticos y comentaristas, en el transcurso de seis lustros, o sea lo que lleva de aparecido *Reinaldo Solar,* han estado a la hora para cubrir sin atraso a uno de los más eminentes hacedores de la literatura continental. No obstante, a pesar de que se

corre el peligro de incurrir en repeticiones, al rememorar la temática, los ambientes, los caracteres, la pluma nuestra —honradez en mano— se aventura a reconstruir alguno que otro pasaje.

Veamos de *Doña Bárbara,* a aquel personaje, Carmelito, que espera ver en Santos Luzardo a un gladiador representante de la barbarie listo a defender sus propiedades de la usurpación de la "mujerona", y que al encararse con el personaje que es sólo un profesional de la civilización, murmura: "¡Hum! ¿Y éste es el hombre de quien tanto esperábamos? Con este patiquincito presumido como que no se va a ninguna parte". Y luego, al verle próximo a montar un alazán fino e indómito, piensa: "Lástima de bestia, hecha para llevar más hombre encima". Luzardo monta la bestia, y al empezar "la doma" Gallegos describe: "Retembló el suelo bajo el corcovear furioso, una sola pieza, jinete y caballo: se levantó una polvareda y aún no se había desvanecido cuando ya el alazano iba lejos, bebiéndose los aires de la sabana sin fin". Y mientras Carmelito emocionado creía en el hombre, Pajarote le decía: "¿No le dije, Carmelito, que la corbata era para taparse los pelos del pecho, de puro enmarañado que los tenía el hombre? ¡Mírelo cómo se agarra! Para que ese caballo lo tumbe tiene que apearse patas arriba".

Así como éste es el realismo de Gallegos; a base de símbolos. Sólo que estos símbolos —como él lo ha dicho— no parten del mero concepto sino que surgen de los casos concretos que reproduce vinculados a sus productos de ficción. En la totalidad de sus novelas hay la representación inmediata de sucesos y la mediata que se logra por reflexiones posteriores. En el pasaje dado, Santos Luzardo a la vez que jinetea a la bestia indómita, le arranca la confianza al hombre del hato para que crea en el civilizado de la ciudad.

Apreciemos, en el lenguaje siempre de los símbolos, cómo Rómulo Gallegos indica el camino del ejemplo para vencer al instinto selvático del hombre, fijando en su lugar la enseñanza prolífica: cuando Antonio Sandoval, hombre de confianza de Luzardo, lo invita a proceder de acuerdo con los impulsos, el invitado premedita con afán de justicia y responde: "No hay que precipitarse. Antes necesito estudiar las escrituras de Altamira para determinar el lindero y consultar la Ley del Llano". Y aunque Antonio en un principio no capta muy bien el sentido de las palabras, más adelante, al recurrir el civilizado a la violencia por haberse aburrido de contemporizar con el mal,

Sandoval mostrará su aprendizaje del bien al afirmar: "Es que cada palo debe dar sus frutos y no es natural que un Santos Luzardo se empeñe en proceder como procedería Doña Bárbara".

A veces la simbología se robustece continuándose del personaje de una novela al de otra. En *Doña Bárbara*, Santo Luzardo regresa de la civilización a combatir la injusticia. Y en *Sobre la misma tierra,* Remota Montiel viene desde Nueva York a combatir lo rudimentario y la esclavitud, superándose tal regreso en cuanto que la mujer trae ya propósito exacto de su misión, en cambio Luzardo movido por sus propios intereses está lejos de pensar en que se quedará a luchar en Altamira. Esta continuidad como otras similitudes halladas entre personajes de distintas novelas han impulsado al filósofo y filólogo Ulrich Leo—el crítico más estudioso de la obra galleguiana—a hablar de "repeticiones" en un sentido poco feliz; repeticiones que son más explicables como insistencias deliberadas de Gallegos en un problema determinado que a su paternidad interesa mejorar. Porque a un cuidadoso de sus versiones antes de ser entregadas al público, como es el novelista venezolano, no hemos de venirle a decir que se le escaparon detalles que están a la vista del menos exigente.

Abandonando los símbolos y yendo a observaciones más concretas desprendidas de sus novelas, podemos intensificar esta idea nuestra acerca de la insistencia de Rómulo Gallegos sobre situaciones de sus personajes que él tiene a bien ampliar. Veamos. En *Doña Bárbara* se presenta el cuadro de Marisela y su padre Lorenzo Barquero, ambos en completo abandono, viviendo en una choza mugrosa y pestilente; ella, primitiva y casadera; él, bestializado y alcohólico... Sin embargo, los sentimientos no llegan a confundirse, y Luzardo llega a tiempo de civilizar a la muchacha. En *Cantaclaro*, Gallegos insiste, con la diferencia de que a la vez que se descarna más en el planteamiento, la confusión de sentimientos es infundada puesto que Rosángela ignora que es hija por adopción, con todo, ella teme, y en ayuda del repudio ético, viene, como en el caso anterior, un tercero que la arranca del aparente incesto. En *Sobre la misma tierra*, nos parece que el novelista redondea por fin el lance, manteniéndose, como en los otros ensayos, dentro de la moralidad que le caracteriza, ya que se da de nuevo el caso de padre e hija legítimos, Remota y Demetrio; él, confuso en sus sentimientos lucha interiormente entre el padre y el hombre, y cuando este último se va acercando a un desenlace corrupto, surge el tercer

personaje, Venancio Navas, quien encarándosele lo hace reaccionar, salvando a Remota.

Y si nuestra observación no ha sido diáfana en lo que precede, vamos a reconstruir la insistencia de Gallegos en otro terreno. En uno propiamente americano, que saliéndose del pequeño conflicto entre parientes, rompe fronteras y se adapta a todo este suelo de Bolívar, Martí, Sandino y Juárez. Aquí ya es otra la trascendencia; es la cortina levantada para comprender nuestro atraso histórico conforme se descubre a nuestros pueblos dispuestos a remediar sus calamidades mediante el seguimiento del caudillo. El atraso que no permite entender que existen formas jóvenes de organizaciones colectivas para destronar al despotismo regresivo.

Y lo que es peor, se encuentra junto a ese atraso, el moral; la masa en su justa desesperación moldea un jefe de cualquiera propaganda circunstancial que se mueva alrededor de un nombre, sin importarle la calidad de su conducta ni investigar si al que hoy sigue será mañana el déspota en turno. Esta sed de seguir a cualquiera sin selecciones cualitativas, está claro en *Cantaclaro* y firme *Sobre la misma tierra*. En ésta, Gallegos nos da un personaje atrevido, de una simpatía sin par, aun cuando es el hombre veleta que desde un principio no sabe lo que quiere, y que entre ese no saber llegar a contrabandista y a tahur. Y una noche, ya viejo pero arrogante, se le ve con su bravura desafíar el peligro de un incendio para ir y venir salvando personas. "En realidad —escribe el novelista— no hizo sino lo que otros también junto con él; pero en el ánimo impresionante de la gente excitada por el espectáculo hermoso y tremendo, la figura simpática y gallarda todavía del contrabandista ingenioso y audaz, del jugador impávido ante quien habían temblado los montes de dado y de ruleta, adquirió aquella noche contornos heroicos". "Y fueron muchos los que le dijeron emocionadamente: ¡Demetrio Montiel, si tú hubieras querido!. . ." "Al Zulia le está haciendo falta un caudillo, y tú lo habrías sido".

En *Sobre la misma tierra* la voz popular desorientada acudió al delincuente para imaginarse un caudillo; en *Cantaclaro,* Juan Parao, voz del negro y del llanero venezolano, recurre a Florentino, el ocioso e irresponsable que por cantador popularchero se hizo en el llano de intrascendente fama. Recurre a él, le insta a "redondearse ese piazo nombre suyo para que un día lo llamen, tambor batiente: General Florentino Coronado". Le insiste. Por su palabra se vuelca el ansia mayoritaria ur-

giendo de un gran jefe: "A mí se me ha metido en la cabeza que Usté es el hombre que necesitamos los pata en el suelo pa que nos saque de abajo".

Mas olvidemos ya las referencias a las "repeticiones" de Ulrich Leo y digamos que con la misma pasión americana desbordada al tratar el tema del caudillismo, construye Gallegos en nuestras tierras la estampa del extranjero que entusiasta cosecha el surco ajeno sin importarle quien posee de él un justo título; así es Mr. Danger en *Doña Bárbara,* y así "el rojo hombretón velludo" jefe de sección de los campos petroleros en *Sobre la misma tierra.* Sólo que en esta novela, el autor clarifica su concepto del extranjero rojo y velludo, certificando que no lo generaliza como negativo y perjudicial, no, con Hardman rectifica cualquiera duda al respecto; Hardman es el tipo humano que sabe decir: "Quiero también que venga pronto sobre el mundo el día de las fronteras borradas, pero no creo que pueda ser buen ciudadano de la tierra entera quien no sabe serlo hoy del pedazo de ella que es su país".

Rómulo Gallegos, como se ve en nuestros entrecomillados y como mejor se aprecia en su obra, es sobre todo reproductor de realidad —puesto que la realidad no se inventa—, crea en lo que reproduce, alienta: "sopla" genialmente a la arcilla de su continente; echa a caminar sus personajes americanos sobre tierras americanas para que resuelvan problemas americanos; hablan ellos como les corresponde, de acuerdo con sus ambientes, a la altura de sus intimidades psíquicas y en relación a la formación cultural que les caracteriza; no son europeizados ni pronuncian académicamente, están más cercanos a la lógica que a la gramática, lejos de los desequilibrios puristas y actuando en la cordura de la novelística galleguiana, es decir, dentro del realismo americano actual y social.

## II

*Sobre el hombre*

GLORIA la de Rómulo Gallegos cuando ha sido comparado con el autor de *El Quijote* y propuesto para otorgársele el Premio Nobel de literatura; cuando su obra ha sido estudiada en tesis doctoral por un catedrático universitario de Oklahoma

y sus personajes han distraído de las ocupaciones diarias a un psicoanalista preocupado en desenredar las complejidades psíquicas que ellos presentan.

Pero más gloria es saber que el artista, el genio novelador, anda desde hace lustros ligado al hombre integral. Como Martí, que enseñó en su Venezuela; como Bello maestro de Bolívar, el hombre vigoroso que habita en Gallegos ha sido maestro de juventudes, ha enseñado el bien, la verdad, la justicia y ha instado a obtenerlas por dignidad. Le ha dicho a la juventud estudiosa que no sólo la tarea diaria del aula debe consumir su atención sino también la época turbulenta que amenaza destruir a la colectividad; a la par del conocimiento individual deberá inquietarse por el amor al grupo humano, "tanto más —afirma en su mensaje— se pertenece uno a sí mismo cuanto más tenga su pensamiento y su voluntad, su vida toda, puesta al servicio de un ideal colectivo".

Por ese ideal colectivo se ha visto forzado a intervenir en política. En 1937, militando en la de su patria hizo hincapié en la repugnancia que ella le causaba, con todo y que desde hacía dieciocho años servía responsablemente sus opiniones sobre la conducta de su pueblo y de su gobierno. Tal vez no intervino como en el tiempo en que fue Presidente, Senador o Diputado, pero participaba indirectamente cual corresponde a un auténtico ciudadano dentro del bienestar de su Estado. Ojalá que como Rómulo Gallegos los hombres de nuestro continente acometieran, ayudándose con la cultura, los problemas concernientes a los rumbos que les vieron nacer, sin recurrir a su condición —los que tal calidad ostentan— de artistas o intelectuales para eludir su congénita de hombres. Por 1937, el venezolano aclaró: "Yo, por encima de lo político, que considero accidental y transitorio, pongo lo humano, que es algo sustantivo y permanente".

En esta forma espera Gallegos que la intelectualidad latinoamericana sirva a sus respectivos pueblos; espera contemplar al literato, al artista, prestando su nombre para cumplir con la misión política, pero no descastadamente, no manchando las ideas al interpretarla como mejor convenga a sus comodidades personales, para que mañana, en cualquier parte que la oportunidad apremie, pueda con orgullo en amplio círculo, expresarse como Rómulo Gallegos se ha expresado: "Yo conservo el derecho de sentarme entre las esclarecidas letras de nuestra América que aquí se han reunido, porque no le he hecho traición

a las mías, construidas conforme a las reglas de la concordancia entre escritor y pueblo".

Gallegos —como ya hemos señalado— ha desempeñado cargos públicos en distintas ocasiones. Los conciudadanos le postularon como candidato a la Presidencia de la República de Venezuela; él, cumpliendo con sus deberes ciudadanos constitucionales, aceptó. Fue de provincia en provincia exponiendo su programa político. Se comprometió material y moralmente a sacar adelante a los que al final le eligieron. Durante los meses que duró su nombre en el poder cumplió como lo había prometido, empujando hacia el progreso a Venezuela. "El poder civil —certifica el cubano Raúl Roa— había recobrado sus prestigios y potestades. Se administraban los dineros públicos con absoluta pulcritud. Un equilibrado sentido de justicia inspiraba las relaciones entre el capital y el trabajo. Rendía culto a "la dignidad plena del hombre", respetaba las libertades políticas, difundía a chorros la cultura, promulgaba la reforma agraria, fomentaba la marina mercante, abría caminos, creaba escuelas, ponía a raya a los monopolios extranjeros, mantenía celosamente incólume la soberanía nacional. Venezuela volvía a ser, otra vez, gonfalón y vanguardia".

Consciente de la responsabilidad ante su pueblo, Rómulo Gallegos ha sabido como pocos funcionarios para qué sirven las renuncias a los cargos públicos, y cuándo y por qué se manifiestan. Por eso en 1931, no deseando ser cómplice de las violaciones hechas a los principios democráticos venezolanos, da media vuelta y renuncia a seguir siendo Senador en el Gobierno de Juan Vicente Gómez. Conserva con ese acto su bien cimentada arrogancia moral y procede de acuerdo a la dignidad popular, elementos mismos que en 1948, le inducirán a sostener una posición contraria, la de no renunciar, aun cuando en ello le vaya la vida entonces, sin cobardías, sin temores, el hombre que en él vibra se iluminará ante la militarada traidora que le exige claudicar. Con valiente decisión dispondrá: "El ejército tiene señalados deberes y actuaciones que no son propiamente las que ustedes en estos momentos se han tomado la libertad de ejercer. Yo sé que mi suerte está echada. Midan ustedes la responsabilidad que asuman. Yo ya he medido íntegramente la mía". "Bien saben ustedes que en Venezuela hay tan sólo dos sitios para mí: o el Palacio Presidencial o la cárcel. En cuanto a otra determinación, tengan en cuenta que yo soy el Presidente de la República prisionero. Sépanlo bien. Ustedes

podrán matarme; pero yo no renunciaré la Presidencia de la República".

Gallegos se avino a todo para no poner en peligro el bienestar de su pueblo, se dispuso inclusive a morir. Allí, la constancia de su atracción más hacia lo humano que al penduleo político, y allí también, la explicación de por qué esa actividad no marcha ni podrá sincronizarse nunca con su temperamento. Mayor grandeza de Rómulo-hombre y mayor ejemplo de cómo ha de proceder la intelectualidad cuando sirve fielmente sus ideales sociales. El ecuatoriano Pareja Diezcanseco, refiriéndose al venezolano asienta que nuestros escritores deberían tomar ejemplo y saber "que la literatura no termina en la máquina de escribir, sino en la acción".

En la vida de este civilizado Santos Luzardo, durante su intento de ganarle a la barbarie venezolana la mejor de las batallas desde el solio presidencial, resultó, que fue la "mujerona" del hato Del Miedo quien le sacó del Arauca. Quizás si Luzardo se hubiera ayudado de otro personaje: Juan Crisóstomo Payara (el de la actitud fulminante que al saber de la indisciplina entre su tropa, pregunta: "¿Quiénes fueron los de las risitas?" Se paran tres oficiales diciendo uno tras otro: "Yo. . . Y yo. . . Y yo". Payara llama a un Capitán y le ordena: "Fusile a esos tres inmediatamente"), quizás —repetimos— no habrían llegado a ser proféticas en Gallegos las palabras con que Pedro Henríquez Ureña ha reconocido que "Los hombres de letras que toman parte en nuestra vida pública figuran rara vez en el gobierno: pertenecen a la oposición, y suelen estar mucho más tiempo en la cárcel que en el poder, cuando no en el destierro, forzoso o voluntario".

En el caso de Gallegos, el destierro fue forzoso. Lo inició en Cuba. No perdió instante para denunciar ante la opinión pública el encuentro de los espadones con su legítimo gobierno, de cuyo choque, fue consecuencia la muerte de la democracia venezolana y la marcha al destierro de sus mejores "hombres de letras".

Del año 49 a esta fecha el destierro no ha impedido a Gallegos elevar su palabra en favor de los más urgentes problemas de Iberoamérica. Se le ha escuchado en Cuba, Costa Rica y México. En este último país y en la Universidad de Nuevo León, la concurrencia atenta oyó al venezolano hablar de la célebre Conferencia de Caracas y sus funestas repercusiones. "Le tocó a mi ciudad natal —lamentó Rómulo Galle-

gos—, otrora cuna de libertadores, la triste suerte de ser el escenario de ese acontecimiento insólito y ya todos sabemos cómo se ha castigado al pueblo de Guatemala, por su atrevimiento a aspirar al disfrute de la riqueza de su suelo propio, arrebatándosele, con un descaro inaudito, los legítimos y justos beneficios de la reforma agraria recién implantada y por añadidura el derecho al voto del analfabeto que es una de las conquistas más efectivas de la democracia".

## III

*La entrevista y sus antecedentes*

La noche del jueves 5 de enero del presente año, entre el acontecimiento cultural que significa la cena tradicional ofrecida anualmente por *Cuadernos Americanos*, destacó el gesto de la concurrencia al ponerse de pie y batir palmas cuando el insigne novelista Rómulo Gallegos hizo su aparición. Se le aplaudió por su actitud americana denotada el 3 de diciembre de 1955 al firmar la renuncia al Título Honoris Causa que en 1948 le confiriera la Universidad de Columbia.

Esa misma noche, nos acercamos a Gallegos, le hablamos de unas cuartillas que habíamos escrito sobre su obra y su conducta de hombre, y le solicitamos una entrevista para incluirla al final de nuestro pequeño trabajo. Gallegos no se comprometió, quedó en resolvernos.

Su resolución se fue posponiendo por diversas circunstancias; una de ellas fue su viaje a Veracruz para intervenir en el homenaje y recibimiento hechos en honor del célebre músico español Pablo Casals.

Finalmente, al hablar por teléfono con Rómulo Gallegos y recordarle nuestra espera, nos comunicó la imposibilidad de concedernos la entrevista. Fuimos entonces con don Jesús Silva Herzog a disculparnos por incumplimiento de nuestra palabra, ya que días atrás le habíamos ofrecido las presentes páginas asegurando que cerrarían con una entrevista hecha a Rómulo Gallegos. Expuesta nuestra sensible mala suerte, don Jesús, interesado desde un principio en la empresa, respondió a la noticia llamando por teléfono a Ricardo Montilla. Y es que Ricardo Montilla conoce a su paisano Gallegos desde 1927, año

en que el novelista, sabiendo a Ricardo original de la región del Llano, fue a leerle unos capítulos de *Doña Bárbara* en los que se refería a dicha región. Este Ricardo es el mismo que durante el Gobierno de Gallegos fue Ministro de Agricultura; el mismo con quien además de los vínculos de la literatura los une un ideal político, un destierro, y el parentesco que da el que un hijo de Ricardo sea ahijado de Rómulo Gallegos. Debiendo agregarse que Montilla es también un secretario sin honorarios, puesto que, viéndolo bien, viene incluso a sustituir la parte esquiva del novelista en lo que toca a facilitar datos sobre su vida y su obra. Y don Jesús Silva Herzog lo sabía... por eso nos puso en el camino de lograr nuestro objetivo.

En realidad, la entrevista con Gallegos, a más de los valores intrínsecos reunidos en sus propias declaraciones, reúne otros que aquí vamos a apuntar, por lo que nos satisface sobremanera haberla obtenido. Un valor será apreciado por el lector al enterarse de las dificultades que presenta entrevistar al novelista, quien, en primer lugar, huye a toda costa de la publicidad; en segundo, teme a los entrevistadores porque casi siempre tergiversan las declaraciones (como sucedió a raíz de la opinión que Gallegos diera sobre la novelística de Mariano Azuela y que el entrevistador falseó totalmente; caso éste, bastante conocido para volverse a relatar), y en tercero, porque en la actualidad Rómulo Gallegos, no dispone de tiempo más que para elaborar a puerta cerrada y sin interrupciones, la novela que se encuentra escribiendo.

Otro valor se hallará al observar que la entrevista viene a ser justo complemento de lo expuesto por nosotros en páginas anteriores, ya que con la mayoría de respuestas que hemos recogido, se reafirman los conceptos apreciativos que acerca de su obra y su conducta democrática hemos vertido.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Y bien, ante el novelista venezolano, iniciamos nuestro cuestionario recordándole a uno de sus comentaristas: John A. Crow —le decimos— habla de que antes de publicarse la más leída de sus novelas, Ud. había hecho tres distintas versiones de *Doña Bárbara*. ¿Podría expresar por qué motivo se inclinó a la versión que todos conocemos?

—Porque —responde sin preámbulos— esa es mi forma de trabajar. Esas versiones desechadas podrían considerarse como simples proyectos de los cuales surgió la obra definitiva.

—Juan Bosch —proseguimos— ha dicho de Ud.: "aprecia más a *Cantaclaro* y a *Canaima* que a *Doña Bárbara*". ¿Cuál es la razón paterna que le asiste en su predilección por dichas obras y no por la otra gustada y preferida en mayoría por los lectores?

—Son apreciaciones —contesta sin abandonar su laconismo característico— muy personales de un autor. Tome en cuenta —ejemplifica oportuno— que nada menos que Cervantes prefirió siempre *Los trabajos de Persiles y Segismunda* al *Quijote* creyendo esta obra de inferior calidad a la primera.

—En *Doña Bárbara* —le repetimos lo que ya se ha repetido hasta la saciedad— la "mujerona" representa al cacicazgo, Mr. Danger al extranjero pernicioso y Santos Luzardo a la civilidad bien nacida. Este último vence a los primeros que simbolizan a las fuerzas regresivas coaligadas. Al triunfar el bien sobre el mal —interrogamos entonces al creador de los personajes— por qué dejó sin castigo al "extranjero" y a doña Bárbara, agentes predominantes de lo atentatorio, y en cambio, penó a los simples instrumentos como son los personajes: los dos Mondragones, el Brujeador y Balbino Paiba?

—El castigo a que Ud. se refiere —refuta con tranquilidad— sólo hubiera podido ser el definitivo aniquilamiento de ambos personajes. Pero ello hubiera falseado la realidad y la interpretación que yo quería hacer de ella. Los males personificados por Mr. Danger y doña Bárbara podían perder una batalla, como en efecto sucede en el libro, pero sólo un optimismo desbocado los hubiera considerado extinguidos para siempre. La prueba es que ambos personajes han vuelto a sus andadas en mi país, ahora con procedimientos más modernos. Y espero que no se llegue a pensar que yo tengo la culpa de ese retorno por no haberlos castigado con la última pena, como se lo merecían. . . y se lo merecen.

—En *Doña Bárbara* —decimos recordando el concepto que Rómulo Gallegos tiene de la civilización— Ud. evita que Santos Luzardo, profesional civilizado, se manche las manos de sangre. ¿Por qué en *Cantaclaro* Ud. permite que Juan Crisóstomo Payara, también profesional, caiga en la barbarie de quitar la vida a Carlos Jaramillo?

—Son dos tipos humanos muy diferentes. Y el hecho —replica volviendo a su laconismo— de que ambos fueran universitarios no los obliga a las mismas reacciones, ni los somete al mismo destino.

—En *Cantaclaro* —reconstruimos—, para la página final, el personaje Martín Salcedo medita: "Basta ya de correr en pos de la sombra siniestra del caudillo muerto! ¡Y bien muerto!" "Otra empresa es la que hay que acometer y quiero intentarla". Nosotros preguntamos: ¿Qué empresa sería la conveniente para sustituir al caudillo?

—La incorporación —responde dejando entrever sus conocimientos de las ideas económico-políticas más avanzadas— de las masas a la lucha política mediante orientación ideológica y teniendo como instrumento el partido, el sindicato y otras organizaciones de la misma índole.

—¿No cree Ud. —le interrogamos con duda— que en *Sobre la misma tierra* pudo haber desarrollado más ampliamente el tema del petróleo en lo que a denuncias se refiere?

—Un desarrollo más amplio —cree el autor—, requeriría otro trabajo y quizás no necesariamente novelístico.

¿Qué razón de peso —le investigamos— lo llevó a ubicar el contenido de sus novelas en el campo de los grandes problemas político-sociales que afligen a "Nuestra América"?

—Eso es cuestión de sentimiento y de criterio. El campo —declara con breves palabras que bien son terribles latigazos para los artistas de torre de cristal— de que Ud. habla me ha atraído siempre, artísticamente, más que cualquier otro, quizás porque yo creo que el artista indiferente a los problemas de su pueblo y de su época es una negación de sí mismo.

Raúl Roa —preparamos nueva pregunta—, hace dos años, aseveró: "Mexicana es la novela que está escribiendo en su refugio beligerante de Morelia". ¿Qué dato o qué anticipo puede darnos, para los lectores de la presente entrevista, acerca de dicha novela?

—A ese respecto —contesta lo que ya esperábamos, puesto que sabemos que por sistema de trabajo al terminarla si no le place la destruirá íntegra para intentar otra versión— sólo puedo adelantar que ese libro, si llego a terminarlo, habrá obedecido a los mismos impulsos fundamentales de mis otras obras.

—¿Quiere Ud. insistir por este conducto sobre la actividad de la juventud latinoamericana en los procesos políticos de cada una de sus patrias?

—Desde luego —asiente Gallegos— que lo hago con gusto y, al efecto, permítame que le dicte una frase de mi conferencia de noviembre de 1949, en el aula "José Martí", de la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad de México.

Dije entonces, dirigiéndome a la juventud de nuestra América, que estudia y aprende: No prostituyas la dignidad intelectual, ni ahora, prestándoles tus entusiasmos generosos a los instintos primarios superpuestos en la confusión de los valores morales, ni mañana tus ejercicios de razón y de cultura para cohonestarles sus atropellos.

¿Puede repetir por qué renunció al Doctorado en Derecho que le había conferido la Universidad de Columbia en 1948?

—No tengo —niega el entrevistado— otras razones que las ya expuestas y no vale la pena insistir en las mismas que ya han sido suficientemente divulgadas —sin embargo, nosotros, que comprendemos los motivos de modestia que impulsan a Gallegos para su negativa, y que sabemos la importancia de insistir sobre actitudes que como la de él no se repiten a diario, transcribimos, en afán de llenar la laguna que deja tal negativa, parte de las causas de su renuncia: "Cuando estuve de visita en los Estados Unidos en julio de 1948, siendo Presidente de Venezuela e invitado por el Presidente Truman para inaugurar la estatua de Simón Bolívar en el poblado de ese nombre en el Estado de Missouri, entre los actos en mi honor se me dio el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Columbia". "Después —prosigue—, he visto que tal honor se le dispensa lo mismo a un mandatario electo por la voluntad popular que a un jefe de Estado hispanoamericano llegado al poder por obra de un golpe militar, y mi sentido de consecuencia con mi posición democrática, respetuosa de los derechos de los hombres y de los pueblos, no me permite compartir el honor con quien por opuesto modo ha llegado al gobierno de su país". "Debo aclarar —finaliza Rómulo Gallegos— que no conocí al Presidente Jacobo Arbenz y que nunca fue mi amigo; lo que me molestó, en su caso, fue el camino escogido por el otro para hacerse del poder".

Concluyendo la presente entrevista, interrogamos sobre el tema político más actual relacionado con Gallegos, como fue el ofrecimiento de visa para retornar a su país: ¿Piensa Ud. regresar a su patria ahora que las circunstancias parecen permitírselo?

—Ya también —nos asegura— sobre esto he hecho declaraciones, pero considero conveniente repetir, ahora sí, que yo no puedo volver a mi patria mientras no exista allá un régimen de garantías y de respeto para los derechos del ciudadano y del hombre.

# ALCANCES Y LIMITACIONES DEL REALISMO Y EL ABSTRACCIONISMO EN EL ARTE

Por *Jorge J. CRESPO DE LA SERNA*

CONFERENCIAR alrededor de una mesa —sea ésta redonda o cuadrada— por el sólo hecho de acodar en ella gente cordial, predispone a la comunicación viva y a la vez ponderada sobre experiencias y conocimientos. Lo que en este convivio se exponga y analice no tiene ni debe tener una temperatura doctoral, sino aspirar únicamente a especular sobre estas cuestiones cuya esencia y presencia no son efectivamente nuevas sino en cierta medida experimental y nada más, pero que han cobrado en los últimos tiempos ingente interés. Mi cometido será el de tratar de señalar algunos puntos, recordar definiciones y teorías y declarar —naturalmente— mis opiniones y ángulos coincidentes con lo que ya se ha dicho, a fin de que los presentes, compañeros de mesa y rotundidad, hallen motivos de comentario y de objeción, de inteligencia o de simple dubitación, que ilustren más y abran caminos a saludables interrogaciones.

Un examen que agotara la discusión en torno a estos problemas estéticos sería demasiado extenso y de una ambición exagerada. Aunque el arte se manifiesta en muchos aspectos que tienen entre sí caracteres comunes o por lo menos estrechamente análogos, sus instrumentos de realización son muy diversos, y por tal razón parece conveniente aclarar que el tema sobre el cual vamos a discurrir ahora se circunscribe a una rama del arte, que no es ni la literatura y sus distintos módulos, ni la música en general, sino aquellas manifestaciones que se agrupan bajo el epígrafe de artes plásticas, y casi más concretamente la pintura: aunque las consideraciones que se hagan alcancen a la escultura y a la arquitectura, pues a pesar de ser aspectos independientes dentro de la expresión plástica, hay entre ellos similitudes, influencias mutuas, y hasta cierto punto, coincidencias de estilo —no hay duda de ello— a lo largo de la historia.

La pugna entre la tendencia realista y la abstraccionista en arte, siempre ha existido. Mejor dicho, ha existido esa división, y se ha venido a tener conciencia de ella, cuando se ha examinado la trayectoria del arte, con un criterio racional. La pugna, o querella, como la suelen llamar algunos imprimiéndole sesgo de cosa sentimental más que del raciocinio, existe propiamente desde entonces, no sólo entre los creadores de las obras de arte, sino entre sus espectadores, ya sean simples testigos, o apreciadores críticos. Estéticamente, éticamente, el problema de la expresión artística plástica, ha sido ponderado y definido desde los tiempos de la Grecia pensante. Abundan, por otra parte, los textos de filosofía, estética e historia de la filosofía, en que grandes pensadores han discurrido sobre estas materias, lucubrando teorías y tratando de definir posturas ilustrativas. No es mi objeto enumerarlos ni comentarlos, sino de modo pasajero, y únicamente para apoyar alguno que otro juicio que salga a relucir en mis palabras.

El hombre, a pesar de sus limitaciones, ha tendido siempre a conquistar para sí valores absolutos. La ciencia le opone valladares casi insuperables, aunque a veces le abra ventanas que no sospechaba. El espíritu religioso es un clima en que se facilita el sentimiento de lo no demostrable en términos del razonamiento, sino de una intuición cuya vaguedad llega sin embargo a satisfacer ciertas aspiraciones de perfectibilidad: de eso no hay duda. El arte es otro vehículo para tales demostraciones. Y en su escala de realizaciones figuran todas las categorías de lo estrictamente abstracto y de lo representativo. Pudiera decirse, en tesis general, que su máxima aspiración es acercarse a la belleza, que vendría a ser algo así como un valor expresivo de suprema perfección. El fundamento del valor artístico reside en el fenómeno de la trascendencia y no en las propiedades objetivas de las cosas. La expresión tangible de tales aspiraciones en las artes plásticas se ha manifestado en esquemas de la realidad —del dato real— construidas completamente en la mente, o en reconstrucciones de la realidad, de la naturaleza y la vida humana en todos sus aspectos, con una visión sintetizadora, no de absoluta mimesis, sino en determinadas épocas de acontecer artístico.

En la obra de arte plástico, sobre todo en pintura, hay que distinguir entre lo visual y lo imaginado, lo específicamente subjetivo e interno y lo objetivo y externo, lo inventado y lo percibido sensorialmente. Para entender las manifestaciones abs-

tractas o realistas, hay que tener en consideración el mecanismo de las sensaciones reales y las sensaciones pensadas, así como todo lo que concierna al sueño y al soñar despierto. Todas esas facetas del vivir humano definen los grados de mayor o menor abstracción de la realidad, ya que todo arte plástico es una abstracción y no una copia servil de lo que los ojos ven y el tacto aprecia. El problema estriba, pues, en el grado lógico o ilógico con que se usan esas interpretaciones de la realidad y que tanto influyen en los fines inmanentes del arte.

Porque real no es únicamente lo que se nos manifiesta en la naturaleza y que percibimos con los sentidos, sino también lo que vemos con los ojos internos y fraguamos en la mente, no sólo con la imaginación, más bien con la fantasía, y que luego plasmamos en tal o cual expresión artística. En esa escala, lo más abstracto sería la simplificación del dato real llevada hasta sus últimas posibilidades, hasta convertirlo en un esquema apenas reconocible. Lo más real, por otro lado, sería la copia exacta del dato tal como lo ven los ojos, o sea un documento de valor óptico y por supuesto, con todas las contingencias ilusorias que la percepción óptica lleva consigo. Ambos extremos tienen peligros y —a mi juicio— se alejan visiblemente de todo valor verdaderamente estético.

La acción contemporánea abstraccionista, fenómeno que se ha ido apoderando poco a poco de escuelas y de individuos, antes realistas, me figuro que es una especie de reacción, un tanto tardía y que por eso nace debilitada ya, contra los excesos pasados del naturalismo académico o la exorbitancia colorista ejercida en detrimento de la forma pura. El color solo no es forma, es una materia y una ilusión óptica o psicológica, es el vehículo de la luz y sirve para completar la sustantivación absoluta y real de los objetos. No cabe duda, con el color se aumenta la esfera de acción del dibujo, y es posible construir planos y lograr la imagen de bulto, redondeando así la representación del mundo objetivo.

El dibujo es una abstracción de la realidad absoluta. Las formas reales, externas, no pueden ser reducidas a contornos, a líneas, sino en virtud de la aceptación de un lenguaje convencional, al que se ha ido acostumbrando el hombre. En todo caso, se trata de un proceso mental. El dibujo no es ya la impresión escueta de lo percibido por los sentidos. No es la representación exacta y detallada del dato ofrecido por la realidad. Es una síntesis. Esta síntesis —según el caso— puede ser más

o menos connotativa, o sea que aún en el acto de imaginar una representación de lo real externo, su expresión es, en ocasiones, de una sencillez casi simbólica, y en otras, más descriptiva, un poco más complicada, pero siempre con la misma tendencia simplificadora, orientada a la consecución del arquetipo: por lo menos, a la sustantivación del fenómeno, más bien que a su adjetivación.

Cosa curiosa, el dibujo, en su aspecto más esquemático, es propio del hombre primitivo y de los niños, cuyas producciones tienen asombrosas analogías y mueven a pensar sobre esto: ¿son suscitadas por un acicate de tipo estético o sea producto de una sensación, una emoción y una intelección, que les mueva a despertar por imágenes ese mismo proceso anímico, o instintivamente se trataría tan sólo de una manera de expresarse, anterior al lenguaje hablado o escrito? Ambos fenómenos, sin embargo, tienen esto de común, que es demostración de un instinto espontáneo de tipo estético: no llegan nunca al arabesco o a las figuras euclidianas, signos matemáticos de las formas, en una gran parte, porque no han llegado, en sus vivencias y conocimiento, a una etapa de razonamiento puro, sino muy empírico y muy primitivo, cuando se produce. Al hombre moderno, por un proceso de reacción, le interesan estas manifestaciones, porque ha ido olvidándose de emplear su intuición extraordinaria y sus sentidos, y ha escuchado en demasía teorías y fórmulas que nunca son absolutas y están sujetas a fluctuaciones históricas que no hay que echar a un lado, ni mucho menos.

Los signos o grafismos de un arte escuetamente lineal geométrico logran a veces ser, —digamos— completados en la mente receptora del espectador, mediante una sensación y un acto de aprehensión interna. A veces, esto se frustra, por la insuficiencia con que estos signos suscitan sensaciones, por su simplismo casi jeroglífico, que presupone para ser apreciado, un proceso mental hacia una actitud, espontánea o influída por el medio o por ciertas disciplinas, para captar esto y darle —a posteriori— los significados que el caso consiga despertar en cada individuo.

A esto se le ha llamado libertad de expresión, sobre todo últimamente, entendiendo por tal libertad el hecho de que la obra de arte no tenga las limitaciones de un mensaje o contenido expreso o tácito —ni siquiera que lo evoque, o que se parezca remotamente a algo que nos dé impresión de una acción del hombre o de lo que el hombre refleja en la naturaleza. A veces,

estas manifestaciones suelen provocar procesos intelectivos y aun sensoriales, afectivos, emocionales, etc., pero en general lo que suscitan es meramente una impresión grata, acaso poco o nada trascendente en sus consecuencias ulteriores.

El arte, llamado abstracto específicamente, no es representativo o ilustrativo. No trasmite sus ideas plásticas —si las hay— por imágenes, sino por elipsis o completamente depuradas de humanidad. Pero, de todos modos, es un producto del hombre. Lo que pasa es que es un producto del despojo de connotaciones y factores que definen una cosa o un fenómeno, tal como los "conoce" el hombre. En una palabra, hablando en general, lo obstracto está más cerca de lo literario y de lo musical. De lo literario, no como lenguaje, sino como vehículo de símbolos y como reunión de signos convencionales: letras, guarismos, sonidos. Como el lenguaje escrito, como la música escrita, lo abstracto en pintura es una pintura escrita literalmente hablando —no como metáfora— una pintura intelectualizante; y como, ni tiene la amplitud real del lenguaje ni la escala de posibilidades sensoriales del sonido, trabajado y construido en otros fenómenos intangibles que son los que constituyen la música, lo que queda es una cosa fría, casi inerte, demasiado unitariamente mental, para que logre conmover.

Insistiendo en el arte de los primitivos y de los niños: no hay que dejarse cautivar por él. Es interesante y mueve a admirar y gustar sus realizaciones, pero no hay que olvidar el proceso psicológico y cultural que no permite abandonar las ideas estéticas de categorías, descubrimientos y experimentos, llevados a cabo a lo largo de los siglos, para ir conformando el espíritu de los tiempos, los temperamentos y las necesidades del hombre a la expresión del arte. Lo arcaico resulta asombroso y a veces definitivo como expresión estética por hallarse en un camino en que convergen con iguales fuerzas lo intuitivo que produce o suele producir maravillas, y la razón, incipiente pero que logra ya conformarse con lo esencial de las cosas. Tanto en estas manifestaciones como en las de los niños que prescinden espontáneamente de lo superfluo, tal simplificación formal imprime un carácter efectista y decorativo.

Una abstracción gráfica, por el hecho de estar en un espacio plano, es quizá menos fuerte que una realización en tres dimensiones. La escultura ha sido material de abstracciones o simplificaciones estructurales rayanas en lo abstracto, como en la cultura de los pueblos precolombinos: y en otros en sus eta-

pas más arcaicas, que no es imprescindible citar. Últimamente, de modo paralelo a la pintura, a la que ha imitado muchas veces, como ésta lo ha hecho respecto a la escultura, sus formas se van haciendo tan deshumanizadas —Arp, Laurens, Lipschitz, etc.— que, a veces, lo único que hace el escultor es simplemente escoger el material propicio a su abstracción; y no pocas veces utilizar el accidente de su desgajamiento o de su textura, para producir una forma que, por inducción, evoca otras menos simples, o que provoca en el espectador sensaciones más o menos gratas de tactilidad y satisfacción de los ojos.

Esto ocurre también en pintura. Hay pintores y grabadores que utilizan manchas del material, espesores, estrías, aguas, etc., para sus temas. Contra esto ha habido reacciones de parte de abstraccionistas clásicos —por así decirlo— como Mondrian, para quien el problema consiste tan sólo en aprisionar el espacio en un rectángulo y sólo determinarlo, además de tal aprehensión, por medio de un punto negro puesto en la nítida albura vacía, a fin de desencadenar en el espectador un cúmulo de cosas imaginadas, si lo toma en serio. Porque es difícil tomarlo en serio, y es desconcertante comprobar que sí lo ha sido de parte de algunos artistas y críticos.

Ambas posiciones, creo, son absurdas y no tienen mucho que ver con la verdadera creación. Son juegos de malabarismo efectista. Una gran mayoría de las obras de arte abstraccionista o geométrico —eso es incontrovertible— tienen mucho de juego y no poco de virtuosismo manual y fantástico, por lo cual a menudo esas cosas pueden gustar, como ya se ha observado y hasta despertar asociaciones gratas o ingratas, libres, como las que suscita la música. Esto a pesar de todo no está de acuerdo con lo que debe ser el arte plástico, o sea el mundo transportado por el artista de la realidad externa, óptica, y de la visión interna, subjetiva, introspectiva, a otra nueva realidad: la suya; a otra verdad, la suya, que por ser reconocible y cargada de *pathos,* pueda mover al espectador a identificarse con ella y recibir en ese acto la sensación que desemboque ulteriormente en las emociones más legítimas y perdurables.

El arte plástico es una prueba admirable de la conciencia del ser. La recreación, simbólica o ilustrativa (Berenson) del mundo en que vive el hombre, por virtud de su ingenio en plasmarlo en imágenes, más o menos cercanas a la realidad, ayudan a vincular lo más estrechamente al ámbito y a la vida en que se va desarrollando, y le ofrecen, sobre todo, una confirmación des-

doblada de su propia personalidad. O sea, que ya no se encuentra en actitud expectativa, admirativa, sino que la emoción que ha sentido ante este o aquel hecho, esta o aquella cosa, se ha convertido en una función creadora, distinta del objeto que la motivó, y sin embargo idéntica a él.

Se ha afirmado que el placer que se deriva del reconocimiento, tal como se esboza o plantea en la Poética de Aristóteles, no es realmente un fenómeno estético. Yo no lo creo así. El hombre, ente social, no sólo tiende a un examen de sus propios actos, sino que aspira a verse reflejado en juicios de otros seres, o en sus expresiones, entre las cuales está el arte. Una imagen representativa de lo real externo, con las expresiones que somáticamente nos dan el tipo físico y psicológico, temperamental, de cada individuo, puede conducir a una apreciación satisfactoria que despierte una sensación cercana de la emoción estética. Es decir, un arte representativo es más humano que un arte basado en combinaciones lineales (arte de arabescos, le llama Carritt) o en simples manchas de color. Una pintura pura, es decir, hecha en función del color; un simple dibujo geométrico, sin ningún nexo con la experiencia, sino sólo con la inventiva ingeniosa del hombre, no conducen sino a una función estética secundaria: una función de ornato. La palabra lo dice elocuentemente: de ornato, o sea, de servidumbre hacia otra manifestación. Otro tanto puede afirmarse de la escultura, llevada a tales extremos. Una escultura móvil de Calder es para mí un juguete mecánico, de mucho ingenio y fantasía, que puede servir para diversión de chicos y grandes, además de entretenimiento al dios Céfiro. Eolo lo soplaría de tal modo que iría a parar al otro confín del mundo.

Únicamente en la arquitectura —escultura utilitaria— se logran conjugar formas abstractas con fines económicos. El hombre vive y admira en ella, y siempre ha conformado sus estilos a sus vivencias, sus concepciones de la vida, su filosofía y religión, etc., unas veces cargando el acento en aspectos estéticos, otras simplificando en extremos sus perfiles. A veces ha sido muy pictórica y decorativa. Pero ha inventado su propio lenguaje, y un examen desapasionado de ella la absuelve, en tesis general, de los pecados intelectualizantes de la pintura y escultura. Sin embargo, hay que poner de relieve que en muchas fábricas modernas, sobre todo en materia de templos, se ha incurrido en dislates de los que la diosa Belleza y la diosa Cordura, están bastante alejadas. Como esta rama del arte comporta asimismo

un conocimiento completo de sus técnicas científicas y de su práctica, no sería posible en esta breve sesión, analizar a fondo sus experiencias históricas, sus aciertos definitivos, sin tiempo, y su adaptación actual al ritmo de la vida moderna. La arquitectura es abstracta por sus formas; es realista por la función que está llamada a cumplir. Su problema es, pues, el saber conjugar con felicidad ambos postulados en una sola ecuación. Si falta el lado real, todo se vendrá abajo, y entonces sí surgiría el aspecto decorativista, frío, inhumano —no ya poco humano— de su expresión, como acontece con las otras dos ramas del arte: la pintura y la escultura, cuando se convierten en arte de arabescos, sin la dinámica pasional que supone la vertebración estrecha con lo humano.

Hay que establecer diferencias entre la emoción suscitada por el acto de reconocimiento —de que se ha hablado— y la sensación o conciencia de que la realización de una obra de arte poseee elementos que provocan la emoción estética pura. Una obra de arte puede provocar la emoción estética pura, abstracción hecha de su contenido —indudablemente— y de un modo casuístico provocará una emoción psicológica apoyada en prejuicios, si sólo se atiende al contenido. Lo ideal es que el contenido, de categoría abstracta, semiabstracta o realista, es decir reflejo más o menos fiel del dato real, esté en perfecto acuerdo con su expresión, con la forma. Y esto hará que sean posibles diversas categorías de la emoción, hasta llegar al rapto que suponga la asociación consciente de lo percibido con las propias vivencias. O sea que, en realidad no es posible ni lícito separar el valor de la expresión estética, en la obra perfecta del arte, de la expresión ética, aunque esto no sea obvio para hacer bueno el polinomio belleza-verdad-bondad, sino para suscitar, por medio de una conmoción estética en el observador o testigo, el estado de ánimo activo que tienda a sublimarlo, sin habérselo propuesto previamente el artista, ni mucho menos.

Si por una parte la materia, en su relación de conocimiento por parte del artista, puede sugerir a éste caminos que le conduzcan a la plasmación de sus conceptos, como ocurre muchas veces, aprovechando bien sus estructuras, en el plano sensible no se puede imaginar una materia que no esté animada de forma. No basta que los griegos vean ya la belleza en una materia inerte, en sí, ni que Miguel Ángel establezca que la misión del artista haya sido la de extraer de la piedra la estatua aprisionada en ella. No hay que tomar esto sino como muestra de una sen-

sibilidad imaginativa que se expresa en una premonición o avizoramiento lógico del proceso creador, y nada más. El hombre, en la marcha ascendente de su cultura, no ha podido soslayar sino por motivos decorativos (el arte de los arabescos) el mecanismo de la representación, que constituye —debe constituir— el contenido inmediato de la obra de arte: el tema. Y esto —apunta Romero Brest— es porque el hombre reconoce en su capacidad creadora una limitación (yo la llamaría más bien una disciplina racional en función del fin estético): la de ejercerse a través de los objetos sensibles. Forma representativa quiere decir desarrollo interpretativo de una imagen, que adquiere nueva vida gracias al artista, pero sin desprenderse del todo de su significado original. Si el propósito del artista —copio del mismo autor— fuera solamente representativo, la obra de arte tendría sentido inmanente; su sentido trascendente, en cambio, proviene de la capacidad evocativa de los objetos representados, gracias a la cual éstos no son sino vehículos de una expresión supramaterial.

El hombre vive en la realidad. Forma parte de ella. Un acto de intelección es un acto real. Su representación es real, ya sea completamente abstracta, ya copia fiel de lo percibido por los sentidos. Dentro de lo real —insisto— hay gradaciones que van desde el naturalismo óptico hasta un simbolismo de esquema. En el realismo, como fenómeno del arte y como actitud consciente, predomina la representación, como ya se ha visto. La intuición sensible y la capacidad imaginativa del artista, dentro de esta manifestación, no pueden ser ejercidos sino sobre la base de la experiencia cognoscitiva, de donde se deriva el valor preponderante que desempeña en la creación artística del conocimiento intelectual de las cosas.

En el arte apolíneo de la representación, según Schopenhauer y Nietzsche, priva una referencia al mundo ilusorio (reflejo ideal del individuo) de los seres humanos que, por su belleza nos reconcilia con los conflictos y sufrimientos de la humanidad. El arte dionisíaco de la música y de la lírica pura —dice Ortega— nos revela, por medio de un éxtasis místico la base fundamental de la existencia humana, o sea la fuerza vital o voluntad de vivir, o lo que se conoce por sentimiento trascendental de la vida. Un arte que condense ambas categorías será el de la fusión de lo apolíneo y lo dionisíaco. O sea la fusión de lo abstracto y lo realista. Entre una acción puramente intelectual que es lo que da origen al arte geometrizante y el arte de signos

naturalistas —dos extremos— cabría, adelantándome a formular una consecuencia futura satisfactoria para la estética y para el progreso humano, la actitud media catalizadora de las dos corrientes.

El hombre, aun cuando se incline a la abstracción en el llamado arte del arabesco, no puede dejar de imprimirle su aliento. En las decoraciones del arte islámico, por ejemplo, a pesar de tener una apariencia geométrica, hay algo que las ha transformado, quitándoles sequedad esquemática; ese algo es la fantasía del artista creador, que ha superado la limitación de las líneas en sus combinaciones geométricas. Cuando se hable de geometría en el arte, no debe entenderse sino la empírica e intuitiva, que tiene sobre la científica la supremacía de no ser estática, o sea que sus realizaciones están en permanente elaboración, lo que las puede sustantivar como diferenciaciones de una aplicación tendenciosa y unitaria.

Al hablar de los dos módulos del arte, Berenson los clasifica como ilustración y decoración, y dice: "Entiendo por decoración los elementos de una obra que se dirigen directamente a los sentidos, como el color y el tono, o que directamente suscitan sensaciones imaginativas, como la forma y el movimiento". En cuanto a la ilustración, considera que "es todo cuanto interesa, no por la calidad intrínseca, como el color, la forma o la composición, sino por el valor de la cosa representada, sea del mundo externo, sea de nuestro mundo interior". Es muy importante lo que opinan sobre los valores ilustrativos, porque ello aclara la importancia en el tiempo de un arte de tipo realista: según él varían según el gusto de la época, mientras que los valores decorativos permanecen inmutables. Yo añadiría que no es precisamente el gusto lo que infunde valoración especial a lo ilustrativo, sino el proceso del reconocimiento estético de valores morales que encienden la emoción en el individuo, porque halla en ellos un trasunto de su propio ser. Si un arte es exclusivamente de orden decorativo o abstracto, sus valores inmutables prueban, entre otras cosas, su aspecto o valor puramente mental, frío, ya definitivamente plasmado, y por ende fuera de las contingencias cambiantes de la humanidad. Pero Berenson establece estos distingos en función de obras que poseen ambas categorías, y entonces sí puede producirse el fenómeno conocido —sobre todo en los tiempos modernos— en que una obra de arte, pintura, escultura o arquitectura —complazca y excite emociones estéticas, por su morfo-

logía, que se comprueba corresponder a un tema dado. Es decir, si la obra tuvo aceptación y fue admirada por su estrecha y armónica relación de contenido y continente, a través del tiempo, el hombre, la crítica, pueden objetivamente desprender y analizar ambos, y conferir al continente un valor autónomo. De todos modos, en este proceso no entrarán nunca sino sensaciones gratas, más bien intelectuales, metafísicas, admirativas de la técnica o del valor de la materia y las formas, y nada más. Los defensores del abstraccionismo geometrizante "a outrance", esgrimen eso como argumento sofístico para fundamentar el valor independiente y absoluto de esas manifestaciones, pero el caso es otro, como es obvio.

Si bien Kant, como antes Platón, distingue entre la belleza libre o absoluta —ejemplificada en la naturaleza y las conchas de mar, específicamente, así como en el arte de arabescos— y la relativa o dependiente, ejemplificada en los cuerpos orgánicos y el arte representativo, siempre pensó que ambas formas de expresión tenían significado o sea valor; y exige, que la belleza formal debe expresar una armoniosa acomodación de nuestros datos sensibles a nuestra facultades de transformación por medio de la imaginación y el entendimiento, en objetos, como unidades o moldes perceptibles.

Según Platón, la poesía nace de dos instintos humanos: la imitación y el ritmo. Hay dos clases de poetas: el hombre de sensibilidad refinada, de gusto o fantasía, y el hombre de inspirada locura o imaginación. Longino, citado por Ortega (el punto de vista en las artes) distingue entre mera belleza o corrección de estilo (arte abstracto) y sublimidad o expresión de la pasión (arte realista). De donde se deduce que el arte abstracto está despojado de los factores de la pasión. Luego no puede encender el entusiasmo y el goce estético en el espectador del modo que lo efectúa el arte de representación o ilustración. Lo podrá —ya hemos entrevisto este fenómeno— pero a través de un proceso cerebral que corresponde al mecanismo, también cerebral, racional, en que generalmente se basan estas expresiones.

El arte realista es resultado de una actitud de relación entre el hombre y la naturaleza, de carácter panteísta y en el abstracto la actitud es contraria, dice Ortega y Gasset. Ante un arte ilustrativo exclama ingenuamente Pascal: "Quelle vanité que la peinture, qui attire l'admiration par la ressemblance des choses dont on n'admire pas les originaux!" Es decir, el

arte, en su combinación de ritmo formal y de transportación de las apariencias naturales, según afirma Roger Fry, sublima y poetiza la realidad, que es en lo que debe consistir el neorrealismo, o sea la conciencia de una expresión de la realidad en que entran factores de estilización, metáforas, símbolos y elementos abstractos reunidos en un armónico conjunto.

No es posible descartar, en la formación del arte nuevo en el mundo, sobre todo al tratar de pintura, los fenómenos que la han ido conformando hasta ayer —en la etapa del cubismo— aún vigente en muchos sentidos, como disciplina pero también como fin. Ortega, en el libro citado, pasa inteligente revista a algunos hitos importantes en la historia de las artes plásticas. Toma algunos maestros clave, como Rafael, Tintoretto, El Greco, Velázquez, Cezanne. A propósito de Rafael dice: En lugar de reducirse ingenuamente a pintar lo que ve según lo ve, somete todo a una fuerza extranjera: la idea geométrica de la unidad. Sobre las formas analíticas de los objetos cae imperativamente la forma sintética de la composición que no es forma visible de objetos sino puro esquema racional. Tintoretto y Greco —añade— son los últimos representantes de la pintura de bulto, que inició Giotto, pero ya sienten los problemas del hueco o profundidad, aunque no los resuelven debidamente. De todos modos El Greco, sobre el dinamismo formal que reina en el cuadro, le impone unidad y así permite un punto de vista único. Por supuesto que eso es válido para Rubens, Rembrandt, Poussin, Delacroix, Goya, etc. Velázquez representa ya el hueco (la atmósfera); luego vendrán otros a dar de ello versiones distintas. Además hay que tener en consideración que Velázquez pinta, no los objetos como se ven, pinta en realidad el acto de ver, es decir: una suma de sensaciones. El cubismo de Cézanne y los de quienes le van a seguir después —los cubistas o estereómetras— no es sino un paso hacia la internación de la pintura. Las sensaciones, tema del impresionismo, son estados subjetivos, por tanto realidades, modificaciones efectivas del sujeto. Más, dentro de éste se hallan las ideas, que son también realidades, dentro del alma del individuo, y que se diferencian de las sensaciones en que su contenido es irreal y en ocasiones hasta imposible. Cuando yo pienso en el cilindro estrictamente geométrico, mi pensamiento es un hecho efectivo que en mí se produce; en cambio, el cilindro geométrico en que pienso es un objeto irreal.

Para Ortega hay una ley rectora de las grandes varia-

ciones pictóricas que le parece de una simplicidad inquietante. Primero se pintan cosas, luego sensaciones, por último ideas. Esto quiere decir que la atención del artista ha comenzado fijándose en la realidad externa, luego en lo subjetivo, por último en lo intrasubjetivo. Lo real para Dante es lo sustantivo de cada objeto en la naturaleza, o sea que su expresión acertada sería la del bulto, que es lo que nos puede dar a conocer exactamente cada cosa o ente humano o animal, etc. Giotto pinta así. En cambio Descartes cree que lo real es el espacio, y en Velázquez hallamos otra versión de lo real que es el hueco; la profundidad, realzada por la luz, que no es precisamente el claroscuro, sino una cosa más totalizadora. Sobre lo abstracto, lo intrasubjetivo, dice Ortega: Un mundo de alucinación no sería real pero tampoco dejaría de ser un mundo, un universo objetivo, lleno de sentido y perfección. El centauro imaginario no galopa en realidad, pero sin duda posee una peculiar independencia frente al sujeto que lo imagina. Concluye Ortega que lo que la filosofía actual persigue como meta inmediata sincroniza con la pintura expresionista y con el cubismo, pero no dice si esto alcanza hasta esa otra clase de pintura o escultura, que ya no es más que forma —fuerza en sí, y no continente de ideas o entelequias factibles según el intelecto humano, y según posibilidades naturales.

Se usa y se abusa mucho hoy en día de la palabra "humano", sin dar al concepto su sentido estricto y trascendente. Y ¿saben ustedes por qué? Porque insensiblemente, por tener la atención puesta en descubrimientos y alteraciones de nuestro ritmo de vida, por preocuparnos por las cosas meramente materiales de modo preferente, por ir en muchas ocasiones y por determinadas gentes, hacia un ejercicio y un goce desorbitados de lo intelectual puro, nos alejamos de lo normal, de nuestros sentidos primordiales y auténticos, de nuestras intuiciones sensitivas. Es decir, nos alejamos de lo más esencial y entrañable de nuestra condición de hombres a secas; andamos encandilados con demasiados problemas y demasiadas cosas externas o internas, y no paramos mientes en el ser de cada uno; en darle su lugar y su verdadero existir, un poco independiente de tanta especulación, de tanta moda, tanto invento que distrae y pone casi siempre los nervios de punta. De modo que, aun cuando sea "humano" todo cuanto toca la mano del hombre y su mente —hasta sus disparates— necesariamente hay que circunscribir el concepto a esto: la realización cabal, armónica,

del ser humano, como han querido efectuarlo en el curso de la historia pensadores, mentores religiosos y artistas. Nos hemos olvidado un poco de estos sanos intentos. Estamos en el borde de un desfiladero peligroso, si nos empeñamos en existir como seres fríos, saturados de intelectualismo, graves, ceñudos, pontificales, pedantes. Seamos simplemente humanos. No es difícil. Nos hemos olvidado del instinto de las sensaciones primarias, de los sentimentos espontáneos. Hay que volver a ello.

Por otra parte, si en el arte realista o naturalista ha habido academismo, en el abstraccionista está ocurriendo lo propio. Apenas se distinguen las obras de sus autores sino en ciertos rasgos insignificantes, o sea que existe casi un verdadero *manierismo*. Una de las razones que podrían darse es que lo abstracto geométrico —no precisamente las distorsiones exageradas que se prestan más a una voluntad autónoma— obedece a ciertas constantes que lo uniforman, cuando el tema plástico se reduce al juego de arabescos, y nada más.

Existe, además, una razón psicológica para explicarse la boga extraordinaria y la uniformización del abstraccionismo: que es una especie de válvula de escape de la crisis porque ha estado atravesando la humanidad. Ésta también es una de las razones por la que aún no se acaba de apreciar bien, en todo su valor y trascendencia, la aportación evolutiva y actual del movimento mexicano en las artes plásticas, especialmente en pintura; y recientemente, en excelentes experimentos de arquitectura moderna. Pero el escapismo no es sólo de los artistas, sino de la gente que prefiere —sobre todo la burguesía adinerada y la plutocracia en general— las cosas decorativas, en que antes no pensaba, sino como cosa superflua e inútil.

Una de las últimas manifestaciones de esta actitud de avestruz que me viene a la memoria y que es uno de tantos ejemplos, es el éxito obtenido en los E. U., por el escultor Constantino Nivola, a quien se le ocurrió romper la desnudez de un muro exterior con arena, ciertas excrecencias pétreas, pedazos de tiestos, etc., con un propósito decorativo, escultural. Como él hay otros, aceptados y bien pagados. ¿Quién toma el pelo a quién?

Pero creo que debo cerrar ya esta disquisición, un poco deshilvanada tal vez, pero animosa y sincera, con la esperanza de que logre lo que me propongo, o sea deslindar campos sin ninguna acritud ni prejuicios, y vislumbrar lo que venga a ser

derivación y sustituto más congruente y aceptable como producto estético futuro, en el que precisamente los perfiles definidores de un realismo poético, mágico, no apartado del antropomorfismo, sea el desideratum.

# LA LLORONA

Por *Luis CÓRDOVA*

—VEN acá, señor decente, que quiero tener un niño de ojos grandes.

El hombre triste siguió de largo, sordo a todo menos a lo que se traía. A poco andar se detuvo, como si hasta entonces hubiera comprendido aquellas palabras. "Sí, tal vez eso me siente, algo mecánico y ciego que me atonte.. Con ésa o con cualquiera otra", se dijo.

Volteó con disimulo. Ella le daba la espalda caminando graciosa y desmayadamente hacia ninguna parte. La muchacha volvió sobre sus pasos, cautiva al parecer del cercano poste de la luz, por un lazo invisible. Y el que triste estaba titubeó: o caminar y caminar rumbo a la noche o reposar en la mujer. Se sintió atraído por su cabellera suelta, grácil al viento, que resaltaba sobre el vestido blanco, larga hasta más abajo de la cintura. "¡Qué hallazgo!: una con pelo en estos tiempos", pensaba. "Bonito modelo para el taller...".

Abordóla y se dilataron las ternillas de su nariz, con la fragancia de aquella limpia melena de hembra, que azuleaba de obscura, tibia, espesa, apenas si levemente ondulada. Cogió de aquel raudal acariciante con el cuenco de la mano y se lo acercó a los labios.

—¿Qué te pasa, señor decente? Tienes los ojos grandes. ¿Vienes?

—Sí, pero déjame ver tu pelo. Es lindo.

—¿No te cansas de verlo? Y eso que no lo has visto de día, cuando estoy recién bañada y me visto de *amarío*. Anda, vamos, que quiero quitarte la murria.

—Amarío, amarío... Morena de amarillo: corazón de membrillo.

—¿Qué dices? Todavía no tengo el corazón tan agrio. Tiéntamelo. —Y ella le acercó su anhelante seno.

Su voz correspondía a la cabellera, al cuerpo con sus pun-

zantes tentaciones al frente, sin énfasis de escote o de entallados excesivos; vivaz la mirada y una flor de simpatía en la frente.

—¿Qué tanto me ves? ¿No te gusto? Sólo tengo dos vestidos de seda, blancos, que están en la tintorería. Puedo tener muchos, si quiero. Hoy ando de sencillita.

—¿Cómo te llamas?

—Guadalupe. Me dicen La Llorona.

—Como tú anda La Llorona de los cuentos: de blanco, suelto el pelo, llorando a sus hijos.

—Tuve un niñito que se me murió. Ya no le lloro, pero le rezo. ¿Sabes por qué me dicen así?

—Porque nunca lloro, ni cuando me llevan en las redadas a la delegación, ni cuando me pegan. También porque se les figura que soy ésa que dices: la mera Llorona, a la madrugada, solita en esta calle. Ya ni la burla perdonan. Creo que es por purita envidia. Mira ésa: La Chúcara, una india trompuda mi compañera. Ya no sabe cómo malorearme. El vestido que lleva todavía no lo acaba de pagar. A mí me lo vendían, es bueno, de seda. No lo compré porque ese verde verde cachetea.

—Tú así me gustas: "de sencillita" y no como las otras pomadosas y repintadas. Hace calor —agregó el hombre quitándose la gabardina. —Tiene ratito que paró de llover.

—Ah, pero si no traes saco ni corbata. ¿Y ese suéter tan pegado?. . . ¿Y ese paliacate al cuello?. . . ¿Y luego ese bigotito?. . . Qué se me hace que no eres tan decente, señor decente. ¿Qué eres? Te pareces al amor de mi amiga Rosa La Bonfiglia. Tienes buen conejo.

—Si no te gusto así, me vuelvo a poner la gabardina.

—Lo que es la ropa, ¿verdad? Tú me gustas por tus ojos grandes. Si te los besara, ya nunca me olvidarías. Anda, vamos, para que me completes para un vestido de seda, blanco. . .

—Oye Llorona —se entrometió un tipo de portafolio y paraguas, gordo, sin pescuezo, casi sin cara de tan borrosa que la tenía. —Ya tengo los vestidos, todos americanos, de seda.

—Qu'ibole, Cenizo. Te presento a mi amiguito.

El gordo no hizo aprecio de la presentación ni el otro tampoco. Terqueó:

—¿Qué hay de los vestidos, Llorona? Vente, aquí los tengo a la vuelta, en el San Diego.

—Búscame a las doce. Orita estoy trabajando —repuso ella.

—A esa hora tengo que estar en casa de La Paca. ¿Por qué no te resuelves?

—Pero si ya te resolví. Tú eres el que andas porfiando. Voy con ustedes a la frontera, pero sin vestidos. Ésos me los compro por mi lado. No quiero endrogarme. Los ponen a mucho más de lo que valen. Y lo peor es que, ya con deudas, no me dejarán regresar cuando a mí se me dé.

—Ya te dije que eso de los vestidos es la primera condición. Ándale, que vas a ganar en dólares. No seas malmandada. Aquí ya casi no puedes trabajar con las razzias que hay. Total: te meten al Carmen y de la multa de quinientos no te libras.

—Será, será. . ., pero ¡qué chiste!: gano en dólares y en dólares me despluman: a los de Sanidad, dólar y medio para que lo dejen a uno trabajar; tres dólares semanales por visita médica; otros diez si falta uno al trabajo, de multa; otros tantos por cada salida de la casa o de donde sea a la hora del negocio y aparte los "descuentitos" por la ropa. Aquello es como la mina de la garrapata: saca y saca y nada de plata. Lo sé por La Pomperosa. Ya ves: la retacharon en cuantito se enfermó. ¿Y qué le dieron? A'i la tienes de caridad en el hospital. Mejor aquí, por poco que sea, con razzias y todo, pero de ruletera libre y aunque me bailotean la lana, no es tanto.

El gordo se dirigió al del suéter repegado que se le acinturaba, al "señor decente" sólo cuando se ponía la gabardina, al que estaba olvidando su ardor de pecho, en el ratito que tenía de estar con La Llorona.

—Convénzala, joven. Por allá, en cualquier lado, hay para ustedes dos. Todo está en que usted ponga a trabajar duro a ésta. Ella le puede pasar un buen gasto en moneda que sí vale, no como aquí, y aparte las extras cuando llegan los gringos de la base naval. Usted me cae bien, véngase y así ella estará más contenta. Nosotros también conseguimos ropa para caballero, de lo mejor y barata. A ver: ¿cuánto le costó su gabardina? —Y el gordo se puso a tentalearla.

—Óigame: si usted se cree que yo soy *padre santo* . . .

La Llorona le cerró el ojo a su amigo y así evitó que éste le sonara al Cenizo, una de esas bofetadas clamorosas que se dan a los que confunden y sobajan a la gente.

Y el gordo no se apeaba de su macho:

—Anda, Llorona, te pruebas los vestidos en un ratito, cosa que mañana te cortas el pelo en El Hollywood para que estés a

la moda. Aquí tienes el pase para que no te cueste y te vienes con tu peor-es-nada el sábado.

—Mire, Cenizo —intervino el otro fingiendo— yo no quiero que mi mujer se corte el pelo, porque ése es su gancho.

—Eso será aquí, pero no allá. Bueno lo del pelo puede quedarse para después. ¿Conque se van el sábado? Claro, Llorona, el pasaje de él corre por tu cuenta.

—¿No tiene por aquí ropa de hombre? Me gustaría ver mocasines, y chamarras de cuero —preguntó el joven, siguiéndole la cuerda al asunto, no más por la bonita cara de la muchacha.

—Sí, sí —agregó ella entusiasmada. —Yo no le he podido comprar ropa a éste y que me pegue, pase; pero no tanto. Ayer me rompió el hocico, porque no le llevé unas guayabanas que le gustaron. Rorro, tú ya ni-la... Hoy tenemos la oportunidad, corazón. Cenizo debe tener de esos pantalones guinda que te cuadran.

—No enchinches, mujer. Nuestra compañía no maneja hombres. ¿Por qué metes a tu Rorro en el trabajo?

—Pero si yo no lo metí, Cenizo.

—Seguro, Cenizo —dijo el mal nombrado Rorro— usted fue el que me metió. ¿No dijo que ustedes conseguían ropa de caballero y que las hilachas? Y ultimadamente, donde se meta ésta me meto yo, porque sus asuntos son los míos.

—Mire, Rorro, no se me ponga tan salsa, porque por aquí andan los agentes. No se lo vayan a llevar en "la julia" junto con ésas. A usted le gustará porque va a parecer retepadrotón, yendo de bendito entre las mujeres, pero no le arriendo las ganancias... No se ponga, no se ponga, porque si doy un chiflido, en cuantito vienen y se lo jalan. Y para que vea que las puedo, como La Llorona se va a venir con nosotros a como dé lugar, ahorita me la llevo de una vez, porque es muy de mi gusto y a mí me pagan también con carne...

No lo hubiera dicho. Intentó meterle mano a la muchacha y se llevó la trompada del año, la que el otro le tenía preparada desde hacía rato. No más se dobló y los otros corrieron.

PERO cielito, ¿por qué le pegaste? ¿Qué voy a hacer ahora? No podré trabajar en ningún lado con la policía encima. Y si me agarran iré a parar a la frontera, porque lo que es a mí ya me tienen comprada y con el precio pagado al comandante.

—Y te cortarán ese pelo tan chulo, Llorona.

—Deja lo del pelo. Me llevarán a fuerza y peor: de castigada, por haber salido golpeado el Cenizo. Caer en manos de esa banda es para siempre, hasta que me corran por redrojo...

Hablaban en voz baja. Aquel comedorcito servía también de sala, en la vivienda de una comadre de Guadalupe, allá por Nextitla.

Junto estaba la única recámara. Al través de la puerta se percibía el inquieto dormir de un niño.

La comadrita los asiló. Habían saltado de un coche a otro, para despistar a sus perseguidores.

—Aquí no me encontrarán, señor decente, porque mi comadre hoy vive "de honrada". Esta casa se la puso mi compadre, un chofer de la Línea de Oro. Tiene dos hijos de ella. Oye: qué bueno que le pegaste a ese rostro de cuchi. Eres hombre de de veras. Me gustas... Rorro.

—Si me vuelves a decir así, te pego, aunque se arme un escándalo.

Ella se le arrimó mimosa y retadora, poniéndose una mano de él sobre su cadera estremecida y dura:

—Anda, pégame. Quiero sentir cómo pega un hombre bueno, porque ya se me olvidó, Rorrito.

—Te vales de que respeto esta casa. No voy a despertar a los niños y a la señora.

—¡Ay, qué considerado! Tengo tanto tiempo de no tratar a gente fina... Si no me vas a pegar, abrázame.

—Tengo ganas de pegarte, pero de pura tristeza. Qué mal nos trata la vida a ti y a mí. Mira esa botella del aparador: sírveme un tequila porque ya ni tú me calientas.

—¿No que te gustaba yo? Lo mejor que puedes hacer es irte con tu murria a otra parte. Vete. Ya me metiste en bastantes líos y para tristezas tengo con las mías.

El que triste andaba, dio un buen trago de la botella y se encaminó a la puerta. Ella lo detuvo:

—No, al rato. Hay que esperar, no sea que te agarren y luego vengan por mí. Ven. Se ve que todavía no tienes concha para los sufrimientos. Siéntame en tus piernas, que no peso mucho. Así. ¿Ves qué bonito pelo tengo? Acarícialo, acarícialo y verás cómo vas descansando. Qué ojotes tan tristones, lástima que tengan dueña. Dime: ¿estás enamorado?

—Como si lo estuviera.

—¿Es ella más bonita que yo?

—No, no puede hacerse la comparación.

—De mujer a mujer, ¿no puedes comparar? ¿Quieres que me desnude para que veas?

—No se trata de mujer, sino de mis dos niñas que se quedaron abandonadas. Las quiero como a mi vida. La madre se fue. Hoy me dejó un papel con la portera: qu'esque en Tijuana consiguió un trabajo que le van a pagar en dólares; qu'esque una casa de modas de allá se la va a dar de modelo, con vestidos de seda y pieles; que eso la va a sacar de apuros y no se morirá de hambre conmigo, "pintor de ollita".

—Oye: ¿es guapa?

Ella se levantó para estirarse las medias:

—Ah, jijo, ya se me fueron los hilos. Debe ser bonita, ¿no?

—Rete, pero más estúpida...

—Ay mano: eso de la casa de modas, vestidos de seda, pieles y sueldo en dólares y... en Tijuana. Casualmente lo que les dicen a las primerizas. Me da mala espina. Qué se me hace que en esto anda la banda, la misma que ya me compró o puede que otra del mismo pelo. Lo que debes hacer es dejarte de murrias y correr a salvarla.

—Yo no la quiero. Me ha hecho muchas. La cabra tira al monte. Esto siempre me lo esperé.

—Quieras que no es la madre de tus hijas y que te abandone si quiere; pero que no caiga en ese infierno. Todo, menos eso: que se case o que se arrejunte con otro y hasta soy capaz de conseguírselo. Uno cualquiera, pero uno y no la bola que yo tengo que aguantar. Y peor: por andar de loca se me murió el hijito. Esa pinche de tu mujer no sabe en la que se mete y ganas me dan de haber y cómo no se la lleva la que a mí me llevó. Anda vete y sálvala. ¿Cómo te llamas?

—Juan.

—Juan, no te estés allí aplastadote. Vete a la delegación que quede por tu casa y pones tu denuncia para que la busquen. Hazlo por tus hijas, para que ellas no se avergüencen un día de su madre. Después vas a *La Prensa* y buscas a un muchacho Lozano que es reportero, para que lo saque en el periódico. Dile que vas de mi parte, de Guadalupe La Llorona, la que anda por la calle de Tresguerras. Ése es buen cuate.

Lo encaminó a la puerta, empujándolo:

—Cuídate que no te vayan a agarrar por lo que nos acaba de suceder. Y si te agarran, di que es una venganza del Cenizo para callarte la boca, porque él se llevó a tu vieja. Mientras más

escándalo hagas, mejor, y habla bien de la "inocente", como si no supiera romper un plato.

—Guadalupe, eres mejor que muchas decentes.

—Mira, tú, no me confundas con esas apretadas, que esto lo hago por el recuerdo de mi niño, para que Dios me lo tome en cuenta. Ah, déjame diez pesos, si tienes, porque hoy no me hice nada y como voy a estar escondida aquí... Y no me vuelvas a meter en dificultades. Sé que no te gusto de veras. (Ya vas a salir con lo del pelo; pero yo no soy un pelo sino una mujer y ni siquiera dejaste que me desnudara para que vieras que tengo de qué presumir). Bueno, no liaunque. Ya que no me quisiste ver, hay muchos que me buscan y me aprecian.

—Yo te haré "un niño de ojos grandes".

—Eso fue un decir. Así como me ves, no me dejo de cualquiera. Mañana me corto el pelo para que no me reconozcan los agentes. Así podré seguirle en otro lado.

—Si te lo cortas, te juro que no te vuelvo a ver. Ese pelo es tan chulo, que como que te sale desde muy adentro: de la puritita alma. Todos esos de "la bola" te conocen por fuera. Yo te vi el alma y te conozco mejor que todos ellos y no te me pongas "de mala", refregándome que otros te han visto desnuda. Como si fuera la gran cosa. Yo, de pintor, veo encueradas todos los días y estoy hasta aquí de eso. Lo que pasa es que no me estimas, porque no soy *padre santo,* de los tuyos, y hasta te enojaste porque no dejé que te llevara aquél; es que eres llevada de por mal. Y ya hasta te permites darme consejos. Qué, ¿me quieres ver la cara? Ora me quedo de cliente. Anda, vete desvistiendo, que no sólo te daré diez sino treinta pesos, para que no digas que te entretengo. Y no te hagas ilusiones, que lo que vea no lo toco. —Juan se arrancó el paliacate que llevaba al cuello y lo aventó.

—¡Qué genio tan disparejo! Mira, Juan, hablando se entiende la gente: si te vas ahorita, te prometo que no me corto el pelo. Y ya que me viste el alma, sálvamela y no me eches a perder la buena acción que quiero hacer. Si sigues mis consejos salvas dos almas: la de tu mujer y la mía. ¿No que te interesa tanto eso del alma? Me vas a decir: crees en la otra vida?

—No.

—Ni falta que hace. Salva dos almas en esta vida, que yo solita me encargo de salvarme en la otra. No quiero tu dinero, porque porque... Dame sólo los diez pesos que te pedí prestados, que son para que la comadre le compre a mi ahijadito

cualquier cosa. Deja que te bese los ojos para que no me olvides, no sea que se te ocurra no volver, y llévate este ojo de venado con peonía y manita de azabache, que trae suerte. Adiós.

—¿No que no que no? Como que quieres llorar y tú nunca lloras.

—Me pegaste tu murria. Aunque creas que las mujeres como yo no saben agradecer...

—Tienes los ojos salados de lágrimas. Gotitas en las pestañas.

—Y tú una gotita en los labios.

Y lo que La Llorona supuso ocurrió, porque esas cosas ocurren todos los días y en todas partes, hasta en los cuentos. Gracias a las gestiones de Juan y a la ayuda del amigo Lozano, la incauta esposa fue localizada en Guadalajara. Su respetable familia hizo causa común contra el descuidado marido y consideró punto de honor ir a recogerla. Él se quedó en paz, tras de depositar a sus niñas en casa de unos parientes.

Una mañana volvió en busca de la muchacha. ¿La encontraría? ¿Habría vuelto ella a su "trabajo"? A lo mejor ya estaba en la frontera con el propio Cenizo, el pelo horriblemente cortado a la moda, de chillante seda, con zapatos de plateado taconzote.

Cerca del zaguán de aquella vecindad quiso regresarse. ¿Para qué ir al encuentro del desengaño? Pero... "¿sería posible que una mujer como Guadalupe, con su clara conciencia de las cosas, con esa energía de que dio muestra, siguiera despeñándose? Cavernosamente le sonaban sus propias reflexiones: no sólo posible sino probable.

"¿Cuándo podremos hacer lo que los chinos hicieron hace poco en Shangai, la Sodoma de Oriente? ¿Cómo hicieron para desarraigar la prostitución y nada menos que en Shangai? Fue difícil acabar con un mal de siglos, pero se hizo —iba pensando— porque, poca cosa: cambiaron las condiciones de vida de toda la sociedad y entonces no pudieron seguir existiendo bandas como la de Cenizo. Cuando las mujeres, por decenas de miles, vieron que podrían vivir sin tener que alquilarse y sin ser despreciadas, fueron las primeras en luchar contra la ignominia.

Llegó, resolvióse y entró: "¿Dónde estará esa vivienda? ¡Estúpido! Debí haber visto el número que tenía. Hay más de cien en estos tres patios". Preguntó inútilmente. Allí había in-

numerables comadritas jóvenes y viejas, con niños, solas o sin marido de planta. Él se perdía entre los tendederos llenos de ropa.

Al atravesar el segundo patio, vio unos desnudos pies morenos de talones coloraditos, que asomaban bajo unas sábanas colgantes. De allí venía gozoso ruido de agua entre risas de niño.

Espió. Era ella: suelta la airosa y larga melena todavía húmeda, bañando a su ahijadito en los lavaderos. Estaba absorta en la tarea, de amarillo violento su vestido, transfigurada de ternura, bella al sol que no miente.

¿Quién podría decir que aquella mujer, idéntica a una joven madre pueblerina, era La Llorona que andaba por Tresguerras penando? Allí estaba la verdadera muchacha y no la otra, mala sombra que se había desvanecido con la noche.

"¿Podré pintar alguna vez este cuadro?", se preguntó el artista. "Toda una madona guadalupana. Nonantzin: nuestra madre". Y gritó ansiosamente:

—¡Guadalupe!

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTA REVISTA EL DÍA 3 DEL MES DE SEPTIEMBRE DE 1956 EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA, T. G., S. A., AV. GUATEMALA 96, MÉXICO 1, D. F.

# S U M A R I O

## N U E S T R O   T I E M P O



## A V E N T U R A   D E L   P E N S A M I E N T O



## P R E S E N C I A   D E L   P A S A D O



## D I M E N S I Ó N   I M A G I N A R I A



Printed in Mexico